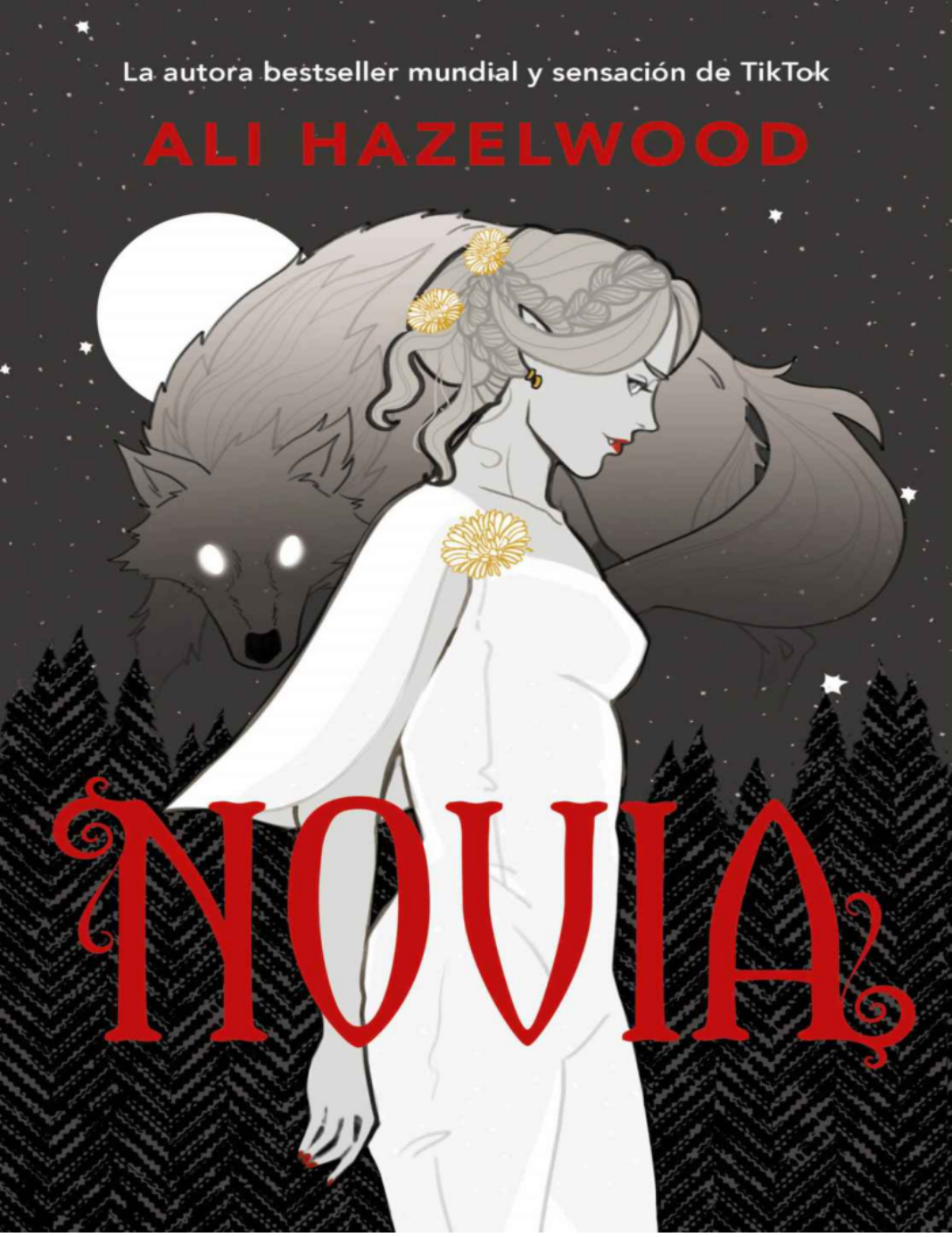
La autora bestseller mundial y sensación de TikTok

ALI HAZELWOOD



NOVIA

NOVIA

ALI HAZELWOOD

Traducido del inglés por Patricia Sebastián

FAERIS

Para Thao y Sarah. No podría hacer esto sin vosotras,
aunque tampoco querría. Las dos LOBOrdais

PRÓLOGO

Este matrimonio me va a traer problemas.
Ella *me va a traer problemas.*

Nuestra guerra, la de los vampiros y los licántropos, dio comienzo hace varios siglos con una cruenta escalada de violencia, alcanzó su punto álgido entre caudalosos torrentes de sangre multicolor y llegó a su fin con una triste tarta de crema de vainilla el día en que conocí a mi marido.

Que, mira tú por donde, resultó ser también el día de nuestra boda.

Nada que ver con la típica ceremonia que sueñas con tener cuando eres pequeña, ¿eh? Aunque, por otra parte, yo nunca he sido de las que sueñan. Solo me había planteado la idea de casarme una vez y fue durante mi horrorosa infancia. Tras unos cuantos castigos demasiado severos y un intento de asesinato bastante chapucero, Serena y yo trazamos un plan de huida que iba a consistir en tirar unos cuantos petardos a modo de distracción, robarle el coche a nuestro profe de mates y hacerles una peineta a nuestros cuidadores por el espejo retrovisor.

—Pasaremos por la protectora y adoptaremos uno de esos chuchos peludos. Pillamos un batido para mí, un poco de sangre para ti, cruzamos a territorio humano y ya no nos ven más el pelo.

—¿Me dejarán entrar aunque no sea humana? —pregunté, pese a que aquella no era ni mucho menos la mayor pega que tenía nuestro plan. Las dos éramos unas crías de once años. Ninguna sabía conducir. La paz entre especies de la región suroeste dependía, literalmente, de que yo me quedase quietecita.

—Yo responderé por ti.

—¿Bastará con eso?

—¡Me casaré contigo! Creerán que eres humana: mi mujer humana.

A mí me pareció una propuesta de matrimonio bastante buena, de manera que asentí con solemnidad y respondí:

—Acepto.

Aunque eso pasó hace catorce años y al final Serena no se casó

conmigo. A decir verdad, desapareció hace un tiempo. Yo estoy aquí sola, rodeada por un porrón de recuerdos de boda carísimos que esperemos que logren engatusar a los invitados para que pasen por alto la falta de amor y compatibilidad genética entre el novio y yo, además del hecho de que no nos conocíamos de antes.

Intenté quedar con él. Les sugerí a los *míos* que les sugirieran a los *suyos* que fuéramos a comer la semana previa a la boda. Que nos tomásemos un café el día de antes. O un vaso de agua del grifo la misma mañana de la ceremonia; lo que fuera con tal de evitar un: *¿Qué tal? Encantada* delante del oficiante. Después de que mi petición se derivase al consejo vampírico, recibí una llamada del ayudante de uno de los miembros. Se las arregló para ser cortés y al mismo tiempo dar a entender que me faltaba un hervor.

—Es un licántropo. Uno muy peligroso y poderoso. El despliegue de seguridad que haría falta organizar para un encuentro de dicha…

—Le recuerdo que voy a casarme con ese *peligrosísimo* licántropo —señalé sin alterarme, y oí un tímido carraspeo.

—Es un alfa, señorita Lark. Está demasiado ocupado para reunirse con usted.

—¿Ocupado con…?

—Con su grupo, señorita Lark.

Me lo imaginé en el garaje de su casa, dándole a la batería o berreando frente a un micrófono, y me encogí de hombros.

Han pasado diez días y aún no he conocido al novio. En vez de eso, me he convertido en un proyecto: uno que exige la labor coordinada de un equipo multidisciplinar para tener una pinta presentable el día de mi boda. Una manicurista me pinta las uñas de rosa y les da forma ovalada. Una esteticista me da cachetitos entusiasmados en las mejillas. Una peluquera consigue ocultar como por arte de magia mis orejas puntiagudas bajo un montón de trenzas de color rubio oscuro y un experto en maquillaje traza un rostro diferente encima del mío, uno interesante, sofisticado y con unos pómulos de infarto.

—Esto sí que es arte —le digo, examinando el *contouring* en el espejo—. No sé cómo no te han concedido aún una beca Guggenheim.

—Ya te digo, y eso que no he acabado *todavía* —me riñe antes de meter el pulgar en un bote de tintura verde oscura y pasármelo por el interior de las muñecas. Y por ambos lados de la base de la garganta. Y por la nuca.

—¿Qué es esto?

—Un pelín de color.

—¿Para qué?

Un resoplido.

—He movido unos cuantos hilos e investigado las costumbres de los licántropos. A tu marido le gustará. —Se aleja y me deja sola con cinco marcas extrañas y mi recién descubierta estructura facial. Me embuto en el traje pantalón que el estilista me pidió por favor que no llamase «esquijama» y entonces aparece mi mellizo, que viene a buscarme.

—Estás superguapa —dice Owen, circunspecto, y me mira con recelo, como si fuera un billete falso.

—Ha sido un trabajo en equipo.

Me hace un gesto para que lo siga.

—Espero que también te hayan vacunado contra la rabia.

Se supone que la ceremonia debe ser un símbolo de paz, y por eso mi padre, en un conmovedor despliegue de confianza, exigió que el dispositivo de seguridad del enlace estuviera compuesto en su totalidad por vampiros armados. Los licántropos se negaron de plano, lo que dio lugar a varias semanas de negociaciones y a que el compromiso estuviera a punto de irse al traste, hasta que por fin se adoptó la única solución capaz de cabrear a todo el mundo por igual: echar mano de personal humano.

Hay ambientes tensos y luego está *esto*. Un recinto, tres especies, cinco siglos de conflicto y ni una pizquita de buena fe. El personal de seguridad que nos escolta a Owen y a mí parece debatirse entre protegernos y mandarnos al otro barrio ellos mismos para acabar de una vez por todas con el asunto. No se quitan las gafas de sol ni a tiros y se dedican a murmurar mensajes en clave de lo más lamentables contra las mangas de sus camisas. «La murciélago vuela hacia el salón de ceremonias. Repito, tenemos a la murciélago.»

Al novio lo llaman «Lobo», así que salta a la vista que no se han calentado mucho la cabeza.

—¿Cuándo crees que intentará asesinarte tu futuro marido? —pregunta Owen como si nada, con la vista clavada al frente—. ¿Mañana? ¿La semana que viene?

—A saber.

—Seguro que no pasa ni un mes.

—Seguro.

—Me pregunto si los licántropos enterrarán tu cuerpo o si, simplemente, ya sabes… se lo comerán.

—Sí, es una duda que me corroe.

—Yo lo que haría es lanzar un palo cuando vaya a abalanzarse sobre ti. Creo que a los licántropos les encanta ir a buscar…

Me detengo de golpe y monto un pequeño revuelo entre los agentes.

—Owen —digo volviéndome hacia mi hermano.

—¿Sí, Misery? —Me sostiene la mirada.

De pronto, su máscara de humorista cabroncete y apático se desvanece, y ya no es el frívolo heredero de mi padre, sino el hermano que se metía en la cama conmigo cuando yo tenía una pesadilla, el que juró protegerme de la crueldad de los humanos y la sed de sangre de los licántropos.

Han pasado décadas desde entonces.

—Ya sabes lo que ocurrió la última vez que los vampiros y los licántropos intentaron algo así —me dice pasando a hablar en la lengua.

Ya lo creo que sí. El Áster aparece en todos los libros de texto, si bien las interpretaciones difieren enormemente. Fue el día en que el púrpura de nuestra sangre corrió y se entremezcló con el verde de la de los licántropos, de forma tan llamativa y preciosa como la flor que dio nombre a la masacre.

—¿Quién coño se prestaría a un matrimonio de conveniencia política después de aquello?

—Parece ser que yo.

—Vas a vivir entre lobos. Tú sola.

—Ya. Así funcionan los intercambios de rehenes. —Los agentes de seguridad de nuestro alrededor comprueban de forma apresurada sus relojes—. *Tenemos que irnos…*

—Te harán pedazos. —Owen aprieta la mandíbula. El gesto es tan poco propio de él que frunzo el ceño: de normal se la suda todo.

—¿Desde cuándo te importa?

—¿Por qué has aceptado?

—Porque una alianza con los licántropos es necesaria para la supervivencia de…

—Esas son las palabras de nuestro padre. No es la razón por la que has accedido a esto.

No lo es, pero no pienso reconocerlo.

—Igual subestimas las habilidades de persuasión que tiene padre.

Su voz se convierte en un murmullo.

—No lo hagas. Acabarás muerta. Diles que has cambiado de opinión… dame seis semanas.

—¿Qué habrá cambiado dentro de seis semanas?

Vacila.

—Un mes. Me…

—¿Ocurre algo? —Ambos nos sobresaltamos al oír la voz cortante de nuestro padre. Durante una fracción de segundo, volvemos a ser niños y nuestra existencia vuelve a ser objeto de regañina. Owen recupera la compostura antes, como siempre.

—Nah. —La sonrisa hueca vuelve a sus labios—. Solo estaba dándole unos consejos a Misery.

Mi padre se abre camino entre los guardias de seguridad, me coge la mano y se la pone en el hueco del codo como si nada, como si no hubiera pasado una década desde nuestro último contacto físico. Me obligo a no retroceder.

—¿Estás lista, Misery?

Ladeo la cabeza. Examino su adusto semblante y le pregunto, más por curiosidad que otra cosa:

—¿Acaso importa?

Me da a mí que no, porque no responde a la pregunta. Owen nos observa inexpresivo mientras salimos y luego exclama por detrás:

—¡Espero que lleves un rodillo quitapelusas encima porque he oído que sueltan mogollón de pelo!

Uno de los guardias de seguridad nos detiene frente a las puertas dobles que dan al patio.

—Consejero Lark, señorita Lark, esperen aquí un momento, por favor. Faltan todavía algunos detalles.

Aguardamos el uno junto al otro durante unos incómodos instantes y entonces mi padre se vuelve hacia mí. Gracias a los tacones que me han obligado a ponerme los estilistas, soy casi tan alta como él, por lo que me mira a los ojos sin necesidad de tener que bajar la cabeza.

—*Deberías sonreír* —me ordena en la lengua—. *Según los humanos, no hay día más feliz para una novia que el de su boda.*

Se me crispan los labios. En parte, toda esta situación me resulta grotescamente divertida.

—*¿Y para el padre de la novia?*

Suspira.

—*Esa rebeldía tuya ha sido siempre absurda.*

Mis fracasos no conocen límites.

—*No hay vuelta atrás, Misery* —añade, no sin cierta amabilidad—. *En cuanto los esponsales concluyan, serás su mujer.*

—*Ya lo sé.* —No necesito palabras de consuelo ni de ánimo. Siempre he estado comprometida al cien por cien con esta unión. No soy muy dada al miedo ni a los ataques de pánico ni a los cambios de opinión a última hora—. *No es la primera vez que hago algo así, ¿a que no?*

Me examina durante unos instantes, hasta que las puertas se abren para dar paso a lo que quiera que me quede de vida.

Hace una noche ideal para celebrar una ceremonia al aire libre: hay guirnaldas luminosas, corre una brisa suave y las estrellas titilan. Tomo aire y escucho la marcha nupcial de Mendelssohn interpretada

por un cuarteto de cuerda. Según la extrovertida organizadora de bodas que no ha dejado de petarme el móvil con enlaces de los que he pasado olímpicamente, la que toca la viola es miembro de la Orquesta Filarmónica Humana. *Es de las tres mejores del mundo,* me puso en un mensaje, seguido de más signos de exclamación de los que he usado yo en total en toda mi vida. Debo reconocer que tocan fenomenal, pese a las miradas confundidas de los invitados, que no saben muy bien cómo proceder hasta que un miembro del personal con pinta de hacer horas extra a tutiplén les hace un gesto para que se pongan en pie.

No es culpa suya. Desde hace más o menos un siglo, las bodas son algo exclusivamente humano. La sociedad de los vampiros ha dejado atrás la monogamia y los licántropos… No tengo ni idea de cuál es su rollo porque nunca he conocido a ninguno.

De lo contrario, no seguiría viva.

—Venga. —Mi padre me agarra del codo y ambos empezamos a recorrer el pasillo.

Los invitados vampíricos me suenan, aunque solo vagamente. Son un océano de figuras esbeltas y espigadas, con las orejas en punta y penetrantes ojos de color violeta. Todos tienen la boca cerrada para ocultar los colmillos y, aunque su mirada refleja cierta compasión, el asco que sienten es más que evidente. Veo a varios miembros del círculo íntimo de mi padre; a consejeros con los que llevo sin cruzarme desde que era pequeña; a familias influyentes con sus vástagos, muchos de los cuales me hacían la vida imposible cuando era cría mientras adulaban a Owen que daba gusto. Ninguno de los presentes podría ser considerado, ni de lejos, amigo mío, pero debo decir, en defensa de quienquiera que organizase la lista de invitados, que mi falta de relaciones significativas debió de complicar una barbaridad el asunto de llenar los asientos.

Y luego está la parte del novio. La parte que emana un calor que me es ajeno. La parte que me quiere ver muerta.

La sangre que corre por las venas de los licántropos late más rápido y con más firmeza, su aroma es penetrante y desconocido. Son más altos, fuertes y rápidos que los vampiros y a ninguno parece entusiasmarle particularmente la idea de que su alfa se case con una de nosotros. Fruncen los labios mientras me observan, desafiantes y enfadados. Es tal la aversión que sienten que soy capaz de saborearla.

No los culpo. No culpo a nadie por no querer estar aquí. Ni siquiera los culpo por andar cuchicheando y poniéndome verde ni por el hecho de que la mitad de los invitados no sepan que el sonido se propaga mejor que la gripe.

—… después de ser la Garantía de los vampiros y pasar diez años con los humanos, ¿ahora sale con estas?

—Fijo que le encanta llamar la atención…

—… una sanguijuela asquerosa…

—… orejapincho de los cojones…

—No va a durar ni dos telediarios…

—Ni dos horas, diría yo, si esos animales…

—… o bien estabiliza la situación de la región de una vez por todas, o bien estalla otra guerra con todas las letras…

—¿… crees que follarán esta noche?

A mi izquierda no tengo ningún amigo y a mi derecha solo hay enemigos, de manera que me armo de valor y miro al frente.

A mi futuro marido.

Está al final del pasillo, de espaldas a mí, mientras otro hombre, el padrino, tal vez, le susurra algo al oído. No le veo bien la cara, pero hace unas semanas me enseñaron una foto y sé lo que me voy a encontrar: un tío guapo, serio e imponente. Lleva el pelo, de un intenso tono castaño, muy corto, y el traje negro se le ciñe a los anchos hombros. Es el único hombre de la estancia que no lleva corbata, pero aun así se las arregla para parecer elegante.

Igual compartimos estilista. Un punto de partida tan bueno como cualquier otro para dos desconocidos a punto de casarse.

—*Ojo con él* —me susurra mi padre, sin mover apenas los labios—. *Es muy peligroso, así que no lo hagas enfadar.*

Justo lo que toda chica quiere que le suelten a tres metros del altar, sobre todo cuando los tensos hombros del novio parecen rezumar ya cabreo. Impaciencia. Irritación. No se molesta en mirar en mi dirección, es como si me considerase insignificante, como si tuviera cosas mejores en las que invertir el tiempo. Me pregunto qué le estará susurrando el padrino. Puede que una versión totalmente opuesta de las advertencias que acaban de darme mí.

¿Misery Lark? Tranquilo, es prácticamente inofensiva, así que cabréala todo lo que quieras. ¿Qué es lo peor que puede hacer, lanzarte el rodillo antipelusas?

Se me escapa una leve risotada, y meto la pata hasta el fondo. Porque mi futuro marido la oye y finalmente se vuelve hacia mí.

El estómago se me encoge.

Mis pies vacilan.

Los murmullos se desvanecen.

En la foto que me enseñaron, sus ojos me parecieron de un azul normal y corriente, pero en cuanto clava la vista en mí, me doy cuenta de dos cosas. La primera es que me había equivocado: su mirada es de

un extraño tono verde claro que roza el blanco. La segunda es que mi padre tenía razón: este hombre es muy *muy* peligroso.

Examina mi rostro e intuyo de inmediato que a él no deben de haberle enseñado fotos. ¿O igual como su futura esposa se la traía al pairo no se molestó en echarles un vistazo? En cualquier caso, es obvio que mi aspecto no le entusiasma. Qué lástima que esté ya acostumbrada a decepcionar a los demás y su reacción me la sople. Si no le gusta lo que ve es cosa suya.

Me enderezo. Mientras salvo la pequeña distancia que nos separa, no aparto la mirada de él en ningún momento, y por eso veo lo que sucede a continuación en directo.

Las pupilas se le dilatan.

El ceño se le frunce.

Las fosas nasales se le ensanchan.

Se me queda mirando como si fuera una criatura hecha de gusanos y toma una lenta y profunda bocanada de aire. Luego otra, más brusca, en cuanto mi padre me acerca al altar. Abre mucho los ojos y, durante un instante, su expresión refleja una profunda conmoción, y yo lo sabía, sabía que los licántropos no soportan a los vampiros, pero esto parece ir más allá. El desprecio que irradia parece absoluta y rotundamente personal.

Ajo y agua, chaval, pienso alzando el mentón. Vuelvo a avanzar hasta que ambos nos encontramos frente a frente, demasiado cerca el uno del otro.

Dos personas que acaban de conocerse y que están a punto de casarse.

La música cesa. Los invitados toman asiento. El corazón me palpita con lentitud, incluso más que de costumbre, al ver la forma en que el novio se cierne sobre mí. Se inclina hacia delante y me examina como si fuera un cuadro abstracto. Advierto que el pecho le sube y baja con avidez, como si intentara… *inhalarme*. Y entonces se echa hacia atrás, se lame los labios y se me queda mirando.

Me mira y sigue mirándome y luego me mira un poco más.

El silencio se prolonga. El oficiante se aclara la garganta. Los murmullos desconcertados se extienden por el patio y una desagradable y familiar sensación de fricción se apodera poco a poco del ambiente. Me percato de que el padrino ha sacado las garras. A mi espalda, Vania, la jefa de la guardia de mi padre, muestra los colmillos. Y los humanos, cómo no, echan mano de sus armas.

Entretanto, mi futuro marido sigue mirándome fijamente.

De manera que me acerco un poco y murmuro:

—Me trae sin cuidado lo mucho que te repatee esto, pero a no ser

que quieras que el Áster se repita…

Alarga la mano con una rapidez impresionante y me coge del brazo; la calidez de su piel resulta sobrecogedora, incluso a través de la tela de mi manga. Las pupilas se le contraen de forma extraña, adquiriendo una expresión *salvaje*. Intento zafarme de él y… la cago.

Se me engancha el talón en un adoquín y pierdo el equilibro. El novio me rodea la cintura con un brazo e impide que me caiga, y gracias a la acción combinada de la gravedad y su total determinación acabo embutida entre el altar y él, apretada contra su pecho. Me encajona, me inmoviliza y me mira como si se hubiera olvidado de dónde está y yo fuera algo comestible.

Como si fuera su presa.

—Esto es de lo más… ¡Cielo santo! —exclama el oficiante entre jadeos cuando el novio lanza un gruñido en su dirección. A mi espalda, los invitados emplean tanto el inglés como la lengua: oigo exclamaciones de pánico, gritos y confusión, los gruñidos de mi padre y el padrino, amenazas y sollozos. *Esto va a ser otro Áster,* pienso. Y debería hacer algo, *voy* a hacer algo para detenerlo, pero…

El aroma del novio me inunda las fosas nasales.

Y lo demás desaparece.

Qué delicia, me susurra el instinto de forma disparatada. *Seguro que su sangre está deliciosa.*

Inspira varias veces seguidas, llenándose los pulmones, atrayéndome hacia él. Desliza la mano desde mi brazo y me la apoya en la parte baja de la garganta, en una de las marcas. Profiere un sonido gutural y profundo que hace que me tiemblen las piernas. Acto seguido, abre la boca y tengo la certeza de que va a hacerme pedazos, de que me va a destrozar, de que me va a devorar…

—Tú —dice con un tono de voz grave, casi demasiado bajo para oírlo—. ¿Cómo es que hueles así, joder?

Y menos de diez minutos después me pone el anillo en el dedo y prometemos amarnos hasta que la muerte nos separe.

CAPÍTULO 1

Cuando por fin vuelve de la reunión con el líder de la cuadrilla del Big Bend, lleva lloviendo a cántaros tres días seguidos. Dos de sus segundos se encuentran ya dentro de casa, esperándolo con expresión preocupada.

—La vampira… se ha echado atrás.

Se seca la cara mientras suelta un gruñido. Chica lista, *piensa.*

—Pero han encontrado una sustituta —añade Cal, y desliza una carpeta sobre la encimera—. Tienes aquí toda la información. Quieren saber si te parece bien.

—Procederemos según lo previsto.

Cal suelta una carcajada. Flor frunce el ceño.

—¿Pero no quieres echarle un vistazo a…?

—No. Esto no cambia nada.

De todas formas, todas son iguales.

Seis semanas antes de la ceremonia

Se presenta en la *start-up* donde trabajo un jueves por la tarde, cuando el sol ya se ha puesto y la oficina al completo está considerando la idea de provocarle graves daños corporales a cierta persona.

Concretamente a mí.

No creo merecer semejante nivel de inquina, pero lo entiendo. Y por eso no pongo el grito en el cielo cuando, tras una breve reunión con mi jefe, vuelvo a mi mesa y advierto el estado de mi grapadora. No pasa nada, en serio. Trabajo desde casa el 90 por ciento del tiempo y casi nunca imprimo nada. ¿Qué más da si alguien la ha rebozado con mierda de pájaro?

—No te lo tomes como algo personal, Missy. —Pierce se apoya en la mampara que separa nuestros cubículos. Su sonrisa se parece más a la de un vendedor de coches de segunda mano que te hace la rosca que a la de un amigo preocupado; incluso su sangre despide un olor aceitoso.

—No pensaba hacerlo. —La aprobación de los demás es una droga de lo más adictiva, pero por suerte nunca he tenido la oportunidad de engancharme. Si hay algo que se me da bien es racionalizar el desprecio que sienten mis compañeros hacia mí. He estado practicando como uno de esos pianistas prodigio: sin parar y desde bien pequeñita.

—A ti que te la sude.

—Eso hago. —Aunque no literalmente, porque apenas tengo las glándulas necesarias para ello.

—Y ni caso a Walker. No dijo lo que tú crees.

Yo diría que lo que gritó en la sala de conferencias fue: «serás zorra» y no «vaya modorra», pero a saber.

—Son gajes del oficio. Tú también te cabrearías si alguien realizara un test de intrusión en un cortafuegos en el que te has tirado semanas trabajando y consiguiera saltárselo en ¿cuánto, una hora?

Tardé unos veinte minutos, contando el descanso que me tomé entremedias tras darme cuenta de lo poco que me estaba costando colarme. Aproveché para comprarme por internet una nueva canasta para la ropa sucia, ya que no sé cómo, pero cada vez que tengo que hacer la colada me encuentro al dichoso gato de Serena haciendo la siesta encima de la antigua. Le mandé una foto de la factura, seguida de: *Tu gato y tú me debéis dieciséis pavos*. Luego aguardé a que me contestara, como hago siempre.

No contestó, aunque tampoco esperaba otra cosa.

—Ya se les pasará —Pierce sigue dale que te pego—. Al menos no te traes nunca la comida, así que no tienes que preocuparte por si alguien te escupe en el táper. —Se echa a reír. Me vuelvo hacia el monitor del ordenador con la esperanza de que se largue, pero el tío no capta la indirecta ni a la de tres—. Aunque, si te digo la verdad, también es un poco culpa tuya. Si intentaras integrarte más… A mí ese aire de tía solitaria y misteriosa no me desagrada, pero algunos piensan que eres un poco altanera, que te crees mejor que el resto. Si te esforzaras por…

—Misery.

Cuando oigo mi nombre —el *de verdad*— me recorre una brevísima y absurda oleada de alivio porque la conversación vaya a acabarse por fin, pero entonces estiro el cuello y me fijo en la mujer que está al otro lado de la mampara. Su rostro, así como el pelo negro, me resultan familiares, pero solo consigo reconocerla tras concentrarme en los latidos de su corazón. Su ritmo cardiaco es lento, como el de todos los vampiros, y…

Mierda.

—¿Vania?

—Me ha costado dar contigo —me dice con una voz melódica y grave.

Durante un instante, me planteo la posibilidad de estrellar la cabeza contra el teclado, pero al final me conformo con responder con calma:

—Esa era mi intención.

—Me lo imaginaba.

Me masajeo la sien. Vaya día. Vaya día de mierda.

—Y, aun así, aquí estás.

—Caray, hola. —La sonrisa de Pierce se vuelve aún más babosa cuando se gira hacia Vania. Primero posa la mirada en sus taconazos y luego recorre las líneas rectas de su traje pantalón de color oscuro hasta detenerse en sus tetas. No sé leer el pensamiento, pero no me hace falta porque casi puedo oír las palabras «madurita buenorra» resonando en el interior de su mente—. ¿Eres amiga de Missy?

—Se podría decir que sí. Desde que era una niña.

—No me digas. Venga, cuenta, ¿cómo era Missy de peque?

Vania tuerce la comisura de los labios.

—Era… rara, y nos traía a todos de cabeza. Si bien a menudo nos resultaba útil.

—Un momento… ¿Sois familia?

—No. Soy la mano derecha de su padre, la jefa de su guardia —responde mirándome—. Y se ha convocado su presencia.

Me enderezo en la silla.

—¿Dónde?

—En el Nido.

Ya no es que la situación sea poco habitual, sino que es del todo inaudita. Salvo alguna que otra llamada ocasional y quedadas aún más ocasionales con Owen, llevo años sin hablar con ningún otro vampiro. Porque nadie se ha puesto en contacto conmigo.

Debería mandar a Vania a freír espárragos. Ya no soy ninguna niñita ilusa: reunirme de nuevo con mi padre con la esperanza de que él y los míos no se comporten como unos gilipollas integrales es un esfuerzo inútil, y soy plenamente consciente de ello. Pero, al parecer, este mediocre intento de acercamiento ha conseguido que se me olvide, porque me oigo preguntar:

—¿Por qué?

—Tendrás que venir y averiguarlo. —La sonrisa de Vania no le alcanza los ojos.

Entorno la mirada, como si llevara la respuesta tatuada en la cara. Entretanto, Pierce nos recuerda su lamentable existencia.

—A ver, chicas… ¿qué es esa forma de hablar tan rara? ¿Mano derecha? ¿Que se ha convocado su presencia? —Suelta una carcajada de lo más irritante. Me encantaría darle un capón ahora mismo, pero la seguridad de este mamarracho empieza a preocuparme—. ¿Os van los juegos de rol en vivo o…?

Por fin cierra el pico. Porque cuando Vania se vuelve hacia él, no hay nada que pueda disimular el tono púrpura que reflejan sus ojos. Ni los largos y blanquísimos colmillos que resplandecen bajo las luces de la oficina.

—E-eres… —Pierce alterna la mirada entre ambas durante varios segundos, farfullando algo incoherente.

Y entonces Vania decide joderme la vida y entrechocar los dientes.

Suspiro y me pellizco el puente de la nariz con los dedos.

Pierce da media vuelta y echa a correr para alejarse de mi cubículo, llevándose por delante un ficus.

—¡Una *vampira!* ¡Hay una…! ¡Nos ataca una vampira, que alguien llame a la Agencia! ¡Que alguien llame…!

Vania se saca una tarjeta plastificada con el logo de la Agencia de Relaciones Humanovampíricas, la cual le otorga inmunidad diplomática en territorio humano, pero nadie se fija: el pánico ha cundido entre la oficina y la mayoría de mis compañeros se han puesto a chillar y están ya bajando las escaleras de emergencia a toda prisa. Tropiezan los unos con los otros mientras intentan llegar a la salida más cercana. Veo que Walker sale escopetado del baño con un trozo de papel colgándole de los pantalones caqui. Dejo caer los hombros.

—Me gustaba este trabajo —le digo a Vania mientras cojo una polaroid enmarcada donde salimos Serena y yo y me la meto en el bolso—. Era muy cómodo. Se habían tragado la excusa de que padecía un trastorno del ritmo circadiano y me dejaban venir por la noche.

—Lo siento —dice sin sentirlo en absoluto—. Ven conmigo.

Debería mandarla a la mierda, y pienso hacerlo, pero de momento, dejo que la curiosidad gane la partida y voy tras ella. Al salir, enderezo al pobre ficus.

El Nido sigue siendo el edificio más alto del norte de La Ciudad y, tal vez, el más característico: un podio de color rojo sangre que se extiende cientos de metros bajo tierra, coronado por un rascacielos con la fachada espejada que cobra vida al atardecer y vuelve a aletargarse con los albores del día.

Traje a Serena una vez, cuando me pidió que le enseñara el corazón

del territorio de los vampiros, y al ver las elegantes líneas y el diseño ultramoderno se quedó boquiabierta. Seguro que esperaba encontrarse candelabros, pesadas cortinas de terciopelo con las que bloquear los letales rayos del sol y los cadáveres exangües de nuestros enemigos colgando del techo. También cuadros de murciélagos, en honor a nuestros alados y quirópteros antepasados. Y ataúdes, ya de paso.

—Es bonito, aunque me lo imaginaba más… ¿estrambótico? —reflexionó, en absoluto intimidada por ser la única humana en un ascensor lleno de vampiros. El recuerdo aún me saca una sonrisa, más de cinco años después.

Versatilidad de espacios, sistemas automatizados, herramientas integradas: eso es el Nido. No solo se trata de la joya de la corona de nuestro territorio, sino que también constituye el centro de nuestra comunidad. Un lugar con tiendas, oficinas y establecimientos donde hacer recados, donde todo aquello que podríamos necesitar, desde servicios de atención primaria a permisos de construcción o incluso cinco litros de AB positivo, se encuentra a mano. Además, las plantas superiores cuentan con zonas privadas, algunas de las cuales pertenecen a las familias más influyentes de nuestra sociedad.

Básicamente a *mi* familia.

—Ven conmigo —dice Vania cuando se abren las puertas, y eso hago, flanqueada por dos guardias vestidos de uniforme que, desde luego, no están aquí para protegerme.

Me ofende un poco que se me trate como a una intrusa en el lugar donde nací, sobre todo mientras pasamos junto a una pared llena de retratos de mis antepasados. Han ido cambiando a lo largo de los siglos, del óleo al acrílico y después a las fotografías, primero hechas en gris, luego con Kodachrome y, finalmente, digitales. Lo que no cambia son las expresiones de los protagonistas: distantes, arrogantes y, para ser sinceros, infelices. El poder no conlleva nada bueno.

Al único al que llegué a conocer es al señor del retrato que está más cerca del despacho de mi padre. Mi abuelo ya era mayorcísimo y tenía un poco de demencia cuando Owen y yo nacimos, y el recuerdo más vívido que guardo de él es el de la vez que me desperté en plena noche y me lo encontré plantado en mi habitación, señalándome con un dedo tembloroso y gritándome en la lengua algo sobre que mi destino era sufrir una muerte espantosa.

Para ser sinceros, no iba muy desencaminado.

—El consejero está esperándote —dice Vania mientras llama a la puerta con suavidad.

Escudriño su rostro. Los vampiros no somos inmortales; envejecemos igual que cualquier otra especie, pero… joder. Está igual

que el día que me acompañó a la ceremonia de intercambio de Garantías. Hace diecisiete años.

—¿Pasa algo?

—No. —Me vuelvo y alargo la mano hacia el pomo. Vacilo un instante—. ¿Está enfermo?

A Vania parece hacerle gracia.

—¿Crees que si así fuera te llamaría *a ti?*

Me encojo de hombros. No se me ocurre ninguna otra razón por la que quiera verme.

—¿Para qué, para contarte sus penas? ¿O buscar consuelo en el cariño de su hija? Llevas con los humanos demasiado tiempo.

—Más bien pensaba que igual le hacía falta un riñón.

—Somos vampiros, Misery. Actuamos movidos por el bien de la mayoría o no actuamos.

Se marcha antes de que pueda poner los ojos en blanco o mandarla por fin a la mierda. Suspiro, les echo un vistazo a los guardias impertérritos que me ha dejado de regalito y entro en el despacho de mi padre.

Lo primero que me llama la atención son las paredes llenas de ventanales, que es justo lo que mi padre pretende. Todos los humanos con los que he hablado asumen que los vampiros detestamos la luz y adoramos la oscuridad, pero no podrían estar más equivocados. Tal vez el sol nos esté vedado, pues no solo es tóxico para nosotros, sino que en grandes cantidades resulta mortal, pero precisamente por eso lo codiciamos tanto. Tener ventanas es un lujo, ya que se hacen con unos materiales absurdamente caros que filtran todo lo que nos es perjudicial. Y unas ventanas tan grandes como las que tiene mi padre constituyen un símbolo de estatus de la leche, una demostración de poder y riqueza indecentes. Y al otro lado de los cristales…

El río que divide el norte y el sur de La Ciudad: nosotros y ellos. Solo un centenar de metros separan el Nido del territorio de los licántropos, pero la ribera está repleta de torres de vigilancia y garitas de control custodiadas las veinticuatro horas. Hay un puente, pero el acceso se encuentra estrechamente vigilado desde ambas direcciones y, que yo sepa, ningún vehículo lo ha cruzado desde mucho antes de que yo naciera. Al otro lado, hay unas cuantas zonas de seguridad licántropas y el manto verde oscuro de un bosque de robles que se extiende varios kilómetros hacia el sur.

Siempre me pareció que habían sido muy listos al no establecer asentamientos civiles junto a una de las fronteras más sanguinarias del suroeste. Cuando Owen y yo éramos pequeños, antes de que me mandaran a vivir fuera de casa, mi padre nos oyó preguntarnos por

qué la sede principal de los vampiros se había construido tan cerca de nuestros enemigos más letales.

«Para que no se nos olvide —explicó él—. Y para que ellos lo recuerden también.»

No sé. A mí sigue pareciéndome bastante jodido veinte años después.

—Misery. —Mi padre deja de dar golpecitos a la pantalla táctil del monitor y se incorpora desde detrás de su lujoso escritorio de caoba. No sonríe, pero tampoco refleja frialdad—. Da gusto volver a verte por aquí.

—No sé si «gusto» es la palabra.

Los años han tratado bien a Henry Lark. Observo su alta silueta, su rostro triangular y sus enormes ojos, y recuerdo lo mucho que me parezco a él. Tiene el cabello rubio algo más salpicado de canas, pero sigue llevándolo perfectamente peinado hacia atrás. Jamás lo he visto con un pelo fuera de su sitio, jamás lo he visto lucir un aspecto que no fuera impecable. Esta noche se ha arremangado la camisa blanca, pero de un modo del todo meticuloso. Si su intención es la de hacerme pensar que se trata de una reunión informal, la lleva clara.

Y por eso, cuando señala la silla de cuero frente a su escritorio y me dice que me siente, opto por apoyarme en la puerta.

—Vania me ha dicho que no te estás muriendo. —Mi intención es sonar borde. Por desgracia, creo que solo parezco curiosa.

—Confío en que tú goces también de buena salud. —Sonríe levemente—. ¿Qué tal has estado estos últimos siete años?

Detrás de su cabeza hay un reloj antiguo. Lo observo hacer tic tac durante ocho segundos antes de responder:

—De perlas.

—¿Sí? —Me echa un vistazo—. Será mejor que te las quites, Misery. Alguien podría tomarte por humana.

Se refiere a mis lentillas marrones. Me planteé quitármelas en el coche, pero al final opté por no molestarme. El problema es que hay muchos otros indicios de que he estado viviendo entre humanos y la mayoría no pueden revertirse así como así. Por ejemplo, es poco probable que se le escape el estado de mis colmillos, los cuales me limo una vez a la semana.

—Estaba en el trabajo.

—Ah, sí. Vania me comentó que tienes trabajo. Conociéndote, será algo relacionado con ordenadores, ¿no?

—Algo así.

Asiente.

—¿Y qué tal tu amiguita? Espero que ya sana y salva.

Me pongo rígida.

—¿Cómo sabes que…?

—Ay, Misery. No creerías que no íbamos a vigilar tus comunicaciones con Owen, ¿verdad?

Aprieto los puños a mi espalda y me planteo seriamente la posibilidad de marcharme dando un portazo y volver a casa, pero debe de haberme hecho llamar por alguna razón, y necesito descubrir cuál. De manera que me saco el móvil del bolsillo y, en cuanto tomo asiento frente a mi padre, lo dejo boca arriba sobre la mesa.

Abro la aplicación del cronómetro, lo programo para que suene dentro de diez minutos y levanto la vista para mirarlo. Acto seguido, me apoyo en el respaldo de la silla.

—¿Qué hago aquí?

—Llevo años sin ver a mi única hija. —Aprieta los labios—. ¿Acaso no es razón suficiente?

—Te quedan nueve minutos y cuarenta y tres segundos.

—*Misery, hija mía*. —La lengua—. *¿Por qué estás enfadada conmigo?*

Enarco una ceja.

—No deberías estar enfadada, sino orgullosa. La mejor decisión siempre es la que garantiza el bienestar de la mayoría. Y tú fuiste el medio para poner en práctica dicha decisión.

Lo observo sin perder los estribos. Estoy convencida de que se cree esa chorrada, de que cree que es un buen hombre.

—Nueve minutos y veintidós segundos.

Durante un instante, parece estar realmente triste. Y luego dice:

—Va a celebrarse una boda.

Echo la cabeza hacia atrás.

—¿Una boda? ¿Como… las de los humanos?

—Una ceremonia matrimonial. Como las que los vampiros celebraban antiguamente.

—¿De quién es la boda? ¿Tuya? ¿Te vas a…? —No me molesto en terminar la frase: la mera idea resulta absurda. No fueron solo las bodas las que pasaron de moda hace siglos, sino también la idea de las relaciones a largo plazo. Resulta que cuando a tu especie se le da de pena engendrar hijos, el peregrinaje sexual y la búsqueda de una pareja reproductivamente compatible tiene prioridad sobre el romance. Aunque no creo que los vampiros hayan sido nunca particularmente románticos, la verdad—. ¿Quién se casa?

Mi padre suspira.

—Aún está por ver.

Nada de esto me gusta ni un pelo, aunque todavía no sé por qué. Noto un zumbido en los oídos y el instinto me dice que debería

largarme a la de ya, pero cuando me dispongo a levantarme, mi padre me dice:

—Teniendo en cuenta que decidiste vivir entre los humanos, debes de haber estado al tanto de las noticias.

—A veces —miento. Podríamos estar en guerra con Eurasia y a un tris de clonar unicornios y yo ni me habría enterado. He estado ocupada. Indagando. Buscando—. ¿Por?

—Los humanos han celebrado elecciones hace poco.

No tenía ni idea, pero asiento.

—Me pregunto cómo debe de ser eso. —Lo de tener una estructura de mando que no está constituida por un consejo inaccesible compuesto exclusivamente por miembros de un puñado de familias, que pasa de generación en generación como un juego de porcelana destartalado.

—No muy conveniente, ya que Arthur Davenport no ha sido reelegido.

—¿El gobernador Davenport? —La Ciudad se encuentra dividida entre la manada de licántropos de la zona y los vampiros, pero el resto de la región suroeste pertenece casi en exclusiva a los humanos. Durante las últimas décadas, han elegido al cretino de Arthur Davenport para que los represente y, que yo recuerde, sin demasiados titubeos—. ¿Y quién ha ganado las elecciones?

—Una mujer. Maddie García será la nueva gobernadora, y su mandato dará comienzo dentro de unos meses.

—¿Y a ti qué te parece? —Debe de tener una opinión al respecto. La colaboración entre mi padre y el gobernador Davenport es la fuerza que impulsa la amistosa relación que mantienen ambos pueblos.

Bueno, a lo mejor tildarla de amistosa es un poco exagerado. Por lo general, los humanos creen que tenemos unas ganas locas de dejar secos a sus animalitos e hipnotizar a sus seres queridos; los vampiros, por su parte, siguen pensando en su mayoría que los humanos son unos caraduras y unos irresponsables de cuidado, y que su mayor talento es procrear y llenar el mundo con más humanos. Salvo cuando se celebra algún que otro acto diplomático de lo más artificial, nuestras especies no suelen relacionarse mucho, pero llevamos bastante tiempo ya sin asesinarnos a sangre fría los unos a los otros y estamos aliados contra los licántropos. Hay que mirar el lado bueno, ¿no?

—No tengo opinión al respecto —me dice impasible—. Ni la tendré en un futuro próximo, ya que la señora García se ha negado a reunirse conmigo.

—Ah. —La señora García debe de ser más espabilada que yo.

—No obstante, mi tarea sigue siendo la de garantizar la seguridad de los míos. Y en cuanto el gobernador Davenport sea historia, puede que no solo tengamos que lidiar con el peligro constante al que estamos expuestos en la frontera sur por culpa de los licántropos, sino que también debamos enfrentarnos a una amenaza proveniente del norte. Por parte de los humanos.

—Dudo que busque jaleo, padre. —Me toqueteo el esmalte de uñas descascarillado—. Lo más probable es que deje la alianza tal y como está ahora y se limite a reducir todas esas chorradas ceremoniales…

—Su equipo nos ha comunicado que, en cuanto asuma el cargo, se deshará del programa de Garantías.

Me quedo tiesa. Y luego levanto la vista lentamente.

—¿Qué?

—Nos han solicitado formalmente que les devolvamos a la Garantía Humana. Y ellos nos devolverán a la chica que ahora ejerce de Garantía Vampírica…

—Al chico —lo corrijo de forma automática. No me siento las yemas de los dedos—. La Garantía Vampírica actual es un chico.

Me topé con él una vez. Tenía el pelo oscuro y cara de mala leche y cuando le pregunté si necesitaba ayuda para llevar la pila de libros con la que estaba cargando, me respondió: «No, gracias». A estas alturas puede que ya sea tan alto como yo.

—Sea chico o chica, el intercambio se producirá la semana que viene. Los humanos han decidido no esperar a que Maddie García tome posesión del cargo.

—No veo… —Trago saliva y me recompongo—. Es lo mejor. Era una costumbre absurda.

—Una costumbre que ha garantizado la paz entre los vampiros y los humanos durante más de cien años.

—A mí me parece un poco cruel —replico con calma— pedirle a un crío de ocho años que se mude él solo a territorio enemigo y que asuma el papel de rehén.

—«Rehén» es una palabra muy burda y simplista.

—Retenéis a un niño humano durante diez años, conscientes ambas partes de que, si los humanos incumplen los términos de la alianza, los vampiros asesinarán de inmediato al crío. También me parece bastante burdo y simplista.

Mi padre entorna los ojos.

—No es algo unilateral. —Su tono de voz se endurece—. Los humanos se quedan con uno de nuestros niños por la misma razón.

—Ya lo sé, padre. —Me inclino hacia delante—. Por si se te ha olvidado, yo fui la Garantía anterior.

Tampoco me extrañaría, pero no. Puede que no se acuerde de cómo intenté cogerle la mano mientras el sedán blindado nos conducía a la zona norte, ni de cómo me escondí tras el muslo de Vania cuando vi por primera vez los peculiares ojos de los humanos. Tal vez ignore lo que fue crecer con la certeza de que, si el acuerdo de paz entre ambos pueblos llegaba a su fin, los mismos custodios que me habían enseñado a montar en bici irrumpirían en mi habitación y me clavarían un cuchillo en el corazón. Quizá no le dé muchas vueltas al hecho de que obligó a su hija a ser la undécima Garantía, a ser durante diez años la prisionera de unas personas que odiaban a los de su especie.

Pero sí que se acuerda. Porque, por supuesto, la primera regla del programa es que las Garantías deben guardar una estrecha relación con aquellos que ostentan el poder. Con los que toman las decisiones relativas a asuntos de paz y guerra. Y el hecho de que Maddie García no quiera echar a los leones a un miembro de su familia en aras de la seguridad ciudadana solo hace que la respete más todavía. El chico que me sustituyó cuando cumplí los dieciocho es nieto de la consejera Ewing. Y cuando yo ejercía de Garantía Vampírica, mi contraparte humana era nieto del gobernador Davenport. A menudo me preguntaba si se sentía igual que yo: a veces enfadado y otras, resignado. Prescindible, sobre todo. Me encantaría saber si, ahora que han pasado los años, se lleva mejor con su familia que yo con la mía.

—¿Te acuerdas de Alexandra Boden? —El tono de mi padre vuelve a ser informal—. Sois de la misma quinta.

Me apoyo en el respaldo de la silla, en absoluto sorprendida por el repentino cambio de tema.

—¿Una chica pelirroja?

Asiente.

—Hace poco más de una semana, su hermano pequeño, Abel, cumplió los quince. Esa misma noche, él y tres amigos salieron a celebrarlo y acabaron cerca del río. Los críos de esa edad suelen tener muy poco sentido común, así que se retaron unos a otros a cruzarlo a nado, tocar la orilla situada en territorio licántropo y volver. Una demostración de coraje, por así decirlo.

No es que lo que le haya pasado al cabraloca del hermano de Alexandra Boden vaya a quitarme el sueño, pero la sangre se me hiela de todas formas. A todos los niños vampiro se les advierte sobre lo peligrosa que es la frontera sur. Todos sabemos dónde acaba nuestro territorio y comienza el de los licántropos antes de aprender a hablar. Y todos somos conscientes de que debemos mantenernos lo más alejados posible de ellos.

Salvo estos cuatro memos, claro está.

—Están muertos —murmuro.

Los labios de mi padre adoptan una expresión más parecida al fastidio que a la compasión.

—Se lo hubieran merecido, francamente. Al no hallar rastro de los críos, nos temimos lo peor, desde luego. El padre del chico, Ansel Boden, que está estrechamente vinculado con varias familias del consejo, quiso tomar represalias. Alegó que la desaparición de los chavales era motivo suficiente para atacar. Se le recordó que el bienestar de la mayoría del pueblo está por encima del de un único individuo: el principio básico en el que se sustenta la sociedad vampírica. La tasa de natalidad ha caído a niveles históricos y corremos el riesgo de extinguirnos. No es momento de fomentar el enfrentamiento. Y, aun así, en un despliegue impropio de debilidad, siguió suplicándonos.

—Claro, menuda jeta, cómo se atreve a llorar la pérdida de su hijo.

Mi padre me lanza una mirada de reproche.

—Debido a su relación con el consejo, estuvo a punto de salirse con la suya. La semana pasada, sin ir más lejos, mientras tú jugabas a ser humana, a nosotros nos faltó un pelo para vernos envueltos en una guerra entre especies; hacía un siglo que la cosa no se ponía tan fea. Y luego, dos días después del disparatado numerito… —Mi padre se pone en pie. Rodea la mesa y acto seguido se apoya en el borde. Es la viva imagen de la parsimonia—. Los chicos aparecieron. Sin un rasguño.

Parpadeo, una costumbre que adquirí mientras fingía ser humana.

—¿Sus cadáveres, dices?

—Están vivos. Aunque se llevaron un buen susto, eso sí. Unos guardias licántropos los interrogaron: al principio los tomaron por espías y luego por unos gamberros, aunque finalmente los dejaron marchar sanos y salvos.

—¿Cómo es posible? —Me vienen a la cabeza media docena de incidentes ocurridos durante los últimos veinte años en los que se vulneraron las fronteras: lo que quedó de los infractores fue devuelto en cachitos. Es más común que suceda a las afueras de la ciudad, en las zonas forestales desmilitarizadas. No obstante, los licántropos jamás han mostrado piedad alguna con los nuestros, ni nosotros con ellos, lo que significa…—. ¿Qué ha cambiado?

—Una pregunta excelente. Verás, la mayoría del consejo dio por hecho que Roscoe se había ablandado por la edad. —Roscoe. El alfa de la manada del suroeste. Mi padre lleva mencionándolo desde que era pequeña—. Pero yo me reuní con él una vez. Solo una: siempre

dejó muy clara su falta de interés por la diplomacia y los hombres como él son huesos duros de roer. Con el tiempo se vuelven cada vez más inflexibles. —Se gira hacia la ventana—. Los licántropos siguen siendo tan reservados como siempre en cuanto a su organización social, aunque nos las hemos apañado para obtener información. Tras llevar a cabo algunas pesquisas, hemos descubierto…

—Que se ha producido un cambio en su estructura jerárquica.

—Muy bien. —Parece satisfecho, como si yo fuera su alumna y hubiera exhibido un dominio sobresaliente de la lógica—. Quizá debería haberte nombrado a ti sucesora. Owen se ha mostrado poco dispuesto a desempeñar el papel; parece más interesado en socializar.

Agito la mano.

—Fijo que cuando te jubiles dejará las juergas con los ricachones de sus amigos y se convertirá en el político ideal que siempre has soñado. —*Ni de coña*—. Los licántropos. ¿Qué ha cambiado?

—Al parecer, hace unos meses, alguien… *desafió* a Roscoe.

—¿Cómo que lo desafió?

—Su sistema de traspaso de poderes no es particularmente sofisticado. Al fin y al cabo, están emparentados con los perros. Basta decir que Roscoe está muerto.

Evito señalar que nuestras oligarquías dinásticas y hereditarias parecen ser aún más primitivas y que a todo el mundo le gustan los perros.

—¿Conoces al nuevo alfa?

—Después de que los chicos volvieran sanos y salvos, solicité una reunión con él. Para mi sorpresa, aceptó.

—¿En serio? —Me joroba que el asunto me intrigue tanto—. ¿Y?

—Tenía curiosidad, la verdad. La compasión no es siempre una señal de debilidad, aunque puede serlo. —Aparta la mirada de pronto y la dirige a un cuadro de la pared oriental: un sencillo lienzo pintado de un intenso color púrpura en recuerdo de la sangre derramada durante el Áster. Casi todos los espacios públicos cuentan con obras de arte similares—. Y de la debilidad nace la traición, Misery.

—¿Eso crees? —Siempre he pensado que la traición no era más que eso, pero qué sabré yo.

—El nuevo alfa no es débil. Al contrario, es… —Mi padre se retrae —. Otra cosa. Algo nuevo. —Posa la mirada en mí, expectante, paciente, y yo niego con la cabeza, porque no se me ocurre qué razón podría tener para contarme todo esto. Dónde entro yo en juego.

Hasta que una idea se abre camino en mi mente.

—¿Por qué has mencionado lo de la boda? —pregunto sin molestarme en disimular el recelo.

Mi padre asiente. Debo de haber hecho la pregunta que toca, porque no me responde.

—Al crecer entre los humanos, no gozaste de una educación vampírica, así que puede que no estés al tanto de los detalles relativos a nuestro conflicto con los licántropos. Sí, llevamos siglos enfrentados, pero también ha habido intentos de diálogo. A lo largo de la historia, ha habido cinco matrimonios interespecie entre ellos y nosotros, durante los cuales no se registró ninguna escaramuza fronteriza ni se produjeron muertes de vampiros a manos de los licántropos. El último fue hace dos siglos: un matrimonio entre un vampiro y una licántropa que duró quince años. Cuando ella murió, se concertó otro enlace, pero este no terminó bien.

—El Áster.

—Efectivamente. —La sexta ceremonia matrimonial acabó en masacre cuando los licántropos atacaron a los vampiros, quienes, tras décadas de paz, se habían vuelto demasiado confiados y cometieron el error de acudir a la boda prácticamente desarmados. Entre la superioridad física de los licántropos y el elemento sorpresa, fue un baño de sangre. Nuestra, en su mayor parte. Púrpura con alguna que otra salpicadura verde, igual que un áster—. No sabemos por qué los licántropos decidieron volverse contra nosotros, pero desde que la relación quedó rota de forma irreparable, ha habido algo que no ha cambiado: nosotros hemos estado aliados con los humanos, pero los licántropos no. Hay diez licántropos por cada vampiro, y centenares de humanos por ambas especies juntas. Sí, puede que los humanos carezcan de nuestras habilidades y de la velocidad y la fuerza de los licántropos, pero cuando una especie es tan numerosa, hay que andarse con ojo. Tenerlos de nuestro lado resultaba… tranquilizador. —Mi padre aprieta la mandíbula. Y luego, tras un prolongado instante, vuelve a relajarla—. Seguro que entiendes por qué me preocupa la negativa de Maddie García a reunirse conmigo. Sobre todo teniendo en cuenta su relativa cordialidad con los licántropos.

Abro los ojos de par en par. Puede que no esté al tanto de todo lo que se cuece en el panorama cultural humano, pero no me imaginaba que establecer relaciones diplomáticas con los licántropos formara parte de su lista de objetivos políticos de este año. Que yo sepa, ambas especies se han ignorado siempre, algo que no ha resultado demasiado complicado, puesto que no comparten fronteras importantes.

—Los humanos y los licántropos han entablado conversaciones diplomáticas.

—Exacto.

Sigo sin estar convencida.

—¿Te lo dijo el alfa cuando os reunisteis?

—No, esta información nos ha llegado a través de otra fuente. El alfa me dijo otras cosas.

—¿Como qué?

—Es joven. Tiene más o menos tu edad y está hecho de otra pasta. Puede que sea tan salvaje como Roscoe, pero es más abierto de miras. Cree que la paz es posible. Que las tres especies deberíamos cultivar alianzas entre nosotras.

Lanzo una risotada.

—Pues le deseo suerte.

Mi padre ladea la cabeza y clava la mirada en mí, evaluándome.

—¿Sabes por qué te elegí a ti como Garantía en vez de a tu hermano?

Ay, no. No estoy de humor para esta conversación.

—¿Lo echaste a suertes?

—Eras una niña de lo más peculiar, Misery. No te interesaba lo que sucedía a tu alrededor, te encerrabas en ti misma. Eras muy reservada y costaba llegar hasta ti. Los demás niños intentaban hacerse amigos tuyos, pero tú te empeñabas en no hacerles ni caso…

—Los demás niños sabían que sería yo la que acabaría viviendo con los humanos y empezaron a llamarme «traidora desdentada» en cuanto aprendieron a hablar. ¿O no te acuerdas de cuando tenía siete años y los hijos de tus coleguitas consejeros me robaron la ropa y me echaron a la calle al mediodía para que me friese al sol? Fueron los mismos que me repudiaron y me pusieron a caldo cuando volví diez años después, tras ejercer de Garantía para que ellos pudieran vivir tranquilos, así que no… —Exhalo lentamente y me recuerdo a mí misma que no pasa nada. Que estoy bien y no me pueden hacer daño. Tengo veinticinco años, un carné humano falso, un piso, un gato (que te den, Serena), un… Vale, lo más seguro es que me haya quedado sin trabajo, pero no tardaré en encontrar otro, uno con un cien por cien menos de Pierces. Tengo amigos. Bueno, *una* amiga. Creo.

Y, sobre todo, he aprendido a que absolutamente todo me resbale.

—La boda esa que has mencionado. ¿De quién es?

Mi padre aprieta los labios. Transcurren varios segundos antes de que retome la palabra.

—Cuando un licántropo y un vampiro se colocan frente a frente, lo único que ven es…

—El Áster. —Bajo la mirada hasta el móvil, impaciente—. Tres minutos y cuarenta y siete segundos…

—Ven la boda que debería haber facilitado la paz entre ambas especies, pero que acabó en masacre. Los licántropos son animales y

siempre lo serán, pero estamos al borde de la extinción y debemos tener en cuenta el bienestar de la mayoría. Si dejamos que los humanos y los licántropos formen una alianza sin nosotros, podrían borrarnos del mapa por completo y…

—Madre de Dios. —De pronto me doy cuenta del absurdo y disparatado punto al que se dirige la conversación, y me tapo los ojos —. Estás de coña, ¿no?

—Misery.

—No. —Dejo escapar una risa—. Tú… *Padre, no podemos librarnos de la guerra con una boda*. —No sé por qué me he pasado a la lengua, pero lo dejo descolocado. Y tal vez sea algo bueno, tal vez sea justo lo que necesita. Un momento para reflexionar con calma acerca de este despropósito—. ¿Quién iba a aceptar semejante locura?

Me mira de forma tan elocuente que no hace falta que diga nada. Porque sé la respuesta.

Y me echo a reír.

Solo me río a carcajadas con Serena, lo que significa que debe de haber pasado más de un mes desde la última vez. El cerebro casi se me descoyunta del susto al oír los nuevos y misteriosos sonidos que producen mis cuerdas vocales.

—¿Te ha dado por beber sangre podrida? Porque tienes ideas de chalado.

—*Lo que tengo es la responsabilidad de velar por el bien común, y el bien común equivale al crecimiento de nuestro pueblo*. —Mi reacción parece haberlo ofendido un poco, pero no puedo evitar que la risa me trepe por la garganta—. Sería un trabajo, Misery. Remunerado.

Esto es… Joder, es para partirse. Y un disparate.

—No vas a convencerme por mucha pasta que… ¿Me pagarías diez mil millones de dólares?

—No.

—Bueno, pues no conseguirás convencerme de que me case con un licántropo por *menos* de eso.

—Económicamente hablando, tendrás la vida solucionada. Ya sabes que el consejo tiene mucho dinero. Además, nadie espera que sea un matrimonio de verdad. Solo estaríais casados sobre el papel. Permanecerás en su territorio únicamente durante un año, lo que transmitirá la idea de que los vampiros no tienen nada que temer de los licántropos y…

—Pero es que eso *no* es verdad. —Me pongo en pie de golpe y empiezo a alejarme de él mientras me masajeo la sien—. ¿Por qué me lo pides a mí? No me creo que yo sea vuestra primera opción.

—No lo eres —dice sin rodeos. Tiene muchos defectos, pero la falta

de sinceridad no es uno de ellos—. Ni tampoco la segunda. El consejo coincide en que debemos actuar y varios de los miembros han ofrecido a sus parientes. La hija del consejero Essen había accedido en un principio, pero cambió de parecer…

—Madre mía. —Dejo de pasearme de un lado a otro—. Estáis tratando el asunto como si fuera un intercambio de Garantías.

—Pues claro, igual que los licántropos. El alfa nos entregará a uno de los suyos, alguien que sea importante para él. Permanecerá con nosotros mientras tú estés allí. Así garantizaremos la seguridad de ambos.

Es un despropósito. Es un puto despropósito.

Tomo aire para tranquilizarme.

—Bueno, pues… —*Creo que se os ha ido la olla a todos y que la boda va a acabar siendo una carnicería y, además, me parece increíble que tengas el morro de pedírmelo a mí*—. Es un honor que al final os viniera mi nombre a la cabeza, pero no, gracias.

—Misery.

Me acerco a la mesa para coger el móvil —queda un minuto y trece segundos— y, durante un instante, estoy tan cerca de mi padre que noto el ritmo de su sangre en mis huesos. Lento, constante y dolorosamente familiar.

Los latidos del corazón son como las huellas dactilares: únicos, inconfundibles, la forma más sencilla de distinguir a las personas. Los de mi padre palpitaron contra mi piel el día en que nací, ya que él fue la primera persona que me cogió en brazos, la primera persona que me cuidó, la primera persona que me conoció.

Y que después se lavó las manos.

—No —le digo. A él. A mí.

—La muerte de Roscoe nos brinda una oportunidad.

—La muerte de Roscoe fue un asesinato —señalo sin alterarme—. Que cometió el hombre con el que pretendes que me case.

—¿Sabes cuántos niños vampiro han nacido este año en el suroeste?

—Me trae sin cuidado.

—Menos de trescientos. Si los humanos y los licántropos unen fuerzas para arrebatarnos nuestro territorio, nos exterminarán. El bienestar de la mayoría…

—Es una causa con la que ya he contribuido, y nadie me ha mostrado demasiada gratitud, que digamos. —Lo miro directamente a los ojos. Me meto el móvil en el bolsillo con determinación—. Ya he hecho bastante. Tengo mi vida y voy a seguir con ella.

—¿Seguro?

Me detengo mientras estoy dándome la vuelta.

—¿Perdona?

—¿Seguro que tienes vida, Misery? —Me mira a los ojos cuando pronuncia las palabras, de forma deliberada, con cuidado, como si me hubiera acercado un arma afilada a pocos milímetros del cuello.

«Necesito saber que te importa algo más que yo en esta puta vida, Misery, sea lo que sea.»

Aparto el recuerdo de la mente y trago saliva.

—A ver si tienes más suerte con la próxima a la que se lo pidas.

—Te sientes rechazada entre los tuyos. Esto podría hacer que te vieran de otra manera.

Una oleada de ira me recorre de arriba abajo.

—Creo que de momento paso, padre. Al menos hasta que consigan que *yo* los vea a ellos de otra manera. —Retrocedo unos pasos y agito la mano alegremente—. Me marcho.

—Aún no han pasado los diez minutos.

Mi móvil suena en ese preciso momento.

—Mira, por hablar. —Le dedico una sonrisa. Si mis colmillos romos le molestan, que se joda—. Te garantizo que por muchos minutos más que te diera, la conversación acabaría del mismo modo.

—Misery. —Su tono desprende cierto matiz suplicante, lo que me resulta casi divertido.

Ay, qué penita más grande.

—Nos vemos dentro de… ¿siete años? O cuando se te ocurra otra idea peregrina, decidas que la clave para lograr la paz es montar una estafa piramidal con los licántropos e intentes encasquetarme pastillas para adelgazar. Pero pídele a Vania que venga a buscarme a casa, no veas lo que me joroba tener que actualizarme el currículum.

Me vuelvo y cojo el pomo de la puerta.

—No habrá otra oportunidad dentro de siete años, Misery.

Pongo los ojos en blanco y abro la puerta.

—Adiós, padre.

—Moreland es el primer alfa que…

Doy un portazo *sin* haber salido del despacho y me vuelvo de nuevo hacia mi padre. El corazón se me ralentiza hasta casi detenerse.

—¿Qué acabas de decir?

Se aparta del escritorio con una expresión confundida en el rostro y algo que podría ser esperanza.

—Ningún otro alfa…

—El nombre. Has dicho un nombre. ¿Quién…?

—¿Moreland? —repite.

—Su nombre de pila, ¿cómo se llama?

Mi padre entorna los ojos, receloso, pero tras unos segundos dice:

—Lowe. Lowe Moreland.

Bajo la mirada al suelo, que parece sacudirse, y luego la levanto hacia el techo. Inspiro profundamente unas cuantas veces, cada bocanada más lenta que la anterior, y acto seguido me paso una mano temblorosa por el pelo, como si el brazo me pesara un quintal.

Me pregunto si el vestido azul que llevé para la graduación de Serena sería demasiado informal para una ceremonia de boda entre especies, porque sí…

Me da a mí que voy a casarme.

CAPÍTULO 2

Él antes pensaba que los ojos de todos los vampiros eran iguales. Puede que se equivocara.

La actualidad

—Menudo desatino. ¿Qué padre que se precie llamaría a su hija Misery?

No me considero una persona sensible. Normalmente, no me parece mal que la gente insinúe que soy una vergüenza para mi familia o mi especie, pero sí que pido una cosa: que no me lo restrieguen por la jeta.

Pero aquí estoy. Con el gobernador Davenport. Con los codos apoyados en el balcón que da al patio donde acabo de casarme. Reprimiendo un suspiro antes de aclarar:

—El consejo.

—¿Disculpe?

Determinar el grado de embriaguez de los humanos nunca es tarea fácil, pero estoy bastante segura de que el gobernador va pedo.

—Me ha preguntado que quién me puso el nombre. El consejo.

—¿No fueron sus padres?

Niego con la cabeza.

—La cosa no va así.

—Ah. ¿Hay… rituales mágicos de por medio? ¿Altares ceremoniales? ¿Videntes?

Típico de los humanos: suponer que todo lo que les es ajeno debe de tener relación con lo paranormal y lo arcano. No hacen más que alimentar sus mitos y leyendas, en las que los vampiros y los licántropos son criaturas mágicas capaces de echar maldiciones y llevar a cabo actos místicos. Nos creen capaces de ver el futuro, de volar, de volvernos invisibles. Como somos diferentes, piensan que nuestra existencia se rige por fuerzas sobrenaturales y no por lo mismo que se rige la suya: la biología.

Y puede que un par de leyes termodinámicas.

Serena también era así cuando nos conocimos.

—¿Entonces los crucifijos no te achicharran? —me preguntó un par de semanas después de que empezásemos a vivir juntas, tras no lograr convencerla de que el líquido rojo y viscoso que guardaba en la nevera era zumo de tomate.

—Solo si están supercalientes.

—Pero sí que odiáis el ajo, ¿no?

Me encojo de hombros.

—La verdad es que no solemos comer comida, así que… ¿supongo?

—¿Y a cuántas personas has matado?

—A ninguna —le dije horrorizada—. ¿A cuántas has matado *tú?*

—Oye, que yo soy *humana*.

—Los humanos no hacen más que matar.

—Sí, pero de forma indirecta. La gente la palma porque el seguro médico cuesta un riñón o porque nos empeñamos en no aprobar medidas de control de armas. Vosotros nos dejáis secos para alimentaros.

Resoplé.

—Beber directamente de alguien es asqueroso y ninguno lo hacemos. —No era del todo cierto, pero en aquel momento ignoraba por qué. Solo sabía que unos años antes Owen y yo habíamos entrado en la biblioteca y nos habíamos encontrado a nuestro padre amorrado al cuello de la consejera Selamio. Owen, que estaba más espabilado que yo y no era un apestado social, me había tapado los ojos con la mano y había insistido en que el trauma iba a afectar a nuestro desarrollo. Aunque nunca me explicó la razón—. Además, disponemos de bancos de sangre para no tener que hacer daño a los humanos. —No estaba del todo segura de si era por eso o por el hecho de que matar a alguien era un engorro, ya que había que usar la fuerza bruta y enterrar el cadáver, por no mencionar que existía la posibilidad de que la policía humana se presentase en nuestra casa en pleno día, cuando lo único que queremos es acurrucarnos en un espacio oscuro.

—¿Y todo ese rollo de la invitación?

—¿La qué?

—Para entrar en algún sitio os tienen que invitar, ¿no? —Negué con la cabeza, y me repateó un montón ver su cara de decepción. Serena era graciosa, directa y un poco rara, pero de un modo que la hacía parecer guay y cercana al mismo tiempo. Yo tenía diez años y ya me caía mejor que nadie a quien hubiera conocido—. ¿Puedes leerme la mente, al menos? ¿En qué estoy pensando?

—Em… —Me rasqué la nariz—. ¿En ese libro que te gusta? El de

las brujas.

—No se vale, siempre pienso en ese libro. ¿En qué *número* estoy pensando?

—Eh… ¿en el siete?

Ahogó un grito.

—¡Misery!

—¿He acertado?

Toma ya.

—¡No! Estaba pensando en el trescientos cincuenta y seis. ¿Qué más es mentira?

La cuestión es que, aunque los humanos, los vampiros y los licántropos seamos especies diferentes, estamos estrechamente emparentados. Lo que nos diferencia no tiene tanto que ver con lo sobrenatural como con las mutaciones genéticas espontáneas que se han producido a lo largo de miles de años. Y, claro está, con los valores genotípicos que desarrollamos como respuesta. La pérdida de una base púrica por aquí, el desplazamiento de un átomo de hidrógeno por allá y… tachán: los vampiros acaban alimentándose en exclusiva de la sangre, no pueden ni ver el sol y la posibilidad de la extinción los trae por el camino de la amargura. Los licántropos, por su parte, son más rápidos, más fuertes, más peludos (digo yo) y superfans de la violencia, pero ninguno de nosotros podemos sacar la varita mágica y hacer levitar una maleta de treinta kilos hasta el compartimiento superior ni adivinar los números de la lotería… ni convertirnos en murciélagos.

Al menos los vampiros no podemos. Tampoco sé lo bastante de los licántropos como para indignarme por ellos.

—Nada de rituales —le digo al gobernador—. Solo un Consejo de lo más metomentodo. Nadie quiere que se junten cinco Madysons en la misma clase. —Guardo silencio un instante—. Además, me pegaba bastante, ya que mandé a mi madre al otro barrio.

Vacila, sin saber muy bien cómo reaccionar, y acto seguido deja escapar una risita nerviosa.

—Ah. Bueno. Aun así, es un nombre bastante… —Mira a su alrededor, como intentando dar con la palabra justa.

Ya, cómo no.

—¿Miserable?

Pone los dedos en forma de pistola y me apunta, y yo me estremezco, aunque no sé si porque lo odio o porque empieza a hacer demasiado frío para mi constitución vampírica y solo llevo puesto un mono de encaje.

Hay que hacer una gimnasia mental considerable para poder

calificar esta reunión de «fiesta». Transcurrida una hora más o menos, decidí que ya estaba harta. Si mi marido —mi *marido,* el mismo que había estado a un tris de darme matarile en nuestro encantador altar conyugal porque apesto— podía largarse por ahí a hablar de asuntos importantes con mi padre, yo también podía escaquearme.

Subí hasta un balcón para estar a solas, pero, por desgracia, al gobernador se le ocurrió la misma idea y apareció con un copazo hasta arriba de alcohol. Decidió quedarse conmigo —una faena— y parece emperrado en darme conversación —un putadón de proporciones épicas—. No deja de desviar la mirada hacia la mesa de Maddie García, como si intentara fulminarla y quitársela de encima antes de que tome posesión del cargo el mes que viene. Probablemente yo también debería guardarle rencor a la futura gobernadora, ya que esta farsa de matrimonio ha tenido que celebrarse por su culpa, pero me flipa la maestría con la que ha estado evitando a mi padre. Está claro que es una mujer inteligente. A diferencia del mamarracho incompetente que tengo al lado.

—Qué valiente es, señorita Lark —me dice dándome una palmadita en el hombro. No debe de haberle llegado la circular: los vampiros evitamos el contacto físico—. *Muy* valiente, teniendo en cuenta lo peligroso de la situación.

—Hmm.

La recepción está yendo tan catastróficamente mal como cabría esperar. Los licántropos y los vampiros están sentados en extremos opuestos de la estancia, intercambiando miradas hostiles mientras la violista más ignorada del mundo le da caña a Rachmaninoff. Pese al ambiente de mierda, los licántropos y los pocos humanos que se cuentan entre los invitados intentan hacer de tripas corazón y comerse los platos que ha preparado un reputado chef. *«Es asqueroso»,* le escuché decir en la lengua a la hija del consejero Ross mientras me escabullía hasta el balcón. *«Son unos puñeteros salvajes. Se alimentan, cagan y follan en público.»* Evité señalar que a lo primero se le llama «comer» y que los últimos están considerados delitos en la sociedad humana. Menos mal que conseguí explicarle a la organizadora de la boda que los vampiros no echamos ningún «traguito de sangre» en las fiestas, que para nosotros alimentarse es un acto íntimo que se lleva a cabo en privado y nunca como actividad de ocio, y que no, servir cócteles de sangre con sombrillitas no sería «una idea superguay». Cuando me preguntó: «¿Y qué harán los vampiros mientras los licántropos comen?», yo aventuré: «¿Fulminarlos con la mirada?». Y vaya si tenía razón.

—Extremadamente valiente, ya lo creo. —El gobernador da otro

trago—. Ha llevado una vida de lo más interesante. Una vampira criada entre humanos. La famosa Garantía. Me parece a mí que los licántropos tienen *dos* razones para odiarla.

Me paso la lengua de forma distraída por los colmillos, que han vuelto a crecerme, y me pregunto si se desatará una pelea. El odio que invade la estancia es denso y sofocante. Los guardias humanos andan también de los nervios, dispuestos a atacar, contener y defender a la primera de cambio. Una ráfaga de aire podría hacer estallar toda la tensión acumulada en el ambiente.

—Aunque, por otra parte, Moreland también ha sacrificado mucho para que se lleve a cabo el acuerdo. La chica que han enviado ellos como Garantía… La hija del consejero a cambio de la compañera del alfa. Resulta casi poético, ¿no?

Vuelvo la cabeza de golpe.

—¿La qué del alfa?

—Ah, no tendría que haberla mencionado. Es un secreto, desde luego, pero… —Suelta una risotada e inclina su copa hacia mí.

—¿Ha dicho «compañera»? ¿Se refiere a su cónyuge o algo así?

—No se me permite desvelar dicha información, señorita Lark. ¿O debería decir señora Moreland?

—Mierda —murmuro en voz baja, frotándome el puente de la nariz.

¿Acaso Moreland estaba casado? Si es así, no quiero ni imaginarme lo cabreado que tiene que estar por haber acabado atado *a mí* mientras su mujer se encuentra en territorio enemigo, a un paso del matadero. ¿Igual por eso ha perdido antes los estribos?

Bueno, y porque al parecer huelo a huevos podridos.

Oye, pues que se aguante, me digo mientras me aparto de la barandilla. Lo del matrimonio ha sido idea de él y de mi padre. La única que se ha visto involucrada en todo este embolado sin comerlo ni beberlo soy yo. Espero que lo tenga en cuenta y que no lo pague conmigo.

—Me alegro de haber charlado con usted, gobernador —miento mientras me despido con la mano.

—Si al final decide cambiárselo, deme un toque al despacho. —Hace el gesto ese que usa la gente mayor para fingir que hablan por teléfono—. Agilizaré los trámites.

—¿Cómo dice?

—El apellido.

—Ah. Sí, gracias.

Me dirijo hacia las escaleras para ir a buscar a Owen. Creo que antes lo he visto charlando con el consejero Cintron; marujeando, más

bien, cosa que se le da de maravilla. Seguro que podrá averiguar algo más sobre el asunto de la «compañera». Lo más probable es que estuviera ya al tanto pero que no dijera nada porque la idea de ver a esa pobre mujer irrumpir en plena ceremonia para protestar le pareciera *graciosísima*. Y, ya de paso, seguro que le apetecía presenciar cómo una loba rabiosa me abría en canal delante de la flor y nata de la sociedad vampírica por ser una destrozahogares.

—… jamás había oído nada semejante.

Me detengo de golpe porque…

Mi marido.

Mi marido está al pie de las escaleras.

Se ha deshecho de la chaqueta y se ha arremangado la camisa blanca. Hay otras dos personas con él: un licántropo de barba pelirroja, el padrino, si no me equivoco; y otro más mayor y de pelo cano con una profunda cicatriz blanca en el cuello. Todos están muy serios y Moreland se ha cruzado de brazos.

No es la primera vez que me topo con una escena así: un hombre poderoso debatiendo asuntos de máxima importancia con gente de confianza. Lo he presenciado muchas veces con mi padre. Lo último que me apetece es pasar por al lado, pero la alternativa es casi igual de horrible: retomar la conversación con el gobernador. Aun así, estoy dispuesta a dar media vuelta y seguir escuchándolo echar pestes de mi nombre de pila hasta que:

—… las consecuencias si de verdad es *ella* —prosigue el padrino.

Es el *ella* lo que hace que me detenga en seco, porque parece que estén refiriéndose a…

Moreland aprieta los labios. Tensa la mandíbula y dice algo, pero habla en voz más baja y grave que sus acompañantes. No consigo distinguir las palabras por culpa del ruido de fondo.

—Debes de haberte confundido. Es imposible que sea tu… —La melodía de los instrumentos de cuerda se acrecienta y yo bajo un escalón.

Veo que Lowe tensa su ancha espalda. Temo que me haya oído, pero no se da la vuelta, y me quedo más tranquila cuando dice:

—¿Crees que cometería un error semejante?

El hombre más mayor se queda paralizado y, acto seguido, agacha la cabeza.

—Desde luego que no, alfa.

—Hay que cambiar de plan, Lowe. —Ahora es el pelirrojo quien habla—. Busquémosle otro alojamiento. No deberías vivir con… —Se produce un alboroto en el salón y los tres vuelven la cabeza en dirección al ruido. Yo hago lo propio y entonces se me encoge el

estómago.

Dos niños se han puesto a berrear a no mucha distancia. Son muy pequeños, uno tiene la piel oscura y la mirada violeta, y el otro es de tez clara y de ojos azules. Un vampiro y un licántropo. En el suelo, entre ambos, hay un superhéroe de juguete de color azul oscuro partido en dos. Junto a ellos, agarrando a sus respectivos hijos, se encuentran un padre vampiro y una madre licántropa, quienes, por alguna razón que no alcanzo a comprender, pensaron que traerse a sus hijos aquí era buena idea, y están ahora enseñándose los colmillos. Gruñendo. Captando la atención de los demás invitados, que empiezan a congregarse alrededor de forma protectora. O puede que agresiva.

La música cesa cuando las exclamaciones angustiadas se extienden por la estancia. Un grupito de gente rodea a los niños y, por si no fuera ya bastante complicada la situación, los guardias humanos se acercan, desenfundando las armas. El corazón me palpita débilmente mientras la tensión se incrementa cada vez más; es el comienzo de otra masacre que pasará a los anales de la historia…

—Toma.

Lowe Moreland se arrodilla entre los niños y la estancia se sume en un silencio ensordecedor. El padre del niño vampiro, que, según advierto ahora, es el consejero Sexton, se coloca delante de su hijo, enseñando los largos caninos.

—No pasa nada —dice Moreland. Está calmado y tiene un tono tranquilizador. No se dirige al padre, sino al niño. Le tiende el muñeco intacto; no estaba roto, después de todo.

El niño vacila. Y entonces saca la mano de entre las rodillas de su padre y coge el juguete con una gran sonrisa.

Algunos de los invitados suspiran de alivio. Pero yo no. Todavía no.

—¿Tienes algo que decir? —le pregunta Moreland esta vez al niño licántropo. Este parpadea varias veces antes de bajar la mirada al suelo con un mohín.

—Perdón —murmura sin pronunciar bien del todo la «r». Parece a punto de echarse a llorar, pero acaba profiriendo una carcajada cuando Moreland le alborota el pelo, lo levanta del suelo y se lo coloca bajo el brazo como si fuera una pelota de fútbol. Se da la vuelta, dándoles la espalda al grupo de vampiros congregados en torno a los Sexton, y lleva al pequeño licántropo a su mesa.

Y así, como si nada, la tensión disminuye. Los vampiros y los licántropos regresan a sus asientos con alguna que otra mirada recelosa y la música se reanuda. Mi marido vuelve al pie de las escaleras sin levantar la mirada ni reparar en mi presencia y yo dejo escapar por fin el aliento que estaba conteniendo.

—Asegúrate de que no vuelva a pasar. Y díselo también a los demás —les ordena en voz baja al pelirrojo y al licántropo más mayor, que asienten y van a mezclarse con los invitados. Moreland suspira y yo espero unos segundos, con la esperanza de que se una a ellos y me deje vía libre.

Sigo esperando.

Pasa lo que parece ser un minuto.

Un minuto y varios segundos más…

—Sé que estás ahí —dice sin mirar a nadie en particular. No tengo ni idea de a quién se dirige hasta que añade—: Baja, señorita Lark.

Ah.

Vale.

Menudo bochorno.

Nos separan unos diez escalones y siento tanta vergüenza que creo que sería capaz de hacerme una bolita y bajar rodando, pero nuestras especies llevan siendo enemigas mortales desde antes de que se inventara la electricidad, lo que complica aún más la situación. Total, ¿quién no ha escuchado alguna vez a escondidas a sus adversarios?

—A tu ritmo —añade de forma irónica.

Dado el… incidente de hace un par de horas, no acabo de ver muy claro lo de acercarme a él, aunque a lo mejor la cosa no es tan grave: cuando llego a su lado, las fosas nasales se le dilatan y un músculo se le crispa en la mandíbula, pero eso es todo. Moreland no desvía la vista hacia mí ni parece tener demasiadas ganas de hacerme trizas.

Es un avance.

Aun así, no sé ni qué decir. Hasta ahora solo hemos intercambiado votos matrimoniales que ninguno de los dos piensa cumplir y un par de comentarios sobre mi olor corporal.

—Puedes llamarme Misery.

Permanece en silencio unos instantes.

—Sí, probablemente debería.

Nos quedamos callados. Al fondo del patio, parece estar a punto de estallar otro jaleo entre un licántropo y un vampiro, pero una licántropa a la que me suena haber visto de pie junto al altar interviene de inmediato y calma los ánimos.

—¿Va a liarse otra vez? —pregunto.

Moreland niega con la cabeza.

—Solo es un imbécil que ha bebido demasiado.

—Espero que no de un licántropo.

Me arrepiento de pronunciar esas palabras en cuanto abandonan mis labios. No suelo decir chorradas cuando estoy nerviosa porque de normal no me pongo nerviosa. Cuando una ejerce de Garantía durante

una década aprende un huevo de estrategias para manejar la ansiedad. Y aun así…

—¿Acabas de hacer una broma sobre uno de los *tuyos* dejando seco a uno de los *míos?*

Cierro los ojos. La muerte sería un regalo ahora mismo. La recibiría con los brazos abiertos.

—Ha sido de muy mal gusto. Lo siento.

Levanto la vista y ahí están. Esos inquietantes, misteriosos y preciosos ojos que resplandecen en la penumbra, de un verde estremecedor que roza lo salvaje. Me pregunto si me acostumbraré a ellos. Si dentro de un año, cuando el acuerdo llegue a su fin, me seguirán pareciendo extrañamente encantadores.

Me pregunto lo que pensó Serena cuando los vio por primera vez.

—Están esperándonos —dice Moreland con sequedad. Mi disculpa permanece flotando en el aire, sin que él la acepte o la rechace.

—¿Quiénes?

Señala a la orquesta. La violista levanta el arco durante un instante y, entonces, la música cambia. Ya no suena Rachmaninoff, sino una versión lenta e instrumental de una canción pop que he escuchado alguna vez en el súper. ¿Moreland le dio el visto bueno? Fijo que la organizadora de la boda la ha colado de extranjis.

—El baile nupcial —explica tendiéndome la mano.

Su tono de voz es profundo, certero y frugal. Es un hombre que está acostumbrado a dar órdenes y a que estas se cumplan. Contemplo sus largos dedos, recordando cómo se cerraron en torno a mi brazo. Aquel instante de miedo. No suelo *sentir* demasiadas cosas, pero cuando lo hago…

—Misery —dice con un deje de impaciencia en la voz y, en sus labios, mi nombre suena como si fuera otra palabra.

Le cojo la mano, que envuelve la mía por completo. Lo sigo a la pista de baile. Durante la ceremonia no hubo ningún fotógrafo, pero ahora veo a un par. Cuando llegamos al centro del salón, Moreland me apoya la palma en la espalda, donde el mono se abre y forma un escote. Me recorre la muñeca brevemente con los dedos, rozándome las marcas, y, acto seguido, los cierra en torno a los míos. Comenzamos a mecernos al son de un exiguo y poco entusiasta aplauso.

Nunca antes he bailado una pieza lenta, pero no resulta demasiado complicado. Tal vez porque mi pareja está encargándose de la mayor parte del trabajo.

—Bueno, ¿qué? —Levanto la vista e intento entablar conversación. Con estos zapatos mido 1,80, pero este tío sigue siendo más alto—.

¿Huelo a cloaca o algo así? —No debe de resultarle fácil estar tan cerca de mí.

Se pone rígido. Y luego se relaja. Creo que no va a contestarme hasta que oigo un lacónico:

—O algo así.

Me encantaría empatizar con él, pero los vampiros no asimilamos los olores igual que otras especies. Serena solía ponerse poética al describir las fragancias de las flores con las que nos topábamos, y siempre le chocaba que yo no fuera capaz de distinguirlas. Pero las plantas carecen de toda importancia para nosotros y a mí me resultaba igual de sorprendente que ella no percibiera los latidos del corazón de la gente. Ni la sangre al correrle por las venas.

Es una lástima que Moreland no soporte mi olor, porque su sangre a mí me huele de maravilla. Es intensa. Vigorosa, terrosa y algo tosca. El latido de su corazón es enérgico y vibrante, como una caricia en el paladar. No creo que se deba solo a que es un licántropo, ya que los demás no me resultan tan atrayentes, pero igual es porque no me he acercado lo suficiente a…

—¿Tu padre te odia?

—¿Perdona? —Seguimos meciéndonos. Oigo el chasquido de las cámaras a nuestro alrededor, parecido al de los insectos en verano. A lo mejor lo he entendido mal.

—Tu padre. Tengo mucha curiosidad por saber si te odia.

Miro a Moreland a los ojos, más desconcertada que indignada. Y puede que un poco molesta por no poder afirmar que al único progenitor que me queda le preocupa mínimamente mi bienestar.

—¿Por qué?

—Para poder protegerte necesito saber esas cosas.

Levanto la cabeza hacia él. Tiene una cara tan… «atractiva» no es la palabra, pese a que sí que es guapo, más bien llamativa. Abrumadora. Como si fuera el rey de las mandíbulas marcadas.

—¿Eso vas a hacer? ¿Protegerme?

—Eres mi mujer.

Joder, qué raro suena eso.

—Sobre el papel, quizá. —Me encojo de hombros y el gesto hace que nuestros cuerpos se rocen. Sus ojos reaccionan de forma extraña: las pupilas se le contraen y se le expanden y finalmente se posan en las marcas que llevo pintadas en el cuello. No sé por qué, pero parecen cautivarle—. Creo que no soy más que un símbolo de buena voluntad entre nuestros pueblos. Y una Garantía.

—Y ejercer de Garantía es tu trabajo a tiempo completo.

Ni siquiera puedo rebatírselo, ya que me despidieron por culpa de

Vania.

—Hago mis pinitos.

Asiente pensativo y me da la vuelta. Otras parejas empiezan a unirse a nosotros, aunque ninguna parece demasiado entusiasmada; lo más probable es que nuestra ferviente organizadora las haya empujado a la pista de baile. Cruzo la mirada con Deanna Dryden, que a los siete años me tiró al suelo y me llenó la boca de plumas, desapareció de mi vida durante una década y luego me llamó «follahumanos» frente a un montón de gente cuando volví a coincidir con ella. Nos saludamos cortésmente inclinando la cabeza.

—A ver, Misery. —Pronuncia mi nombre con énfasis. ¿Por qué? Ni idea—. Te nombraron Garantía a los seis años y luego a los ocho te mandaron a vivir con los humanos. Tenías un equipo de guardaespaldas humanos que no se despegaba de ti y, aun así, durante los siguientes diez años sufriste varios intentos de asesinato por parte de grupos radicales antivampiros. Todos fallidos, aunque dos estuvieron a punto de conseguir su objetivo e incluso te dejaron cicatrices, según me han contado. Después, cuando tu periodo como Garantía concluyó por fin, volviste brevemente a territorio vampiro y, luego, decidiste adoptar una identidad falsa e irte a vivir con los humanos, algo que los vampiros tienen prohibido. Yo jamás hubiera permitido que un miembro de mi familia pasara por todo eso. Y ahora has accedido a casarte con un licántropo, que es lo más peligroso que podría hacer alguien en tu situación, ya que no sacas nada a cambio ni tienes ningún motivo aparente…

—Qué majo, has leído mi expediente y todo. —Lo miro batiendo las pestañas. Parece estar tremendamente bien informado—. Yo también me he leído el tuyo. Estudiaste arquitectura, ¿no?

Se tensa y me empuja hacia… No, solo está haciéndome girar al ritmo de la música.

—¿Por qué a tu padre parece no preocuparle demasiado tu supervivencia?

Su sangre huele realmente bien.

—No soy ninguna víctima —replico en voz baja.

—¿No?

—Nadie me ha obligado a nada, yo misma he accedido a casarme, y tú…

De pronto, me rodea la cintura con el brazo y tira de mí para evitar que choque con otra pareja. Acabo pegada a él, y el calor abrasador que desprende su cuerpo resulta sobrecogedor en contraste con mi fría piel. Lo cierto es que es del todo ajeno. Diferente. Incompatible conmigo en todos los sentidos. Me alegro cuando se aparta un poco y

volvemos a estar a una distancia cómoda. El recuerdo de que no está soltero vuelve a asaltarme de repente, de forma totalmente espontánea, y debo concentrarme para reanudar la frase que he dejado a medias:

—Y tú estás en la misma situación que yo.

—Yo soy el alfa de mi manada. —Su voz suena áspera—. No una hacker ética que ha llegado a los veinticinco de chiripa.

Tampoco hace falta meter el dedo en la llaga, cabrón.

—Lo que soy es una mujer adulta con capacidad suficiente para tomar decisiones, así que no estaría de más que me trataras como tal.

—Me parece bien. —Emite un ruidito afable—. Pero ¿por qué aceptaste casarte?

¿Te suena el nombre de Serena Paris?, estoy a punto de preguntarle, pero ya conozco la respuesta y la pregunta solo conseguiría ponerlo en alerta. Tengo un plan minuciosamente trazado y pienso ceñirme a él.

—Me gusta vivir al límite.

—O a la desesperada.

La música sigue sonando, pero Moreland deja de bailar y yo también. Nos contemplamos fijamente y cierta sensación de desafío se instala entre nosotros.

—No sé a qué te refieres.

—Ah, ¿no? —Asiente, como si en un principio no pensase decir nada más, pero tampoco le importase proseguir—: Los vampiros no te consideran de los suyos a no ser que vayan a sacar tajada. Elegiste vivir con los humanos, pero tuviste que adoptar otra identidad, porque no eres una de ellos. Y, desde luego, tampoco eres una de nosotros. La verdad es que no encajas en ninguna parte, señorita Lark. —Agacha un poco la cabeza. Durante un terrible y descabellado instante, me da la sensación de que va a besarme, pero se inclina hacia un lado y acerca la boca a mi oreja. Siento que me inunda algo que solo puede ser alivio mientras oigo cómo inhala y dice—: Y por como hueles, diría que eres *perfectamente* consciente.

La sensación de desafío se intensifica, tan pesada como el hormigón, tan sólida que podrían erigirse ciudades encima.

—Igual deberías dejar de inhalar con tanta fuerza —le digo apartándome un poco para poder mirarlo a los ojos.

Y entonces todo sucede demasiado rápido.

Advierto el destello del acero por el rabillo del ojo. Una voz desconocida y rabiosa chilla: «¡Vampira de mierda!». Se oyen centenares de exclamaciones ahogadas, una cuchilla afilada se precipita hacia mi garganta, hacia mi yugular y…

El cuchillo se detiene a un milímetro de mi piel. No recuerdo haber

cerrado los ojos, pero, cuando los abro, a mi cerebro parece costarle asimilarlo todo: alguien —un humano vestido de camarero— se ha abalanzado sobre mí con un cuchillo. No lo he visto venir. Los guardas no tampoco lo han visto venir. Mi marido, por el contrario…

Lowe Moreland tiene cogida la cuchilla del arma a un par de centímetros de mi cuello. La sangre verde se le desliza por el antebrazo y su intenso aroma me sacude como un maremoto. Me mira a los ojos y no vislumbro indicio alguno de dolor.

Acaba de salvarme la vida.

—En ninguna parte, Misery —murmura sin apenas mover los labios. A lo lejos, oigo a mi padre bramar órdenes. El personal de seguridad reacciona por fin y se lleva al camarero, que no deja de retorcerse. Unos cuantos invitados profieren exclamaciones ahogadas y gritos, y tal vez yo también debería ponerme a gritar, pero no tengo fuerzas para hacer nada hasta que mi marido me dice—: Vamos a asegurarnos de mantener la distancia durante el próximo año, ¿de acuerdo?

Intento tragar saliva. No lo consigo a la primera, pero a la segunda me sale de maravilla.

—Y dicen que el romanticismo ha muerto —respondo, y doy gracias porque la voz no me suene excesivamente áspera pese a lo reseca que tengo la garganta. Él vacila durante un instante, y juraría que vuelve a inhalar profundamente, como si hiciera acopio de… algo. Tensa la mano un instante sobre mi espalda antes de soltarme por fin.

Y, entonces, Lowe Moreland, mi marido, abandona la pista de baile, dejando un rastro de sangre verde oscura a su paso.

Dejándome a mí maravillosamente sola la noche de nuestra boda.

CAPÍTULO 3

Está acorralado en su propia casa.

Me llega la voz enfurruñada de alguien muy joven. Se cuela bajo la almohada y se abre paso hasta mis oídos, despertándome en pleno día.

—Antes este era mi cuarto —dice.

Noto el duro suelo debajo de mí. Tengo el cerebro embotado, los oídos me pitan y no sé *dónde* estoy, ni *por qué,* ni *quién* sería capaz de cometer semejante ignominia contra mi persona: despertarme cuando el sol todavía corona el cielo y yo me encuentro totalmente exhausta.

—¿Puedo esconderme aquí? Hoy está gruñona.

Cojo el equivalente a seis meses de fuerzas y salgo de debajo de las mantas, pero me quedo sin fuelle cuando intento abrir los ojos.

No, los vampiros no acabamos pulverizados al sol como si fuéramos bombas de purpurina. La luz del sol nos quema y nos resulta dolorosa, pero no nos mata a no ser que nos expongamos sin protección durante un periodo prolongado de tiempo. No obstante, durante el día no servimos para absolutamente nada, aun estando dentro de casa. Nos duele la cabeza y estamos aletargados, débiles y aturdidos, sobre todo a finales de primavera y en verano, cuando el sol pega más fuerte. «Esta naturaleza crepuscular tuya me jode los planes para ir de brunch», solía decirme Serena. «Bueno y también el hecho de que no comes.»

—¿Es verdad que no tienes alma…?

Es *mediodía,* leches. Y tengo a una cría aquí preguntándome:

—¿… porque antes estabas muerta?

Consigo abrir un poco los ojos y me la encuentro allí, en el armario donde me he preparado la cama a primera hora de la mañana. Su corazón brinca alegremente como un cervatillo confinado. Tiene la cara redonda y el pelo rizado. Parece una muñequita.

Y me está tocando las narices.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—¿Y luego te obligaron a beberte la sangre de alguien?

Diría que tiene entre tres y trece años. No tengo forma de acotarlo más: siento una mezcla entre la rotunda indiferencia que me producen los niños y mi empeño de toda la vida por evitar todo lo relacionado con los licántropos. Y, para más inri, tiene los ojos de un tono verde claro que me resulta peligrosamente familiar.

No me hace ni pizca de gracia.

—¿Cómo has entrado?

Señala la puerta abierta del armario como si yo fuera lerda.

—¿Y entonces resucitaste pero sin alma?

La miro con los ojos entornados; estamos casi a oscuras y agradezco que no haya abierto las cortinas.

—¿Es verdad que *a ti* te mordió un perro con la rabia y ahora eres un bichejo peludo que echa espuma por la boca cuando hay luna llena?

Estoy intentando ser borde, pero la cría suelta una carcajada y yo me siento la reina del club de la comedia.

—No, boba.

—Bueno, pues ya tienes la respuesta. Pero yo sigo sin saber cómo has entrado. —Vuelve a señalar la puerta y yo tomo nota mental de no tener hijos nunca—. La he cerrado con llave.

Estoy convencida. Estoy segurísima de que no he pasado mi primera noche con los licántropos con la puñetera puerta abierta. Llegué a la conclusión de que, si alguno de ellos intentaba merendárseme, una puerta cerrada con llave lo mantendría a raya. Porque sí, son superfuertes y tal, pero fijo que los licántropos tienen puertas a prueba de licántropos, ¿no?

—Tengo copia de la llave —dice la niña licántropa.

Ah.

—Esta era antes mi habitación, porque así, cuando tenía pesadillas, podía ir a la de Lowe. Por ahí. —Señala otra puerta. Cuyo picaporte no intenté abrir anoche. Me imaginaba de quién sería la habitación contigua y no me apetecía perder los papeles a las cinco de la mañana —. Me ha dicho que aún puedo ir a buscarlo, pero ahora estoy al otro lado del pasillo.

Un ramalazo de culpabilidad consigue abrirse paso a través de mi agotamiento: he echado a una cría de tres (¿trece?) años de su cuarto y por mi culpa tendrá que recorrer todo el pasillo cuando vuelva a asaltarla otra de esas horribles pesadillas y quiera ir a buscar a su…

Ay, coño.

—Dime que Moreland no es tu padre.

No contesta.

—¿Tú tienes pesadillas?

—Los vampiros no soñamos. —A ver, puedo lidiar con lo de separar a dos tortolitos, pero ¿a una familia al completo? ¿A una niña de su…? Ay, *mierda*—. ¿Y tu madre?

—No sé.

—¿Vive aquí?

—Ya no.

Joder.

—¿A dónde se ha ido?

Se encoge de hombros.

—Lowe dijo que no hay forma de saberlo.

Me froto los ojos.

—¿Moreland es… Lowe es tu padre?

—El padre de Ana murió. —La voz proviene de fuera del armario, y ambas nos volvemos.

Una mujer pelirroja se encuentra plantada bajo la luz que se filtra desde el pasillo. Es guapa y fuerte, y, por lo en forma que está, diría que podría correr media maratón sin despeinarse. Me contempla con una mezcla de preocupación y hostilidad, como si le hubiera dicho que mi fetiche es quemar grillos con queroseno.

—Muchos niños licántropo son huérfanos y la mayoría por culpa de vampiros como tú, así que yo me cuidaría mucho de preguntarles por el paradero de sus padres. Ven aquí, Ana.

Ana echa a correr hacia ella, pero no sin antes susurrarme en voz demasiado alta:

—Me gustan tus orejas puntiagudas.

Estoy demasiado hecha polvo para lidiar con esto a mediodía.

—No tenía ni idea. Lo siento, Ana.

Ana no parece afectada.

—No pasa nada. Juno es un poco gruñona. ¿Puedo venir a jugar contigo cuando…?

—Ana, baja y ve a comer algo. Yo iré enseguida.

Ana suspira con expresión hastiada y pone la misma cara enfurruñada que si le hubieran pedido que presentara la declaración de la renta, pero al final se marcha, lanzándome con disimulo una sonrisa pícara. Estoy tan embotada que durante un instante considero la idea de devolvérsela, pero luego me acuerdo de que me he vuelto a dejar crecer los colmillos.

—Es la hermana de Lowe —me informa Juno de forma protectora —. Te agradecería que no te acercaras a ella.

—A lo mejor prefieres comentar el asunto con Ana, dado que sigue teniendo una copia de la llave de su antigua habitación.

—No te acerques a ella —repite, esta vez de manera más

amenazadora.

—Sí, vale. —No me voy a morir por no pasar el rato con alguien a quien todavía no se le ha cerrado el cráneo del todo. Aunque, técnicamente, ahora mismo Ana es la mejor amiga que tengo en territorio licántropo. No hay mucho donde elegir—. Juno, ¿verdad? Soy Misery.

—Ya lo sé.

Eso me imaginaba.

—¿Eres una de los segundos de Lowe?

Se tensa y cruza los brazos sobre el pecho. Tiene los ojos entornados.

—No deberías hacer eso.

—¿El qué?

—Hacer preguntas sobre la manada. Ni entablar conversación con nosotros. Ni pasearte por ahí sin supervisión.

—Eso son un montón de reglas. —Soy adulta. Y voy a estar aquí *un año*.

—Las reglas te protegerán. —Alza la barbilla—. Y protegerán de ti a los demás.

—No pongo en duda tus buenas intenciones, pero igual te quedas más tranquila si te cuento que he vivido con los humanos durante casi dos décadas y he asesinado… —Finjo comprobar una nota en la palma de la mano—. A absolutamente nadie. No veas, ¿eh?

—Aquí será diferente.

Aparta la vista y repasa la habitación, que sigue estando hecha un desastre, llena de cajas con mis cosas y montones de ropa. Detiene la mirada un instante en el colchón descubierto, despojado de las sábanas y las mantas que me he llevado al interior del armario, y luego la posa en lo único que he colgado en la pared: una polaroid mía y de Serena de hace dos años, de cuando fuimos de excursión al lago para ver el atardecer. Un tipo nos hizo la foto sin preguntar y sin que nos diéramos cuenta mientras nos remojábamos los pies en el agua. Luego nos la enseñó y nos dijo que solo nos la entregaría si alguna de las dos le dábamos nuestro número. Hicimos lo que habría hecho cualquier persona con dos dedos de frente: inmovilizarle la cabeza con una llave y quitarle la foto.

Resulta que todos los ejercicios de autodefensa que aprendimos pueden usarse también como técnicas de ataque.

—Sé lo que intentas —dice Juno, y durante un instante me preocupa que me haya leído la mente. Que sepa que estoy aquí para buscar a Serena. Pero prosigue—: Quieres hacernos creer que no eres más que un títere, que accediste a esto únicamente en aras de la paz,

pero… no me lo trago. Y no me caes bien.

No me digas.

—Y yo no te conozco lo suficiente como para formarme una opinión sobre ti. Aunque me gustan tus vaqueros.

Una conversación fascinante, pero estoy a punto de desmayarme. Por suerte, tras dedicarme una última mirada fulminante, Juno se marcha.

Capto un movimiento por el rabillo del ojo. Me vuelvo, casi esperando volver a ver a Ana, pero no es más que el puto gato de Serena, que se estira y sale de debajo de la cama.

—A buenas horas apareces.

Me bufa.

Durante los quince años que llevamos siendo amigas, he acumulado medio millón de razones, algunas más importantes que otras, para querer a Serena Paris con la intensidad de mil soles. Sin embargo, hace unas semanas, hubo algo que arrasó con todas ellas y me llevó a odiarla con la intensidad de mil lunas llenas.

Su gato de los cojones.

Por regla general, los vampiros pasamos de tener mascota. ¿O son las mascotas las que pasan de nosotros? No sé muy bien quién le dio la espalda primero a quién. Igual piensan que olemos raro porque somos hemóvoros y no nos queda más remedio que alimentarnos de sangre. Tal vez fuimos nosotros los que las rechazamos porque se llevan genial con los licántropos y con los humanos. En cualquier caso, cuando empecé a vivir entre los humanos, el concepto de animal doméstico me resultaba sumamente extraño.

Mi primera cuidadora tenía un perrito al que solía llevar de aquí para allá metido en el bolso y, francamente, debo decir que me habría parecido mucho menos marciano pillarla peinándose con una escobilla de váter. Me tiré unos cuantos días mirando al chucho con recelo y enseñándole los colmillos cuando él me los enseñaba a mí. Por fin, conseguí armarme de valor y preguntarle a la cuidadora cuándo iba a comérselo.

Dejó el trabajo esa misma noche.

A los animales y a mí nos había ido fenomenal desde entonces, esquivándonos cuando nos topábamos en la acera e intercambiando alguna que otra mirada asesina. Todo era felicidad absoluta… hasta que el puto gato de Serena apareció en escena. Hice todo lo posible para convencerla de que no lo adoptase y ella hizo todo lo posible para fingir que no me oía. Y entonces, tres días después de que

metiese en su casa a un cabroncete peludo de seis kilos, se esfumó sin dejar rastro.

Puf.

Lo de crecer coleccionando intentos de asesinato como si fueran chapas me atemperó el carácter y me enseñó a mantener la calma en situaciones de estrés. Y, aun así, todavía recuerdo el vuelco que me dio el estómago cuando Serena no acudió a mi casa el día que habíamos quedado para hacer la colada. Cuando no respondió a mis mensajes. Cuando no me cogió el teléfono. Cuando no se presentó en el trabajo ni llamó para decir que estaba enferma. Se parecía mucho al miedo.

A lo mejor si hubiéramos seguido viviendo juntas no habría ocurrido. Y la verdad es que a mí no me habría importado compartir piso con ella, pero tras pasar sus primeros años de vida en un orfanato y los años de después en compañía de la niña vampiro más vigilada del mundo, Serena solo ansiaba una cosa: tener intimidad. Aun así, me dio una copia de sus llaves, un gesto que me pareció bonito y especial, y me aseguré de guardarlas a buen recaudo. Tanto que, para cuando desapareció, se me había olvidado ya donde las había escondido.

Así que ese día me colé en su apartamento con la ayuda de una horquilla, tal y como me enseñó a hacer cuando teníamos doce años, el cuarto de la tele estaba cerrado con llave y una peli al día no nos parecía suficiente. Por suerte, no me encontré su cadáver descompuesto en el congelador ni en ningún otro sitio. Di de comer al puto gato mientras me bufaba y, al mismo tiempo, maullaba como si estuviera a punto de morir de inanición; comprobé que las lentillas marrones no se me habían movido y que seguía teniendo los colmillos romos y, a continuación, fui a comisaría a denunciar la desaparición de mi amiga.

Al llegar me dijeron:

—Lo más seguro es que esté por ahí con su novio.

Me obligué a parpadear, para parecer más humana.

—Qué fuerte me parece que comentara su vida sentimental con *usted* y no *conmigo,* su mejor amiga desde hace quince años.

—Oiga, señorita… —El policía soltó un suspiro. Era un hombre larguirucho, de mediana edad y con más turbulencias en la frecuencia cardíaca que la mayoría de la gente—. Si me pagaran cada vez que alguien «desaparece», y con eso me refiero a que se larga sin decírselo a nadie…

—¿Cuánto tendría? —Enarco una ceja.

Pareció aturullado, aunque no lo bastante para mi gusto.

—Seguro que está de vacaciones. ¿Suele viajar por su cuenta?

—Sí, a menudo, pero siempre me avisa. Además, trabaja en *The Herald* como periodista de investigación y no se ha cogido ningún día libre. —Según el sistema informático del periódico. El cual he hackeado.

—Lo mismo se había quedado sin días de vacaciones, pero estaba emperrada en, qué sé yo, irse en coche a Las Vegas para ver a su tía. Seguro que es un malentendido.

—Habíamos quedado y, además, es huérfana. No tiene familia ni amigos ni coche. Según he visto en su portal de banca electrónica, al que, por cierto, me dio autorización para acceder —más o menos— no se ha producido ninguna retirada de efectivo ni ningún pago por internet. Pero a lo mejor tiene usted razón y se ha ido a Las Vegas en monopatín.

—No hace falta sulfurarse, encanto. Todos queremos creer que los demás nos tienen en tan alta estima como nosotros a ellos, pero a veces nuestra mejor amiga es la mejor amiga de otra persona.

Cerré los ojos para ponerlos en blanco sin que me viese.

—¿Tuvieron alguna discusión? —preguntó el agente.

Crucé los brazos y me mordí los carrillos.

—Eso no tiene nada que ver con…

—Ja.

—De acuerdo. —Fruncí el ceño—. Digamos que Serena en el fondo me odia. Aun así no habría dejado tirado a su gato, ¿no?

El agente se quedó callado un momento y, acto seguido, por primera vez, asintió y cogió un bloc de notas. Sentí una chispa de esperanza.

—¿Cómo se llama el gato?

—Aún no le ha puesto nombre, aunque la última vez que hablamos estaba dudando entre Maximilien Robespierre y…

—¿Cuánto hace que tiene al gato?

—Desde hace unos días… Pero jamás dejaría que ese capullín se muriera de hambre —me apresuré a añadir, aunque el agente había soltado ya el boli.

Y aunque aquella semana volví tres veces más a la comisaría y al final conseguí que tramitaran la denuncia, nadie movió un dedo para localizar a Serena. Es lo que tiene estar sola en el mundo, supongo: a nadie le importaba un pimiento si se encontraba sana y salva. A nadie excepto a mí, y yo no cuento. No debería haberme sorprendido, y lo cierto es que no me sorprendí, pero al parecer todavía conservaba la capacidad de sentirme dolida.

Porque a nadie le importaba una mierda si *yo* me encontraba sana y salva. A nadie salvo a Serena. Mi hermana del alma, pese a no serlo de

sangre. Y aunque durante mi vida había experimentado la soledad muchas veces, jamás me había sentido tan desamparada como cuando ella desapareció.

Deseé poder llorar. Deseé tener conductos lagrimales que me permitieran expresar el horrible sentimiento de terror que me inundó al pensar que la había perdido para siempre, que se la habían llevado, que era culpa mía porque la había ahuyentado con nuestra última conversación. Por desgracia, la biología no estaba de mi parte, de manera que gestioné mis sentimientos yendo a su casa y haciéndome cargo de su puto gato, que me lo agradeció con arañazos todos los días.

Y, por supuesto, buscándola donde no debía.

Después de todo, tenía los medios. Porque no hay nada que no esté a tu alcance con una simple línea de código. Pude revisar sus extractos bancarios, sus direcciones IP y el historial de ubicaciones de su móvil. Los e-mails del trabajo, los metadatos y las aplicaciones que utilizaba. Serena era periodista y escribía sobre asuntos delicados de economía; lo más probable era que hubiera acabado metida en algo chungo mientras trabajaba en algún reportaje, pero no pensaba descartar otras posibilidades, de manera que lo revisé todo y encontré… nada.

Absolutamente *nada*.

Había desaparecido de forma bastante literal, pero nadie era capaz de moverse por el mundo sin dejar un rastro digital, así que aquello solo podía significar una cosa. Algo horrible y espeluznante que ni siquiera me atrevía a verbalizar en la intimidad de mi mente.

Y entonces hice una cosa: me arrodillé delante del puto gato de Serena. Estaba jugando, como siempre solía hacer después de cenar, toqueteando un recibo arrugado en un rincón de la sala de estar, aunque se las apañó para dejarme un huequito en su apretada agenda y dedicarme un par de bufidos.

—Oye. —Tragué saliva. Me froté el pecho con la mano e incluso me di una palmada, intentando mitigar el dolor—. Sé que solo estuviste unos días con ella, pero te juro que yo… —Cerré los ojos con fuerza. Joder, cómo costaba aquello—. No sé qué ha pasado, pero creo que Serena podría estar…

Abrí los ojos, porque el cabrón del gato se merecía que lo mirase a la cara cuando se lo contase. Y entonces fue cuando lo vi de cerca.

El recibo arrugado, que no era un recibo, sino un trozo de papel arrancado de un diario, o tal vez de un cuaderno o… no. De una agenda. De la increíblemente desfasada agenda de Serena.

La página era del día de su desaparición, y había una ristra de letras escritas a toda prisa con rotulador negro. Un galimatías.

O puede que no. Me vino a la mente un juego al que Serena y yo jugábamos a veces de pequeñas, un sistema de mensajes codificados que nos inventamos para poder cotillear delante de nuestros cuidadores. Lo llamábamos el alfabeto mariposa y consistía básicamente en añadir sílabas que empezaban por «m» y por «p» a palabras normales. No era demasiado complicado: pese a lo oxidado que lo tenía, apenas tardé unos segundos en descifrar lo que ponía, y en cuanto hube acabado, descubrí algo. Tres flamantes palabras:

L. E. MORELAND

CAPÍTULO 4

La gente dice que hay que mantener a los amigos cerca y a los enemigos más cerca aún.

La gente no tiene ni idea.

Dejando a un lado los ramalazos esporádicos de imbecilidad adolescente, dudo que ningún vampiro haya estado en territorio licántropo desde hace siglos.

Lo noté en las entrañas anoche, cuando el conductor cruzó el río y dejó atrás la región de los vampiros. Mientras el dichoso gato de Serena se agitaba nervioso en el transportín, supe que me encontraba total y *absolutamente* sola. Estar entre humanos era como vivir en un país diferente, ¿pero esto? Esto es otra galaxia. Una muy muy lejana.

La casa adonde me llevaron está construida junto a un lago; tres de las fachadas se encuentran rodeadas de árboles espesos y nudosos y la última, de apacibles aguas. No tiene nada de cavernoso ni subterráneo, pese a las preferencias que me había imaginado que tendría una especie emparentada con el lobo, y, aun así, se me hace extraña, con sus cálidos materiales y enormes ventanales. Es como si los licántropos y el paisaje hubieran unido fuerzas para construir juntos algo precioso. Me choca un poco, sobre todo después de pasar las últimas seis semanas alternando entre el aséptico ambiente del territorio vampírico y el ajetreo de las zonas humanas. Me va a costar bastante evitar la luz del sol, así como acostumbrarme a la temperatura de la casa, más baja de lo que nos resulta cómodo a los vampiros. Aunque puedo lidiar con ello. Lo que me preocupaba en realidad era…

Durante mi tercer año como Garantía, me presentaron a una distinguida anciana en una cena diplomática. Llevaba un vestido de lentejuelas y, cuando levantó la mano para pellizcarme los mofletes, me fijé en que la pulsera de época que llevaba estaba hecha de unas perlas muy bonitas y muy peculiares.

Eran colmillos. Se los habían arrancado a vampiros muertos… o

vivos, quizá. A saber.

No grité ni lloré ni me abalancé sobre aquella arpía. Me quedé paralizada, y fui incapaz de comportarme con normalidad durante el resto de la velada. No asimilé lo que había pasado hasta que llegué a casa y se lo conté a Serena, que se puso furiosa y le hizo prometer al cuidador de guardia que nunca más volverían a obligarme a asistir a un evento similar.

Se pasaron la promesa por el arco del triunfo, desde luego. Tuve que asistir a muchísimas cenas más y me topé con un porrón de gente que se comportó igual que aquella cerda ricachona. Porque las pulseras, los collares y los frasquitos de sangre no eran más que mensajes. Una forma de mostrar el descontento por una alianza que, aun habiéndose establecido hacía mucho, seguía levantando controversia en muchos sectores de la población.

Estaba convencida de que los licántropos me tenían reservado algo aún peor. No me habría extrañado nada ver a cinco de los míos empalados en el jardín, desangrándose lentamente hasta morir. Pero nada más lejos de la realidad. Lo único que me ha llamado la atención han sido un montón de sicomoros y los saltarines latidos del corazón de mi nuevo colega, Alex.

Ay, Alex.

—Sé que te comenté que esta es la casa de Lowe, pero, al ser el alfa, muchos miembros de la manada se pasan a menudo. Además, algunos de sus segundos viven por la zona y, bueno, están casi siempre por aquí —dice mientras me muestra la cocina. Es joven, mono y lleva unos pantalones de color caqui con chorrocientos bolsillos. Antes, cuando he conocido a Juno, me ha quedado claro que se muere de ganas de meterme bajo una lupa gigante y quemarme viva, pero a Alex simplemente le aterra la idea de enseñarle a una vampira la casa donde va a vivir. No obstante, de momento está a la altura de las circunstancias. Se pasa una mano por la mata de pelo claro y añade—: Hemos, em, *pensado* que a lo mejor prefieres meter tus, em… *cosas* en esa otra nevera. Así que, si fuera *posible*… Si pudieses *por favor*… Si *no* es demasiado pedir…

Me apiado de él.

—Que no deje mis horripilantes bolsas de sangre al lado del bote de mayonesa. Tranqui.

—Sí, gracias. —Casi se desploma del alivio—. Y, em, no tenemos ningún banco de sangre para vampiros por la zona porque, bueno…

—¿Porque si hubiera vampiros por la zona os los quitaríais de en medio en un tris?

—Exacto. No, espera, eso *no* es lo que iba a…

—Estaba de coña.

—Ah. —Se recupera del ataque al corazón que ha estado a punto de sufrir—. Pues eso, no disponemos de bancos y, obviamente, no tienes permiso para entrar y salir cuando quieras del territorio…

—¡No jorobes! —digo con una exclamación ahogada, pero siento una punzada de culpa en cuanto veo que retrocede un paso y se lleva los dedos al cuello—. Perdona, estaba de broma otra vez. —Ojalá pudiera sonreírle de forma tranquilizadora. Me refiero a sin que parezca que estoy a punto de cargarme a toda su familia.

—¿Tienes, em, alguna… preferencia?

—¿Preferencia?

—Sí, en plan… AB, O negativo…

—Ah. —Niego con la cabeza. La gente se confunde a menudo, pero lo cierto es que la sangre fría es insípida y lo único que influye en su sabor son cosas con las que no podemos ponernos exquisitos si queremos que la gente siga donando. Enfermedades, sobre todo.

—¿Y cuándo…?

—¿Me alimento? Una vez al día. Un par de veces más cuando hace mucho calor; el calor nos abre el apetito.

La mención de la sangre parece haberle revuelto el estómago, algo que me extraña viniendo de una persona que se transforma en lobo y caza conejitos por un tubo, pero le dejo espacio para que se recupere y me fijo en la pared de piedra y la chimenea. Pese al frío, la casa transmite una sensación de idoneidad, como si se encontrara ubicada justo donde debe estar, entre los árboles y la orilla del lago.

Creo que es la casa más bonita donde he vivido. Lo cual está genial, ya que hay bastantes posibilidades de que vaya a palmarla aquí.

—¿Eres uno de sus segundos? —le pregunto a Alex mientras doy la espalda a las olas que rompen en el muelle—. De More…, digo, de Lowe.

—No. —Es más joven y agradable que Juno. No es tan reservado ni está tan a la defensiva, pero es más nervioso. Le he pillado ya tres veces mirándome con inquietud las puntas de las orejas—. El segundo de mi cuadrilla es Ludwig.

¿De su qué?

—¿Cuántos segundos tiene Lowe?

—Doce. —Guarda silencio un momento y se mira los pies—. Once, en realidad, ahora que han enviado a Gabrielle a…

Gabrielle, tomo nota mental del nombre. Madre mía, ¿será ella su compañera? ¿Era su mujer *y* su segunda?

Alex carraspea.

—Alguien sustituirá a Gabrielle.

—¿Tú?

—No, yo no… Además, no soy de su cuadrilla; será alguien que… —Se rasca la nuca y se queda callado.

Pues bueno.

—¿Hay vecinos cerca? —pregunto.

—Sí, aunque nuestro concepto de «cerca» es distinto, ya que podemos…

—¿Transformaros en lobos?

—No. Bueno, sí, pero… —Sus mejillas adquieren un tono oliváceo. Joder, creo que se está sonrojando. Porque claro: en vez de rojos se ponen verdes—. Nosotros lo llamamos «cambiar de forma». No nos convertimos en otra cosa, sino que es como si pasásemos de una configuración a otra.

Esta vez sí sonrío, aunque mantengo los labios cerrados.

—Me encanta que hayas usado una referencia informática.

—¿Te gusta la tecnología?

—Me gustan los usos que se le pueden dar. —Me apoyo en la encimera. Aun habiendo pasado un montón de años con los humanos, sigue dándome yuyu que las casas tengan habitaciones enormes dedicadas a preparar comida—. Bueno, y cuando cambiáis de forma, ¿seguís razonando igual? ¿O el cerebro os cambia también?

Alex medita la pregunta unos segundos.

—Sí y no. Cuando somos lobos tenemos ciertos instintos más desarrollados. Nos invade el impulso de cazar, por ejemplo. De seguir un rastro y localizar al enemigo. Por eso no deberías salir sola a…

—¿Darme un chapuzón en bolas en plena noche?

Aparta la mirada. Es adorable, en plan que me entran ganas de ayudarlo a atarse los cordones y cantarle «cura sana, culito de rana» mientras le soplo una herida.

—¿Y vosotros…? Seguro que no es cierto, pero prefiero asegurarme… Los vampiros no hacéis nada de eso, ¿no?

Ladeo la cabeza.

—¿El qué?

—Adoptar forma animal. No es que me trague el rumor ese de los murciélagos, pero si vas a salir volando y…

Fijo que Alex se lleva estupendamente con Ana.

—No, no me convierto en murciélago. Aunque sería la leche.

—Vale, guay. —Parece tremendamente aliviado.

Aprovecho para adoptar un aire desenfadado y, sin mostrar demasiado interés por lo que me rodea, le pregunto como quien no quiere la cosa:

—¿Podéis cambiar de forma cuando os apetece? ¿O lo de la luna

llena no es más que un rumor?

—Depende, supongo.

—¿De qué?

—De lo poderoso que sea el licántropo. Ser capaz de cambiar de forma a voluntad es un signo de dominancia. Así como ser capaz de permanecer con forma humana durante la luna llena.

No sé qué es lo que me lleva a preguntar:

—¿Y qué hay de Lowe? ¿Es poderoso?

Alex lanza una risotada repentina.

—Es el licántropo más poderoso que he visto jamás. O que haya visto mi abuelo… y eso que él ha conocido a muchos alfas.

—Ah. —Cojo un cucharón. O una espátula. Se me olvida cuál es cuál—. ¿Es poderoso porque puede cambiar de forma cuando le viene en gana?

Alex frunce el ceño.

—No. Es algo que forma parte de él, pero… todos sabíamos que tenía madera de alfa. —La mirada empieza a brillarle. Salta a la vista que es superfan de Moreland—. Nadie corría más que Lowe, ni seguía mejor un rastro. Hasta su aroma lo dejaba claro. Por eso Roscoe lo echó.

—Y no le faltaban motivos, teniendo en cuenta que al final Lowe mató a Roscoe.

Alex me mira pasmado.

—No lo mató. Lo desafió y Roscoe murió durante el enfrentamiento.

Debe de haber algún matiz cultural que no acabo de pillar, por no mencionar que Roscoe era, a todas luces, un sádico de cojones. No me da ninguna pena, así que no insisto.

—¿Y el majete de mi compi de piso suele pasar el día fuera? —Son alrededor de las seis de la tarde, pero no oigo a nadie por casa. A lo mejor Lowe está evitando pasarse por aquí por el tufo que dejo. Al despertarme me he dado un buen baño; no es exactamente una ofrenda de paz, pero… es un comienzo—. ¿Y qué hay de Ana?

—Está con Juno. —Alex se encoge de hombros—. Lowe ha ido a ocuparse del conflicto ocurrido esta mañana y…

Cometo el error de ladear la cabeza: demasiado interés por mi parte. Alex retrocede un paso y carraspea.

—En realidad, han salido a correr —dice, pero se le da de pena mentir. Me dan ganas de darle una palmadita en la espalda y decirle que lo está haciendo fenomenal y que no va a ir al infierno por contar trolas.

En vez de eso, sigo insistiendo:

—¿Alguna vez has visto a algún humano en esta casa?

—¿A algún humano? —Frunce el ceño—. ¿Como a quién?

Me viene a la cabeza el rostro de Serena. Está poniendo los ojos en blanco porque llevo puesta una camiseta con un patrón de galaxia que me regalaron al comprar una lámpara de lava. «¿Quién se pone eso, Misery? Mejor dicho: ¿quién leches se compra una lámpara de lava?»

—No sé, a alguno. —Me encojo de hombros para fingir indiferencia —. Era solo curiosidad.

Creo que no se lo traga.

—Nunca he visto humanos en nuestro territorio. —Me mira con recelo. He sido muy poco sutil—. Y esta es la casa del alfa, aquí los licántropos deben sentirse a salvo.

—Pero ahora yo vivo en esta casa. —Jugueteo con la alianza de plata: una costumbre que he adquirido en menos de veinticuatro horas. Las joyas nunca han sido lo mío, pero tal vez me la quede cuando encuentre a Serena y todo haya acabado. O igual me compro uno de esos anillos del humor. Los vampiros tenemos la temperatura corporal muy baja, así que según los anillos siempre estamos depres—. ¿Por qué?

—Eh… ¿A qué te refieres?

—Es que me extraña que Lowe quiera tenerme por aquí.

—Estáis casados.

—Pero no de verdad. Lowe y yo no nos conocimos estando de vacaciones en el Caribe ni nos enamoramos mientras hacíamos esnórquel.

—No es una cuestión de amor. —Enarco una ceja—. Vives con él por una cuestión de protección. Para que quede claro que está comprometido con la causa. Todos saben que no eres su mujer de verdad ni su compañera ni nada parecido.

Ah, sí, la famosa «compañera». Esa que probablemente vivía aquí antes. Asiento, sin acabar de pillarlo del todo. Aunque, por otro lado, tampoco entiendo a los humanos ni a los vampiros. Estoy segura de que los licántropos tienen sus razones para comportarse del modo en que lo hacen.

Igual que yo tengo las mías.

—Vale, entonces no puedo salir por mi cuenta, pero ¿y dentro de casa? ¿Puedo ir a donde yo quiera?

Alex relaja los hombros al ver que cambio de tema.

—Claro, pero mejor no entres en las habitaciones de Ana ni de Lowe… Ni en su despacho, ya de paso.

—Descuida. —Esbozo una leve sonrisa. Sin enseñar los colmillos—. ¿Y dónde está el despacho?

Señala el pasillo que hay a mi espalda.

—Primero a la izquierda y luego a la derecha.

—Genial, espero no perderme. —Me encojo de hombros de forma despreocupada y le cuento la primera trola—: Tengo un sentido de la orientación nulo.

La primera vez que busqué por internet el nombre de L. E. Moreland, me topé con dos cosas: la página de GeoCities medio muerta de un agente inmobiliario muerto del todo y una extensión infinita de nada en absoluto.

Así que volví a buscar, pero de la forma en que buscan los analistas de seguridad: pasando un pelín de las puertas. Salté una o dos vallas, me colé entre las rejas de unos cuantos portones y aproveché todas las ventanas entreabiertas con las que me crucé.

Y entonces descubrí que el difunto Leopold Eric Moreland, que había fallecido plácidamente en su cama en 1999, había llegado a un acuerdo extrajudicial tras una demanda por incumplimiento de sus obligaciones fiduciarias y estaba obsesionado con los yorkies.

Y nada más.

De modo que opté por un enfoque menos ético. Y cuando me puse a buscar de nuevo, en vez de colarme por puertas entreabiertas, eché abajo directamente unos cuantos muros. Pensándolo bien, creo se me fue un poco la mano. Pero es que estaba ya hasta las narices, porque —sin ánimo de ofender a mi colega Leopold, un señor muy majo con los perritos pero de lo más chapucero en su trabajo— no había manera de encontrar información de L. E. Moreland que me fuera de utilidad.

Hasta que me topé con una cosilla.

En las profundidades de un servidor vinculado al despacho del gobernador, oculto en un archivo sepultado tras chorrocientas contraseñas, descubrí un mensaje referido a una conferencia que había tenido lugar un par de semanas antes. Más o menos cuando Serena desapareció sin dejar rastro.

Está prevista la asistencia de Lowe Moreland y M. García, decía el mensaje. *Reforzaremos la seguridad.*

A la hora de analizar las cosas me gustan los datos, los números y echar mano de la lógica y las tablas dinámicas. Nunca he sido de las que se dejan llevar por la intuición, pero en ese momento supe, sin un atisbo de duda, que iba por buen camino. Que Lowe Moreland tenía que estar involucrado en la desaparición de Serena.

Así que pasé a dedicar todo mi tiempo a buscarlo. Me cogí días libres en el trabajo. Pedí favores. Revisé un montón de grabaciones de

cámaras de seguridad. Me metí en el abismo de la web oscura, la cual es tan turbia como suena. Al cabo de unas semanas, descubrí algo sobre Lowe Moreland: que quienquiera que se hubiera encargado de borrar su rastro digital era casi tan bueno como yo.

Y yo soy un puto portento.

En cuanto hablé con mi padre y averigüé que Lowe era un licántropo, todo el secretismo cobró sentido. Los cortafuegos de los licántropos han sido siempre excepcionales y es imposible hackear su red de comunicaciones. Me encantaría conocer a la persona que se encarga de mantener todo el tinglado para ponerme en plan *fangirl* o tumbarla a base de hostias. Pero viviendo en la preciosísima casa de Lowe, que es aún más grande de lo que me imaginaba, su sistema de seguridad ya no va a suponer ningún problema, porque, aunque hay cosas que no puedo hacer de forma remota, si estoy físicamente delante de uno de sus ordenadores no va a haber quien me pare. Y una vez que me haya colado, pienso registrar todos los documentos y comunicaciones de los licántropos, pienso encontrar a Serena y luego…

Y luego.

¿Cuál es el plan?, me preguntaría Serena si estuviera aquí, a pesar de que sus tejemanejes nunca llegaban a buen puerto. Le gustaba más la parte organizativa que lo de poner en práctica de verdad los planes, y el corazón se me encoge un poco (pese a lo insensible que soy de normal) al pensar que no la tengo al lado para echárselo en cara.

No tengo ningún plan, solo la certeza de que a la única persona que me ha importado en la vida le ha pasado algo. Y tal vez esté comportándome como la típica detective novatilla que merodea por callejones oscuros a ver si encuentra un cuaderno donde ponga «Lista de personas que Lowe se ha cargado», pero tengo la esperanza de dar con algo, con lo que sea, aunque soy consciente de que hay muchas posibilidades de que todos mis esfuerzos acaben siendo inútiles.

Cosa que me produce unas ligeras nauseas.

—Aquí estás.

Pego un brinco, sobresaltada. La buena noticia es que Lowe todavía no ha vuelto de lo que ni por asomo es una carrerita por el bosque y se ha encontrado a la hedionda de su esposa vampira fingiendo que ha confundido la puerta de su despacho con el armario de la ropa de cama.

La mala es…

—Eres una preciosidad, ¿eh? —dice el licántropo.

Es más joven que yo, puede que tenga unos dieciocho años. Cuando se acerca y reparo en su enjuta constitución y su nariz aguileña, hago

memoria e intento recordar si lo vi en la ceremonia. Pero no estaba allí. Y me parece que también es la primera vez que él me ve.

—No sabía que las vampiras pudieran ser tan guapas. —Sus palabras no tienen nada de halagüeño. No está tirándome la caña ni intentando asustarme, sino exponiendo un hecho. Da otro paso hacia mí y de pronto soy plenamente consciente de que estoy al final del pasillo. Se interpone entre la salida y yo.

—¿Quién eres?

—Max —responde, pero no me da ningún otro detalle. Tiene un aire distraído, casi ausente. Desorientado. Como si su intención hubiera sido la de ir a darse un chapuzón en el lago, pero hubiera acabado en el pasillo sin querer—. Eres tan guapa que me pregunto si a Lowe le gusta tenerte por aquí —musita quedamente.

—Lo dudo. —Me encantaría que a Max y a mí nos separase una puerta, pero la única que tengo a mano es la del despacho de Lowe… y está cerrada. Busco otra vía de escape, pero lo único que veo es un cuadro de una jirafa de dudosa calidad.

Tal vez esté exagerando.

—O tal vez te odie porque tu presencia es un recordatorio de todo.

—¿Un recordatorio de qué? —Esto no me gusta ni un pelo—. No quisiera asustarte, pero ¿te importa si paso por…?

—De lo que los tuyos le han arrebatado. Casi tanto como lo que me han arrebatado a mí y, aun así, se alía con ellos como un vulgar traidor. Se ha casado contigo y nos ha ordenado no hacerte daño. —Max se pasa la mano por el pelo oscuro y, acto seguido, sacude la cabeza con aparente incredulidad.

Se lo ve tan perdido que olvido mi nerviosismo y le pregunto:

—¿Estás bien?

Enfoca de nuevo la mirada.

—¿Cómo voy a estar bien? —Da otro paso, prácticamente acorralándome contra la pared. El aroma de su sangre me invade, cálido y desagradable. Sus latidos retumban en mis oídos a una velocidad exorbitada—. Cómo voy a estar bien si tú estás aquí, en casa de mi alfa. A pesar de que los tuyos han dado caza a mis parientes y colgado sus cabezas embalsamadas en las paredes.

Mi niña interior de catorce años, la que estuvo a punto de morir apuñalada a manos de un activista antivampiros que se hizo pasar por un inspector del gas, toma el control.

—Pues mira, estamos en paz, porque los *tuyos* han hecho sopa con la sangre de los míos para usarla de acompañamiento con los chuletones que os zampáis. —Me meto una mano en el bolsillo de los vaqueros con la esperanza de encontrar algo que pueda usar como

arma. Una llave, un palillo, un trozo de pelusa… Nada.

Mierda.

—Dime. —Se acerca a mí. Me obligo a no retroceder—. ¿Tu padre está vivo?

—Que yo sepa sí.

—Pues el mío no. Ni tampoco mi hermana mayor. —Tiene la mirada, de color verde, vidriosa—. La asesinaron cuando yo tenía nueve años mientras patrullaba una zona de la frontera noreste que los vampiros cruzan de vez en cuando para divertirse. Murió para protegerme a mí y a otros niños licántropo, y… —Las palabras se le atascan en la garganta y siento una oleada de compasión. Se me encoge el corazón, convencida de que va a echarse a llorar.

Pero me doy cuenta demasiado tarde de que no podría estar más equivocada.

Se abalanza sobre mí en un arranque de energía feroz y el impacto de su cuerpo me deja sin aliento, aunque no por mucho tiempo. Es un licántropo macho, mucho más fuerte que yo, pero estoy acostumbrada a que la gente intente asesinarme, así que cuando me agarra de la muñeca, todas las horas que me he pasado entrenando dan su fruto y mi memoria muscular se activa. Le golpeo la entrepierna con la rodilla y él profiere un grito. Aprovecho la pausa para empujarlo y, aunque me cuesta lo mío, aunque me duele, para cuando he recuperado el aliento, lo tengo inmovilizado contra la pared, apretándole la garganta con el antebrazo, y nuestros rostros se encuentran a escasos centímetros de distancia.

No quiero hacerle daño. No voy a hacerle daño, pese a todas las barbaridades que me está soltando: «te voy a hacer pedazos», «asesina», «sanguijuela de mierda»…

De manera que separo los labios y le enseño los colmillos.

Sus gruñidos se convierten de inmediato en gemidos. Baja la mirada y relaja la tensión de los músculos. Tomo aire, asegurándome de que no está fingiendo, de que se ha tranquilizado de verdad y no va a volver a abalanzarse sobre mí en cuanto me aparte, y…

Unas manos infinitamente más fuertes que las de Max tiran de mí. Lo que sucede a continuación ocurre a tal velocidad que apenas soy consciente de ello, pero, al cabo de un instante, soy yo quien se encuentra encajada contra la pared opuesta. El marco del cuadro de la jirafa se me clava en la espalda mientras algo cálido aunque igual de firme me apretuja por delante.

¿Pero qué coño…?, pienso, o quizá lo digo en voz alta.

No estoy segura, porque cuando abro los ojos, la mirada fija de Lowe Moreland eclipsa todo lo demás.

CAPÍTULO 5

Es una chica resiliente. Intenta imaginarse cómo se sentiría él si estuviera en su lugar: solo, apartado de todo, considerado una persona de usar y tirar. No puede evitar sentir respeto por ella, y eso lo enfurece.

A diferencia de Max, Lowe no me hace daño al agarrarme.

Aunque me sujeta con fuerza. Y la forma en que me aplasta contra la pared, como intentando interponerse entre el resto del mundo y yo, me impide tomar aire sin acabar totalmente apretujada contra su enorme cuerpo.

—Señorita Lark —dice con voz ronca. Es casi un gruñido.

Trago saliva para humedecerme la garganta, que se me ha quedado seca, y entonces me doy cuenta de dónde tiene la mano: rodeándome el cuello. Casi por completo. Tiene los dedos tan largos que me alcanza la parte posterior de las orejas.

—¿Se puede saber qué haces? —me pregunta en voz baja y profunda. Me perfora con esos peculiares ojos suyos. El pulso, que he conseguido mantener a raya milagrosamente durante mi enfrentamiento con Max, me late con más fuerza de pronto, y acto seguido se ralentiza hasta convertirse en un aleteo sosegado cuando Lowe agacha la cabeza y murmura pegado a mi sien—: No llevamos casados ni veinticuatro horas. Hasta el periodo de luna de miel de las mantis religiosas dura más.

A Max he podido quitármelo de encima con bastante facilidad. Con Lowe ya puedo ir olvidándome. Es como comparar a un perrito con un lobo huargo.

—Pues ya ves… —Me tiembla la voz y no me hace ninguna gracia —. Intentando que no me maten y eso.

Lowe se queda rígido durante una fracción de segundo antes de apartarse, aunque no se aleja demasiado; apoya las palmas de las manos en la pared, a ambos lados de mi cabeza. Me fijo en que todavía lleva una vendada por culpa de la herida de ayer. Tengo la

sensación de estar en una jaula. Lowe ha erigido una prisión con su cuerpo y su intensa mirada para dejarme clavada en el sitio. A continuación, se vuelve y le pregunta a Max:

—¿Estás bien?

Max levanta la vista y asiente con los labios temblorosos. Unos cuantos licántropos se han congregado ya a su alrededor. Está Alex, que alterna la mirada entre Lowe y yo con una expresión de culpabilidad tan evidente que probablemente reconocería haber defraudado a Hacienda sin necesidad de presionarlo demasiado. Pero también Juno, que está examinando a Max para asegurarse de que no le he infligido ninguna herida mortal, y esos dos licántropos a los que vi en la ceremonia, el hombre mayor y el pelirrojo, que me miran como si acabara de decirle a los niños de un orfanato que Papá Noel no existe.

Todos los que están en el pasillo parecen más que dispuestos a abrirme en canal y tal vez incluso a zamparse mis tripas. Cosa a la que yo me niego en rotundo.

—Si me disculpas. —Intento agacharme para librarme de Lowe y marcharme. Él baja un brazo, encajonándome aún más.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

Juno se me adelanta.

—Ha estado a punto de dejarlo seco, lo hemos visto todos. —Le pasa la mano a Max por la frente húmeda.

Él parece algo distraído, pero luego balbucea:

—S-se ha abalanzado sobre mí antes de que pudiera hacer nada. Y… —Agacha la cabeza, como si se hubiera quedado sin palabras.

Todos se vuelven para mirarme.

—Venga ya, tío —resoplo.

—Me he visto sus colmillos encima —susurra débilmente, y yo estoy empezando a cabrearme. Está claro que lo suyo es el teatro.

—Sí, vale. —Pongo los ojos en blanco—. Te agradecería que me dejaras al margen de tus delirios erotomaníacos…

—Que un médico le eche un vistazo a Max —ladra Lowe, y, acto seguido, me agarra la muñeca, suave e inflexible al mismo tiempo. Todo ocurre tan rápido que casi pierdo el equilibrio y, cuando quiero darme cuenta, estoy intentando seguir el paso de sus largas zancadas mientras él me arrastra a su despacho.

No pierdo ni un instante antes de mirar a mi alrededor. Estoy preocupada por lo que vaya a hacerme, sí, pero esta es una oportunidad de oro. No ha utilizado ninguna llave, lo que significa que la puerta debe de tener algún tipo de cerradura electrónica que…

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lowe.

Me suelta la mano, pero sigue estando demasiado cerca de mí, pese a lo espaciosa que es la habitación. Me trae recuerdos de nuestra boda, y esta vez ni siquiera llevo tacones, con lo que se cierne sobre mí de un modo que casi nadie hace.

La puerta se abre de repente. Juno entra en el despacho, pero Lowe no aparta la mirada de mí.

—Misery —gruñe—, ¿qué tal si me contestas de una puta vez?

—Max apareció de pronto, me vio y decidió aprovechar la tarde y llevar a cabo un asesinato. —Me encojo de hombros—. A eso estoy acostumbrada. Lo que me joroba es la trola que…

—Y una mierda —dice Juno.

Me vuelvo hacia ella.

—No espero que me creas, pero piénsalo bien: ¿qué sentido tiene que ataque a un licántropo durante mi primer día en territorio enemigo cuando las consecuencias serían, en el mejor de los casos, acabar fiambre y, en el peor, desatar una guerra sin cuartel entre especies?

—Lo que creo es que no te puedes controlar; lo viste y te entraron ganas de alimentarte y…

—¿Y fui demasiado vaga como para andar quince metros hasta la nevera donde guardo la sangre? —me sitúo frente a ella, olvidándome por completo de Lowe—. Nuestro proceso de alimentación no funciona así. Tenemos que reconocerlo: ni yo sé nada de tu especie ni tú sabes nada de la mía. Max apareció de repente y empezó a soltarme algo sobre que un grupo de personas con las que apenas comparto ADN mataron a su familia, que Lowe es un traidor por haberse casado conmigo y luego… ¿qué?

Juno ya no me está haciendo caso. Cruza una mirada con Lowe. Mantienen una conversación muda durante medio segundo.

Entonces vuelve la mirada hacia mí, hecha una furia.

—Si intentas insinuar que Max está colaborando con los Leales…

—Para nada, porque no tengo ni idea de lo que son los Leales.

—Max *no* es uno de ellos.

—Desde luego. Y tampoco es una trucha de río. No estoy hablando de su esencia ontológica, lo que digo es que me ha atacado.

—Eres —da un paso hacia mí, enfadada— una *embustera*.

—Déjanos solos. —La voz cortante de Lowe nos recuerda su presencia. Ambas nos volvemos a la vez y nos quedamos igualmente sorprendidas al descubrir que está dirigiéndose a Juno.

—Está mintiendo —insiste Juno. Me señala con el dedo como si fuera un ladrón que acaba de birlarle el bolso. La situación se está volviendo un poco ridícula—. Deberías castigarla.

Lanzo una risotada.

—Sí, Lowe, dame una azotaina y quítame la paga.

—Sanguijuela asquerosa…

—Juno. Fuera.

Al margen de cómo funcione la estructura jerárquica entre los licántropos, esta debe de ser estricta, porque es evidente que Juno quiere quedarse y arrancarme la piel a tiras, pero en lugar de eso inclina la cabeza en un gesto parecido a un saludo militar y murmura un: «alfa» antes de abandonar el despacho.

Una sensación de alivio me recorre cuando la puerta se cierra tras ella y el silencio se apodera del ambiente, pero Lowe se acerca a mí y de pronto echo en falta que haya una tercera persona con nosotros. Por mucho que Juno me haya sacado de mis casillas, quedarme a solas con Lowe me parece una alternativa peor.

—Misery —dice, y su voz desprende reproche y cierta aspereza, desprende el tono de alguien que tiene la tira de problemas y está acostumbrado a resolver la mayoría con una mirada amenazante y poco más.

Nos contemplamos fijamente, plantados el uno frente al otro, y sí, lo noto en la sangre: estamos solos. Por primera vez, aunque no creo que la situación vaya a repetirse muy a menudo. Dudo que Lowe tuviera en mente pasar demasiado tiempo conmigo después de la ceremonia de ayer.

Aparte de la barba incipiente, su rostro tiene el mismo aspecto que tenía en la boda, todo ángulos y definición. Está claro que mientras mi maquillador pintaba una reproducción de la Capilla Sixtina, el suyo no encontró nada que mejorar. Advierto que baja la mirada hasta mi clavícula, donde un leve rastro de color verde oscuro sigue tiñéndome la piel tras la cascada de ondas que me dejaron las trenzas. De nuevo, vuelve a crispársele la mandíbula y las pupilas se le dilatan de pronto.

La cosa se ha torcido bastante. Se supone que la Garantía es como el típico PNJ de un videojuego. Durante el próximo año, tengo que pasar desapercibida mientras busco a Serena, debo ser invisible, no una mosca cojonera a la que pillan a punto de asesinar a un licántropo adolescente.

Dios, fijo que los llaman «cachorros».

—No te lo crees, ¿verdad? —pregunto.

Me mira y parpadea, como si se hubiera olvidado de que estábamos teniendo una conversación. Carraspea, aunque su voz sigue sonando grave.

—¿El qué?

—Que no he atacado a Max.

Aprieta los labios.

—Estabas enseñándole los colmillos.

—¿Estás celoso? —Lo miro batiendo las pestañas, sorprendida por mi propia temeridad. No creo que provocarlo sea buena idea—. ¿Quieres que te los enseñe a ti también?

Baja de inmediato los ojos hasta mis labios y su mirada se demora unos instantes de más. Hay que ver el asco que les dan nuestros dientes a los licántropos; casi me hace gracia y todo.

—Lo que estoy es preocupado, porque si mi esposa vampira sigue cabreando al personal, alguien acabará cargándosela. Me tocará enterrar su cadáver debajo de los jazmines y los próximos brotes saldrán de pena.

Ahogo un grito de forma teatral.

—Hay que salvar a los jazmines.

—Son los preferidos de mi hermana.

—Y es una cría de lo más mona.

Se inclina bruscamente hacia mí; está tan cerca que noto su aliento en los labios.

—¿Es una amenaza?

—No. —Frunzo el ceño, desconcertada—. *No*. —Dejo escapar una carcajada ahogada—. No lo decía en plan: «Sería una pena que le pasara algo». Pese a todas las historias que Max y Juno se han montado en la cabeza sobre mí, lo de cargarme niños no es lo mío. —Pienso en la conversación que he tenido con Alex, quien probablemente se habrá quedado ya sin uñas de tanto mordérselas—. Además, fue idea tuya que yo me viniera a vivir aquí.

Enarca una ceja.

—Dime tú dónde voy a alojar sino a la hija del vampiro más poderoso del consejo, la cual es, según parece, una luchadora formidable además.

—¿Formidable? —Me siento… ¿halagada?

—Para no ser una licántropa —añade un poco a disgusto, como si se arrepintiera del cumplido.

Pero fijo que este tío se alimenta de toda esa mala uva que supura. Tiene un temperamento bastante cuestionable, severo y autoritario, y yo siempre he creído que tenía demasiado sentido de la supervivencia para no pasarme de listilla, pero aquí estoy. Dando por saco.

—Aun así me parece que te has metido demasiado en el papel; me has dado la habitación contigua a la tuya y todo.

—Ya juzgaré yo si me he sobrepasado o no. —Es de lo más condescendiente. E inflexible. Un gilipollas a todas luces.

—Perfecto, pues vayamos un paso más allá y cumplamos con lo que

dice la tradición. ¿Quieres que me haga un corte en la palma y deje caer unas cuantas gotas sobre las sábanas? Así luego podemos colgarlas en la plaza del pueblo.

Cierra los ojos un instante y masculla entre dientes:

—Dudo que nadie espere que seas virgen.

—Genial, me encanta sorprender a la gente.

Veo la confusión en sus labios entreabiertos antes de que la reprima y vuelva a adoptar su habitual expresión austera.

Me hace bastante gracia que alguien que se ha leído un resumen de mi vida dé por hecho que he tenido algún tipo de relación romántica. ¿Con quién? ¿Con los vampiros, que no me ven más que como una traidora? ¿O con los humanos, que me consideran un monstruo?

Es absurdo que me pusieran una inyección anticonceptiva antes de venir aquí, y no solo porque haya tantas posibilidades de que Lowe y yo nos acostemos como de que empecemos un podcast, sino porque él es un licántropo y yo una vampira, y no podríamos reproducirnos ni aunque quisiéramos. Las relaciones entre especies son algo inaudito, y está claro que nadie ha presenciado nunca un acto semejante, a juzgar por todas las pelis porno humanas que Serena y yo hemos visto. Ambas nos poníamos a zampar palomitas y nos partíamos de risa al ver a un montón de actores pésimos con lentillas moradas y colmillos de pega protagonizar escenas que ponían de manifiesto lo poco que sabían de anatomía vampírica. O licántropa. Yo no soy ninguna experta, pero estoy bastante segura de que la polla no se les queda atascada así en los orificios.

—¿Dónde has aprendido a luchar? —pregunta Lowe. Seguramente para no tener que seguir hablando de sexo con alguien que pertenece a una especie que le repugna.

—¿No figuraba en el expediente que te pasaron?

Niega con la cabeza.

—Tras leerlo me quedé con la duda de cómo era posible que siguieras con vida después de sufrir siete intentos de asesinato.

—Yo también. Y hubo más, aunque la mayoría fueron bastante lamentables. Nos hartamos de poner denuncias.

—¿Quiénes?

—Mi hermana de acogida y yo. —Me cruzo de brazos, imitando su pose. Ya volvemos a estar demasiado cerca el uno del otro: nuestros codos casi se tocan—. Fuimos juntas a clase de autodefensa.

La conoces, ¿verdad? Ella te conoce a ti. Dime algo. Lo que sea.

Y eso hace, aunque no es lo que yo tengo en mente.

—Olvídate de pelear en territorio licántropo.

—Sin problema. Y la próxima vez que alguien me ataque, ¿qué

hago? ¿Me quedo de brazos cruzados? Aunque igual el próximo que se abalanza sobre mí eres *tú,* porque se nota que no te caigo muy bien.

Se produce un silencio que no resulta demasiado alentador.

—Mientras vivas en territorio licántropo, contarás con mi protección. Pero también te someterás a mi autoridad.

Suelto una risa entrecortada.

—¿Y qué vas a ordenarme que haga?

Da un paso hacia mí y la tensión del ambiente cambia de forma instantánea; se torna más densa y peligrosa. El miedo por haberme pasado de la raya me atraviesa el estómago. Por eso tengo a un licántropo cerniéndose sobre mí: para recordarme lo insignificante que soy y decirme:

—Quiero que te portes bien, Misery.

Su voz es todo recelo y sonoridad, y un escalofrío me recorre la espalda, gélido y eléctrico. Me vienen a la cabeza las palabras de Alex: «Hasta su aroma lo dejaba claro. Toda la manada del suroeste sabíamos que tenía madera de alfa». No soy licántropa, y, cuando inhalo, lo único que percibo es el intenso aroma de su sangre y un toque a sudor que no resulta desagradable, pero creo que sé a qué se refería. No sé cómo, pero lo noto: el impulso de asentir, de ceder. De hacer lo que Lowe me pide.

Tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no mostrar mi conformidad y, al hacerlo, me estremezco.

—Al menos eres lo bastante lista como para tenerme miedo —murmura.

Aprieto los dientes.

—Solo tengo frío, nada más. Tienes la temperatura de casa demasiado baja.

Las fosas nasales se le dilatan.

—Hazme caso, joder.

—Desde luego. —Consigo que no me tiemble la voz, pero él es consciente de lo alterada que estoy. Igual que yo sé que lo estoy alterando a él—. ¿Puedo marcharme?

Lowe asiente con brusquedad y yo salgo disparada hacia la puerta. Pero entonces recuerdo que tenía que preguntarle algo importante.

Me vuelvo hacia él.

—¿Te importa si mi gato…?

Me interrumpo porque Lowe tiene los ojos cerrados. Está tomando una profunda bocanada de aire, como si intentara recolectar cada molécula de aire del despacho. Y parece…

Atormentado. Como si lo invadiera una espantosa agonía. Cuando advierte que estoy mirándolo, se apresura a componer su expresión,

pero es demasiado tarde.

Noto una sensación desagradable y viscosa en el estómago. Culpa.

—Me he dado un baño. ¿No ha mejorado la cosa?

Me dedica una mirada inexpresiva.

—¿El qué?

—Mi aroma.

Lo veo tragar saliva. Su tono es cortante.

—La situación sigue siendo la misma para mí.

—¿Pero cómo…?

—¿Qué ibas a preguntarme, Misery?

Ah. Sí.

—Tengo un gato.

Frunce el ceño como si le hubiera dicho que mi mascota es un ciempiés.

—*Tú* tienes un gato.

—Sip. —Y no le doy ninguna explicación más, porque mis decisiones vitales no son asunto suyo. Aunque tampoco es que tuviera más alternativa que quedarme con el puto gato de los cojones—. Ahora mismo está encerrado en mi cuarto, a no ser que tu hermana se haya colado con su llave y lo haya dejado salir. ¿Te importa que lo deje suelto por casa o crees que Max intentará acusarlo de extorsión?

—Recibiremos al gato con los brazos abiertos —dice Lowe. Si eso no es una pulla, apaga y vámonos.

—Pues qué suerte la suya —dejo caer antes de salir de la habitación.

CAPÍTULO 6

Salir de casa es un alivio. Y una tortura.

En términos generales, no es un comienzo demasiado prometedor.

Durante la semana siguiente a mi llegada, dedico una cantidad insana de tiempo a flagelarme por el modo en que gestioné el rifirrafe con Max. Me importa un huevo si los licántropos creen que soy una perturbada, pero me joroba que la poca libertad que tal vez se les hubiera ocurrido concederme haya quedado reducida a nada.

Me acompañan *a todas partes:* mientras paseo junto al lago, cuando voy a coger una bolsa de sangre de la nevera, cuando me siento en el jardín al atardecer para cambiar un poco de aires y salir de mi habitación… No soy más que un revoltijo de lamentaciones. Porque todas nos ponemos muy chulas hasta que un licántropo con cara de mala leche nos sigue hasta para ir al baño.

Hasta que perdemos la oportunidad de fisgonear.

Tengo la tira de tiempo libre y muy pocas cosas que hacer. Es la misma vida de Garantía que llevaba cuando era pequeña, pero con un número mucho más reducido de Serenas con las que entretenerme. Debería estar muerta de aburrimiento, pero lo cierto es que esto no se diferencia demasiado de mi día a día en el mundo humano. No tengo amigos ni *hobbies* ni ningún otro propósito más aparte de ganar el dinero suficiente para pagar el alquiler a fin de… continuar con mi existencia, supongo.

Es como si estuvieras… yo qué sé, flotando por ahí. Desvinculada de todo lo que te rodea. Necesito ver que te diriges hacia algo en concreto, Misery.

Puede que esté atrofiada. Después de que mi periodo como Garantía llegara a su fin, Serena y yo tuvimos vía libre para aventurarnos solas en el mundo, para estar con gente que no fueran nuestros tutores ni nuestros cuidadores, para enamorarnos y hacer amigos. Serena no perdió ni un instante en lanzarse de cabeza, pero yo nunca me atreví. En parte porque, cuanto más me acercara a alguien,

más difícil me resultaría ocultar quién era. O puede que el hecho de haber pasado los primeros dieciocho años de mi vida siendo testigo de la crueldad con la que se comportan todas las especies me dejara demasiado tocada.

A saber.

Así que por el día duermo y por la noche me echo la siesta. Me doy baños larguísimos; al principio por Lowe, y luego porque les cojo el gusto. Veo pelis humanas antiguas. Me paseo por mi habitación, maravillada por lo bonita que es, preguntándome a quién se le ocurrió poner el techo de vigas, que resulta a la vez sofisticado, acogedor y asombroso.

Sí que echo de menos tener internet. A esta gente le preocupa que vaya a ponerme en plan espía, así que para evitar filtraciones de cualquier información confidencial con la que pueda toparme en territorio licántropo, tengo vetado el acceso a la tecnología. Salvo por mi llamada semanal con Vania, la cual se supervisa muy de cerca y dura el tiempo suficiente para que se burle de mí mientras comprueba que sigo viva. Por supuesto, no es la primera vez que me encuentro en estas circunstancias, así que intenté meter a escondidas un móvil, un portátil y un montón de dispositivos de hackeo.

Me pillaron, señoría. Quienquiera que revisara mis cosas tuvo la desfachatez de confiscarme la mitad y quitarme las antenas y tarjetas de wifi del resto. Cuando me di cuenta, me quedé tirada en el suelo durante dos horas, como una medusa varada en la playa que se ha quedado sin opciones.

Lowe apenas se pasa por casa y, cuando está, nunca lo veo, aunque a veces noto la vibración de su voz a través de las paredes. Las severas órdenes. Las largas conversaciones en voz baja. Y una vez, mientras me metía en el armario para echarme una siesta, una risa sonora seguida de los gritos de deleite de Ana. Me quedé dormida al cabo de unos instantes, sin saber si me lo había imaginado.

Al quinto día, alguien llama a mi puerta al atardecer.

—Hola, Misery.

Es Mick, el licántropo más mayor que estaba hablando con Lowe en la ceremonia. Me cae genial. Sobre todo porque, a diferencia de los demás vigilantes, no parece querer que me parta un rayo. Me gusta pensar que nos hicimos coleguis durante su primer turno de noche: me fijé en que se dejaba caer contra la pared, saqué la silla giratoria de mi habitación al pasillo y pum: amigos del alma instantáneos. La conversación de tres minutos que mantuvimos sobre la presión del agua fue lo mejor de la semana.

—¿Cómo va la cosa, carcelero majete?

—El termino políticamente correcto es «agente de seguridad». —Su latido tiene algo que me resulta extraño: suena apagado y ligeramente laborioso, casi abatido. Me pregunto si tendrá algo que ver con la cicatriz que le recorre la garganta, pero puede que esté imaginándomelo porque me sonríe de tal manera que se le forman un montón de arrugas alrededor de los ojos. ¿Por qué los demás no pueden ser así de majos?—. Y tienes una videollamada de tu hermano. Ven conmigo.

La esperanza de que Mick me lleve al despacho de Lowe y me deje a solas para poder husmear en paz se desvanece cuando nos dirigimos al solárium.

—¿Lista para volver a casa? —dice Owen a modo de saludo.

—No creo que eso sea posible, sobre todo si no queremos…

—¿Cabrear a papá?

—Yo iba a decir: «Desatar una guerra de la leche».

Owen agita la mano.

—Ah, sí, eso también. ¿Qué tal la vida marital?

Soy consciente de que Mick, que está sentado frente a mí, no se pierde detalle de la conversación.

—Es un rollo.

—Te has casado con un tío que podría dejarte tiesa en cualquier momento. ¿Cómo vas a estar aburrida?

—Técnicamente cualquiera puede cargarse a otra persona en cualquier momento. Los cretinos de tus amigos podrían acercarse a ti a hurtadillas y asfixiarte con un cordel esta noche. Yo podría haberte metido triazolopirimidinas en las bolsas de sangre un porrón de veces durante los últimos veinte años. —Me doy un golpecito en la barbilla —. Ahora que lo pienso, ¿por qué no lo he hecho nunca?

Una expresión que no logro descifrar cruza su mirada.

—Y pensar que antes nos llevábamos genial… —murmura sombrío.

Tiene razón. Antes de que me marchara a vivir con los humanos, todos los críos vampiro que se metían conmigo por haber sido elegida Garantía acababan recibiendo, curiosamente, su merecido. Les salían moratones misteriosos, aparecían arañas en sus mochilas, sus secretos más humillantes terminaban en boca de todo el mundo… Siempre tuve la sospecha de que Owen estaba detrás de todo. Aunque tal vez me equivocara. Cuando volví a casa a los dieciocho, no pareció alegrarse demasiado de verme y, desde luego, nunca quiso que se lo viera en público conmigo.

—¿Puedes, por favor, comportarte como una persona normal y mostrar una pizca de miedo por estar viviendo entre los licántropos?

—De momento, los humanos me parecen peores. Hacen cosas como

quemar el Amazonas o dejar la tapa del váter levantada por la noche. En fin, ¿querías algo?

Niega con la cabeza.

—Solo asegurarme de que sigues viva.

—Ah. —Me humedezco los labios. Dudo que le importe una mierda si sigo habitando este plano existencial o no, pero puedo aprovechar la situación—. Me alegro de que me hayas llamado porque… te echo muchísimo de menos, Owen.

Un atisbo de incredulidad cruza el rostro granulado que aparece en la pantalla. Pero, al cabo de un instante, se percata de lo que estoy haciendo.

—¿Sí? Yo también te echo de menos, hermanita. —Se arrellana en la silla, intrigado—. Venga, cuéntame qué te pasa.

Todos los vampiros del suroeste saben que somos mellizos: nuestra llegada fue considerada en un principio un acontecimiento rebosante de dicha y esperanza («¡Dos bebés de golpe! ¡En la respetable familia Lark! ¡Con lo difícil que resulta concebir y los pocos niños vampiro que nacen! ¡Hurra!»), pero no tardó en quedar sepultada bajo un tapete de historias truculentas («Su madre murió durante el parto, que se alargó dos noches. El crío la dejó en las últimas y la chiquilla la remató. La han llamado Misery. Corrió más sangre esos días que durante el Áster»). Serena también sabía que tenía un mellizo, y estuvo dándome la tabarra no sé cuánto tiempo para que le presentara al «tío que podría haber sido mi compi de cuarto durante años si hubieras jugado mejor tus cartas, Misery». Ambos congeniaron sorprendentemente bien, ya que les encantaba echar pestes sobre mis pintas, mi ropa y mi gusto musical. Mi rollo en general.

Y, sin embargo, incluso a ella le chocaba que Owen, con su tez oscura y entradas prematuras, fuera siquiera pariente mío. La razón es que mientras que yo me parezco a mi padre, él…, en fin, supongo que ha salido más a mi madre. No lo tengo nada claro, puesto que al parecer no se conserva ninguna foto de ella.

Pero al margen de nuestras diferencias, todos esos meses que Owen y yo pasamos compartiendo el vientre materno deben de habernos dejado algo de huella, porque aunque nuestras interacciones al crecer fueron más escasas que las de dos primos lejanos que se ven de uvas a peras, ambos parecemos entendernos.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeños y papá nos llevaba al bosque para que viésemos la puesta de sol y experimentásemos el comienzo de la noche?

—Pues claro. —Ni nuestro padre ni el tropel de niñeras que se encargaron de nosotros hicieron nunca nada parecido—. Pienso en

ello a menudo.

—Me he estado acordando de todo lo que nos decía papá. Eso de: *¿Se sabe algo de esa cosa que he perdido?* —Paso a hablar en la lengua como quien no quiere la cosa, asegurándome de no cambiar la entonación. Mick levanta la vista del móvil, más por curiosidad que por recelo.

—Ya te digo. Tú te partías de risa y decías: *No, no ha vuelto a su casa. Si vuelve me avisarán.*

—Pero luego tú te enfadabas porque papá y yo no te hacíamos caso, y te marchabas refunfuñando cosas de lo más raras. *Avísame si vuelve. ¿Has hablado con la Garantía de los licántropos? ¿Ha mencionado algo de los Leales?*

Asiente y lanza un suspiro satisfecho.

—Sé que no te lo crees, pero siempre he tenido una cosa clara: *No tengo ningún contacto con ella, pero veré lo que puedo hacer*. Papá siempre te ha querido más a ti, cielo.

—No, cariño, nos quiere a los dos igual.

De vuelta en mi habitación, saco el portátil y me pregunto si podría sisarle a alguien el chip wifi del móvil. Me pongo a trastear un poco y creo una secuencia de mandos que me permita explorar los servidores de los licántropos, pese a que es posible que nunca tenga la oportunidad de usarla. Como ocurre siempre que programo, pierdo la noción del tiempo. Al levantar la vista del teclado, me fijo en que la luna ha salido ya hace rato, que mi habitación se encuentra a oscuras y que hay una criaturilla espeluznante plantada frente a mí. Lleva puestas unas mallas con dibujos de búhos y un tutú, y me observa como si fuera el fantasma de las Navidades pasadas.

Lanzo un gritito.

—Hola.

Joder.

—¿Ana?

—Sí, hola.

Me llevo una mano al pecho.

—La madre que te parió.

—¿Estás jugando?

—Pues… —Bajo la vista hasta el portátil. No me parece que *estoy diseñando un circuito de lógica difusa un poco chustero* sea la respuesta más adecuada—. Sí. ¿Cómo has entrado?

—Siempre me preguntas lo mismo.

—Y tú siempre te cuelas en mi habitación. ¿Cómo?

Señala la ventana. Me acerco a esta con el ceño fruncido y me apoyo en el alféizar para mirar por fuera. Ya he explorado antes la

parte exterior, en un intento desesperado por seguir con mis indagaciones sin que nadie se entere. Los dormitorios se encuentran en el segundo piso, y he comprobado varias veces si podría descender por la fachada (no, a menos que me picase una araña radioactiva y me salieran ventosas en los dedos) o bajar de un salto (no sin romperme la crisma), pero nunca se me había ocurrido mirar… hacia arriba.

—¿Por el tejado?

—Sí, me han quitado la llave.

—¿Sabe tu hermano que has estado trepando de aquí para allá como un mono araña?

Se encoge de hombros. Yo me encojo de hombros también y vuelvo a la cama. De todas formas, no me voy a chivar.

—¿Cómo es? —pregunta.

—¿El qué?

—El mono araña. ¿Es una araña que parece un mono o un mono que parece una araña?

—Pues no estoy segura. Espera que lo busque en Google y… —Me coloco el portátil en el regazo y recuerdo que no puedo conectarme a internet—. Mierda.

—Eso es una palabrota —dice Ana partiéndose de risa, lo que me hace sentir como un as de la comedia. Me sube la autoestima una barbaridad—. ¿Cómo te llamas?

—Misery.

—Miresy.

—Misery.

—Sí. Miresy.

—No es… Da igual.

—¿Puedo jugar contigo? —Mira el portátil con entusiasmo.

—No.

Hace pucheros.

—¿Por qué?

—Porque no. —¿Qué vamos a hacer, ponernos las dos a programar?

—Alex me deja jugar.

—¿Alex? ¿El chaval rubio? —Llevo sin verlo desde el incidente con Max. Supongo que, como ese día estaba él de guardia, han llegado a la conclusión de que no sirve como carcelero.

—Sí. Robamos coches y hablamos con chicas guapas, pero Alex me ha pedido que no se lo cuente a Juno.

—¿Juegas al *Grand Theft Auto* con Alex?

Se encoge de hombros.

—¿Puede una niña de… tres años jugar a eso?

—Tengo siete —anuncia con altivez. Y levanta seis dedos.

No se lo tengo en cuenta.

—Pues mira, tampoco me he ido tanto; estoy bastante orgullosa.

Vuelve a encogerse de hombros, lo cual parece ser su respuesta automática. La entiendo, francamente. Se sienta en la cama conmigo y durante un instante me preocupa que vaya a mearse. ¿Lleva pañal? ¿Le habrán enseñado a hacer sus cosas donde toca? ¿Debería darle unas palmaditas para que eructe?

—Quiero jugar —repite.

No soy ninguna blandengue. Tras vivir los primeros dieciocho años de mi vida de acuerdo a lo que dictaban un montón de gente inconsecuente, perfeccioné el uso de la asertividad. No tengo ningún problema a la hora de decir que no de forma rotunda y terminante y no volver a sacar el tema a colación. No obstante, debo de estar sufriendo algún tipo de enajenación mental transitoria, porque lanzo un suspiro, abro el editor y programo rápidamente con JavaScript un juego parecido al de la serpiente.

—¿Es edu… edu…? —me pregunta cuando he terminado de explicarle cómo funciona—. ¿Edutaquivo?

—Educativo.

—Juno dice que los juegos deben ser edu…

—No sé si es educativo, pero al menos no va de cometer crímenes.

La forma que tiene de apoyarse en mí, tranquila y confiada, me resulta conmovedora, como si nuestras especies no llevaran el último par de siglos dándose caza mutuamente. La punta de la lengua le asoma entre los labios mientras intenta coger las manzanas, y cuando uno de sus rizos oscuros le cae sobre el ojo derecho, me doy cuenta de que tengo los dedos suspendidos en el aire y estoy a punto de colocarle el mechón detrás de la oreja.

—Mierda —murmuro apartando la mano.

—¿Qué?

—Nada. —Meto los brazos entre la pared y mi espalda, horrorizada.

Parece ser ya muy tarde cuando Ana bosteza y decide que es hora de volver a su habitación.

—Mi gata está allí esperándome.

Un momento.

—¿Tu gata?

Asiente.

—¿Tu gata no será gris por casualidad? ¿Con el pelo largo? ¿Y la cara chata?

—Sí. Se llama Chispitas.

Joder.

—Bueno, antes de nada: que sepas que es un gato.

Me mira sorprendida.

—Puede seguir llamándose Chispitas.

—No, se llama «puto gato de Serena».

Ana adopta una expresión compasiva.

—Y en realidad es mi gato. —De Serena. Da igual.

—No creo.

—¿Te das cuenta de que llegó el mismo día que yo?

—Pero duerme conmigo.

Ah. Así que *ahí* es donde se mete siempre.

—Solo porque me odia.

—Entonces a lo mejor no es tu gato —dice con la delicada solemnidad de una psicóloga que está informándome de que no padezco ningún trastorno, sino que simplemente soy una cretina.

—¿Sabes qué? Me da igual. Ya lo resolveréis Serena y tú.

—¿Quién es Serena?

—Mi amiga.

—¿Tu mejor amiga?

—Solo tengo una, así que… ¿supongo que sí?

—Mi mejor amiga se llama Misha. Es pelirroja y es hija del mejor amigo de mi hermano, Cal. Y Juno es su tía. Tiene dos hermanos pequeños, uno se llama Jackson y la otra…

—Oye, que esto no es *Los hermanos Karamázov* —la interrumpo—. No hace falta que me recites todo su árbol genealógico.

—… se llama Jolene —prosigue impertérrita—. ¿Dónde está Serena?

—Está… La estoy buscando.

—A lo mejor mi hermano puede ayudarte. Se le da muy bien ayudar a los demás.

Trago saliva. No soporto a los críos.

—A lo mejor.

Me observa durante varios segundos.

—¿Eres como Lowe?

—No sé muy bien a qué te refieres, pero no.

—Él tampoco duerme.

—Yo sí que duermo, pero durante el día.

—Ah. Lowe no duerme nada.

—¿Nada? ¿Es algo típico de los licántropos? ¿O de los alfa?

Niega con la cabeza.

—Tiene insolación.

¿En serio? ¿Y cuándo le ha dado? Yo lo he visto bien. Lo mismo

para los licántropos las insolaciones no son algo demasiado…

—¡Espera! —exclamo cuando veo que Ana se dirige a la ventana—. ¿Qué tal si usas la puerta?

Ni siquiera se detiene para decirme que no.

—Será más divertido. Y podrás pasarte por la habitación de Lowe de camino —sugiero, porque si la cría la palma, la que pagará el pato seré yo—. Así lo saludas y estás un rato con él.

—No está en casa. Ha ido a ocuparse de los lelos.

Voy tras ella.

—¿De los lelos?

—Sí.

—Es imposible que… ¿Te refieres a los Leales?

—Sí. Los lelos. —Ha empezado ya a trepar hacia su habitación. Es tan ágil que el término «mono araña» se le queda corto. Pero aun así…

—¡Oye, vuelve aquí! Te… prohíbo que sigas subiendo.

Sigue trepando.

—Eres una vampira, no creo que puedas decirme lo que puedo hacer. —Lo dice más como constatando un hecho que en plan cría respondona, y lo único que se me ocurre contestarle es:

—Mierda.

La sigo con la mirada, aterrorizada, preguntándome si la maternidad es esto: imaginarte a tu hija con la cabeza abierta mientras te invade el desasosiego. Pero Ana sabe exactamente lo que se hace, y, en cuanto se sube al tejado y desaparece, me quedo ahí plantada con dos datos rondándome la cabeza.

El primero es que me tomo sorprendentemente en serio la supervivencia de esta monstruita.

Y el segundo es que Lowe, mi marido, mi compi de piso, no va a volver en toda la noche.

Me meto en el cuarto de baño, cojo una de mis horquillas y hago lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO 7

Lo de su aroma se está volviendo insoportable. Lo invade todo. Se arremolina. Se extiende. Se le adhiere a la nariz. A veces se concentra. Casi nunca se tocan, pero la vez que lo hicieron, la muñeca de ella le rozó accidentalmente la parte delantera de la camisa y él acabó arrancando el trozo de tela que más olía a ella. Se lo metió en el bolsillo y ahora lo lleva consigo a todas partes.

Pese a que se marcha de casa para no tener que verla.

Solo tardo un pelín más de lo que esperaba en colarme. La cerradura emite un chasquido y yo me detengo, preguntándome si la persona encargada de vigilarme —una licántropa que no se anda con tonterías y que, según creo, se llama Gemma— entrará en mi habitación para comprobar que está todo en orden. Al cabo de un minuto, llego a la conclusión de que no ha oído nada y abro la puerta.

La habitación de Lowe es tan bonita y peculiar como la mía; la decoración de una de las paredes, que contrasta con el resto, y el techo de vigas le otorgan un ambiente acogedor y apacible. Tiene menos muebles, eso sí, y aunque Lowe debe de llevar aquí viviendo mucho más tiempo que yo, me fijo en que hay dos cajas de cartón apiladas en un rincón y un par de cuadros apoyados contra la pared, esperando que alguien los cuelgue.

Noto el frío en las plantas de los pies en cuanto piso el suelo de parqué en espiga. Sé exactamente lo que estoy buscando —un móvil, un portátil o incluso un diario titulado *La vez que secuestré a Serena Paris* con un candado de esos de chichinabo—, pero no puedo evitar cotillear un poquito. Hay varias estanterías llenas de libros: veo clásicos y ficción contemporánea, pero sobre todo volúmenes de arte, altos, gruesos y brillantes, con páginas repletas de esculturas preciosas, edificios extraños y pinturas que nunca antes había visto. El baño está impecable salvo por el rincón donde hay colocados un cepillo de dientes de unicornio, pasta de dientes de fresa y un bote de champú que no pica en los ojos. El armario está tan ordenado que

parece el expositor de una tienda; las camisas son todas monocromáticas y los pantalones se encuentran perfectamente doblados, todos vaqueros o de tipo chino. La única excepción es el traje que llevó en nuestra boda.

Descubro que mi marido usa un cuarenta y ocho de pie.

Busco algún dispositivo electrónico, pero no encuentro nada. La verdad es que no me hacía ninguna falta saber que Lowe Moreland detesta el desorden y que es inmune a la inevitable acumulación de trastos inútiles a la que todos estamos sujetos. Solo tiene las cosas que necesita y, por lo visto, lo único que necesita es un cargador de móvil, un millón de calzoncillos intercambiables unos por otros y un bote de lubricante a base de silicona. Lo encuentro en su mesilla de noche, lo cojo y lo dejo caer de inmediato como si fuera un avispero.

Vale. No me hacía falta saber que… Pero su chica está pululando por ahí con los míos y… Vale. Es totalmente normal. No voy a darle más vueltas.

A partir de ahora.

Solo hay una fotografía colgada en la pared: en ella salen Ana (aunque de más pequeña) y una mujer de mediana edad que tiene los mismos pómulos llamativos y afilados que Lowe. Cuanto más la observo, más me doy cuenta de que, salvo por los ojos, Ana no se parece en nada a su madre ni a Lowe. Si han salido a su padre, deben de haber heredado cosas distintas.

Busco debajo de las almohadas, detrás del cabecero y en el escritorio. Está claro que Lowe no tiene otro portátil en su dormitorio y empiezo a pensar que lo de colarme no ha servido de nada. Casi he tirado ya la toalla cuando intento abrir el cajón inferior de la cómoda y descubro que está cerrado. La esperanza aflora. Vuelvo corriendo a mi habitación y cojo la horquilla.

No sé muy bien qué esperaba encontrar en un cajón cerrado con llave: collares hechos con colmillos de vampiro, tal vez, u otro bote de lubricante, ya que a lo mejor había una oferta de 2×1, o un montón de tarjetas wifi junto con una notita simpática («¡Coge las que quieras, Misery!»); pero desde luego *no* un estuche de lápices ni un bloc de dibujo. Lo cojo con el ceño fruncido y lo abro, separando con cuidado las páginas para evitar cualquier desgarrón.

Al principio creo estar contemplando una foto. Así de bonita, precisa y detallada es la ilustración. Pero entonces me fijo en los borrones, en las líneas que, en ocasiones, se extienden demasiado, y me percato de que no. Se trata de un dibujo arquitectónico de una bóveda ejecutado a la perfección.

El corazón me late con más fuerza, pero no sabría precisar por qué.

Empiezo a pasar las páginas con los dedos temblorosos.

Hay bocetos de habitaciones, despachos, escaparates, muelles, casas, puentes y estaciones. Edificios grandes y pequeños, estatuas, cúpulas y cabañas. Algunos muestran únicamente la fachada exterior, mientras que otros incluyen la distribución interior y el mobiliario. Unos cuantos tienen números y vectores garabateados en los márgenes, y otros, colores pintados por encima. Todos son perfectos.

Es arquitecto.

Se me había olvidado. O quizá nunca tuve claro exactamente lo que significaba. Pero al contemplar los dibujos, una sensación sólida y pesada me invade el estómago: noto el amor que le despiertan a Lowe las formas bellas, los lugares exquisitos y las vistas interesantes.

Apenas me saca unos cuantos años, pero se nota que no son obra de ningún aficionado. Los bocetos destilan experiencia, pasión y talento, y eso sin mencionar el tiempo que le habrá llevado cada uno de ellos, tiempo que no creo que pueda dedicar al dibujo y a la belleza ahora que es el alfa de la manada, y…

Me abruma. Estoy dándole demasiadas vueltas a esto, a *él*. Cierro el bloc de dibujo con fuerza y, al volver a dejarlo donde estaba, una hoja suelta del final se desliza y cae al suelo.

Un retrato.

El corazón me da un vuelco mientras me apresuro a recogerlo, convencida de que me encontraré con el sonriente rostro de Serena. Los labios carnosos, los ojos almendrados, la nariz estrecha y la barbilla puntiaguda… me resultan tan familiares que pienso que tiene que ser ella, porque ¿qué otro rostro conocería tan bien? Solo puede ser el de Serena o…

El mío.

Lowe Moreland ha dibujado mi cara y luego la ha metido en el fondo del último cajón de su cómoda. No sé muy bien cuándo me ha observado el tiempo suficiente para conseguir este nivel de detalle, para captar mi aire serio y distante, el gesto tenso de mis labios, el fino mechón que se me enrosca alrededor de la punta de la oreja. Pero tengo una cosa clara: el dibujo desprende *crudeza*. Desprende algo abrasador, intenso y vasto que no se encuentra en los demás bocetos. Hubo fuerza, poder y muchos sentimientos implicados a la hora de llevar a cabo este retrato. *Un montón* de sentimientos. Y ninguno bueno, me parece a mí.

Frunzo el ceño. Trago saliva y suspiro. Luego susurro:

—A mí tampoco me caes especialmente bien, Lowe, pero no me pongo a dibujarte en mi diario con cuernos y un bigote de villano de opereta.

Vuelvo a guardarlo todo en el cajón, asegurándome de dejarlo exactamente tal y como estaba. De camino a la puerta, dejo que mis dedos recorran las estanterías, preguntándome de nuevo hasta qué punto se van a poner feas las cosas durante el año que voy a pasar con los licántropos.

Al día siguiente duermo hasta bien entrada la tarde. Estoy tan cansada que podría seguir durmiendo, pero oigo jaleo fuera, en la habitualmente tranquila orilla del lago. Me llegan risas escandalosas y un olor como a quemado, de manera que me arrastro hasta la ventana para comprobar a qué se debe tanto barullo, asegurándome de evitar la luz directa que todavía se cuela en la habitación.

Es una barbacoa o un pícnic o una merienda al aire libre: nunca pillé del todo las diferencias, pese a que Serena me explicó los matices de las distintas reuniones sociales que llevan a cabo los humanos. Los vampiros no crean ese tipo de lazos comunitarios, no se reúnen sin un objetivo en mente. Nuestras amistades son en realidad alianzas. No descubrí el concepto de pasar el rato con alguien porque sí hasta que empecé mi periodo como Garantía.

Pero fuera hay más de treinta licántropos. Deambulan por la orilla del lago, trastean con la parrilla, comen, nadan. Se ríen. Los más escandalosos son los niños: veo a unos cuantos, incluida Ana, pasándoselo en grande.

Me pregunto si estaré invitada a unirme a ellos. Me pregunto cómo reaccionarían si me plantara allí y saludara a los invitados. Podría pedirle prestado un bikini a Juno. Servirme una copita de sangre, sentarme a la sombra y preguntarles a mis compañeros de mesa: «Bueno, ¿qué tal el partido del otro día?».

La idea me hace una gracia tremenda. Me acomodo en el alféizar, todavía con la camiseta desgastada que me dieron hace dos años en el trabajo durante una actividad en grupo y los pantalones cortos del pijama puestos, y contemplo a la gente. Y a Lowe, que ha vuelto a casa.

Mi mirada aterriza inmediatamente en él. Tal vez porque es…, en fin, muy grandote. La mayoría de los licántropos son altos o atléticos o ambas cosas, pero Lowe va un paso más allá. Aun así, no estoy segura de que sea su apariencia lo que lo hace destacar.

No es… encantador, sino *magnético*. Sus labios carnosos adoptan una ligera sonrisa mientras charla con algunos de los miembros de la manada. El ceño se le frunce al atender a otros. Las comisuras de los ojos se le llenan de arrugas cuando juega con los críos. Deja que una

niña le gane a un pulso, finge una exclamación de dolor cuando otra le da un puñetazo de broma en el bíceps y lanza a un chico al agua, que se ríe y grita encantado.

La gente parece apreciarlo mucho. Aceptarlo. Está claro que ese es su sitio, y yo me preguntó qué se sentirá al formar parte de algo. Me pregunto si echa de menos a su pareja o compañera o como se llame. Me pregunto si últimamente tiene tiempo para dibujar o si las casas bonitas permanecen en su mayor parte dentro de su cabeza.

Desde luego *no* parece que le haya dado una insolación hace poco, pero ¿qué sabré yo? No soy médico.

Me dispongo a apartarme del alféizar y ponerme a hacer mis cosas cuando lo veo.

Es Max.

Está separado del resto, en el límite de la orilla del lago, donde la arena se encuentra salpicada de arbustos antes de dar paso al bosque. En un primer instante, no le doy mucha importancia: a diferencia de los demás invitados, lleva una camiseta de manga larga y vaqueros, pero bueno, yo también he sido una adolescente vergonzosa intentando disimular con la ropa el estirón de quince centímetros que di en tres meses. Y según Serena, los melanomas son cosa seria.

Pero entonces se arrodilla y se pone a hablar con alguien más bajito que él. La tensión se apodera de mi cuerpo.

Me digo que no hay ninguna razón para tomármelo tan a la tremenda. Puede que Max y yo hayamos tenido nuestros rifirrafes (bueno, *un* rifirrafe, si bien bastante movidito), pero tiene todo el derecho a hablar con Ana. A lo mejor son parientes y lleva cuidando de ella desde que era un bebé. En cualquier caso, no es asunto mío. Ninguno de esos licántropos quiere verme ni en pintura y, además, tengo que ir a darme mi baño diario de una hora.

Sin embargo, no sé por qué, pero vuelvo a acercarme a la ventana. No me gusta ni un pelo su forma de hablar con Ana, señalando con el dedo algún lugar que no veo, algún lugar entre los árboles. Ana niega con la cabeza: «No», pero él parece insistir y…

¿Estoy poniéndome paranoica? Probablemente. El hermano de Ana está justo ahí, a unos cuantos metros de distancia, vigilándola.

En realidad, no. Está jugando a algo con el licántropo pelirrojo que hizo de padrino en la boda —Cal, se llama Cal— y unas cuantas personas más. A las bochas, si no me equivoco: a Serena le dio una temporada por los juegos de bolas y madre mía, hay que ver la de cosas que tienen en común los licántropos y los humanos. Tal vez mi padre haga bien en temer una alianza entre ellos. Aun así, no es de mi incumbencia y…

Max coge a Ana de la mano y se la lleva hacia el bosque y mi cerebro cortocircuita. Mick está de guardia, así que salgo de mi habitación descalza con la intención de avisarlo, pero su silla se encuentra vacía salvo por un plato con restos de ensalada de col.

Lo más probable es que esté en el baño y, durante un instante, me planteo la posibilidad de ir a buscarlo, pero no hay tiempo que perder. Un par de mis neuronas se espabilan de golpe y me indican que ahora sería el momento ideal para entrar en el despacho de Lowe y buscar información sobre Serena. Por desgracia, el 99 por ciento restante de mi cerebro permanece centrado en Ana.

Joder. Me *revienta* que me preocupe su bienestar.

Bajo corriendo las escaleras y salgo por la cocina. El calor me embiste como una ola y ralentiza mis pasos mientras los rayos del sol se me clavan en la piel como un millón de dientecitos de tiburón. La hostia, cómo duele. Todavía hay demasiada luz para mí.

Un par de licántropos me ven, pero nadie se fija en mí como tal. Las piedrecitas del suelo se me incrustan en los pies y duelen, pero sigo avanzando en dirección al bosque. Para cuando llego, la carne me arde, voy coja y casi he perdido el equilibrio dos veces por culpa de un montón de cubos de arena y un manguito.

Sin embargo, cuando vislumbro el bañador azul claro de Ana entre la vegetación y el gris oscuro de la camiseta de Max, grito:

—¡Eh! —Me abro paso entre la espesura del bosque—. ¡Eh, volved aquí!

Max sigue andando, pero Ana se gira, me ve y esboza una enorme sonrisa desdentada. El corazón le late de forma alegre y tierna.

—¡Miresy!

—Y dale, que no me llamo así. Oye, Max, ¿a dónde te la llevas?

Debe de reconocer mi voz, porque se detiene, y cuando se vuelve hacia mí, su rostro rezuma odio.

—¿Qué haces *tú* aquí?

—Vivo aquí. —Me da la sensación de que tengo agujas de pino incrustadas por debajo de la piel. Y de que estoy ardiendo—. ¿Qué haces *tú* con una niña de seis años en el bosque?

—Tengo siete —me corrige Ana en tono jovial. Suelta a Max y levanta seis dedos. La madre que la…

—Ana, ven conmigo. —Le tiendo la mano y ella echa a trotar alegremente hacia mí con los brazos abiertos, como si quisiera darme un abrazo. Puaj.

Se me cae el alma a los pies cuando Max la coge en brazos y se la lleva en dirección contraria.

—¿Qué narices…?

Y entonces suceden varias cosas al mismo tiempo.

Ana empieza a gritar y a patalear.

Yo me abalanzo sobre Max para que la suelte, dispuesta a hacerlo pedazos con mis colmillos.

Y alrededor de una decena de licántropos saltan de pronto desde los árboles de alrededor.

CAPÍTULO 8

Sería más fácil si ella no le cayera bien.

—¿Lo de meter los colmillos donde no les llaman y jorobarles los planes a los demás es típico de todos los vampiros o solo es una manía que tienes tú?

Llevo menos de cinco minutos curándome las maltrechas plantas de los pies en el sofá del salón, pero ya es la tercera vez que alguien me pregunta algo del estilo, de manera que mantengo la cabeza gacha e ignoro al segundo de Lowe —el que parece un muñeco Ken— mientras me arranco un surtido de escombros y suciedad del dedo. Me hacen falta unas pinzas, pero creo que no me he traído ningunas. ¿Las usarán los licántropos? ¿O siendo como son los primeros furros de la historia las considerarán moralmente repugnantes? Puede que el vello corporal les parezca sagrado y, por lo tanto, cualquier cosa que amenace su legítimo lugar sobre la piel sea vista como una blasfemia.

Da que pensar.

—Soltadme —se lamenta Max entre gimoteos.

Al igual que yo, está sentado en un sofá, pero a diferencia de mí, tiene las manos atadas a la espalda. Hay varios guardias vigilándolo y tratándolo con la frialdad que uno reservaría para alguien que ha intentado secuestrar a una cría.

Que es exactamente lo que Max ha hecho.

—Deja ya de repetirlo —le dice Cal sin alterarse—. Porque no vamos a soltarte.

Está claro que él y el Ken son los licántropos de mayor rango de la estancia. También parecen estar llevando a cabo un numerito de poli malo y poli aún peor. Cal es afablemente inquietante y el Ken, mordazmente aterrador. Si les va bien así, pues a tope.

—Quiero ver a mi madre —gimotea de nuevo Max.

—¿Seguro, campeón? Porque a tu madre se le está cayendo la cara de vergüenza ahí fuera por culpa de lo que has hecho y la gente con la que te has estado juntando.

—No sé, Cal. —Ken se cala la gorra de béisbol—. Lo mismo

deberíamos dejárselo a su madre. —Se inclina hacia delante—. Me encantaría ver el careto que pone cuando le arranque las zarpas de cuajo.

Max profiere un gruñido que acaba convertido en un gimoteo cuando su alfa aparece por la puerta, seguido de Juno y de Mick. Le dirijo a Mick un tímido y mudo «lo siento mucho», ya que me sabe mal que pueda meterse en algún lío por haberse ido a mear y haberme dejado sola un par de minutos. Me hace un gesto con la mano para que no me preocupe, y después el silencio se apodera de la estancia: todas las miradas recaen en Lowe, como si su presencia fuera una fuerza magnética que lo atrajera todo. Ni siquiera *yo* puedo apartar la vista; mi dedo del pie tendrá que apañárselas con la infección que seguro va a pillar. Lowe parece tan sumamente cabreado que me estremezco, aunque igual es cosa del aire acondicionado, que me da directamente en el cuerpo. Estoy llena de ampollas.

—¿Ana está bien? —pregunta Gemma.

Lowe asiente.

—Está jugando con Misha. —Pasea la vista por la estancia con las manos en las caderas. Todo el mundo baja la mirada al instante.

Menos yo.

—¿Alguien quiere explicarme qué coño ha pasado? —pregunta mirándome fijamente.

Pensaba que todo el mundo iba a ponerse a hablar a la vez para explicarle lo ocurrido, pero la sumisión de los licántropos es total. El tenso silencio se prolonga, interrumpido únicamente por las pisadas de Lowe, que se sitúa frente a mí. Me dispongo a pronunciar mis últimas palabras antes de irme al otro barrio, pero lo único que hace él es bajarse la cremallera de la sudadera, colocármela alrededor de los trémulos hombros y contemplar el resultado durante un instante demasiado largo.

Los demás siguen con la vista clavada en el suelo.

—Cal —dice él. La sensación de alivio que me recorre al ver que no se dirige a mí resulta bochornosa.

—Todo iba según lo previsto —empieza a explicar Cal—. Tal y como esperábamos, Max estaba intentando engatusar a Ana para llevársela al bosque. Nosotros los hemos seguido a hurtadillas para ver con quién iba encontrarse, pero entonces…

Se vuelve hacia mí y de pronto todas las miradas recaen sobre mi persona. Está claro que mi alivio ha sido precipitado.

—Lo siento. —Trago saliva—. No tenía ni idea de que le estabais tendiendo una trampa. Si veo a un tío que ha sido un capullo integral conmigo coger a una niña y largarse, es normal que quiera… —¿Que

quiera qué? ¿Por qué me he metido dónde no me llaman? Ahora que la adrenalina ha desaparecido, ya no me acuerdo de cuál fue mi razonamiento. No soy ninguna heroína ni quiero serlo.

El Ken resopla.

—¿Estabas mirándonos desde la ventana?

—Pues… sí.

—Qué mal rollo. Búscate un *hobbie* o algo.

—Tienes razón. La gente habla maravillas del parapente o de las competiciones de pastoreo con patos. Igual podría… Ah, no, espera, se me había olvidado que estoy encerrada en una habitación de doce metros cuadrados las veinticuatro horas del día.

—Pues ponte a leer, colmillitos.

—Basta. —Lowe cruza la habitación y se agacha frente a Max, que trata de escabullirse al instante. Se dirige a él en un tono firme pero sorprendentemente amable—: ¿A dónde ibas a llevarte a Ana? —Max no contesta, así que prosigue—: Tienes quince años y no voy a castigarte como si fueras adulto. No sé con quién te has juntado ni cómo, pero puedo ayudarte. Te protegeré.

El sudor recorre las sienes de Max. Es mucho más joven de lo que creía.

—Si te lo cuento, te desharás de mí, me…

—Yo no hago daño a los míos y menos si todavía son críos —dice Lowe con un gruñido—. No soy Roscoe.

—No. —Max vuelve la mirada hacia mí—. Él jamás se habría aliado con los vampiros ni con los humanos, jamás le habría abierto las puertas de su casa a una de ellos ni la hubiese dejado campar a sus anchas para que el día menos pensado matase a algún licántropo…

—Tienes razón, Roscoe prefería cepillárselos él mismo. —Max baja la mirada. No es más que un chaval—. ¿De verdad crees que es peor aliarse con los vampiros que dejar que maten a más de los nuestros?

Max parece sopesar la cuestión mientras traga saliva, pero entonces la rabia vuelve a invadirlo y suelta:

—No eres el auténtico alfa.

Es obvio que ha metido la pata hasta el fondo, porque los demás licántropos de la estancia dan un paso al frente, dispuestos a intervenir, y luego se detienen de golpe en cuanto Lowe alza la mano.

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunta. Amenazante, despiadado—. Puede que se trate de un error genuino. A lo mejor simplemente no se encontraban presentes cuando Roscoe perdió el desafío. Me puse en contacto con los Leales para hacerles saber que aceptaría encantado cualquier desafío por su parte. Y, aun así, nadie ha venido a verme. —Lowe se pone en pie—. Aquí podemos discrepar y debatir. No soy

Roscoe: yo no voy a deshacerme de los que no estén de acuerdo conmigo. Pero intentar secuestrar a una niña, dañar infraestructuras, atacar brutalmente a todas las cuadrillas que me apoyan… Eso son actos de insurgencia violentos. Y mientras siga siendo el alfa de la manada, no pienso tolerarlo. ¿Quién te dio las órdenes, Max?

Él niega con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Se te ha olvidado? —El Ken se coloca junto a Lowe. Max retrocede—. Tranquilo, podemos refrescarte la memoria.

—Pero solo es un crío —señala Cal.

—Pues que no hubiera colaborado con los Leales —responde el Ken haciéndose crujir los nudillos.

Cal, para mi sorpresa, se encoge de hombros.

—Supongo que tienes razón. —Se hace crujir los nudillos también.

Escudriño el rostro de Lowe en busca de alguna señal que me indique que no va a dejar que sus hombres… qué sé yo, le hagan el submarino a un chaval. Su expresión rezuma indiferencia, como si le pareciera fantástico dejar el asunto en sus manos. No es lo que una esperaría de alguien que pretende apaciguar la situación.

—¡Esperad! —exclamo. Se ve que hoy me he levantado con ganas de meterme en todos los fregados—. No le hagáis daño. Yo puedo ayudaros.

Todos se vuelven hacia mí, con mayor o menor grado de irritación en el rostro.

—Bastante has hecho ya, sanguijuela —dice el Ken.

Pongo los ojos en blanco.

—A ver, para empezar me he criado con los humanos, y todo eso de sanguijuela, garrapata, chupasangre, parásita, murcielaguarra, etcétera son insultos muy poco currados, que lo sepáis. —Sí, los vampiros bebemos sangre para sobrevivir y no nos avergonzamos de ello—. Puedo averiguar quién envió a Max sin que tengáis que arrancarle las uñas o lo que sea que estéis planeando.

—No sé —repone Cal—. Se merece un par de meneos.

Pero Max está temblando como un flan, y yo no debo de ser tan sádica como creía.

—Por favor —le suplico a Lowe, desentendiéndome del resto de los presentes—. Os puedo ayudar.

—¿Cómo? —Parece más intrigado que irritado.

—Resulta más sencillo enseñároslo. Mira. —Me pongo en pie y paso rozándolo por su lado para dirigirme hasta Max. Lowe me detiene colocándome los dedos en la muñeca. Cuando me vuelvo hacia él, sobresaltada, tiene la vista clavada al frente.

—¿Por qué? —pregunta sin mirarme. Baja la voz para que solo yo lo oiga.

No sé muy bien qué es lo que quiere saber, de manera que respondo con lo que me dice el instinto.

—Ana viene algunas veces a mi habitación —digo empleando el mismo volumen que él—. Me hace compañía y, aunque se le da fatal pronunciar mi nombre y es evidente que no sabe muy bien si tiene seis o siete años… —Trago saliva—. Preferiría que no…, pues eso, la secuestraran y se la llevaran vete tú a saber dónde.

Por fin, vuelve la mirada hacia mí. Examina mi rostro durante un buen rato y no sé qué es lo que está buscando, pero debo de pasar la prueba, porque asiente y me suelta. Yo permanezco donde estoy.

—Ya que estamos, ¿me echas una mano? No es algo que se me dé superbién, que digamos. —Frunce el ceño, así que me apresuro a añadir—: Aunque me las apaño.

O eso creo. Solo se lo he hecho a Serena, que insistió en que fomentase mi única habilidad vampírica de utilidad y practicase con ella. Me obligaba a aturdirla y a usar el móvil que ambas compartíamos para grabarla mientras se daba el lote con una col, recitaba el juramento a la bandera con acento alemán o confesaba haber tenido toda una serie de sueños guarros en los que el señor Lumiere, nuestro profesor de francés, aparecía como estrella invitada.

Espero recordar cómo se hace.

Me arrodillo frente a Max e ignoro sus aterrorizados y asqueados latidos, así como los bufidos que me lanza para que no me acerque.

—Tío, estoy intentando ahorrarte las descargas eléctricas o lo que sea que los tuyos utilicen para sonsacar información, así que…

Algo húmedo aterriza sobre mi camiseta.

Max acaba de escupirme.

—Puaj —resoplo asqueada, pero antes de que pueda…, no sé, devolverle el lapo o algo así, Lowe le pone la mano en el pecho y lo inmoviliza contra el sofá.

—¿Qué coño acabas de hacer? —gruñe.

—¡Es una vampira!

—Es mi… —Lowe lo agarra de la mandíbula—. Pídele perdón a mi mujer.

—Perdón. ¡Perdón! Por favor, no… Lo siento. —Max se echa a llorar.

Lowe se vuelve hacia mí.

—¿Aceptas?

—¿El… escupitajo?

—La disculpa.

—Ah. —Ay, madre. ¿Qué leches está pasando?—. Claro, ¿por qué no? Ha sido muy… sincera y espontánea. Bueno, a ver, sujétale la cabeza y no dejes que se mueva. Sí, las manos en la barbilla. Vale, voy a tardar un poco, procura que no se retuerza.

Empiezo colocándole a Max el pulgar donde empieza la nariz y los dedos índice, corazón y anular en la frente. Acto seguido, espero a que se tranquilice y me mire a los ojos.

Consigo engancharlo al cuarto intento. El cerebro de Max es blando y está sobreestimulado, por lo que no me cuesta introducirme en él. Adhiero su mente a la mía y la revuelvo un poquito: una interferencia temporal. No me detengo hasta que estoy totalmente segura de que lo tengo bien agarrado, y, cuando me aparto, el cuerpo se le relaja de golpe y las pupilas se le dilatan. A mi espalda, oigo algunos murmullos y a alguien que susurra: «¿Qué hostias hace?», pero no me resulta complicado ignorarlo y dejar que mis ojos hagan lo que tienen que hacer.

Para subyugarlo.

Los humanos afirman que tenemos poderes mágicos con los que controlarles la mente. Que podemos poseerlos y atarlos metafóricamente de pies y manos como a un pavo en Acción de Gracias. Aunque, como con casi todo, se trata de una simple cuestión biológica. Contamos con un músculo intraocular adicional que nos permite mover los ojos a gran velocidad e inducir un estado hipnótico. Hay vampiros extraordinariamente habilidosos, como mi padre, que son capaces de subyugar a su víctima sin necesidad de tocarla y, además, mucho más deprisa. Sin embargo, los vampiros así no abundan; los que somos menos mañosos necesitamos que la persona esté sujeta y consideramos que es una técnica bastante peliaguda.

Huelga añadir que solo podemos subyugar a otras especies y que no todos los cerebros responden igual. Y, desde luego, colarse en la mente de alguien sin consentimiento constituye un acto de violencia y es algo profundamente inmoral. El hecho de que podamos hacerlo no significa que debamos, pero Max ha tratado de hacerle daño a Ana y podría intentarlo de nuevo. Además, tampoco tengo tanta integridad moral.

—Vale. —Me echo hacia atrás mientras me froto los ojos con ganas. Subyugar a alguien requiere muchísima energía—. Todo tuyo.

Todos se me quedan mirando con la boca abierta. Y puede que esté imaginándomelo, pero estoy casi segura de que han retrocedido un paso.

Excepto Lowe, que está casi demasiado cerca.

—Yo de vosotros me daría prisa, solo va a estar así unos diez

minutos. —Señalo a Max, que se encuentra en un estado de estupor y no responde a ningún estímulo. Si esto se me diera mejor, podría alterar de forma permanente el cerebro de la gente, pero qué vamos a hacerle…—. No va a contaros la historia de su vida así de sopetón, tenéis que hacerle preguntas. —Nadie dice nada. ¿Los he subyugado sin querer a ellos también?—. Algo así como: «¿Por qué intentabas secuestrar a Ana, Max?».

—Me encargaron llevársela a los Leales para así poder presionar a Lowe y que renunciase a su posición como alfa.

Una oleada de murmullos ansiosos y desconfiados se extiende por la estancia, aunque no tienen nada que ver con la respuesta de Max. Es más, estoy segura de haber oído un: «Le ha freído el cerebro».

—Lo has subyugado —murmura Lowe.

—Sí, eso es. Nada de frituras. —Me pongo en pie y hago una mueca de asco al ver el escupitajo en mi camiseta. Está empezando a filtrarse en la tela, qué asco.

—Creía que solo era un mito —susurra Cal—. Un cuento que nos contaban de críos para asustarnos.

Lo entiendo perfectamente, ya que yo crecí convencida de que, si me portaba mal, un licántropo saldría del retrete y me mordería el culo.

—No lo es. Aunque en realidad no se me da muy bien subyugar. —Me da la sensación de que es mejor no explicarles lo que alguien como mi padre es capaz de hacer.

—Pues yo diría que se te da fenomenal —repone Cal.

Lo cierto es que parece impresionado. Por el contrario, el Ken me mira con desconfianza, Mick frunce el ceño y Gemma menea la cabeza. Otros licántropos intercambian miradas, Juno parece estar, como siempre, preocupada y enfadada, y Lowe…

He dejado de intentar entender a Lowe.

—¿Cómo sabemos que no estás llenándole la cabeza de patrañas? —pregunta el Ken.

Me encojo de hombros.

—Preguntadle algo que yo no sepa.

—¿Qué pasó cuando le pediste salir a Mary Lakes? —pregunta Juno.

—Me dijo que no —responde Max de forma automática.

—¿Por qué?

—Porque me colgaba un mocarro de la nariz.

Tiene gracia, pero nadie se ríe. El grupo parece haber dejado atrás la incredulidad del principio y Cal empieza el interrogatorio:

—¿Fue la compañera de Roscoe la que te pidió que te llevases a

Ana?

—Eso creo, aunque no hablé con Emery directamente.

Cal niega con la cabeza.

—Estaba claro, joder.

—Espera —lo interrumpe Lowe, y la estancia vuelve a quedarse en silencio.

Se gira hacia mí. Mete el brazo dentro de la sudadera que me ha colocado sobre los hombros y a mí se me corta la respiración. Me apoya la palma durante un instante en la cintura, luego la desliza hacia arriba, rozándome el pecho, y madre de Dios, qué narices…

Saca el móvil del bolsillo interior y se aparta.

Las mejillas me arden.

—Llévala a su habitación y vuelve —le ordena a Mick. Acto seguido se dirige a Juno—: Ve a ver cómo está Ana, por favor.

Mick me acompaña fuera. Mi parte más cotilla debe de haber aflorado tras presenciar todo el intercambio, porque me entran ganas de preguntar si puedo quedarme. Quiero averiguar de qué va todo ese extraño conflicto interno entre los licántropos. En cambio, sigo a Mick escaleras arriba sin rechistar.

—Espero que no te hayas metido en un lío por mi culpa —le digo —, pero he visto que Max estaba llevándose a Ana y, como el otro día me atacó, aunque sé que no me creéis, pues…

—Nadie ha dudado de tu palabra —me dice con amabilidad.

Le lanzo una mirada.

—Te aseguro que Lowe sí.

—Lowe sabía que Max te había atacado primero. Huele las mentiras a kilómetros.

—Ah. ¿Las huele en plan… literal?

Mick asiente con la cabeza, pero no me da más detalles.

—Sabía que Max tramaba algo con Ana y quería sonsacarle toda la información posible. Lowe se encuentra en una posición delicada. No puede ir interrogando a todo el que no le cae en gracia si no quiere acabar convirtiéndose en lo que era Roscoe estos últimos años. Pero los Leales han estado atacando a los suyos y alguien debe detenerlos.

—Parecía dispuesto a dejar que los demás torturaran a Max.

—No ha sido más que un numerito para asustar a Max. Y habría funcionado, todos hemos olido su miedo, aunque tú nos lo has puesto más fácil con tu… —Sonríe y me señala los ojos moviendo los dedos —. Prométeme que no usarás tu truquito conmigo, ¿vale? No veas el miedo que has dado ahí dentro.

—Jamás se me ocurriría. Eres mi carcelero favorito. —Sonrío sin enseñar los dientes—. Además, soy yo la que tendría que estar

asustada.

—¿Por qué?

Señalo la cicatriz que tiene en el cuello. La marca de unos dientes que le adorna la clavícula.

—Pues porque te paseas por ahí con esa pedazo de cicatriz como si te flipara meterte en peleas. —Ladeo la cabeza—. ¿Es así como te convertiste en licántropo?

Enarca una ceja.

—Somos una especie de verdad, no una enfermedad contagiosa.

—Solo quería asegurarme de que, si alguien me muerde, no me convertiré en uno de los tuyos.

—¿Si tú mordieras a alguien lo convertirías en vampiro?

Reflexiono un instante.

—*Touché*.

Se ríe con suavidad y sacude la cabeza con expresión nostálgica.

—Es la mordedura de mi compañera.

Compañera. Otra vez esa palabra.

—¿Tu compañera también tiene una igual?

—Sí, claro.

—¿La conozco?

Aparta la mirada.

—Ya no está con nosotros.

—Ah. —Trago saliva sin saber qué decir. *Espero que no fuera por culpa de uno de los míos*—. Lo siento. Parece ser que todo este asunto de los compañeros tiene mucha importancia.

Él asiente.

—Los vínculos entre compañeros constituyen la esencia de todas las manadas, pero no me parece prudente hablar contigo de las costumbres de los licántropos. —Me dirige una mirada que es al mismo tiempo amonestadora y tierna—. Sobre todo si te comunicas con tu hermano en un idioma que nadie más entiende.

Mierda.

—No es lo… Es que echo de menos mi hogar. Quería oír algo que me resultase familiar.

—¿De veras? —Nos detenemos frente a mi habitación. Mick abre la puerta y me hace un gesto para que entre—. Qué curioso, pareces de esas personas que jamás han tenido un hogar.

Dejo que sus palabras revoloteen por mi mente durante varios minutos después de que se haya marchado, preguntándome si tiene razón. Y, cuando se detienen, llego a la conclusión de que no la tiene: sí que tenía un hogar y se llamaba Serena.

Me cambio la camiseta por una que esté menos pringada con el

ADN de Max y salgo de mi habitación en silencio. Todos están distraídos con el jaleo que se ha armado, así que colarme en el despacho de Lowe me resulta tan fácil que casi desconfío un poco. Hay muchas formas de hackear un ordenador, pero pocas que pueda poner en práctica en este momento. Por suerte, no es la primera vez que tengo que recurrir a un enfoque más a lo bruto, así que yo diría que no todo está perdido.

Está anocheciendo, pero no enciendo las luces. Localizo el escritorio de Lowe gracias a la foto de Ana que hay encima. Me acerco de puntillas, me arrodillo frente al teclado y me pongo manos a la obra.

No es que acostumbre a hacer esto todos los días, pero resulta relativamente sencillo y no me lleva demasiado tiempo. Es evidente que los licántropos no esperan que ninguno de los suyos vaya a colarse, y el ordenador apenas cuenta con medidas de protección. Solo tardo unos minutos en infiltrarme en su base de datos y unos cuantos más en configurar tres búsquedas al mismo tiempo: *Serena Paris,* la fecha de su desaparición y *The Herald,* por si mis sospechas son ciertas y Lowe estaba implicado en algún caso que ella tenía la intención de cubrir. No es más que un comienzo, pero espero que, si su nombre aparece mencionado en cualquier dispositivo de comunicación que haga copias de seguridad automáticas en…

Noto que algo suave me roza la pantorrilla.

—Ahora no —murmullo mientras aparto distraída al puto gato de Serena. Los resultados empiezan a aparecer y toco unas cuantas teclas para maximizar las ventanas. De momento, nada me llama demasiado la atención.

Noto la nariz húmeda del gato en el muslo.

—Estoy ocupada, Chispitas. Vete a jugar con Ana.

Empieza a ronronear. No, más bien a gruñir. Me cabrea que siempre quiera salirse con la suya, la verdad.

—Te he dicho… —Bajo la mirada y retrocedo tan rápido que estoy a punto de caerme de culo.

Un lobo gris con los ojos amarillos me contempla furioso en la penumbra.

CAPÍTULO 9

Ana lo interrumpe mientras él le lee un cuento para informarle de algo muy importante y urgente: «Miresy es tan tan taaaan guapa. Sus orejas me gustan un montón».

Él aprieta los labios antes de seguir con la lectura.

Para los vampiros, los colmillos no son solo dientes, sino que constituyen un símbolo de estatus.

Pensemos un instante en los humanos y los músculos: hubo una época, hace la tira de milenios, en la que tener una pareja supermusculosa les aseguraba una mayor protección frente a… ¿los dinosaurios? Yo qué sé, no me va mucho la historia, a mí se me daban bien las mates y ya. La cuestión es que el poderío físico proporcionaba una ventaja evolutiva que en la actualidad, una época donde existen las bombas atómicas, ha quedado bastante obsoleta y, sin embargo, a los humanos sigue pareciéndoles algo atractivo.

Con los colmillos y los vampiros ocurre algo similar: se consideran un símbolo de fortaleza y poder porque antiguamente cazábamos a nuestras presas y les perforábamos la carne con los dientes para deleitarnos con su sangre. Cuanto más largos, afilados y grandes, mejor.

Y los de este lobo… Los de este lobo podrían ganar premios. Dominar civilizaciones enteras. Proporcionarle a su dueño el polvo de su vida y mil promesas de amor eterno en cualquier fiesta de vampiros. Bueno, y hacerme picadillo también.

—¿Eres un lobo de verdad? —pregunto procurando que no me tiemble la voz—. ¿O uno de los de media jornada?

Como respuesta, obtengo un profundo y prolongado gruñido que hace que me cague viva.

—Si te devuelvo el gruñido, ¿mejoraré o empeoraré las cosas?

—Dará igual —responde una voz desde la entrada.

Lowe. Está apoyado en el marco de la puerta, tan pancho como un modelo durante una sesión fotográfica de prendas de andar por casa.

—Gracias, Cal —dice acercándose a mí—. Ya puedes marcharte.

Y, como por arte de magia, tras dirigirme un último y desganado gruñido, el lobo sacude su precioso pelaje gris y se aleja trotando. Se detiene junto a Lowe y le da con el morro en el muslo.

—¿Cal? ¿Te refieres…? —El animal se vuelve hacia mí y yo contemplo su rostro en busca de alguna similitud. Creía que la forma de lobo de los licántropos guardaría alguna semejanza con su forma humana, pero Cal es pelirrojo. Estiro el cuello para contemplar mejor al lobo, pero Lowe se sitúa delante de mí y me tapa la vista.

—¿Qué cojones haces, *esposa mía?* —pregunta. Su voz desprende una volátil combinación de cansancio e irritación. Dejo de pensar al instante en todo lo que tenga que ver con fenotipos licántropos.

Acaban de pillarme haciendo algo muy malo. Mi seguridad peligra.

—Solo buscaba… —¿El qué?—. Unos *post-its*.

—¿Los vampiros dejáis los *post-its* dentro de los ordenadores?

Mierda.

—Quería echar un vistazo a mi correo. —Trago saliva—. Ponerme al día con mis amigos.

—Tú no tienes amigos, Misery.

No sé por qué me duele que diga eso cuando es verdad.

—Y no es que yo sea un genio de la informática, pero me da a mí que eso… —señala mi código, que sigue procesando datos— no es Yahoo.

—¿Yahoo? Madre de Dios, Lowe, tenemos que actualizarnos un poquito, eh.

—Pasa —ordena, y no entiendo cómo no me he dado cuenta de que Alex estaba plantado en la puerta. Supongo que estaba demasiado ocupada pensando en mi inminente muerte—. ¿Puedes averiguar qué estaba haciendo?

—Enseguida.

Cierro los ojos y sopeso distintas posibilidades. Podría darle a Lowe un rodillazo en las pelotas e intentar huir, pero no sé si la zona de la entrepierna de los licántropos es tan sensible para ellos como para nosotros, y de todas formas… hay *lobos* merodeando por los alrededores.

—Me has tendido una trampa —digo. Mi voz suena como la de una niña pequeña, que es exactamente como me siento—. Le pediste a Mick que volviera a la sala de estar delante de mí porque sabías que yo aprovecharía la situación.

—Misery. —Chasquea la lengua, burlón, y se acerca aún más, como si supiera que estoy pensando en echar a correr. Los latidos de su corazón me envuelven, firmes y decididos—. La trampa te la has

tendido tú solita, porque esto se te da de pena.

—¿El qué?

—Lo de husmear.

—No estaba…

—¿Por qué entraste en mi habitación? ¿Por qué rebuscaste en mi armario y mis cajones? —Se inclina hacia delante. Su voz se convierte en un susurro para que solo yo la oiga. Desprende cierto matiz torturado, como si le doliera algo—. ¿Por qué mi cama huele como si hubieras dormido en ella?

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que dejaría mi olor en la habitación. Que Lowe encontraría mi aroma adherido a cada superficie.

Joder.

—Lo siento —exhalo.

—Deberías sentirlo —dice él frente al aire que separa nuestros labios.

Me pregunto si el corazón me ha latido con tanta fuerza alguna vez. Tan cerca de la superficie de la piel.

—Se ha colado en nuestros servidores… de una forma superingeniosa, debo decir, y solo con herramientas básicas a su disposición —anuncia Alex algo impresionado, lo cual resulta halagador.

—¿Eres el que diseñó el cortafuegos de los licántropos? —pregunto.

—Sí. Soy el jefe del equipo de seguridad —dice con aire distraído mientras revisa mi código. Estando su alfa presente, no le doy ningún miedo.

—Pues enhorabuena. —Qué raro resulta mantener una conversación con Alex mientras contemplo fijamente los ojos de Lowe. Que se encuentran a unos tres centímetros de los míos—. Es prácticamente impenetrable.

—Gracias. ¿Eres por casualidad la misma persona que intentó tumbarlo hace unas semanas?

Trago saliva. La mirada de Lowe desciende hasta mi garganta y permanece ahí posada.

—No me acuerdo.

—Alfa, estaba llevando a cabo una búsqueda en nuestras bases de datos… Tres búsquedas, para ser exactos. Una de una fecha de hace poco más de dos meses, otra de *The Herald,* un periódico humano, me parece, y otra de alguien que se llama Serena. Serena Paris.

Me invade una oleada de terror. No queda en el mundo ni una pizca de aire con el que llenarme los pulmones.

—¿Y esa quién es? —murmura Lowe relamiéndose los labios.

Inhala mi aroma profundamente, a propósito—. Qué interesante. Durante la última semana he presenciado dos atentados contra tu vida y en ninguno he olido tu miedo de forma tan intensa como lo huelo ahora. ¿Por qué, vampira? —Su rostro es todo crudeza y ángulos bien definidos, moldeados por la luminosidad del monitor. Veo cómo mueve los labios, carnosos y despiadados. No puedo apartar la mirada —. ¿Quién es Serena Paris, Misery?

Parece albergar sincera curiosidad y yo me pregunto si tal vez no tiene nada que ver con su desaparición. Pero tal vez sí. A lo mejor está fingiendo. A lo mejor no sabía su nombre, pero le hizo daño de todas formas.

Le apoyo la mano en el pecho e intento apartarlo, pero es como intentar mover una aglomeración de montañas.

—Deja que me marche.

—Misery. —Me clava la mirada—. Sabes que no voy a hacerlo. Alex —dice elevando la voz, pero sin dejar de mirarme—, ve a buscar a Cal. Parece que vamos a tener que sacar a Gabi y poner fin al armisticio con los vampiros.

Oigo un leve: «Sí, alfa» y las pisadas de unas botas al abandonar el despacho mientras yo suelto:

—¿Qué?

—Debo considerar tu incursión como una agresión por parte de tu padre y el resto del consejo vampírico. Han introducido una espía en territorio licántropo haciéndola pasar por Garantía. —Tensa la mandíbula—. Y tu aroma… lo han manipulado, ¿verdad? Sabían que me distraería…

—No. —Estoy agobiada. Sin aliento—. Esto no tiene nada que ver con mi padre.

—¿A quién pensabas enviarle la información?

—¡A nadie! Pídele a Alex que lo compruebe. No he configurado ninguna transmisión.

Se acerca aún más. Casi noto el sabor de su sangre en la lengua.

—Alex ya no está aquí.

Sabía que estábamos solos, pero ahora lo *siento,* al igual que siento la calidez que irradia su cuerpo filtrándose en mi interior. El efecto que me produce el calor no es nuevo: el estómago se me retuerce y se me contrae. Hambre. Anhelo.

—Ya te lo he dicho, solo estaba trasteando un poco.

—Déjate de juegos, Misery. —Sus palabras reverberan en mis huesos—. La alianza entre los vampiros y los licántropos es demasiado reciente y frágil, y…

—Para. *Para ya.* —Le apoyo las manos en el pecho, implorándole

para que me conceda algo espacio, porque estoy… La cabeza me da vueltas, repleta de pensamientos cálidos, abrasadores y extraños, pensamientos relacionados con venas, cuellos y sabores—. Por favor. *Por favor,* no hagas nada. Esto no tiene nada que ver con la alianza.

—Vale. —Retrocede un paso, con las palmas de las manos apoyadas todavía en la pared, a ambos lados de mi cabeza, y el alivio me recorre. Su sangre estaba empezando a olerme demasiado bien y…

Jamás me había pasado nada semejante. Se me debe de haber pasado alimentarme.

—Vale —repite—. Podemos hacer lo siguiente. Uno: me cuentas quién es Serena Paris y me das una explicación razonable para esta *desastrosa* misión secreta que te traes entre manos. Después ya veré lo que hago contigo. O dos: sigo adelante con la suposición de que eres una espía que intenta recabar información de los licántropos y utilizo tu cadáver para dejarle las cosas claritas a tu padre.

—Serena era mi amiga —suelto—. Mi hermana.

Lowe tensa todos los músculos del cuerpo, como si hubiera hecho algunas conjeturas pero mi respuesta lo hubiera pillado desprevenido.

—Una vampira, entonces.

Niego con la cabeza.

—Es humana, pero nos criamos juntas. Durante mis primeros meses como Garantía estuve muy depre y no hice más que meterme en líos. Intenté huir, me expuse a muchos peligros, una vez incluso… Vivía sola con mis cuidadores y ellos me odiaban, de manera que los humanos pensaron que tal vez me portaría mejor si otra niña me hacía compañía. Encontraron a una huérfana de mi edad y la llevaron a vivir conmigo.

Lanza un resoplido amargo y temo que no me crea. Pero entonces dice, tranquilo y exaltado al mismo tiempo:

—Putos humanos.

Trago saliva.

—Hicieron lo que pudieron. Al menos lo intentaron.

—No lo suficiente. —Sus palabras no admiten réplica y yo no me molesto en llevarle la contraria.

—Serena desapareció hace unas semanas y…

—¿Crees que la secuestró un licántropo?

Asiento.

—¿Quién?

No tengo más remedio que contarle la verdad. Y, si es el responsable de su desaparición…, también será el responsable de la mía.

—Tú.

No parece sorprendido.

—¿Por qué yo?

—Dímelo tú. —Levanto el mentón—. Tu nombre aparecía en su agenda, anotado en la fecha de su desaparición. A lo mejor tenía pensado quedar contigo. Igual estabas relacionado con algún reportaje que estaba escribiendo. No lo sé.

—¿Un reportaje? Ah, por eso has buscado *The Herald*. Era periodista.

No se trata de una pregunta, pero asiento.

Por fin, Lowe se aparta. Sigue situado entre la puerta y yo, pero se frota la barba incipiente de la mandíbula con una mirada ceñuda en el rostro y absorto en sus pensamientos. Intenta hacer memoria. Si su expresión de confusión es fingida, es un actor como la copa de un pino. Y tampoco tiene sentido que me haya mentido. Voy a estar atrapada aquí durante el próximo año, casi sin poder comunicarme con el exterior y con gente supervisando todos mis intercambios. Podría confesarme que dirige cinco cárteles de la droga y que planea secuestrar el avión del presidente y yo no tendría forma de avisar a nadie.

—Te la has jugado pero bien. —Escudriña mi rostro, pensativo. Casi como si me viera por primera vez—. Te ofreciste como Garantía y te casaste conmigo. Y todo porque alguien escribió mi nombre en su agenda.

Me muerdo el labio inferior. Se me cae el alma a los pies al pensar que tal vez dice la verdad y no sabe nada. Que el rastro que estaba siguiendo me ha conducido a un punto muerto.

—Mi mejor amiga, mi *hermana,* ha desaparecido. Y si yo no la busco, nadie lo hará. Lo único que dejó, la única pista que me queda, es un nombre, *tu* nombre, L. E. Moreland…

—¡Lowe! —La puerta se abre de golpe.

Espero ver a Alex o a Cal o a toda una manada de lobos rabiosos dispuestos a descuartizarme. Lo que no espero es oír un lastimero: «¿Dónde estabas?», seguido por las suaves pisadas de alguien que recorre el suelo de madera en calcetines.

Yo paso de inmediato a un segundo plano. Lowe se arrodilla para saludar a Ana y, cuando ella le rodea el cuello con sus delgados brazos, él alza una de sus enormes manos y le acuna la cabeza.

—Estaba hablando con Misery.

Ella me dirige un saludo con la mano.

—Hola, Miresy.

Noto un nudo en la garganta.

—Mi nombre no es *tan* difícil de pronunciar —murmullo, pero a

ella parece hacerle gracia la mirada fulminante que le lanzo. También parece estar de buen humor, pese al intento de secuestro. Admiro su resiliencia, pero caray con los críos… No hay quien los entienda.

—¿Me lees un cuento antes de dormir? —le pregunta a Lowe.

—Pues claro, cielo. —Le coloca un mechón de pelo todavía húmedo detrás de la oreja—. Ve a lavarte los dientes, iré en…

—Ana, ¿dónde estás? —La voz preocupada y entrecortada de Juno llega desde el pasillo—. ¡Ana!

—¿Has dejado a Juno tirada? —susurra Lowe.

Ana asiente con expresión traviesa.

—Pues será mejor que vuelvas con ella.

La niña hace un mohín.

—Pero quiero…

—¡Liliana Esther Moreland! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Ana le da un beso a Lowe en la mejilla y murmura, risueña, algo sobre lo mucho que pincha. Acto seguido se escabulle en un torbellino de tela azul y rosa. La sigo con la mirada y continúo contemplando la puerta entreabierta mucho después de que haya desaparecido.

Mareada.

Estoy mareada.

—¿Misery?

Me vuelvo hacia Lowe.

—¿Ana…? —Trago saliva, ya que esa no es la pregunta adecuada, sino—: ¿Liliana?

Lowe asiente.

—Esther. —*L. E. Moreland*—. No sabía… No tenía ni idea.

Lowe vuelve a asentir con la mirada sombría.

—Misery, tú y yo tenemos que hablar.

CAPÍTULO 10

No es un hombre imprudente ni descuidado ni confiado. Pero reconoce a una aliada formidable en cuanto la ve.

La casa tiene muchas habitaciones del todo apropiadas donde mantener una conversación discreta, pero acabamos sentándonos a la mesa de la cocina, con una taza de un líquido negro humeante delante de Lowe mientras el sol comienza a despuntar.

Como casi siempre, me he pasado la noche despierta. Y él también, a juzgar por sus pronunciadas ojeras, aunque los esculpidos rasgos de su rostro resultan tan bellos como de costumbre. Lleva unos días sin afeitarse y es evidente que le vendría fenomenal echarse una cabezadita y pasarse un par de semanas sin tener que lidiar con gente que intenta sublevarse.

Aunque tengo la ligera sospecha de que ninguna de las dos cosas va a ser posible.

—No entendía por qué habías aceptado —me dice entre sorbo y sorbo, con un tono casi relajado. Todas nuestras otras interacciones han estado cargadas de tensión, sobre todo después de que me pillara en situaciones comprometidas. No es que ahora seamos amigos del alma, pero me pregunto si el Lowe que tengo delante es el Lowe que asoma cuando no está dedicando todos sus esfuerzos a intentar proteger a su manada. Una presencia constante, tranquilizadora y fornida. Incluso estuvo a punto de esbozar una sonrisa cuando me vio bajar las escaleras y me hizo un gesto para que tomara asiento frente a él—. Por qué te ofrecías otra vez como Garantía.

—¿Pensabas que tenía complejo de mártir? —Me llevo las piernas al pecho mientras contemplo cómo cierra los labios en torno al borde de la taza—. No guardo lealtad a los vampiros. Ni a los humanos, salvo a una persona, y pienso encontrarla.

Deja la taza en la mesa y me pregunta sin rodeos:

—¿Estás segura de que sigue viva?

—Espero que sí. —Se me encoge el corazón—. Y si no, tengo que

averiguar de todos modos lo que le ha pasado. —Si no lo descubro, nadie volverá a pensar en ella. Nadie más conocerá su nombre aparte del puñado de huérfanos que la atormentaban por ser bizca, los compañeros de trabajo que jamás pillaron su sentido del humor y los ligues con los que salía pero que no le hacían demasiado tilín. Es inaceptable—. Ella haría lo mismo por mí.

Lowe asiente de inmediato. Sospecho que la lealtad es un concepto que le resulta dolorosamente familiar.

—¿Sabes en qué artículo estaba trabajando? ¿Cuál es el motivo que la llevó a interesarse por Ana?

—No. Solía comentar de pasada los reportajes en los que estaba trabajando y normalmente cubría asuntos financieros.

—¿Delitos?

—De vez en cuando. Sobre todo se encargaba de los estudios de mercado. Era licenciada en economía.

Lowe reflexiona mientras da unos golpecitos con el dedo en el borde de la mesa.

—¿Cubrió alguna vez alguna noticia que tuviera que ver con las relaciones entre los humanos y los licántropos o los humanos y los vampiros?

—Le tocó criarse con la Garantía de los vampiros. Jamás se le habría pasado por la cabeza meterse en esa mierda.

—Chica lista.

Se pone en pie y se dirige a la nevera de la comida normal. Tiene la espalda tan ancha que da la sensación de que la cocina se haya encogido. Coge unas cuantas cosas y se las trae de vuelta a la mesa. Un tarro de crema de cacahuete que despierta mis más bajos instintos. Pan de molde. Mermelada de vete tú a saber qué fruta.

A Serena le encantaba la fruta. Intenté aprenderme cuál era cuál, pero algunos de los nombres son muy poco intuitivos. ¿Las mandarinas? No tienen harina. ¿Las granadas? No estallan. ¿Los aguacates? No sueltan agua. ¿Los mangos? Ni tienen forma de mango ni sirven para robar. Podría seguir así hasta el infinito.

—Me gustaría echar un vistazo a los mensajes y e-mails que recibió y envió antes de su desaparición. ¿Todavía tienes acceso a ellos?

—Sí, y ya los he revisado. No he encontrado ninguna pista.

Coge dos rebanadas de pan. Los enormes músculos de sus antebrazos están salpicados de alguna que otra cicatriz blanca.

—Si hay involucrado algún asunto relacionado con los licántropos, puede que no sepas lo que estás buscando. Le diré a Alex que hable contigo para que puedas enseñarle los…

—Oye. —Cambio de postura y me siento sobre las piernas—. No os

voy a enseñar nada hasta que me digas qué es lo que vais a buscar.

Arquea una ceja.

—No estás en condiciones de negociar, Misery.

—Ni tú tampoco. —Arquea la ceja aún más—. Vale, a lo mejor más que yo, pero antes de nada, tengo que saber qué sacas tú de esto, porque dudo mucho que una humana a la que ni siquiera conoces te preocupe de repente lo suficiente como para ayudarme a buscarla.

Lo de quedarse mirando fijamente se le da fenomenal; me perfora con esos ojos gélidos sin decir nada, y yo me remuevo en la silla, acalorada. ¿Cómo es posible que este tío consiga que alguien con una temperatura corporal de 34 grados y sin glándulas sudoríparas sienta la piel húmeda?

—Es por Ana, ¿no? Crees que Serena estaba buscando a Ana.

Sigue mirándome. Con una expresión intensa y un tanto evaluadora.

—Oye, está claro que quieres averiguar por qué una humana conocía la existencia de tu hermana. Y no te pido que te fíes de mí, pero…

—Pero creo que lo haré —dice por fin con determinación. Y entonces se pone a untar la crema de cacahuete en el pan, como si hubiera resuelto una cuestión importante y ahora le apeteciera un tentempié.

—¿Qué harás?

—Fiarme de ti.

—No lo pillo.

—No. —Su expresión no es tierna, pero sí cercana. Amable. Y también divertida, desde luego—. Ya me imaginaba que no.

—Solo he propuesto que intercambiásemos información.

—Y podrías hacer cosas horribles con la información que estoy a punto de facilitarte, pero has estado en el pellejo de Ana en el pasado. Y ahora estás herida porque corriste en su ayuda cuando el sol aún no se había puesto. —Lowe señala la piel enrojecida de mi brazo derecho y me tiende una bolsa de hielo.

Debe de haberla cogido antes del congelador. Me alivia una barbaridad.

—Por insensata que hayas sido, no creo que tengas pensado echar a Ana a los leones.

—No más insensata que alguien que la ha usado de *cebo*. Lo de tener menores a tu cargo se te da de miedo, por cierto —añado de forma algo maliciosa.

—Había ocho licántropos al tanto de la situación —dice sin dar muestras de sentirse ofendido—. Y llevaba un rastreador en el

bañador. Max no disponía de ningún vehículo, así que sabíamos que iba a intentar entregarle a Ana a otra persona. No corrió peligro en ningún momento.

—Pues vale. —Me encojo de hombros, fingiendo que me da igual —. Los críos se adaptan a todo de maravilla y resultan de lo más útiles en los jueguecitos de poder de los peces gordos, ¿verdad?

—Solo puedo proteger a Ana si sé de dónde proviene el peligro. — Se inclina sobre la mesa. El aroma de su sangre es como una ola que me lame la piel—. No soy como tu padre, Misery.

De pronto, tengo la garganta seca.

—Bueno, pues te equivocas: si tuviera que elegir entre Ana y Serena, te aseguro que *sí* que la echaría a los leones. —Tengo prioridades y soy despiadada, y no me gusta nada que los demás piensen lo que no es cuando están siendo sinceros conmigo. Puede que esté cogiéndole cariño a Ana, pero no fue ella la que durmió a mi lado durante una semana cuando, con catorce años, me provoqué convulsiones tras intentar limarme los colmillos por primera vez. Con un rallador de queso.

—¿Sí? —No parece muy convencido—. Espero que no haya que llegar a eso.

—No creo —coincido—. Y siendo tú el hermano de Ana y yo la hermana de Serena, tiene sentido que colaboremos.

Me mira a los ojos con una expresión seria y desconcertante.

—¿Y no porque seamos marido y mujer?

Porque es lo que somos también, pese a que se me olvida con una facilidad pasmosa. Aparto la mirada y esta aterriza en un pegote de crema de cacahuete que hay en el borde del tarro. Es de la que no lleva trocitos, lo cual… Sí.

Dejo la bolsa de hielo en la mesa y me apoyo en el respaldo de la silla, lo más lejos posible de ella.

—Cumplirá siete el mes que viene, por cierto —comenta—. Se le da mejor mentir con palabras que con los dedos.

—¿Y dónde… están sus padres?

Sus movimientos vacilan durante una fracción de segundo antes de dejar el tarro de mermelada en la mesa.

—Su madre, muerta. Su padre, en algún lugar del territorio humano.

—¿Hay licántropos en territorio humano?

Lowe tensa la mandíbula.

—Ahora, Misery, es cuando voy a darte un voto de confianza.

El corazón me da un vuelco y, de pronto, un recuerdo aflora en mi mente: el del primer día que pasé sola con los humanos, después de

que mi padre, Vania y el resto de los vampiros se hubieran marchado. El aterrador olor de su sangre, sus peculiares ruidos, los extraños *seres* que se congregaban a mi alrededor. La certeza de que era la única de mi especie en muchos kilómetros a la redonda. No quiero que Ana tenga que pasar por eso. No quiero que *nadie* tenga que pasar por eso.

—¿Ana es humana? ¿Una Garantía?

Niega con la cabeza. Una oleada de alivio me recorre.

—Vale, es licántropa. Entonces, ¿por qué…? —me interrumpo.

Porque Lowe vuelve a negar con la cabeza.

Sé cómo huelen los vampiros, cuáles son sus necesidades y limitaciones, y Ana no es una de nosotros. Por lo que solo queda otra posibilidad.

—No —digo.

Lowe guarda silencio. Deja el cuchillo apoyado en un lado del plato y se cruza de brazos. Su expresión permanece impávida, lo que me desquicia por completo.

—No es posible. No pueden… No. No puede ser ambas cosas. —¿Por qué sigue callado? ¿Por qué no me corrige?—. Genéticamente, no es… ¿O sí?

—Según parece, sí.

—*¿Cómo?*

Es imposible a muchos niveles. Se necesita a un humano y a un licántropo que estén dispuestos a hacer lo necesario para engendrar un hijo. Que no haya ningún impedimento físico. Que el acto tenga consecuencias. Puede que los licántropos no tengan tantos problemas como los vampiros a la hora de concebir, pero sus índices de reproducción siguen siendo más bajos que los de los humanos.

Me pongo de pie en un arrebato de nerviosismo e incredulidad, pero vuelvo a sentarme de inmediato cuando las maltratadas plantas de mis pies protestan.

—Pero está emparentada contigo, ¿no? Sus ojos…

—Son los ojos de mi madre. —Asiente—. Era una de las segundas de Roscoe. Se encargaba de supervisar los bosques situados entre los territorios humano y licántropo. Oficialmente, bajo el mandato de Roscoe, las relaciones diplomáticas entre ambas especies eran inexistentes. En la práctica, se llevaban a cabo acuerdos limitados constantemente, sobre todo en zonas muy conflictivas. Creo que así conoció al padre de Ana, aunque por aquel entonces yo no me encontraba por aquí. —Parece apesadumbrado, y me vienen a la cabeza sus preciosas ilustraciones de casas. El único espacio cerrado con llave de su habitación.

—No es tu padre, ¿verdad?

—Mi padre era un licántropo y murió cuando yo era pequeño.

No voy a preguntarle si los míos tuvieron algo que ver, porque estoy convencida de que ya sé la respuesta.

—¿Por qué me lo cuentas?

Se queda un rato en silencio, sin levantar la vista. Solo cuando sigo la dirección de su mirada me doy cuenta de que está contemplando la alianza que lleva en el dedo.

—¿Sabes qué es lo que convierte a los alfas en buenos líderes? —pregunta sin mirarme.

—Ni idea.

Deja escapar una risa.

—Yo tampoco. Pero a veces tomo una decisión y siento en lo más profundo de mi ser que estoy haciendo lo correcto. —Se humedece los labios—. Tú eres una de esas decisiones.

La sangre se me agolpa en las mejillas, que me arden. Estoy segura de que Lowe se ha dado cuenta, lo cual es humillante. Doy gracias de que opte por no hacer ningún comentario al respecto.

—Yo estaba viviendo en Europa cuando mi madre resultó herida, pero volví de inmediato. Cuando se hizo evidente que no iba a recuperarse, me contó lo del padre biológico de Ana.

—Su padre biológico *humano*. —Inconcebible.

—Creía que deliraba por los anestésicos. O que se equivocaba.

Ladeo la cabeza.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Hay cosas de Ana que me llevaron a pensar que no se trataba simplemente de un delirio provocado por la morfina.

—¿Cómo qué?

—Para empezar, no cambia de forma.

—Ah. ¿Debería ser capaz ya de cambiar?

—Los niños licántropos sí son capaces. Es más, durante la luna llena, les cuesta mucho permanecer con forma humana. La sangre de Ana es roja, en lugar de verde, aunque también tiene rasgos nuestros: es más ágil y más fuerte que un humano. Sus signos vitales son muy irregulares. Después de que falleciera mi madre, le hice una prueba de ADN, aunque llevé el tema con suma discreción. Juno es genetista y pudo echarme una mano. —Vuelve a coger el cuchillo y unta más mermelada. El tarro de crema de cacahuete sigue ahí. Abierto—. En aquel momento, Roscoe era el alfa de la manada. No hacía falta ser un genio para saber lo que haría si descubría que había una semihumana en su manada.

—No le habría hecho ninguna gracia, ¿eh?

Por la cara que pone, sé que me he quedado muy corta.

—Y encima era la hermana del tío que olía como si fuera a quitarle el trabajo —murmuro sin pensar. Veo la expresión de sorpresa de Lowe—. ¿Qué? No soy una ignorante.

—Roscoe nunca fue un alfa apacible, pero durante los últimos años su actitud fue volviéndose cada vez más violenta y extrema. Exigió el control de ciertas zonas desmilitarizadas y comenzó a aplicar políticas de tolerancia cero. Matamos a más humanos y vampiros en la última década que en las cinco anteriores… Y ellos, a su vez, mataron a más licántropos. Ahí fue cuando algunos de sus segundos empezaron a discrepar abiertamente con él. Las quejas tuvieron como respuesta otro aumento de la violencia. El año pasado, por estas fechas, morían más licántropos a manos de otros licántropos que de cualquier otra especie. Mi madre fue una de las bajas. —Aprieta los labios—. Volví a casa, desafié a Roscoe y gané. Los cuatro segundos que más lealtad le guardaban me desafiaron, y yo volví a ganar. Hubo otros, cada vez más débiles, pero me pareció excesivo… —Se frota la mandíbula con la palma de la mano. Caigo en la cuenta de que es el gesto que hace cuando reflexiona—. Fue un error por mi parte. No debería haberlos dejado vivir.

Lo observo, preguntándome si *quiso* siquiera ser alfa en algún momento. Preguntándome cómo me sentiría yo si tuviera que dirigir a miles de personas sin tener la vocación necesaria para ello. Al menos mi padre disfruta con el ambiente arriesgado y volátil de la política, los subterfugios y los concursos de meadas con los demás consejeros.

—A ver si lo adivino: los licántropos a los que derrotaste pero dejaste vivir se pusieron el nombre de «los Leales» y se han dedicado a radicalizar a un montón de chavalines como Max.

Asiente.

—No es un grupo demasiado numeroso, pero están dispuestos a caer mucho más bajo de lo que yo me puedo permitir. Además, cuentan con el liderazgo de la compañera de Roscoe, Emery, a la que todo esto le parece estupendo. Ella lo niega, desde luego, y es lo bastante astuta como para asegurarse de que no haya ningún indicio que la relacione con los ataques que se han producido recientemente, pero tenemos información que sugiere lo contrario.

—Yo lo que haría es seguir el ejemplo de su queridísimo Roscoe y lidiar con las discrepancias a su manera.

Curva la boca apenas un milímetro, como si tuviera ganas de seguir mi consejo y dejarse de historias, y yo sonrío también. Nos miramos a los ojos un momento antes de que él prosiga:

—Ana no sabe quién es su auténtico padre.

—¿Quién cree que…?

—Vincent. Era otro de los segundos de Roscoe, y él y mi madre tuvieron una relación intermitente durante años. Lo atacaron en el territorio de los vampiros cuando Ana tenía un año más o menos. El resto de la manada está convencida también de que Ana es hija de Vincent, ya que mi madre alimentó en gran medida dicha creencia.

—¿Y cómo has explicado lo de que no cambie de forma?

—No es algo que sepa mucha gente, y hay otros factores que podrían causarlo, como un bloqueo psicológico. No es muy habitual, pero…

—Pero un híbrido de licántropo y humano es aún más raro. ¿Quién más lo sabe?

—Juno y Cal, porque nos criamos juntos y son como de la familia. También Mick. Era uno de los segundos de Roscoe, la única persona en la que mi madre podía confiar cuando yo no estaba. Aparte de ellos, no se lo contó a nadie más. Aunque estoy empezando a cuestionármelo, porque me imagino que si Serena estaba interesada en Ana era…

—Porque es medio humana. Y si Serena lo sabe…

—… vete a saber quién más está al tanto —termina él.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa, dándole vueltas al asunto.

—¿Max no os contó nada de los Leales que os fuera de utilidad?

—No sabe gran cosa, aparte de los nombres de unos cuantos miembros de poca monta. Los Leales lo reclutaron porque está vinculado a alguno de mis segundos y podía acceder a Ana con facilidad, pero no confiaban en él lo suficiente como para contarle nada. No sabía a quién iba a entregar a Ana.

—¿Crees que los Leales saben lo de Ana?

Reflexiona unos instantes.

—Es posible, aunque es más probable que quieran aprovecharse del hecho de que es la única pariente viva que me queda para obligarme a ceder ante sus exigencias. Saben que soy el alfa legítimo y que ninguno de los que me desafió pudo vencerme. —Parece más resignado que orgulloso—. No es un plan demasiado brillante que digamos, pero están desesperados. Y son unos tocapelotas de narices. —Se masajea el puente de la nariz.

—¿No pueden separarse de vosotros y formar su propia manada?

—Por mí encantado, me facilitarían la vida una puta barbaridad. Pero no tienen los recursos ni la capacidad de liderazgo necesaria. Lo que quieren es controlar los activos financieros de la manada del suroeste. Emery desciende de una poderosa familia de licántropos y cree que es lo que le corresponde, pero, durante los últimos meses, los Leales se han dedicado a boicotear proyectos de construcción, destruir

infraestructuras y atacar a mis segundos. Nadie que recurra a esa clase de actos debería estar al mando de la manada más grande del país.

—Yo no los pondría al mando ni de un gallinero. —Me muerdo el labio inferior mientras reflexiono—. ¿Quién es el padre de Ana?

—Mi madre nunca me lo dijo. La impresión que me dio es que tenía ya familia y que, cuando ella intentó contarle lo de Ana, él…

—¿No se lo creyó?

—Sí.

—No me extraña. Bueno, volviendo al tema de Serena. Aparte de ti, solo Juno, Cal y Mick saben lo de Ana. ¿Podría ser que alguno de ellos…? —Le dirijo una larga y elocuente mirada que espero que le transmita lo que me niego a verbalizar.

Niega con la cabeza y empieza a cortarle los bordes al sándwich. Sigo el ritmo de sus movimientos, fascinada con sus gráciles manos, y recuerdo que lo de quitar la corteza es algo que Serena solía hacer cuando éramos… más jóvenes que Lowe, desde luego. Jamás en la vida se me habría pasado por la cabeza que un lobazo hecho y derecho sería tan quisquilloso.

—No es que quiera meter cizaña, y te prometo que lo que voy a decirte apenas está relacionado con las ganas que tiene Juno de arrancarme los órganos, pero igual deberías barajar la posibilidad de que alguno de ellos se haya ido de la lengua.

—Ya lo hice. A pesar de que se han jugado el pellejo por mí un montón de veces —lo dice enfadado, como si le resultara doloroso y amargo, algo de lo que se avergüenza, y de pronto me asalta un pensamiento: que puede que Lowe sea de esos líderes que mide su fuerza no por las batallas que gana, sino por la confianza que es capaz de depositar en los demás. Tanto él como su forma de liderar tienen algo que es a la vez pragmático e idealista.

Deja la corteza del pan a un lado y apoya las palmas de las manos en la mesa. Me dice con toda franqueza:

—Se lo pregunté. No tienen nada que ver y no se lo han contado a nadie.

—Vale, sí, pero a ver… A veces la gente hace una cosa para la que vosotros igual no tenéis nombre. Los vampiros lo llamamos *mentir*.

Me fulmina con la mirada.

—Si me hubieran traicionado me habría dado cuenta.

—¿Tiene que ver con el rollo ese de que oléis las mentiras a la legua? ¿De verdad os dais cuenta?

Esta vez no parece tan sorprendido con mis conocimientos de los secretos de los licántropos. Quizá porque no son secretos en absoluto.

—No siempre. Pero el aroma cambia según los sentimientos. Y los

sentimientos cambian según los comportamientos.

Frunzo el ceño.

—Me parece increíble que supieras desde el principio que Max estaba mintiendo y aun así me encasquetaras un guardia a todas horas.

—Para que te protegiera.

—Ah. —¿En serio? No lo había visto de esa manera. Tardo unos segundos en examinar desde otro prisma lo acontecido durante los últimos cinco días y… *Ah,* claro—. Puedo apañármelas sola.

—Frente a un licántropo joven sin experiencia en combate, sí. Frente a alguien como yo, lo dudo mucho.

Podría resoplar e indignarme, pero me gusta pensar que conozco mis límites.

—¿Se acumula?

—¿El qué?

—El aroma. Me preguntaba si por eso a ti te parece que huelo como si trabajara en una pescadería. ¿Habré contado demasiadas trolas a lo largo de mi vida?

Es una pregunta sincera, pero en vez de contestar, Lowe suspira profundamente. Vuelve a guardar la comida en la nevera, salvo por una notoria excepción: la crema de cacahuete. El tragón de mi cerebro debe de haberse quedado algo tocado tras descubrir que la existencia de híbridos medio humanos y medio licántropos es biológicamente posible, porque le ordena a mi mano que rebañe el pegote del borde y me lo meta en la boca. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez y está tan buena, *joder*…

—¿Qué cojones haces?

Abro los ojos. Lowe me mira con curiosidad mientras me chupo el dedo índice.

—¿Acabas de *comer*?

—No. —Me sonrojo, muerta de vergüenza—. No —repito, pero la crema de cacahuete se me queda pegada al paladar y la palabra suena distorsionada.

—Según me habían contado, los vampiros no comen comida.

Soy incapaz de recordar la última vez que pasé tanta vergüenza.

—Me obligó Serena —suelto.

Lowe mira a su alrededor, donde no hay ninguna Serena a la vista.

—No me refiero a *ahora*. Pero fue la que me obligó a probarla por primera vez. —Me limpio el dedo en la camiseta. Menudo bochorno—. Lo de la adicción posterior ha sido ya cosa mía —confieso entre dientes.

—Qué curioso. —Me lanza una mirada penetrante. Parece albergar

algo más que curiosidad; parece intrigado.

—Que alguien me mate y acabe con mi sufrimiento.

—Así que *puedes* digerir la comida.

—Algunos alimentos sí. Nuestros molares son en su mayoría vestigios evolutivos, así que no masticamos, pero la crema de cacahuete es blandita y cremosa, y ya sé que está mal, pero… —Me estremezco de lo mucho que me gusta el sabor. Y de la vergüenza que me da: comer está muy mal visto entre los vampiros, se considera un comportamiento indigno y autoindulgente. Ni siquiera después de estar viviendo entre humanos he podido deshacerme de dicha creencia. Ni siquiera después de haber visto a Serena meterse entre pecho y espalda tres raciones de fideos instantáneos a las dos de la madrugada porque le había entrado «un pelín de hambre»—. Qué humillante. ¿Por favor, te importaría no contárselo a nadie y tirar mi cadáver al lago después de que me haya lanzado de cabeza al triturador de basura, cosa que me dispongo a hacer ahora mismo?

En sus labios aparece un amago de sonrisa.

—Te da vergüenza.

—*Pues claro*.

—¿Porque has comido algo que no necesitas para sobrevivir?

—Sí.

—Yo como sin hambre un montón de veces solo porque me apetece. —Se encoge de hombros, y es como si estos estuvieran dándole la razón. *Tenemos un apetito muy sano. Esta anchura no se consigue sola, nos hacen falta nutrientes*—. Finge que es sangre y ya está.

—No es lo mismo. Los vampiros no nos alimentamos por placer, bebemos cuando toca y no le damos más vueltas. Es una función corporal, como, yo qué sé, mear.

Toma asiento frente a mí y… será cabrón. Le odio por empujar el tarro en mi dirección mientras me mira fijamente.

Está *retándome*.

Hay que ver lo enganchada que estoy a esta ridícula pasta de frutos secos, porque estoy planteándome la idea de coger un poquito más.

Y eso mismo hago.

—¿Y qué hacen los vampiros por placer? —me pregunta con la voz algo ronca. No pretendo enseñarle los colmillos, pero resulta algo complicado cuando estoy lamiéndome la crema de cacahuete de los dedos.

—No estoy segura. —Solo viví entre ellos de pequeña, y por aquel entonces abundaban las reglas y escaseaban los caprichos. A Owen, el único vampiro adulto con el que me relaciono de forma regular, le

encanta cotillear y soltar comentarios sarcásticos. Mi padre disfruta con sus maquinaciones y golpes de estado de tapadillo. ¿Cómo se entretienen los demás en su tiempo libre? A saber—. Follar, digo yo. Haz el favor de llevarte el tarro.

No me hace ni caso. En cambio, me lanza una mirada demasiado intensa y prolongada, disfrutando de mi falta de autocontrol. Cuando por fin baja la vista, parece costarle un poco.

—¿Qué podría estar investigando Serena? —Su voz es áspera. Y solemne.

—Nunca me comentó nada de los licántropos, ni siquiera de pasada, pero sus compañeros de la sección de economía no le caían demasiado bien. Igual tenía en mente cambiar de departamento y estaba investigando algún asunto que no fuera financiero. Aunque me lo habría contado. —*¿Segura? Está claro que te ocultaba cosas,* me dice una vocecilla de lo más molesta. La hago callar—. Sé que jamás habría publicado un reportaje que pudiera poner en peligro a una niña.

No sé si Lowe me cree, pero se frota la mandíbula mientras pone en orden sus ideas.

—En cualquier caso, nuestras prioridades coinciden.

—Los dos queremos averiguar quién le contó a Serena lo de Ana.

Por primera vez desde que este matrimonio de pega…, no, por primera vez desde el día en que Serena no se presentó para ayudarme a cambiar las sábanas, siento que me invade una oleada de esperanza genuina. «L. E. Moreland» no es solo una miguita de pan aislada, sino un hilo al que aferrarse y del que tirar.

—Voy a dejar que utilices cualquier dispositivo electrónico que te haga falta… aunque tampoco es que me hayas pedido permiso nunca para utilizar nada —añade con sorna—. Deberías comprobar los mensajes y e-mails de Serena durante las semanas previas a su desaparición. Sé que lo has investigado ya, pero deberías cotejarlos con nuestros datos. Te facilitaré información sobre dónde se encontraba Ana esos días, ya que a lo mejor te es de utilidad. Alex te echará una mano y te supervisará. —Hago una mueca, lo que le lleva a añadir con firmeza—: Sigues siendo una vampira que vive en nuestro territorio.

—Y yo que pensaba que habíamos llegado ya a la fase de nuestro matrimonio donde establecíamos una alianza a regañadientes. —No me importa que me vigilen. Lo que me molesta es que Alex parece ser tan buen hacker como yo: la única área en la que me permito ser competitiva—: Vale, gracias —añado un poco malhumorada.

Asiente una sola vez. Se produce una pausa en la conversación que se prolonga hasta convertirse en un silencio incómodo, lo que significa

que Lowe no tiene nada más que decirme.

Me está dando puerta.

Le dirijo al tarro de crema de cacahuete una última mirada entre anhelante y desdeñosa antes de levantarme y meterme las manos en los bolsillos de mis pantalones cortos.

—Empezaré esta noche.

—Le diré a Mick que te lleve algo que puedas ponerte.

Me quedo algo confusa. Pero entonces me fijo en que su mirada desciende lentamente por mis piernas desnudas.

—Ah, ¿en los pies? —Me estremezco, pero no hace frío. Ahora que lo pienso, hace ya días que no paso frío en casa.

—Y en los hombros. Y en el costado.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo sabes que me duele el costado?

—Deformación profesional. —Ladeo la cabeza. ¿No era arquitecto? ¿Acaso parezco la Torre de Pisa?—. Enseñamos a los licántropos más jóvenes a estudiar a sus posibles enemigos en busca de puntos débiles. Te has estado frotando las costillas.

—Ah. —*Esa* profesión.

—¿Quieres que llame a un médico?

—Qué va, solo son quemaduras. —Me levanto la camiseta y me la sujeto justo por debajo del sujetador, girándome ligeramente para enseñárselas—. Llevaba la camiseta de tirantes torcida y el sol me dio en…

De pronto, las pupilas se le dilatan del todo. Lowe vuelve la cabeza bruscamente en dirección contraria. Los tendones del cuello se le marcan y su nuez sube y baja.

—Deberías marcharte —dice. Brusco. Seco.

—Ah.

Relaja los hombros.

—Ve a darte otro de tus baños, Misery. —Su voz suena ronca, aunque más amable.

—Ah, sí, el olor. Perdona.

Estoy al pie de las escaleras cuando veo que Ana baja corriendo los peldaños y casi choca conmigo. Tiene los ojos llenos de lágrimas y el corazón se me encoge.

—¿Estás bien? —le pregunto, pero pasa corriendo junto a mí y se dirige directamente a su hermano. Farfulla algo sobre una pesadilla y haberse despertado asustada.

—Ven aquí, cariño —le dice él, y yo me doy la vuelta para observarlos. Veo que Lowe la sienta en su regazo y le aparta el pelo para darle un beso en la frente—. Solo ha sido un mal sueño, ¿vale?

Igual que los otros.

Ana hipa.

—Vale.

—¿Sigues sin acordarte de qué van estos sueños?

Sorbe unas cuantas veces por la nariz.

—Solo sé que aparece mamá.

Bajan la voz hasta convertirla en un susurro y yo me vuelvo hacia las escaleras. Lo último que oigo es un: «Vale, ¿pero le has quitado la corteza?» entre lágrimas, y una respuesta en voz baja y grave que se parece mucho a un: «Claro, cielo».

CAPÍTULO 11

Algunas noches, cuando pasa por delante de su puerta, tiene que susurrarse a sí mismo: «No te pares».

Dos afirmaciones pueden ser ciertas al mismo tiempo.

Por ejemplo: Alex me cae bien porque es un chaval inteligente y majo.

Y: pasar tiempo con él y ser testigo de lo mucho que mi presencia lo aterroriza me hace una gracia tremenda.

Me dan ganas de llamar a algún psicólogo solo por las risas y pedirle que valore lo mala persona que soy. Pero para cuando Alex y yo llevamos trabajando codo con codo cinco noches seguidas, he aceptado que no sirve de nada intentar asegurarle que no planeo darme un festín con su sangre. No hay manera de convencerlo de que no voy a dejarlo seco. Y no debería disfrutarlo tanto, pero me parto cada vez que lo veo moverse por el despacho en plan contorsionista para no darme la espalda o me paso la lengua por los colmillos y me fijo en que él deja de teclear. Normalmente, cierra los ojos justo después y profiere unos gemiditos que se cree que no oigo y… Los críos licántropos que se acercan en bici hasta la ventana de mi habitación y la señalan con el dedo tienen razón: soy un monstruo.

Y, aun así, sigo pasándomelo en grande. Incluso después de oír a Alex decir: «Por favor, Dios mío, no me dejes morir hasta haber cumplido los veinticinco o haber visitado el museo del espionaje, una de dos». Sí. Reza mogollón.

No tiene ni idea de por qué su alfa le ha pedido que me ayude con una tarea al más puro estilo *¿Dónde está Carmen Sandiego?,* pero lo cierto es que lo hace sin rechistar. La mayor parte del tiempo nos dedicamos a revisar de nuevo la correspondencia de Serena y a cotejar los nombres de las personas con las que tuvo contacto durante los últimos meses para ver si encontramos algo que esté relacionado con los licántropos. Recopilamos información que yo no podría haber averiguado por mi cuenta, como por ejemplo que uno de los directores ejecutivos que entrevistó el año pasado para un artículo sobre

especulación inmobiliaria posee propiedades cerca de la frontera entre los territorios licántropo y humano registradas bajo el nombre de una empresa fantasma. Aun cuando la mayoría de las pistas no acaban llevándonos a ninguna parte, me siento más cerca de Serena que en todo el tiempo desde que desapareció.

Lowe se pasa una vez al día para comprobar si hemos averiguado algo, aunque nunca se queda mucho rato. Ante nuestra falta de progresos, mi padre habría reaccionado con una combinación de amenazas veladas y pullas a nuestra inteligencia, pero Lowe se las arregla para no presionarnos ni parecer decepcionado, incluso cuando se le dibujan arrugas de preocupación alrededor de la boca y la tensión se apodera de sus hombros. Es una pasada lo comedido que se muestra, la verdad. Tal vez forme parte de esas capacidades de liderazgo innatas que tiene. O a lo mejor le inculcaron paciencia en la academia de alfas.

Al sexto día, cuando me despierto por la tarde, Mick me informa de que Lowe ha tenido que salir para atender un asunto urgente de la manada y que se ha llevado a Alex. Como no puedo utilizar dispositivos tecnológicos sin supervisión, vuelvo a quedarme sin nada que hacer. Me alimento. Vago por la casa hasta que el sol se pone del todo. Y luego salgo al porche.

Aquí el cielo es más bonito, más extenso que en el territorio de los humanos o de los vampiros, aunque no sabría decir por qué. Tras pasarme unos quince minutos observándolo con el mentón erguido, me llega un ruido desde el bosque.

Un lobo, pienso, dispuesta a entrar en casa de inmediato. Pero no. Se trata de una mujer: Juno. Emerge de entre los árboles, preciosa, poderosa y desnuda.

Y cuando digo desnuda me refiero a como su madre la trajo al mundo.

Me saluda con la mano y se sienta en la silla de al lado con total tranquilidad.

—Misery. —Me dirige un asentimiento de cabeza cortés.

—Hola. —Esto es raro de cojones—. Solo por si acaso: sabes que vas en bolas, ¿no?

—He salido a correr por el bosque. —Mañana habrá luna llena y la luz ilumina su resplandeciente melena—. ¿Te molesta?

¿Me molesta?

—No. ¿Y a ti?

Me mira como si fuera uno de esos humanos que piensan que van a ir al infierno por follar antes del matrimonio.

—Llevo unos días queriendo hablar contigo.

—Ah, ¿sí? —Puede que en el idioma de los licántropos «hablar» signifique «partir las piernas».

—Para disculparme.

Ladeo la cabeza.

—La semana pasada ayudaste a Ana. Con lo de Max.

—Creo que vosotros teníais ya la situación controlada.

—Cierto. Pero tú… te preocupaste por ella. Ana ya ha sufrido bastante y es bueno que haya más gente que se preocupe por su bienestar. —Aprieta sus labios carnosos—. Lowe nos ha contado que también estás aprovechando tus conocimientos informáticos para ayudarla.

—Algo así. —No quiero que piense que lo hago por la mera bondad de mi corazón cuando es obvio que no es así.

—Siento haber sido tan borde contigo cuando nos conocimos, pero Lowe es como un hermano para Cal y para mí, así que Ana también es como de la familia. Estaba…

—¿Preocupada? —Me encojo de hombros—. Yo habría reaccionado igual. Di por hecho que intentabas protegerla.

Aún parece arrepentida.

—Lo ha pasado mal. Y conforme vaya creciendo, más cuesta arriba se le hará todo, probablemente. ¿Lowe te ha contado lo de María?

—¿María?

—Su madre. Roscoe la atacó después de que ella lo criticase por cómo estaba llevando ciertos asuntos de la manada. No creo que quisiera matarla, pero a los licántropos se les puede ir la mano, sobre todo cuando adoptan su forma de lobo.

—No me lo contó, no. —Aunque me lo había imaginado.

—No puedo ni imaginarme lo traumático que tuvo que ser para Ana ver a su madre herida y, encima, por culpa del licántropo al que le habían enseñado desde pequeña a no cuestionar.

Noto una opresión en el pecho.

—Menudo pedazo de cabrón.

Juno se ríe con suavidad.

—No te haces una idea. Se portó bien durante algunos años, pero… ¿Te ha contado Lowe que Roscoe se sentía tan amenazado por él que lo obligó a marcharse?

—Alex me comentó algo de eso. ¿A dónde se fue?

—A la manada del noroeste, con Koen. Y tal vez fuera lo mejor: Lowe tuvo ocasión de ver cómo trabajaba uno de los mejores alfas de Norteamérica y puede que, de no ser por él, no fuera tan buen líder. Pero tenía doce años. Se vio obligado a abandonar su hogar sin saber si algún día se le permitiría volver. Aunque él nunca dijera nada, yo

percibía que estaba enfadado y frustrado. Y al cabo de unos años, cuando cumplió la mayoría de edad, Roscoe siguió en sus trece, así que se marchó a Europa, fue a la universidad y se puso a trabajar. Se labró una vida allí, pero entonces a Roscoe se le fue la cabeza. Muchos lo desafiaron, aunque ninguno consiguió vencerlo. Le pedimos a Lowe que volviera y él lo dejó todo. Se había esforzado por conseguir muchas cosas, pero la manada tenía prioridad sobre todo lo demás. Jamás tuvo alternativa.

Pienso en el bloc de dibujo que hojeé en su habitación.

Los preciosos edificios del cajón.

Mi rostro.

—Jamás ha podido hacer nada pensando solo en él, Misery. Absolutamente nada. Y nunca lo he oído quejarse. Ni por tener que marcharse ni por verse obligado a asumir el control de la manada más grande de Norteamérica ni por tener que hacerlo todo solo. Su vida ha estado atada al deber. —Examina mi rostro con curiosidad, como si yo fuera capaz de solucionar dicha injusticia. No sé qué decir.

—Te prometo que no intento complicarle más la vida. Y me siento fatal por el asunto de la compañera.

Juno abre mucho los ojos.

—¿Te lo ha contado?

—No. En teoría, no debería saberlo, pero un amigo de mi padre me comentó en la boda que fue con ella con quien me intercambiaron. Sé que su compañera es la Garantía licántropa. Gabrielle.

—¿Gabrielle? —La mirada de Juno refleja primero confusión, luego inexpresividad y finalmente entendimiento—. Sí. Gabi. Su compañera.

—No pretendo inmiscuirme en la felicidad de Lowe. El nuestro no es un matrimonio de verdad y a mí me parece bien que… haga su vida como le plazca. —Me muerdo el labio inferior. Ya que ha sido sincera, le ofrezco la misma cortesía—. Acepté casarme por una razón en particular y Lowe ya está al tanto.

Posa en mí su mirada oscura y me observa con curiosidad. Al cabo de un rato, dice:

—Tal vez fuera una crueldad por mi parte, pero creo que en el fondo siempre albergué la esperanza de que Lowe no llegara a encontrar nunca a su compañera.

No estoy del todo segura de lo que eso significa.

—¿Por qué?

—Porque ser alfa significa priorizar siempre a la manada. —Me dispongo a preguntarle por qué ambas cosas son incompatibles, pero ella se pone en pie. Intento no mirarle los pezones cuando me tiende la mano—. Siento haberme comportado como lo hice. Y espero que

aceptes mis disculpas.

Sus palabras me provocan una risita. Al verla fruncir el ceño, me apresuro a añadir:

—Perdona, no es por ti. Es que acabo de acordarme de que, a los trece años o así, mi hermana y yo teníamos un cuidador que era tela de raro, y cada vez que nos peleábamos nos obligaba a cortarle a la otra las uñas de los pies.

—¿Qué?

—Creo que lo sacó de alguna serie. Con cada uña que cortábamos, teníamos que decir algo bueno de la otra. Y se nos quedó la costumbre y desde entonces siempre hemos hecho las paces así.

—Me parece…

—¿Asqueroso?

Creo que Juno es demasiado educada para darme la razón.

—¿Quieres que hagamos eso ahora?

—Ah, qué va. Creo que con un apretón de manos ya nos va bien. —Cojo la mano que me ofrece y le doy un firme apretón.

—No sé si alguna vez podremos ser amigas —dice—. Pero puedo portarme mejor.

Le sonrío sin mostrarle los colmillos.

—Qué narices, entonces a mí no me queda otra que portarme mejor también.

Resulta que me había equivocado con lo de la luna llena.

No es hasta tres noches más tarde de lo que pensaba y el día de antes Mick me ordena no salir de mi habitación si puedo evitarlo y no abandonar la casa bajo ninguna circunstancia. Sigue guardándome las espaldas, pero desde mi conversación con Lowe no he vuelto a tener ningún vigilante apostado frente a la puerta.

—¿Por qué? —pregunto con curiosidad—. A ver, haré lo que me digas, pero ¿qué tiene de raro la luna llena?

—Hace falta ser un licántropo muy poderoso para poder cambiar de forma cuando la luna apenas es visible… y también para permanecer con forma humana cuando está más grande. Todos los licántropos adoptarán su forma más peligrosa, incluyendo a muchos chavales con poco autocontrol. Más vale que no huelan aromas a los que no están acostumbrados. —Me echo a reír al verlo poner los ojos en blanco, en plan abuelete cascarrabias, pero esa noche los numerosos aullidos que llegan desde toda la orilla del lago me dejan acojonada. Cuando la puerta de mi habitación se abre de golpe, me pego un buen susto.

—Ana. —Exhalo y dejo el libro que estoy leyendo a un lado. Va de

una licántropa viejecita de lo más cotilla que se dedica a resolver asesinatos en la manada del noreste. La señora me cae como el culo, pero no sé cómo he llegado ya al séptimo volumen de la saga—. ¿Por qué no estás haciendo cosas de lobos con…? —Ah.

Ya.

Porque *no puede* convertirse en lobo.

—¿Puedo meterme en el armario contigo?

Últimamente ha estado haciéndome muchas visitas, pero por lo general no me pide permiso, simplemente se pone a mi lado y trastea con los juegos que le programo en el momento. Esta noche parece alterada.

—Vale, pero no acapares las mantas.

—Vale —responde. Dos minutos más tarde, no solo me ha robado el edredón, sino también la almohada. Será bicho—. ¿Por qué no duermes en la cama?

—Porque soy un vampiro. —Acepta la explicación sin más. Probablemente porque me acepta a mí en general. Igual que hacía Serena, la única persona del mundo hasta ahora. Paso la página y permanecemos en silencio unos minutos; noto su aliento cálido y húmedo en la mejilla.

—Normalmente Lowe se queda conmigo manteniendo la forma humana cuando los demás se marchan —dice por fin.

Habla con un hilillo de voz y sé por qué: Alex volvió ayer, pero Lowe sigue fuera de la ciudad. Por eso el rostro de Ana refleja una expresión que muy pocas veces le he visto: tristeza.

Dejo el libro y me vuelvo hacia ella.

—¿Insinúas que estar conmigo no es tan guay como estar con Lowe?

—Sí. —La fulmino con la mirada, pero suavizo el gesto cuando me pregunta—: ¿Cuándo podré cambiar de forma yo también?

Mierda.

—No lo sé.

—Misha ya puede.

—Seguro que tú haces muchas cosas que a Misha no le salen.

Reflexiona unos instantes.

—Se me da muy bien hacer trenzas.

—¿Ves? —Es una habilidad bastante nimia, pero bueno.

—¿Puedo hacerte una trenza?

—Ni de coña.

Un par de horas más tarde, media docena de trenzas me tiran del cuero cabelludo y Ana ronca suavemente con la cabeza apoyada en mi regazo. Sus latidos son dulces y delicados, como los aleteos de una

mariposa al posarse sobre una flor, y me cago en los putos críos por ser capaces de manipular a cualquiera y conseguir que asome su vena protectora. Me da una rabia tremenda, pero cuando oigo unos pasos firmes y apresurados al otro lado de las paredes, la envuelvo con el cuerpo. Y también me da rabia que cuando la puerta de mi habitación se abre, lo primero que hago es coger el cuchillo que robé de la cocina y que tengo escondido debajo de la almohada.

Estoy dispuesta a matar para defenderla. Es culpa de Ana. Joder, Ana me va a obligar a matar a…

Lowe se arrodilla frente al armario y sus pálidos ojos verdes reflejan una expresión furiosa en la penumbra.

—¿Sabías, *esposa mía,* que, al llegar a casa durante una luna llena y no localizar a mi hermana, he estado a un tris de hacer picadillo a toda la manada y torturar a los licántropos que estaban de guardia por incompetentes? —El tono susurrante de su voz destila amenaza.

Me encojo de hombros.

—No.

—Estaba buscándola.

—¿Y qué culpa tengo yo? —Parpadeo de forma exagerada y él cierra los ojos, sin duda intentando controlarse para no abrirme en canal, y solo porque tengo a su hermana tumbada encima, claro está.

—¿Está bien? —pregunta.

—Sí. Aquí la víctima soy *yo* —siseo señalándome el estrambótico peinado.

Recorre las trenzas con la mirada y se detiene abruptamente en las puntas visibles de mis orejas. De normal me las tapo para no incomodar a la gente con mi «otredad», y el modo en que Lowe se las queda mirando —primero con una intensidad absoluta, como si estuviera en trance, y luego apartando la vista de golpe— no hace más que reforzar mi decisión.

—Creo que Ana igual quiere hacerse peluquera. Deberías apoyarla.

—Un trabajo mejor que el mío, desde luego.

Eso no puedo discutírselo. Sobre todo cuando me fijo en la herida que tiene en el antebrazo: cuatro marcas en paralelo de garras. No parece que sea de ahora, pero veo que todavía tiene algo de sangre verde reseca, y huele…

En fin.

—¿Ha pasado algo con los Leales? Has estado fuera unos cuantos días. —Ni siquiera me importa reconocer que me he fijado. Seguro que es consciente de que no tengo una rutina particularmente entretenida.

—Tenía que atender unos asuntos internos de la manada; nada

fuera de lo habitual. Y luego fui a reunirme con Maddie, la gobernadora humana, y con unos cuantos consejeros vampíricos, incluido tu padre.

—Puaj.

Está a punto de curvar los labios en una sonrisa, pero la expresión de su rostro sigue siendo sombría. A lo mejor se las ha arreglado para ver a su compañera durante la visita en el territorio de los vampiros. Y a lo mejor está cabreado porque ahora cuando vuelve a casa a la que se encuentra es *a mí*. No lo culpo.

—¿Crees que…? —Tras haber sido un instrumento político durante una década, he hecho todo lo posible por desligarme de estos temas, pero tengo curiosidad—. ¿Se mantendrán? Las alianzas, me refiero.

No me responde, ni siquiera para decirme que no lo sabe. En su lugar, se me queda mirando durante un buen rato, como si la respuesta pudiera estar escrita en mi rostro, como si yo fuera la clave para averiguarlo.

—Si los humanos supieran de la existencia de Ana… —digo, reflexionando en voz alta—. Si supieran que los licántropos y ellos pueden… —Dejo que la idea flote en el aire. Ana podría convertirse en un poderoso símbolo de unidad tras siglos de contiendas. O puede que la considerasen una abominación.

—Demasiado impredecible —responde leyéndome la mente e inclinándose para coger a su hermana, que sigue dormida en mi regazo.

Lowe me roza las manos durante el intercambio. Cuando se incorpora, Ana se acurruca de forma instantánea contra él, reconociendo su olor incluso dormida. Balbucea algo que se parece demasiado a «mamá» y a mí se me parte el alma.

Quiero preguntarle por qué he encontrado un tarro de crema de cacahuete sin trocitos en mi nevera. Si es él el que ha subido tres grados la temperatura de casa. Pero no sé por qué no me atrevo, y entonces toma él la palabra.

—Por cierto, Misery.

Levanto la mirada hacia Lowe.

—¿Sí?

—Tenemos cuchillos más afilados. —Señala el mío con la barbilla —. Si te toca enfrentarte a alguien como yo, con ese no vas a hacer una mierda.

—Ah, ¿no?

—Tercer cajón contando desde la nevera.

Oigo sus firmes pisadas y, en cuanto la puerta de mi habitación se cierra, cojo el libro y me pongo a leer de nuevo.

Pues gracias por el consejo.

CAPÍTULO 12

Últimamente la carga le resulta menos pesada, aunque se miente a sí mismo acerca de la razón, atribuyéndola a la costumbre y al hecho de que cada vez está más cómodo en su papel.

La escena me recuerda a un *sketch* de un programa de humor, tan absurda que me apoyo en el marco de la puerta del despacho de Lowe y observo en silencio durante varios minutos, del todo entretenida.

Es por lo grandote que es. Y por la forma que tiene de manejar los aparatos pequeños, mirándolos con el ceño fruncido, como si fueran arañas venenosas. También por su modo de teclear con un solo dedo. Y porque no parece capaz de seguir unas sencillas instrucciones, pese a que Alex se lo está explicando todo con el tono de alguien que está deseando trascender y abandonar su cuerpo físico.

—… no se activará hasta que introduzcas esta línea de código.

—Ya lo he hecho —dice Lowe con voz cavernosa.

—Exactamente como yo la he escrito en este trozo de papel.

—Lo he hecho.

—Reconoce las mayúsculas y las minúsculas, *alfa* —añade, recordándose a sí mismo que Lowe es su jefe. Un jefe de lo más cabezota.

—La culpa es de este puto trasto.

Lowe levanta la mano, dispuesto a arrearle un mamporro a un dispositivo que tiene pinta de caro, lo que lleva a Alex a exclamar con un nivel de pavor dostoievskiano: «Ay, mi madre. Ay, mi *madre»,* lo que a su vez lleva a Lowe a afirmar: «Se ha atascado. Le daré un meneo y se arreglará», lo que por supuesto lleva a Alex, que se merece un aumento de sueldo estratosférico, al borde de las lágrimas.

Llegados a ese punto, me apiado de ambos y les digo:

—No creo que una labor percusiva de mantenimiento sea la respuesta adecuada ante un error de codificación.

Ambos se vuelven hacia mí con los ojos abiertos como platos y ligeramente avergonzados. Como debe ser.

—Alex, ¿de verdad estás enseñando a Lowe a programar?

—Lo estoy intentando. —Alex nos mira a ambos. Normalmente está más cómodo conmigo si Lowe se encuentra presente, pero debe de saber que ahora mismo su alfa lo ha puesto en la lista negra.

—¿Cuántas veces lo habéis intentado ya?

—Un puñado —murmura Lowe mientras Alex dice a su vez:

—Dieciséis.

Lanzo un silbido.

—Pues vaya puño más grande. —La mirada se me va hacia las manos de Lowe.

—No pasa nada. Ya me las apañaré con esto de programar cuando esté allí. Improvisaré y ya está. —Se pone en pie y Alex y yo intercambiamos una mirada incrédula mientras las palabras «analfabeto digital» flotan entre ambos en fuente Papyrus. Puede que la incompetencia de Lowe acabe zanjando nuestras diferencias—. Te llamaré y me guiarás por teléfono —dice con mayor seriedad esta vez.

—Me preocupa tu seguridad. Podría haber alguna trampa.

—Me las apañaré. —Lowe le apoya la mano a Alex en el hombro para tranquilizarlo.

Me dispongo a romper mi regla de no-es-asunto-mío y preguntarles qué es lo que pasa cuando Mick aparece.

—La cena está lista. Ha cocinado… Ana. —Pronuncia las palabras con una leve mueca—. Y ha pedido que vayamos todos. —Me mira—. Tú también.

Frunzo el ceño.

—¿Yo?

—Ha solicitado específicamente la presencia de Miresy.

—¿Es consciente de que yo no como?

Lowe se cruza de brazos.

—En realidad, sí que…

—Shhhh. —Le hago un gesto frenético para que cierre el pico y me vuelvo hacia Mick—. Ya voy. Ya vamos. ¡Venga, en marcha! —La sonrisa de Lowe solo puede describirse como diabólica.

Ana se alegra un montón de verme. Echa a correr hacia mí, convertida en una mancha de brillante algodón rosa con purpurina y orejas de unicornio, y me rodea la cintura con sus bracitos.

—No hace falta que nos abracemos *siempre* —le digo.

Me aprieta con más fuerza.

Suspiro.

—Está bien. Vale.

Ha transcurrido casi una semana desde la luna llena y el tiempo total acumulado que he pasado con mi marido desde entonces ni

siquiera equivale a lo que tarda una tetera en ponerse a hervir. Sin embargo, Juno vino de visita una noche y se trajo una baraja de cartas y, luego, dos noches después, volvió a aparecer con una peli y con Gemma, Flor y Arden. Ambas veladas se me hicieron bastante similares: extrañas pero también divertidas. Estoy siempre con Alex, y la hija de Cal, Misha, quiso venir a casa un día para conocer a una «sanguijuela de verdad», y otro par de segundos que estaban por la zona se pasaron también para presentarse, y…

Me llama la atención, sobre todo después de mi accidentado comienzo. Debería ser una marginada, y lo soy, pero no me siento más fuera de lugar entre los licántropos que entre los humanos o los vampiros. Durante la última semana, me he relacionado con más gente que nunca. No: me he relacionado de *forma positiva* con más gente que nunca. Los licántropos están siendo sorprendentemente simpáticos, pese a saber que soy vampira. Y yo me siento sorprendentemente relajada con ellos, tal vez *porque* saben que soy vampira. Que me traten como lo que soy es toda una novedad.

Y ahora estoy sentada a la mesa con Lowe, Mick y Alex mientras Chispitas nos mira desde el alféizar de la ventana y Ana nos sirve galletitas con forma de pez e insinúa con todo el morro que se trata de marisco. Oigo cómo los latidos de todos se entremezclan, igual que una sinfonía desafinada, y de pronto me viene a la cabeza el hecho de que Lowe es mi marido y Ana, mi cuñada. Técnicamente, estoy cenando en familia por primera vez en mi vida. Como en esas *sitcoms* humanas donde se tiran veinte minutos soltando chascarrillos sobre los guisantes y disimulando la poca gracia con risas enlatadas.

Suelto una risa desconcertada y todos se vuelven hacia mí con curiosidad.

—Lo siento. Ni caso.

He de decir que me enorgullezco por el modo en que corto el pastel de carne y muevo las galletitas por el plato para que parezca que he comido algo, pero usar los cubiertos no se me da demasiado bien y la situación —una comida, *en grupo*— me resulta tan extraña como una exhibición de lucha con cocodrilos. Ana, cómo no, se da cuenta.

—¿Qué le pasa? —susurra teatralmente desde la cabecera de la mesa, señalándome. Estoy más tiesa que el palo de una escoba y muevo el tenedor como si fuera un muñeco animatrónico.

—Es que esto no se le da muy bien. No seas mala —susurra a su vez Lowe, que está sentado a mi lado.

Ana asiente con los ojos muy abiertos y desvía la conversación hacia cuestiones más urgentes, como la de si le van a regalar unos patines nuevos antes de su cumpleaños, de qué color van a ser, si

tendrán purpurina y, lo más importante, si Juno la llevará a la pista para practicar. Tengo la ocasión de observar a Lowe cuando está relajado. Finge no saber lo que son los patines para chinchar un poquito a Ana, ni que su cumple está a la vuelta de la esquina para chincharla un montón. Cuando no está encargándose de lidiar con un grupo de radicales violentos que se oponen a que él lidere la manada, sonríe bastante. Su sentido del humor juguetón y la innata seguridad en sí mismo que exuda tienen algo de reconfortante.

—¿Cuándo es tu cumple? —me pregunta Ana después de que Mick haga gala de unos inesperados conocimientos en astrología e informe a la cría de que es virgo. Alex es acuario, un hecho que, para variar, lo inquieta una barbaridad.

—No tengo —respondo, todavía en *shock* tras imaginarme a Mick, un tío grandote de mediana edad, poniéndose las gafas de cerca y acomodándose en la cama con un ejemplar de *El Zodiaco para principiantes*.

—A mi compañera le iban esas cosas —me susurra él al advertir mi desconcierto.

A Ana se le salen los guisantes de la boca.

—¿¡Cómo no vas a tener!?

—No sé qué día nací. —Podría mirarlo en los registros del consejo, ya que fue el día en que murió mi madre. Dudo que mi padre lo sepa —. Creo que era primavera.

—¿Cómo llevas la cuenta de tu edad? —pregunta Alex.

—Me sumo uno más el día de Año Nuevo vampírico.

—¿Y celebráis una fiesta?

Le digo a Ana que no con la cabeza.

—No celebramos fiestas.

—¿No… os reunís? ¿Ni organizáis eventos? ¿No quedáis para jugar a juegos de mesa? ¿O hacer botellones con sangre? —Alex está atónito. Puede que aliviado. Me pregunto qué historias le contaron de crío cuando se negaba a limpiar su cuarto.

—No hacemos vida comunal. No llevamos a cabo reuniones numerosas a menos que sea para poner en marcha estrategias de guerra o de negocio o de cualquier otro tipo. Nuestra vida social se reduce a trazar estrategias. —Para el próximo Día del Padre, debería regalarle al mío una taza que ponga: *Solo me gusta maquinar y me caen bien tres personas contadas*. Aunque tampoco celebramos el Día del Padre—. Pero si hiciéramos botellón, nos pondríamos hasta arriba de ingenieros informáticos jovencitos —añado, y a continuación me relamo los labios como si estuviera pensando en algún manjar solo para ver como Alex se queda blanco.

—Hablando de sangre —me comenta Mick mientras Ana derrama varios litros de agua por la mesa con la excusa de servirnos «cócteles»—. Misery, el banco de sangre nos ha mandado un mensaje para decirnos que la entrega de esta semana se va a retrasar un par de días.

—¿Re-retrasar? —balbucea Alex.

Mick enarca una ceja.

—Pareces tomártelo muy a pecho, Alex. No sabía que te fuera la sangre.

—No, pero… ¿y qué va a comer ella?

—Supongo que tendré que buscar otra fuente de sangre. Hmm, ¿a quién podría hincarle el diente? A ver… —Tamborileo con los dedos sobre el borde de la mesa para añadirle suspense a mis palabras. Con Ana parece funcionar, pues me mira boquiabierta—. ¿Quién huele bien por aquí…?

Lowe cierra la mano alrededor de la mía. Nuestras alianzas entrechocan cuando me la aparta de la mesa y me la deja en el regazo; tarda un instante de más en quitar la mano.

Me noto acalorada.

Me estremezco.

Lowe chasquea la lengua.

—Con la comida no se juega, *querida* —murmura, y el hecho de sonreírle y captar el brillo divertido de su mirada mientras Alex se hace prácticamente una bolita me resulta casi íntimo—. Le quedan varias bolsas aún —informa a Alex, que intenta mimetizarse con el papel pintado.

—Vamos a elegir un día para tu cumple y hagamos una superfiesta —propone Ana con la mirada brillante.

—Uf, ni en broma. —Arrugo la nariz.

—¡Que sí! ¡Tu cumple será este fin de semana y montaremos un castillo hinchable!

—Lo de brincar no es lo mío.

—Y este fin de semana tu hermano estará fuera, Ana —dice Mick.

Alex deja caer el tenedor, que tintinea al golpear el plato. Algo cambia en el ambiente y el silencio de la estancia se torna de repente tenso mientras Lowe mastica el pastel de carne.

—Podéis hacer la fiesta sin mí —dice en cuanto termina de tragar. Emplea el tono calmado y desenfadado de alguien que es consciente de que tiene la última palabra en todo. Acto seguido, le dirige un guiño cómplice a Ana y añade—: Sácale fotos a Miresy mientras hace el saltimbanqui.

Ella asiente entusiasmada mientras Mick sugiere:

—O quizá podrías cancelar la visita.

Lowe le da un sorbo al agua y no contesta, pero se nota que no es la primera vez que mantienen esa conversación.

—Al menos deja que Cal te acompañe…

—A Cal no lo han invitado. Y, de todas formas, no pienso llevarme *allí* al padre de dos criaturas.

—Pero *tú* sí que vas. —El tono de Mick, por lo general apacible, se endurece—. Es demasiado peligroso para tu segundo de mayor confianza, pero para el alfa de la manada…

—El alfa debe cumplir con su deber —lo interrumpe Lowe, tajante.

—Llevo más de cincuenta años en esta manada y te aseguro que ningún otro alfa hubiera aceptado semejantes condiciones. Te estás volcando más de la cuenta y careces por completo de instinto de supervivencia.

No tengo ni idea de qué va el asunto, pero es probable que Mick tenga razón. Lowe exuda abnegación, es como si tras convertirse en alfa hubiese dejado atrás cualquier rastro de sí mismo.

O, más bien, lo hubiera guardado bajo llave en un cajón.

—¿Acaso esos alfas tuvieron que lidiar con insurrecciones internas? —responde Lowe, tranquilo y severo al mismo tiempo.

Mick aparta la mirada, más triste que avergonzado. A Ana no le pasa inadvertido.

—¿Lowe? —dice con un hilillo de voz—. ¿Adónde vas este fin de semana?

Él le dirige una cálida sonrisa y suaviza el tono al instante.

—A California.

—¿Qué hay en California? —Me alegro de que le haga esa pregunta, porque me disponía a hacérsela yo, y no es algo que sea de mi incumbencia.

—Es territorio de la manada. Una vieja amiga vive allí. Y también vendrá el tío Koen.

—Emery no es amiga tuya, Lowe —interviene Mick.

—Y por eso no puedo dejar pasar la oportunidad que me brinda el tener acceso a su casa.

—No es ninguna oportunidad. Si pudieras llevarte a Alex o a alguna otra persona con conocimientos informáticos que pudiera ayudarte con el plan, sí. Pero, yendo tú solo, no.

—Un momento. —Siento demasiada curiosidad como para permanecer en silencio—. ¿No es Emery la antigua compañera de Roscoe…? —Por la cara que ponen los chicos, no me hace falta que nadie conteste—. Joder.

Ana profiere una risa ahogada.

—Contigo una no tiene ni que esforzarse —le digo, y ella se ríe más fuerte. A continuación, rodea la silla de Lowe, se me sienta en las piernas y me birla las galletitas. No sé qué tengo que parece transmitir un *No te cortes y acomódate en mi regazo,* pero voy a tener que ponerle solución—. Lowe, ¿en serio vas a ir a ver a esa mujer?

Mick me dedica una sonrisa de aprobación. Alex está, como de costumbre, aterrorizado. Lowe me lanza una mirada fulminante con la que parece querer decirme: *No empieces tú también y, por cierto, ¿quién coño te ha dado vela en este entierro?*

Vale, no le falta razón.

—Sabes que Emery está detrás de todo este follón —dice Mick.

—Pero no puedo demostrarlo. Y hasta que no tenga pruebas concluyentes, no pienso encararme con ella.

—Podrías si quisieras. Sería una exhibición de fuerza.

—No me interesa exhibir ese tipo de fuerza.

—Max te dijo…

—Ningún tribunal aceptaría las suposiciones de un crío que confesó mientras se encontraba subyugado por una vampira. —El llamativo rostro de Lowe refleja una expresión hierática, pero por debajo capto un rastro de fatiga. Ser una persona decente debe de resultar agotador, menos mal que no me pasa. Yo me deleito con mi falta de ética—. Ir a casa de Emery es la única forma que tengo de reunir esas pruebas.

—O de acabar… —Mick vuelve la mirada hacia Ana y se interrumpe, pero la palabra «muerto» rebota entre los adultos sentados a la mesa.

—¿En serio crees que no puedo apañármelas con sus guardias? —pregunta Lowe reclinándose en la silla. Curva los labios en una sonrisa. Ahora se asemeja menos a un líder diplomático y más a lo que es: un chaval de veintitantos un poco chulo al que nadie ha vencido todavía—. Venga, Mick. Me has visto pelear.

Mick suspira.

—Solo porque aún no hayamos descubierto tus límites no significa que no los tengas.

—Ni tampoco que sí los tenga.

Ana se vuelve en mi regazo y trepa por mi torso como si fuera una ardilla. Me rodea el cuello con los brazos y me hunde la nariz en el pelo. Es la muestra de contacto físico más directa que he experimentado jamás, y, para mi sorpresa, no me resulta excesivamente desagradable. Pregunto:

—¿Estás seguro de que Emery va a querer reunirse contigo después de que…? —*¿Te cargaras a su marido?*

—Ha sido ella quien lo ha invitado a él —explica Mick con tono

resignado.

—No jorobes.

—Es lo que suele hacer el compañero del anterior alfa para garantizar una transición de poder pacífica.

—Caray.

Ana se pone nerviosa y alarga las manos en dirección a Lowe, pero él está demasiado ocupado intercambiando una mirada penetrante con Mick para darse cuenta. Le doy una palmadita en el brazo para llamar su atención y él se vuelve hacia mí con expresión turbada y los ojos muy abiertos. ¿Se cree que mi olor se le va a pegar? Él está más emparentado con las mofetas que yo.

—Creo que es una trampa —afirma Mick.

Lowe se encoge de hombros. El gesto le hace gracia a Ana, de manera que lo repite.

—Me la jugaré.

—Pero…

—La decisión está tomada. —Sonríe a Ana y cambia de tercio—. Le pediré a alguien que mire lo del castillo hinchable —añade, y el resto de la conversación se limita a eso: Ana habla de la tarta que va a comprar para mi «cumpleaños», Alex comenta preocupado que a lo mejor acabo perforando el castillo con los colmillos y Lowe nos observa con expresión divertida.

Seguimos sentados aun después de que todos hayan terminado de cenar: al parecer es normal quedarse charlando de nada en particular. Las costumbres sociales de los licántropos difieren de las de los vampiros, y yo me pregunto qué tal le estará yendo a la compañera de Lowe con los míos. Ha dejado atrás a sus amigos, familia y pareja. ¿Con quién estará manteniendo conversaciones de sobremesa? Me la imagino intentando charlar con Owen… y a Owen poniendo una excusa y yéndose a capturar a un puma para que se la zampe.

Meneo la cabeza y me incorporo de nuevo a la conversación. Ana se ríe, Lowe esboza una mueca burlona y Alex sonríe. Y luego está Mick, que me mira fijamente con una expresión de preocupación en su rostro curtido.

CAPÍTULO 13

Intenta no pensar en lo que le haría al padre de ella si no fuera porque provocaría el peor incidente diplomático del siglo.

Ana tenía razón: subir al tejado no es tan difícil, ni siquiera para alguien con la coordinación visomotriz de un ornitorrinco.

O sea, yo.

Tardo menos de quince minutos en llegar y el hecho de que en ningún momento haya tenido la impresión de que fuera a acabar con los sesos espachurrados en el parterre de jazmines resulta ligeramente empoderante. En cuanto me encuentro sentada sobre las tejas, algo incómoda pero negándome a reconocerlo, cierro los ojos y tomo profundas bocanadas de aire, dejando que la brisa juguetee con mi pelo, agradeciendo las cosquillas del cielo nocturno. Las olas acarician la orilla. De vez en cuando oigo algún que otro chapoteo proveniente del lago. *Ni siquiera me importa que haya bichos,* me digo. Si le pongo ganas, al final me lo creeré. En esas estoy, aunque sin conseguirlo, cuando llega Lowe.

No advierte mi presencia de inmediato, por lo que puedo observarlo mientras se encarama con elegancia al alero del tejado. Se queda plantado en el borde, cosa que no sé cómo no le da miedo, y se aprieta los ojos con el pulgar y el índice con tanta fuerza que debe de estar viendo estrellitas. Acto seguido, deja caer el brazo y exhala lentamente.

Este es el Lowe de verdad, pienso. No Lowe el alfa, ni Lowe el hermano, ni Lowe el amigo ni el hijo ni el desdichado marido de la igualmente desdichada mujer. Lowe a secas. Cansado, me parece a mí. Aislado, diría yo. Cabreado, al cien por cien. Y no quiero perturbar uno de sus escasos momentos de paz, pero la brisa se levanta y le lleva mi aroma.

Se da la vuelta al instante. Hacia mí. Y cuando sus ojos se tornan todo pupila, levanto la mano y lo saludo incómoda.

—Ana me habló del tejado —explico a modo de disculpa. Estoy

jorobándole el momento a solas—. Puedo marcharme…

Niega estoicamente con la cabeza y yo reprimo una risa.

—Si te sientas aquí —señalo a mi derecha— me taparás el viento y no tendrás que aguantar el olor a bullabesa.

Los labios se le contraen, pero se dirige al lugar que le señalo. Dobla su enorme cuerpo y se acomoda a mi lado, a suficiente distancia para evitar roces accidentales.

—¿Qué sabrás tú de la bullabesa?

—Pues nada, porque no está hecha a base de hemoglobina ni de cacahuete. Bueno. —Doy una palmada. Las cigarras se callan de golpe y luego reanudan su canto tras una breve y confusa pausa—. A ver si acierto: vas a aprovechar tu reunión con Emery para colarle algún programa de *spyware* o algún rastreador que te permita controlar sus comunicaciones y encontrar pruebas de que está al frente de los Leales. Pero tienes los conocimientos informáticos de un carcamal antitecnología de ochenta años y encima vas a entrar solo en territorio enemigo, lo que supone un gran riesgo. La verdad, no hace falta ni que me lo confirmes, sé que tengo razón. ¿Y cuándo tenías pensado lanzarte de cabeza a la muerte? ¿Mañana o el viernes?

Se me queda mirando como si no estuviera seguro de si soy un banco o una escultura posmoderna. Se le tensa un músculo de la mandíbula.

—De verdad que no me lo explico —musita.

—¿El qué?

—Cómo te las has arreglado para seguir viva pese al poco filtro que tienes.

—Debo de ser muy lista.

—O increíblemente estúpida.

Nuestras miradas chocan durante unos segundos; la sensación que impregna el ambiente se parece más a la confusión que al antagonismo. Soy yo quien aparta primero la vista.

Y entonces digo sin pensar:

—Deja que vaya contigo. Te ayudaré con la parte informática.

Lanza un ligero y cansado resoplido.

—Vete a la cama, Misery, antes de que acabes metida en una caja de pino.

—Soy un ser nocturno —murmullo—. Me ofende un poco que mi marido crea que no puedo cuidar de mí misma.

—Y a mí me ofende bastante que mi mujer crea que me la voy a llevar a una reunión peligrosísima donde tal vez no pueda protegerla.

—Bueno, pues vale. —Me vuelvo hacia él y contemplo su serio, tozudo e inflexible rostro. A la luz de la luna, sus pómulos tienen un

aspecto tan afilado que parece que corten—. Pero no puedes ir solo.

Me lanza una mirada de incredulidad.

—¿Estás diciéndome lo que puedo hacer y lo que no?

—Uy, jamás se me ocurriría, *alfa* —digo con sorna, aunque me arrepiento un poco cuando me fulmina con la mirada—. Pero no sabes ni encender un ordenador.

—Pues claro que sé encender un ordenador, joder.

—Lowe. Amigo mío. Esposo mío. Está claro que eres un licántropo con muchos talentos, pero he visto el móvil que llevas. Te he visto *usarlo*. La mitad de tu galería son fotos borrosas de Ana en la que también aparece tu dedo. Y escribes *Google* en la barra de Google cuando quieres buscar algo.

Abre la boca. Y vuelve a cerrarla.

—Ibas a preguntarme qué tiene eso de raro.

—No vas a venir conmigo —dice con tono resuelto.

Y cuando se dispone a ponerse en pie, harto de mi insistencia, siento una punzada de culpa y le agarro la pernera de los vaqueros para tirar de él hacia abajo. Clava la mirada en el lugar donde estoy agarrándolo, pero cede.

—Perdona, ya lo dejo estar. —Por ahora—. No te vayas. Seguro que has venido a… ¿Qué es lo que haces cuando vienes aquí? ¿Limarte las garras? ¿Aullar a la luna?

—Desparasitarme.

—¿Ves? No quiero interrumpirte. Tú a lo tuyo. —Espero a que empiece a quitarse bichos del pelo—. Aunque, ¿no deberías estar durmiendo? Tú no eres un ser nocturno. —Es más de medianoche. Las únicas que estamos despiertas a estas horas somos las cigarras y yo.

—No duermo demasiado.

Ah, sí. Ana ya me lo había comentado, cuando dijo que tenía…

—¡Insomnio!

Enarca una ceja.

—Mi incapacidad para descansar en condiciones parece entusiasmarte.

—Sí. *No*. Es que Ana me comentó que tenías una insolación y…

Esboza una sonrisa.

—Suele confundir las palabras.

—Sip.

—Por lo que he leído en Google, buscador que según dicen por ahí no sé utilizar —me lanza una mirada virulenta—, a su edad es normal. —Adopta una expresión pensativa mientras su sonrisa se desvanece.

—No me imagino lo difícil que debe de ser.

—¿Aprender a hablar?

—Eso también. Pero me refiero a tener que criar a una niña pequeña así de sopetón.

—No tanto como que te críe un capullo que no se molesta en comprarte una sillita para el coche o que te da caramelos antes de irte a la cama porque tienes hambre o que te deja ver *El exorcista* porque, aunque no sabe de qué va, la prota es una chavala jovencita y cree que te identificarás con ella.

—Joder. Serena y yo la vimos a los quince y tuvimos que dormir con la luz encendida la tira de meses.

—Ana la vio a los seis y necesitará terapia hasta bien entrados los cuarenta.

Hago una mueca.

—Lo siento. Sobre todo por Ana, pero también por ti. Normalmente uno aprende a ser padre con la práctica. No nacemos sabiendo cómo cambiar pañales.

—Ana sabe usar ya el baño. No la enseñé yo, obviamente. Conmigo habría acabado meando por la nariz o algo así. —Se pasa una mano por el pelo corto y luego se frota el cuello—. No estaba preparado para cuidar de ella. Sigo sin estarlo. Pero *nunca* me lo tiene en cuenta.

Apoyo la sien en las rodillas y lo observo mientras él contempla el horizonte, preguntándome cuántas noches sube aquí a horas intempestivas. Para tomar decisiones de las que dependerán miles de licántropos. Para machacarse por no ser perfecto. Pese a lo competente, abnegado y confiado que aparenta ser, puede que Lowe no tenga demasiada buena opinión de sí mismo.

—Antes vivías en Europa. ¿Dónde?

Mi pregunta parece sorprenderlo.

—En Zúrich.

—¿Estudiabas allí?

Los hombros se le agitan al lanzar un suspiro.

—Al principio. Y luego me puse a trabajar.

—Arquitectura, ¿verdad? No acabo de entenderlo. Los edificios me parecen un poco rollo, aunque agradezco que no se me caigan encima.

—Y yo no entiendo que alguien se pase el día trasteando con un ordenador y no le dé miedo que un día las máquinas se rebelen. Aunque agradezco que exista el *Mario Kart*.

—Me parece justo. —Sonrío porque nunca había oído a nadie usar un tono de voz tan enfurruñado. Debo de haberle tocado la fibra sensible—. La verdad es que me gusta el estilo de la casa —añado magnánima.

—Se llama biomórfico.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo aprendiste en la uni?

—Eso, y que la diseñé yo como regalo para mi madre.

—Ah. —La leche. Supongo que no solo es arquitecto, sino también uno de los *buenos*—. ¿Estudiaste en una universidad humana?

Su sistema de enseñanza es a menudo la única opción que existe, ya que son mucho más numerosos e invierten en infraestructuras educativas. En la sociedad vampírica, y supongo que en la licántropa también, las titulaciones oficiales no valen un pimiento. No obstante, las habilidades que se adquieren con ellas son inestimables. Si queremos aprenderlas, lo que hacemos es agenciarnos un carné falso para matricularnos en universidades humanas. Los vampiros suelen dar las clases por internet (por los colmillos y todo ese rollo del sol y las quemaduras de tercer grado). Los humanos son incapaces de detectar a los licántropos a simple vista, así que, en teoría, estos podrían infiltrarse entre ellos con más facilidad, pero en muchos lugares hay instalados dispositivos capaces de detectar latidos más rápidos de lo normal y temperaturas corporales más altas. La verdad, tengo suerte de que a los humanos jamás se les pasara por la cabeza que hubiera vampiros dispuestos a limarse los colmillos y nunca se pusieran con nosotros tan paranoicos como con los licántropos.

—En Zúrich, las cosas eran diferentes.

—¿En qué sentido?

—Los licántropos y los humanos asistían a clase abiertamente. Y unos cuantos vampiros también. Todos convivían en la ciudad.

—Anda. —Sé que hay más lugares así por el mundo, donde las relaciones entre las tres especies no se han visto sometidas a tanta tensión a lo largo de los siglos, y donde el hecho de vivir juntos, pero no revueltos, se considera normal. Aun así, me cuesta imaginármelo —. ¿Tuviste alguna novia vampira? —Me señalo el dedo anular—. Cuando pruebas a las vampis, ya no hay marcha atrás, ¿eh?

Me lanza una mirada sufrida.

—Te sorprenderá saber que los vampiros no se juntaban con nosotros.

—Menudos estirados. —Vuelvo a apoyar la mano en el regazo, pero empiezo a juguetear con mi alianza—. ¿Por qué te marchaste hasta Zúrich? ¿Estabas escondiéndote de Roscoe?

—¿Escondiéndome? —Esboza una sonrisa divertida—. Roscoe jamás fue una amenaza para mí.

—Eres muy valiente. O un poco narcisista.

—Puede que ambas cosas —reconoce, pero enseguida se pone serio —. Cuesta bastante explicarle la dominancia a alguien que no tiene el *hardware* necesario para entenderlo.

—Lowe, ¿acabas de utilizar una metáfora informática? —Me lanza

otra de sus miradas de no-te-pases-de-lista y me echo a reír—. Venga, al menos intenta explicármelo.

Niega con la cabeza.

—Si conocieras a alguien que no tiene nariz y tuvieras que explicarle los olores, ¿qué le dirías? —Me mira expectante. Y yo abro y cierro la boca media docena de veces—. Pues eso. —Ni siquiera emplea un tono demasiado prepotente—. Con Roscoe me pasó eso. Él era un hombre hecho y derecho y yo apenas había pasado de la pubertad, pero siempre tuve claro que jamás podría ganar una pelea contra mí, y él lo tuvo claro también desde el principio, así como el resto de la manada. Por mucho que lo deteste ahora, le agradezco que durante un tiempo no me diera ninguna razón para desafiarlo.

Que tardase en convertirse en un dirigente despótico, quiere decir.

—¿Qué fue lo que lo cambió?

—No sabría decirte. Se volvió muy radical de repente. —Se lame los labios con la mirada perdida, presa de un recuerdo—. Cuando me llamaron por teléfono, ni siquiera tuve tiempo de pasar por mi casa antes de salir para el aeropuerto. Mi madre se había opuesto abiertamente a una redada. Estaba herida y Ana se encontraba indefensa.

—Joder.

—Pasaron once horas y cuarenta minutos desde que recibí la llamada hasta que llegué a casa de Cal y me encontré a Ana sollozando en el cuarto de Misha. —Emplea un tono de voz tan carente de emotividad que casi resulta inquietante—. Estaba aterrorizado.

No puedo ni imaginármelo. ¿O sí? Los primeros días después de que Serena desapareciera, estaba tan agobiada y me centré tanto en su búsqueda que ni siquiera se me ocurrió asearme ni alimentarme hasta que la cabeza comenzó a martillearme y la fiebre se apoderó de mí.

—¿Tuviste ocasión de volver a Zúrich? ¿Para recoger tus cosas? ¿Para…? —*Cerrar aquella etapa. Para despedirte de la vida que te habías labrado allí. A lo mejor tenías amigos, novia y algún restaurante favorito. A lo mejor te gustaba dormir hasta tarde o aprovechar los fines de semana para viajar por Europa y visitar… edificios y cosas así. A lo mejor tenías sueños que querías cumplir. ¿Volviste a por ellos?*

Niega con la cabeza.

—Mi casero me envió por correo un par de cosas y tiró el resto. —Se rasca la mandíbula—. Me sabe mal haberme dejado los platos sucios del desayuno en el fregadero.

Me rio entre dientes.

—Eso es lo tuyo, ¿no?

—¿El qué? —se vuelve hacia mí.

—Echarte la culpa por no ser perfecto.

—Oye, si quieres lavarme los platos, por mí adelante.

—Calla. —Le doy un golpecito con el hombro, como hago con Serena cuando se obceca con algo. Él se queda rígido y contiene el aliento durante un instante, pero la tensión abandona lentamente su cuerpo cuando me aparto—. A ver si me aclaro con este rollo de la *dominancia*. ¿Es Cal el segundo licántropo más *dominante* de la manada? —Las palabras me suenan a chino, como si estuviera escogiéndolas al azar. Un batiburrillo de lo más variopinto.

—No somos una organización militar. En las manadas no hay una estructura jerárquica estricta. Cal es simplemente alguien en quien confío.

Tampoco creo que sea más disfuncional que un consejo arbitrario cuya composición se rige conforme al principio de primogenitura. Y los humanos eligen a dirigentes como el gobernador Davenport. Está claro que ninguna solución es perfecta.

—¿Él también tuvo que desafiar a alguien para convertirse en segundo? ¿Al Ken, tal vez?

—Tiene cojones que sepa exactamente a quién te refieres.

Suelto una risita.

—Oye, nunca me ha dicho cómo se llama.

—Ludwig. Se llama Ludwig. Y nuestra manada tiene más de una decena de segundos. Cada cuadrilla elige a un segundo a través de un sistema de votación.

—¿Cuadrilla?

—Es una red de familias interconectadas que, por lo general, se encuentran geográficamente próximas entre sí. Cada segundo rinde cuentas al alfa. Después de que nos quitáramos a Roscoe de encima, se eligieron nuevos segundos, lo que significa que la mayoría son tan novatos como yo. Mick es el único que conservó su puesto.

—¿Quieres decir que fue el único que no intentó matarte?

—Sip. —Su risa podría sonar amarga, pero no es así—. Su compañera y él eran amigos íntimos de mi madre. Shannon también era segunda.

—¿La mataste? —pregunto como quien no quiere la cosa, y él parece dispuesto a empujarme del tejado.

—Misery.

—Tampoco me parece una pregunta tan descabellada, dados tus antecedentes.

—No, no maté a la compañera del hombre que solía cambiarme los pañales. —Se masajea la sien—. Qué coño, los dos me los cambiaban.

Me enseñaron a montar en bici y seguir el rastro de las presas.

—¿Qué le pasó?

—Murió hace dos años durante un enfrentamiento en la frontera oriental. Creemos que con los humanos. —Traga saliva—. El hijo de Mick también murió. Tenía dieciséis años.

No es algo que los míos no sean capaces de hacer, pero aun así me estremezco.

—Por eso parece siempre tan melancólico.

—Su aroma rezuma pena. Siempre.

—Bueno, es mi licántropo favorito. —Me abrazo las rodillas—. Es muy majo conmigo.

—Eso es porque tiene debilidad por las guapas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Sabes perfectamente el aspecto que tienes.

Me río con suavidad, sorprendida por el piropo disimulado.

—¿Por qué siempre haces eso? —pregunta.

—¿El qué?

—Cuando te ríes, te tapas los labios con la mano. O lo haces con la boca cerrada.

Me encojo de hombros. No era consciente, pero tampoco me extraña.

—¿No es obvio? —A juzgar por su mirada perpleja, parece que no —. Vale, voy a contarte un secreto. —Tomo aire de forma exagerada y junto las puntas de los dedos—. A lo mejor no te has dado cuenta, pero no soy como tú. En realidad pertenezco a otra especie llamada…

—Misery. —Me agarra de la muñeca y yo me quedo sin aliento—. ¿Por qué escondes los colmillos?

—Fuiste tú quien me dijo que lo hiciera.

—Te pedí que no respondieras a un acto de agresión con otro. Para evitar llegar a casa un día y encontrarme a mi mujer descuartizada… y a alguien aún más hecho polvo a su lado. —Su mano sigue cerrada en torno a mi muñeca. Cálida. Agarrándome algo más fuerte. Su contacto me deja descolocada—. Esto no es lo mismo.

¿No lo es? ¿Tú no me descuartizarías?

—Venga, Lowe. —Me zafo de él y me llevo el brazo al pecho—. Ya sabes cómo son mis dientes.

—Venga, Misery —se burla—. Precisamente por eso no entiendo por qué los escondes.

Nos miramos fijamente como si estuviéramos jugando a algo e intentando ganar la partida.

—¿Quieres que te los enseñe? —Intento provocarlo, pero él se limita a asentir con solemnidad.

—Me gustaría saber con qué lidiamos exactamente, sí.

—¿Ahora?

—A menos que te haga falta alguna herramienta específica o tengas algo que hacer. ¿Es la hora del baño?

—Quieres que te enseñe los colmillos. Ahora.

Su mirada me inspira algo de compasión.

—Es solo que… —No sé por qué la idea de que los vea me preocupa tanto. A lo mejor es que me acuerdo de los cuidadores humanos que tenía a los nueve años, que siempre dejaban de sonreír cuando lo hacía yo. De aquel conductor santiguándose. Del otro millón de incidentes que se produjeron a lo largo de los años. Serena era la única a la que no le importaba—. ¿Es una trampa? ¿Acaso buscas una excusa para ver cómo mis tripas abonan los jazmines?

—No me hace falta ninguna excusa; podría empujarte sin más y nadie de mi manada diría ni mu.

—Vaya cosa más guay de la que fardar.

Esconde las manos detrás de la espalda con gesto exagerado.

—Soy inofensivo.

Sí, tan inofensivo como una mina terrestre. Podría devastar una galaxia entera con solo una mirada de mala leche y un gruñido.

—Vale, pero luego no me eches la culpa si mis colmillos de chupasangre acaban hiriendo tu sensibilidad lobuna.

No sé muy bien cómo empezar. Hacer una mueca, tirarme del labio con los dedos como hacen los dentistas humanos en los anuncios de pasta de dientes, morderle la mano para una demostración práctica… Ningún enfoque acaba de convencerme. De manera que me limito a sonreír. Cuando el frío me golpea los colmillos, el instinto me grita que me han descubierto. Me han pillado. Estoy…

Bien, en realidad.

A Lowe se le dilatan las pupilas. Examina mis colmillos con su habitual expresión atenta, sin retroceder ni tratar de devorarme. Poco a poco, mi sonrisa se convierte en un gesto sincero y, mientras tanto, él me mira.

Y sigue mirando.

Y mira un poco más.

—¿Estás bien? —Mi voz lo devuelve a la realidad. El gruñido que profiere es algo ambiguo, no del todo afirmativo.

—¿Y no los…? —Carraspea—. ¿Usas?

—¿Qué? Ah, los colmillos. —Me paso la lengua por el derecho y Lowe cierra los ojos y se da la vuelta. O le da demasiado asco o le asusta. Pobrecito alfa—. Todos nos alimentamos de bolsas de sangre, salvo en contadas excepciones.

—¿Qué excepciones?

Me encojo de hombros.

—Alimentarse de un ser vivo está bastante pasado de moda, sobre todo porque es un coñazo. Creo que a veces, durante el sexo, las parejas beben mutuamente del otro, pero no sé si recordarás que de niña me mandaron a vivir con los humanos y soy una vampira pésima, como todo el mundo sabe. —Debería obligar a Owen a que me explicase los pormenores, pero… Uf. Tampoco es que planee intimar a ese nivel con ningún vampiro—. No te preocupes, Lowe. No te voy a morder.

—No estoy preocupado. —Su voz suena ronca.

—Genial. Entonces, ahora que te he enseñado mis terroríficas armas, ¿me llevarás a casa de Emery? Después de todo, me debes una luna de miel, ¿no? Me alegro de que lo hayamos aclarado, voy a hacer la maleta y… —Hago ademán de levantarme, pero me agarra y vuelve a tirar de mí hacia abajo.

—Casi cuela.

Suspiro y me inclino hacia atrás; hago una mueca de dolor cuando las tejas se me clavan en la espalda. Las estrellas abarrotan el cielo y el silencio nos envuelve durante un instante.

—¿Te cuento un secreto? —le pregunto cansada—. Algo que jamás pensé que le contaría a nadie.

Me roza el muslo con el brazo mientras se vuelve para mirarme.

—Me extraña que quieras contármelo *a mí*.

A mí también, pero estoy harta de guardármelo y la noche resulta tan apacible…

—Serena y yo tuvimos una bronca gordísima unos días antes de que desapareciera. La peor de nuestra vida. —Lowe permanece en silencio, que es justo lo que necesito—. Discutíamos cada dos por tres, casi siempre por chorradas y, algunas veces, por temas un poco más serios. Nos criamos juntas y nos sacábamos de quicio la una a la otra; ya sabes, como suele ocurrir con las hermanas. Ella escupía en los bolsillos de los cuidadores que se portaban mal conmigo y yo le leía novelas guarras cuando se ponía tan enferma que había que pincharle suero. Pero también me reventaba que se tirara varios días sin coger el teléfono, y supongo que a ella le repateaba que yo fuera de vez en cuando una cerda insensible. Después de esa última pelea, las dos estábamos que echábamos humo. Y entonces, el día que habíamos quedado para poner juntas la funda del nórdico, no apareció, pese a que sabía que no hay nada en el mundo que cueste más. Y ahora todas las cosas que me echó en cara siguen rondándome la cabeza, como tiburones que llevan meses sin comer.

Desde mi posición soy incapaz de verle la cara a Lowe, lo que resulta ideal.

—¿Y qué dicen los tiburones?

—Consiguió que el técnico de selección de personal de una empresa tochísima se interesase por mí. Era un puesto genial y muy estimulante. Algo que apenas podían hacer un puñado de personas del país. Y ella no paraba de decirme lo bien que se me daría el trabajo y lo fantástica que era aquella oportunidad, pero yo no le encontraba el sentido, ¿sabes? Sí, era un curro más interesante y mejor pagado, pero yo no dejaba de preguntarme: ¿por qué?, ¿por qué voy a molestarme? ¿Cuál es el objetivo? Y se lo pregunté, y ella… —Tomo una profunda bocanada de aire—. Me dijo que iba sin rumbo por la vida. Que no me importaba nada ni nadie, ni siquiera yo misma. Que estaba estancada y desperdiciando mi existencia. Y yo le dije que no era cierto, que había cosas que sí me importaban, pero… no fui capaz de nombrar ninguna. Salvo a ella.

«… esta espiral de apatía en la que estás inmersa, Misery. Oye, lo pillo, te pasaste las dos primeras décadas de tu vida creyendo que ibas a morir, pero el caso es que no fue así. Ahora estás aquí. ¡Puedes empezar a disfrutar de la vida!»

«Oye, no eres mi madre ni mi psicóloga, así que no sé qué te da derecho a…»

«Yo por lo menos lo intento. Mi vida también ha sido una mierda, pero quedo con gente, intento crecer laboralmente, tengo hobbies… Tú simplemente dejas pasar el tiempo. Eres un cascarón vacío. Necesito saber que te importa algo más que yo en esta puta vida, Misery, sea lo que sea.»

Los tiburones arremeten contra las paredes internas de mi cráneo y no seré capaz de deshacerme de ellos hasta que haya encontrado a Serena, pero mientras tanto, puedo distraerlos.

—En fin. —Me incorporo con una sonrisa—. Ya que me he sincerado contigo de forma tan altruista, ¿me contarás tú a cambio otra cosa?

—No es así como…

—¿Qué leches es un compañero exactamente?

Lowe no muda la expresión en absoluto, pero sé que preferiría que le arrancaran los pelos de la barba uno a uno antes que mantener esta conversación.

—Ni pensarlo.

—¿Por qué?

—No.

—Venga.

—Es algo típico de los licántropos.

—Y por eso te pido que me lo expliques.

Porque sospecho que no es solo el equivalente licántropo al matrimonio ni a las uniones civiles ni al firme compromiso que supone el compartir los gastos mensuales de múltiples servicios de *streaming* carísimos que se te ha olvidado cancelar.

—No.

—Lowe, venga, me has contado secretos más gordos.

—Ah, joder. —Hace una mueca y se frota los ojos, y creo que he ganado.

—¿Es otra de esas cosas para las que no tengo el *hardware* necesario?

Asiente, y casi parece triste.

—He entendido toda esa movida de la dominancia. —La verdad es que hemos hecho bastantes progresos en los últimos quince minutos —. Dame una oportunidad.

Se vuelve hacia mí. De pronto, siento que está demasiado cerca.

—Que te dé una oportunidad —repite inescrutable.

—Sí. Puede que todo el rollo de pertenecer a dos especies rivales que llevan siglos a la gresca y que no pondrán fin a este sufrimiento absurdo hasta que una de las dos desaparezca no te motive demasiado a contármelo, pero…

—¿Pero?

—Pero nada. Cuéntamelo.

Se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Un compañero es… —Las cigarras guardan silencio. Solo se oye el ruido de las olas, que sacude la noche con suavidad—. La persona que está hecha para ti. Para quien tú estás hecho.

—Se supone que es algo típico de los licántropos, pero ¿en qué se diferencia con lo que experimentan los chavales de instituto humanos que se escriben letras de canciones ñoñas en el anuario antes de pirarse cada uno a una universidad?

Puede que esté siendo un poco ofensiva con su cultura, pero él se encoge de hombros sin tomárselo a pecho.

—Nunca he sido un chaval de instituto humano, así que tal vez la experiencia sea similar. En términos biológicos, la cosa difiere bastante, desde luego.

—¿En términos biológicos?

—Cuando uno encuentra a su compañero o compañera, se producen… ciertos cambios fisiológicos. —Elige las palabras con mucha cautela. Puede que esté escondiendo algo.

—¿Amor a primera vista?

Niega con la cabeza, aunque dice:

—Tal vez en cierto modo. Pero se trata de una experiencia multisensorial. No conozco a nadie que haya reconocido a su compañero solo con verlo. —Se humedece los labios—. El aroma juega también un papel muy importante, así como el tacto, pero no es solo eso. Se producen cambios en el cerebro. En la química cerebral. Sé que se han escrito artículos científicos al respecto, aunque dudo que yo los entienda.

Me encantaría echarles el guante a las revistas académicas de los licántropos.

—¿Todos los licántropos tienen uno?

—¿Un compañero? No, no es algo demasiado habitual. La mayoría de los licántropos no esperan encontrarlo, y no es, ni mucho menos, la única forma de tener una relación romántica satisfactoria. Cal, por ejemplo, es muy feliz. Conoció a su mujer en una aplicación de citas y estuvieron años con un tira y afloja antes de casarse.

—¿Entonces se conformó?

—Él no lo vería así. El vínculo entre compañeros no constituye un tipo de amor superior. No es una experiencia intrínsecamente más valiosa que pasar la vida con tu mejor amigo o amiga y llegar a amar sus peculiaridades. Simplemente es diferente.

—Si son tan felices, ¿es posible que su mujer sea su compañera? ¿Podría haber pasado por alto las señales cuando la conoció?

—No. —Contempla el agua iluminada por la luna—. Estuve presente cuando la hermana de Koen conoció a su compañera, hace muchos años. Habíamos salido a correr. Captó su olor y, de pronto, se quedó inmóvil en medio del campo. Pensé que le había dado una embolia. —Sonríe—. Dijo que era como descubrir colores nuevos. Como si el arcoíris contara de pronto con más franjas.

Me rasco la sien.

—Parece algo bueno.

—Es… muy bueno. Aunque no siempre se experimenta de la misma manera —murmura, como si hablara consigo mismo. Procesándolo todo a medida que lo verbaliza—. A veces no es más que una sensación visceral. Algo que sientes en el estómago y permanece contigo siempre. Algo que te sacude por completo, sí, pero que también se te hace… *natural*. Nuevo, y a la vez atemporal.

—¿Así te sentiste tú? Al conocer a tu compañera.

Esta vez se vuelve para mirarme. No sé por qué tarda tanto tiempo en pronunciar un simple:

—Sí.

Joder. Esto es una mierda de proporciones épicas.

Lowe tiene una compañera, cosa que al parecer es increíble. Pero la susodicha está atrapada con los míos mientras que él está casado conmigo.

—Lo siento mucho —farfullo.

Su mirada refleja calma. Demasiada.

—No deberías.

—Lo sentiré si me da la gana. Puedo disculparme y postrarme y…

—¿Por qué te disculpas?

—Porque sí. Dentro de un año como máximo me daré el piro. —Su bienestar no es responsabilidad mía, pero le han arrebatado ya tantas cosas… y lo único que ha conseguido a cambio son montañas de obligaciones—. Podrás estar con tu compañera y os morderéis felices y comeréis perdices. Hay mordiscos de por medio, ¿no?

—Sí, el mordisco es… —Dirige la mirada a mi cuello. Lo contempla unos instantes—. Importante.

—Tiene pinta de doler. Es decir, he visto la cicatriz de Mick.

—No —dice con la voz ronca y los ojos clavados en mí. El pulso se me altera—. No si se hace bien.

Él debe de tener una en alguna parte del cuerpo. Un secreto enterrado en la piel, bajo el suave algodón de su camiseta. Y debe de haberle dejado también una marca a su compañera, una cicatriz abultada que lo guíe a casa, que pueda trazar en mitad de la noche.

Y entonces se me ocurre algo. Una posibilidad aterradora.

—Siempre es recíproco, ¿verdad?

—¿El mordisco?

—El asunto del compañero. Si conoces a alguien y sientes que esa persona es tu compañera y se producen cambios *biológicos* en tu cuerpo… a esa persona le pasará lo mismo, ¿no? —No hace falta que conteste, porque veo en su expresión estoica y sufrida que no. *Nop*—. Mierda.

No soy ninguna romántica, pero la idea me resulta espantosa. La idea de estar hecho para alguien que simplemente… no quiere. No puede. Albergar todos los sentimientos del mundo y que no sean recíprocos. Que la otra persona no los entienda ni los comparta. Un puente erigido a partir de reacciones químicas y físicas que se detiene a medio camino y jamás llegará al otro lado.

La caída resultaría catastrófica.

—Tiene pinta de ser horrible, madre mía.

Asiente pensativo.

—¿Eso crees?

—Es una sentencia de por vida. —Cadena perpetua. Con un compañero de celda que jamás sabrá de tu existencia.

—Puede. —Lowe tensa los hombros y los relaja—. Puede que el carácter incompleto de una relación así resulte en cierto modo devastador. Pero quizá el simple hecho de saber que esa persona existe… —Traga saliva—. Tal vez proporcione también cierto placer. La satisfacción de conocer la existencia de algo bello. —Abre y cierra los labios varias veces, como si solo pudiera hallar las palabras adecuadas dándoles forma primero para sí mismo—. Quizá algunas cosas estén por encima de la reciprocidad. Quizá no todo gire en torno a la posesión.

Dejo escapar una carcajada incrédula.

—Qué fácil es decir eso cuando está claro que el vínculo con tu compañera es recíproco.

—¿Sí? —Su expresión refleja diversión y… algo más.

—Nadie que haya tenido que lidiar con un amor no correspondido diría eso.

Esboza una sonrisa enigmática.

—¿Así ha sido el amor que has experimentado tú? ¿Unilateral?

—El amor no ha formado parte en absoluto de mi vida. —Apoyo la barbilla sobre las rodillas. Ahora me toca a mí contemplar el resplandeciente lago—. Soy un vampiro.

—¿Los vampiros no aman?

—No de esa manera. Y desde luego no hablamos de estas cosas.

—¿De relaciones?

—De sentimientos. Nos educan para no concederles demasiado valor. Nos enseñan que lo importante es el bien común. La supervivencia de la especie. Lo demás está por debajo. Al menos, así es como yo lo entendí. No soy ninguna experta en cuanto a lo que se refiere a las costumbres de los míos. Serena me preguntaba qué comportamientos eran normales en la sociedad vampírica, pero yo era incapaz de contestar. Cuando intenté volver con ellos tras finalizar mi periodo como Garantía… —Me estremezco—. No sabía cómo comportarme. Hablaba fatal la lengua. Estaba muy desorientada, ¿sabes? —Sí, lo sabe. Me doy cuenta.

—¿Por eso volviste con los humanos?

—Dolía menos lo de sentirme sola con aquellos que no eran los míos —respondo en lugar de «sí».

Suspira y levanta las rodillas, con las manos entrelazadas entre estas. Un pensamiento reverbera en mi interior: aquí y ahora no me siento particularmente sola.

—Tienes razón, Lowe. No dispongo del *hardware* para entender lo que es un compañero, y me cuesta imaginarme el hecho de conocer a alguien y experimentar esa sensación de afinidad de la que hablas.

Pero… —Cierro los ojos y pienso en aquel día de hace quince años. Un cuidador llamó a mi puerta y me presentó a una niña con hoyuelos, de pelo oscuro y ojos negros. Tomo aire de forma entrecortada—. Fui capaz de instalar el *software* porque Serena me lo facilitó. Y puede que a veces la decepcionase, puede que estuviera enfadada conmigo, pero desde un punto de vista general, eso carece de importancia. Entiendo que estés dispuesto a enfrentarte a Emery por tu cuenta y a sacrificarlo todo por tu manada. Lo entiendo porque yo siento lo mismo por Serena. Y no puedo articular del todo los motivos porque me cuesta una puta barbaridad hablar de sentimientos, pero me gustaría acompañarte. Ayudarte a encontrar a quienquiera que pretende hacer daño a Ana. Y creo que Serena estaría orgullosa de mí porque por fin he conseguido que algo me importe. Aunque sea un poquito.

Me estudia a la luz de la luna durante demasiado tiempo.

—Ha sido un discurso de la hostia, Misery.

—«De la hostia» es mi segundo nombre.

—Tu segundo nombre es Lyn.

Mierda.

—Deja de cotillear mi expediente.

—Jamás. —Toma aire. Echa la cabeza hacia atrás. Contempla las mismas estrellas que llevo trazando toda la noche—. Si lo hacemos, si me acompañas, tendrá que ser a mi manera. Para asegurarme de que no corres peligro.

El corazón me palpita de esperanza.

—¿Y cuál es tu manera? ¿La manera de los arquitectos? ¿Con pilastras corintias?

No tengo gracia. Pero él tampoco.

—Si me acompañas, Misery, tendré que marcarte.

CAPÍTULO 14

Su sabor es idéntico a su aroma.

Esperaba un trayecto de veinte horas en el híbrido que tiene Lowe aparcado en el garaje o, quizá, un viaje más corto en avión en clase turista con dos bolas de algodón metidas en la nariz para evitar que el olor a sangre humana me inundase las fosas nasales.

Lo que *no* esperaba era una avioneta Cessna.

—Cariño —pregunto bajándome las gafas de sol hasta la punta de la nariz—, ¿somos ricos?

Su mirada solo es ligeramente fulminante.

—No, simplemente se nos prohíbe volar en la mayoría de las aerolíneas humanas, *cielo*.

—Ah, sí. Por eso no he volado nunca en avión. Ahora me acuerdo.

Resulta complicado expresar la poca gracia que les hace a Mick, a Cal y al Ken-barra-Ludwig que Lowe vaya a llevarse a su esposa vampira a casa de Emery. Bajo la menguante luz del crepúsculo, los veo invadidos por la tensión y la preocupación, oponiéndose silenciosamente a la decisión de su alfa.

O puede que no tan silenciosamente. He dormido durante la mayor parte del día y es del todo posible que, mientras yo estaba en coma en el armario, ellos hayan tenido unas cuantas discusiones a grito pelado. Me alegro de habérmelas perdido, así como también me alegro de haber pasado mis horas de vigilia organizando toda la parte informática con Alex.

—Si alguien intenta cargarse a Lowe —me dijo enseñándome un USB con forma de patito de goma— tienes el deber de dar la vida por tu alfa.

—Si le disparan una bala de plata, no pienso ponerme en medio. —Contemplo a contraluz el dispositivo de rastreo. Chachi—. Bueno, una bala de plata o lo que sea que haga falta para deshacerse de vosotros.

—Solo una bala normal. Si te casas con un licántropo, el alfa de su manada se convierte en tu alfa. Y si te casas con un alfa, este se

convierte, de todas todas, en tu alfa.

—Ajá, claro. ¿Me pasas el microcontrolador ese de ahí?

No me molesta que Alex no haya venido a despedirse al pequeño aeropuerto privado porque los demás ya rezuman suficiente angustia existencial. Mick, que tiene cara de vinagre y está plantado en plan gorila, menea la cabeza mientras sujeta en brazos a Chispitas como si fuera un niño de pecho. Porque sí: Chispitas es, según cierta persona a la que han reñido ya varias veces en las últimas dos horas por meter plastilina en los enchufes, «un importante miembro de la familia» al que «le encanta ver cómo los aviones hacen "fiuuu"». Juno es la que menos se opone a todo el asunto, lo cual le agradezco. No obstante, la que más entusiasmo muestra es Ana, y solo porque se las apañó para que Lowe le prometiera un porrón de cosas: regalos, chuches y, en lo que conllevaría un esfuerzo logístico que está mucho más allá de sus capacidades, birlar la «L» del cartel de Hollywood.

—La «L» es por Liliana —me susurra en actitud cómplice, ya que su confianza en lo que a mis habilidades con el alfabeto se refiere es prácticamente nula.

Acto seguido, se acerca alegremente a Chispitas para someterlo a una sesión de mimos que lo hacen ronronear como un loco, pese a que, si *a mí* se me ocurriera hacer lo mismo, acabaría desfigurada de por vida.

—Vamos —me dice Lowe tras agacharse para darle un beso en la frente.

Lo sigo escaleras arriba y me despido de Ana con la mano antes de meterme dentro. Más que el avión de un superricachón, parece un cruce entre una sala de estar apañada y el vagón de primera clase de un tren.

—¿El piloto es licántropo? —pregunto siguiendo a Lowe hasta la parte delantera del avión. No es que sea un espacio particularmente reducido, pero ambos somos altos y estamos un poco apretados.

—Sip. —Abre la puerta de la cabina.

—¿Y quién…?

Me interrumpo cuando lo veo acomodarse en el asiento del piloto. Empieza a tocar botones con movimientos rápidos y hábiles, se pone unos auriculares enormes y habla en voz baja con los controladores de tránsito aéreo.

—Por el amor de Dios. —Pongo los ojos en blanco. Me entran ganas de preguntarle cuándo ha tenido tiempo, entre lo de ponerse al frente de la manada y estudiar arquitectura, de sacarse la licencia para pilotar avionetas, pero sospecho que quiere que se lo pregunte y no me da la gana complacerlo—. Serás chulo —murmuro mientras me

voy golpeando la cadera derecha con media docena de bultos de camino al asiento del copiloto.

Me dedica una media sonrisa.

—Abróchate el cinturón.

Como ocurre con todo lo demás, Lowe consigue que volar parezca fácil. Debería estar aterrorizada, ya que me encuentro en el interior de un pájaro metálico en mitad del cielo, pero aprieto la nariz contra la fría ventanilla y contemplo el firmamento y las luces urbanas, interrumpidas por largos tramos desérticos. Solo vuelvo al presente al oír que nos dan permiso para aterrizar.

—Misery —dice él con suavidad.

—¿Mmm? —Desde arriba, el océano parece inmóvil.

—Cuando aterricemos… —empieza, y luego hace una pausa muy larga.

Tan larga que me despego del frío cristal.

—Ay. —Estoy anquilosada de llevar tantas horas en la misma posición, de manera que estiro el cuello en la estrecha cabina, intentando no tocar por accidente el botón del mecanismo de eyección del asiento—. Me duele todo. —Cuando me enderezo tras arquear la columna, está mirándome de una forma demasiado intensa como para no tratarse de un gesto de censura—. ¿Qué? —digo a la defensiva.

—Nada. —Se vuelve hacia el panel de control. Con demasiada rapidez.

—¿Has dicho «cuando aterricemos»?

—Sí.

—Te das cuenta de que eso no es una frase, ¿verdad? Simplemente una oración subordinada temporal.

Enarca una ceja.

—¿Ahora eres lingüista?

—Solo una criticona de lo más servicial. ¿Qué pasará cuando aterricemos?

Se pasa la lengua por el interior de la mejilla.

—¿Me lo vas a decir?

Asiente.

—Tengo que dejarles claro a Emery y a los suyos que formas parte de mi manada y que no toleraré ningún tipo de violencia contra ti. Pero el mensaje no puede ser únicamente verbal.

—Me dijiste que para eso tendrías que marcarme, ¿verdad? —Sea lo que sea eso. Estamos aproximándonos a las luces intermitentes de la pista de aterrizaje y las sacudidas del avión me están dando náuseas. Centro la atención en Lowe—. ¿Te refieres a que parezca que has hecho mella en mí o algo así? No hará falta que me lea a toda leche

Arquitectura para principiantes y que finja poder distinguir el estilo gótico del *art déco,* ¿no?

Se vuelve hacia mí, impávido.

—Estás de coña.

—Mira hacia delante, por favor.

—Sí que puedes, ¿no? Dime que eres capaz de distinguir…

—Maridito mío, cariño, en el fondo ya sabes la respuesta, así que haz el favor de mirar al frente cuando estás *aterrizando una avioneta*.

Fija la mirada en la pista.

—Es algo que tiene que ver con los aromas —dice, obligándose a cambiar de tema.

—Para variar. —Se ha portado como un campeón. Ya no parece reaccionar a mi aroma. Puede que haya sido cosa de los baños. O igual se está acostumbrando a mí, como Serena cuando vivía al lado de la lonja de pescado. Para cuando se le acabó el contrato de alquiler, el pestazo ya casi le resultaba reconfortante.

—Si nuestro aroma es el mismo, la cosa les quedará clara.

—¿Entonces ahora tienes que oler a huevos podridos? —bromeo.

—Eso es lo que voy a hacer. —Su voz suena áspera.

—¿El qué?

—Voy a hacer que huelas como… —El avión aterriza con una elegante sacudida—. Yo.

Me aferro a los reposabrazos mientras recorremos la pista a toda velocidad. Estoy cagada y en mi mente empiezan a aflorar imágenes de nosotros dos espachurrados contra el edificio situado al final de la pista. Poco a poco, aminoramos la marcha, y, poco a poco, comienzo a asimilar las palabras de Lowe.

—¿Como tú?

Asiente, ocupado con las últimas maniobras. Veo a un grupito de personas congregadas en el hangar. El comité de bienvenida de Emery, listo para hacernos pedazos.

—Vale, haz lo que tengas que hacer con mi cuerpo —digo distraída. Intento adivinar quién de todos es más probable que me lance un diente de ajo—. Pero que sepas que Serena se queja cada dos por tres de lo fría que está mi piel y del repelús que da. Esos tres grados de diferencia se notan que no veas.

—Misery.

—En serio, me da igual. Haz lo que quieras.

Ha terminado ya de maniobrar. Se desabrocha el cinturón y evalúa a los licántropos que nos esperan. Hay cinco y son todos bastante altos. Por otra parte, yo también lo soy. Y Lowe.

—Si nos atacan…

—No van a atacarnos —me interrumpe—. Ahora no.

—Pero si lo hacen, puedo ayudarte a…

—Ya lo sé, pero puedo encargarme de ellos yo solo. Venga, no tenemos mucho tiempo. —Me coge de la muñeca y me lleva hasta el área principal de la avioneta, que es más grande que la cabina, pero demasiado pequeña para el modo en que estamos plantados el uno frente al otro—. Voy a…

—Haz lo que tengas que hacer. —Estiro el cuello para echar un vistazo a los licántropos a través de las portillas. Algunos han adoptado forma de lobo.

—Misery…

—Date prisa y…

—*Misery*. —Me vuelvo hacia él sobresaltada al oír su voz autoritaria. Está mirándome ceñudo—. Me tienes que dar tu consentimiento.

—¿Para qué?

—Voy a pasarte mi olor del modo en que lo hacen tradicionalmente los licántropos. Tendré que frotar mi piel contra la tuya. Y también usar la lengua.

Ah. *Ah*.

Noto una sensación eléctrica y líquida que se acumula en mi interior. Lidio con ella de la única forma que puedo: riéndome.

—¿En serio?

Asiente, tan serio como un infarto.

—¿En plan beso de vaca?

Me acerca la mano al cuello.

Se detiene.

—¿Puedo tocarte? —Está pidiéndome permiso, pero su tono no desprende inseguridad o vacilación alguna. Asiento con la cabeza—. Los licántropos tienen glándulas odoríferas aquí. —Me roza con la yema del pulgar el hueco del lado izquierdo de la garganta—. Aquí. —El lado derecho—. Y aquí. —Me rodea el cuello con la mano y me apoya la palma en la nuca—. En las muñecas también.

—Ah. —Carraspeo. Y resisto el impulso de retorcerme, porque me siento… Yo qué sé. Es su forma de mirarme. Sus ojos claros y penetrantes—. Es, em, una lección fascinante de anatomía, pero… ¡Coño! ¡Las marcas verdes que me pusieron en nuestra boda! Pero yo…

—Tú no tienes glándulas odoríferas —dice, como si fuera más previsible que un semáforo—, pero sí puntos pulsantes, donde tu sangre bombea más cerca de la superficie, y el calor…

—… incrementa el olor. Estoy al tanto de cómo funciona la sangre.

Asiente y me sostiene la mirada, expectante, hasta que se percata de que no tengo ni idea de por qué está esperando.

—Misery, ¿me das tu permiso?

Podría decir que no. *Sé* que podría decir que no y él seguramente encontraría otro modo de protegerme… o moriría en el intento, porque es de esa clase de tíos. Y tal vez por eso asiento y cierro los ojos, pensando que no será para tanto.

Aunque no tardo en darme cuenta de que a lo mejor estoy equivocada.

Lo primero que noto es el calor, que me envuelve a medida que se acerca. El tenue y agradable aroma de su sangre me inunda las fosas nasales. Después, noto su contacto. Primero me posa la mano en la barbilla, inmovilizándome, ladeándome la cabeza hacia la derecha y luego… su nariz, creo. Me recorre la garganta, pasando una y otra vez por el lugar donde el flujo sanguíneo es más intenso. Inhala una vez. Y otra, con más ganas. A continuación, vuelve a subir y el roce de su mandíbula me hace cosquillas.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Asiento. Sí. Estoy bien. Más que bien, aunque no sería capaz de explicar cómo ni por qué. Farfullo un «lo siento».

—¿Por qué lo sientes? —Las palabras me vibran en la piel.

—Porque… —Noto que empiezan a fallarme las rodillas, así que las tenso. Aun así, me da la impresión de que podría acabar desorientada, de manera que alzo las manos a ciegas. Me topo con el hombro de Lowe y me aferro a él desesperadamente—. Porque sé que no te gusta mi olor.

—Me *encanta* tu olor.

—Así que los baños han funcionado… *Ah*.

Cuando ha dicho «lengua», esperaba… No sé qué esperaba, pero no que separase los labios en la base de mi garganta y que luego me diera un lametón largo y suave. Porque parece un beso. Parece que Lowe Moreland esté besándome el cuello lentamente. Rozándomelo con los dientes y acabando con un ligero mordisquito.

Estoy a punto de soltar un gemido, pero, en el último momento, consigo reprimir el quejumbroso y gutural sonido y…

Joder. ¿Por qué lo que me está haciendo me produce una sensación tan agradable?

—¿Esto te resulta tan raro a ti como a mí? —pregunto intentando restar importancia a las oleadas de placer que noto en el estómago.

Porque esa sensación que se me extiende por debajo del ombligo como agua derramada es *excitación,* y podría transformarse en un fuego implacable en un abrir y cerrar de ojos. Me hace pensar en

sangre y caricias y puede que en sexo, y me aterroriza que él pueda oler las cosas que están sucediéndole ahora mismo a mi cuerpo.

Que pueda olerme *a mí*.

—No —dice con un gruñido.

—Pero…

—No es raro. —Lowe se aparta de mi cuello. Estoy a un tris de suplicarle que vuelva y siga haciéndome lo que me estaba haciendo, pero simplemente cambia de lado y a mí casi se me escapa un grito de alivio. Esta vez me sostiene toda la parte posterior de la cabeza con la palma y, durante unos instantes, me acaricia la punta de la oreja, exhalando despacio, con veneración, como si mi cuerpo fuera algo valioso y bello—. Es perfecto —dice, y vuelve a bajar la boca.

Primero me muerde con delicadeza el lóbulo de la oreja. Luego me lame la base de la mandíbula. Y, por último, mientras pienso que el proceso es muy diferente a lo que yo me había imaginado, se desplaza hasta la parte inferior de mi cuello y *chupa*.

Él gruñe.

Yo ahogo un grito.

Ambos respiramos de forma entrecortada mientras alzo la mano para estrecharlo más contra mí. Él tira suavemente de mi piel, con la boca abierta, y una oleada de electricidad me recorre, inundándome de calor. La temperatura corporal de los licántropos es mucho más alta que la de los vampiros y su cuerpo está a escasos centímetros de aire y a escasas posibilidades de distancia, y el *calor* que emana de su piel…

Me duelen los pechos, tengo los pezones duros como piedras y quiero arquearme contra él. Quiero sentir su contacto, su carne y su piel. El cuerpo de Lowe es firme y yo noto que me ablando; los atronadores latidos de su corazón —*de su delicioso y palpitante corazón* — son una maravilla nebulosa e indescriptible que me atraen hacia él. Me retuerzo en sus brazos, intentando apretarme contra su cuerpo, restregarme solo un poco, pero no es posible.

Porque Lowe se aparta. Me coge del hombro y me gira hasta que estoy de espaldas. Se me corta la respiración y me agarro a un reposacabezas para mantener el equilibrio.

—¿Te parece bien? —pregunta, y me envuelve la base del cuello con los dedos.

Digo que sí de inmediato, antes incluso de que haya terminado la frase, y Lowe no pierde tampoco el tiempo: me aparta la pesada melena. Me agarra la cadera con la mano. Acerca mi cuerpo al suyo.

Y en cuanto me tiene cogida como quiere, se agacha hacia mí.

Cierra los dientes en torno a mi nuca, *con fuerza* esta vez, y de pronto me inunda una oleada de placer obscena e instantánea. El

gemido que había logrado contener hace unos momentos, emerge, desesperado, de mi garganta. Noto una presión en mi interior, embriagadora e hirviente, y no puedo evitar que se acreciente. Lowe baja la mano hasta mi estómago y me aprieta más contra él. La curva de mi trasero choca con su entrepierna y él deja escapar un sonido gutural y satisfecho que me sacude cada terminación nerviosa.

La sangre me vibra. Los oídos me retumban. Me derrito.

—Joder —susurra.

Me pasa la lengua una última vez por la vértebra que me sobresale en la base de la nuca, como para calmar el escozor provocado por su mordisco, y de pronto tengo frío. Estoy temblando. Al darme la vuelta, veo que está a un par de metros de distancia, con los ojos tan negros como el carbón.

El rugido que me invade los oídos es cada vez más fuerte… porque no proviene en absoluto de mis oídos. Un coche recorre la pista y se acerca a nuestro avión.

Emery.

—Lo siento. —Suena como si se hubiera pasado un rastrillo por la caja vocal. Los dedos se le crispan a un costado: un reflejo. Al igual que mi mano, que permanece posada sobre la zona húmeda que tengo en la base de la garganta.

—Ha… —Me llevo la mano a la nuca y me la masajeo. Todavía soy capaz de notar su contacto—. Ha sido…

—Lo siento —repite.

Los colmillos me duelen, me arden, los invade un *anhelo* desconocido hasta ahora. Los recorro con la lengua para asegurarme de que no están en llamas y Lowe me contempla atentamente con la boca entreabierta, sin perderse detalle. Da un pasito involuntario hacia mí y luego vuelve a retroceder, consternado ante su falta de control.

Puede que no haya hecho esto nunca y puede que no sea una licántropa, pero lo que acaba de ocurrir entre nosotros no ha sido un simple *Deja que te camufle en un momentín*, sino algo totalmente diferente.

Algo sexual.

Y si *yo* soy consciente, es imposible que *él* no se haya dado cuenta.

—Lowe. —Deberíamos hablar del tema. O no volver a mencionarlo.

Por la cara que pone, diría que se inclina por lo segundo.

—Ya está —dice para sí con los ojos vidriosos—. Ya está hecho.

—¿Mejor así?

Aprieta los labios. Como si notara un sabor en la boca y quisiera aferrarse a este un instante más.

—¿Mejor?

—Mi aroma. ¿Huelo a…?

—Mía. —La palabra le retumba en la garganta—. Hueles como si fueras mía, Misery.

Una sensación de electricidad me recorre el cuerpo.

Al fin y al cabo, es lo que pretendíamos.

CAPÍTULO 15

Ella no es como él se imaginaba. No es que de niño hubiera fantaseado sobre cómo sería, pero había algo que habitaba los confines de su mente que jamás lo abandonaba, una ligera esperanza de que tal vez, un día…

Ella no es como él se imaginaba. Es más, en todos los aspectos.

Emery Messner es aterradora. Sobre todo porque parece simpatiquísima.

Esperaba toparme con una mujer desquiciada y salvaje con ganas de gresca. Esperaba volatilidad. Amenazas contra nuestra integridad física. Lo que me encuentro en su lugar es una señora encantadora de cincuenta y tantos con un lazo rosa contra el cáncer de mama prendido a la chaqueta de punto. No es que yo sea una experta a la hora de juzgar el carácter de los demás, pero parece agradable y muy maja. Sus latidos son sutiles, casi reservados. Puedo imaginármela perfectamente horneando galletitas sin gluten para repartir entre los amiguitos de sus hijos después del entrenamiento, pero *no* secuestrando y cargándose gente.

—Lowe. —Se detiene a unos metros de nosotros e inclina la cabeza a modo de saludo. Al levantar la vista, las fosas nasales se le dilatan; está claro que capta el aroma de lo ocurrido entre Lowe y yo en el avión.

Quiero que se me trague la tierra.

—Os doy la bienvenida a ti y a tu esposa vampira. —Se vuelve hacia mi marido. La persona que mató a su compañero. Joder, esto es una liada—. Enhorabuena por la alianza.

—Emery. —Lowe no sonríe—. Gracias por recibirnos.

—Pamplinas. Este es tu territorio, alfa. —Hace un ademán con la mano como si estuviera de charleta con una amiga. Vuelve la mirada hacia mí y, durante una fracción de segundo, su fachada de cortesía se viene abajo y yo me veo reflejada en sus ojos.

Soy una vampira.

Su enemiga.

En el siglo en el que estamos, los míos se han convertido en una de las cinco principales causas de muerte entre los suyos. Mi presencia le hace tanta gracia como tener un chicle pegado a la suela del zapato.

No obstante, soy el chicle *de Lowe* y él lo está dejando bien clarito: me ha apoyado la mano de forma posesiva en la parte baja de la espalda, y yo tengo los conocimientos suficientes de autodefensa como para saber que se ha situado de manera estratégica para defenderme con el cuerpo ante la más mínima señal de intimidación. Es imposible que los guardias de Emery —los ocho, la mitad de los cuales han adoptado su forma de lobo— no se hayan dado cuenta. A juzgar por la tensión que reflejan sus rostros, parecen creer que Lowe representa una amenaza considerable, pese a que lo superan ampliamente en número.

Como esposa de pega que soy, no quepo en mí de orgullo.

Pero Lowe tenía razón y Emery no busca pelea, al menos de momento. Tiene la deferencia de dirigirme una sonrisa forzada.

—Misery Lark. —Su voz rezuma cortesía—. Hacía décadas que no veía a ninguno de los tuyos en mi territorio.

Vivos desde luego que no.

—Gracias por recibirme.

—Puede que sea hora de enterrar el hacha de guerra. Tal vez podamos formar alianzas nuevas, ya que las viejas se están desmoronando.

—Tal vez. —Me guardo para mí el: *Aunque yo no me haría demasiadas ilusiones*.

—Muy bien. —Baja la mirada hasta mi mano, ya que, me doy cuenta de pronto, Lowe acaba de cogérmela—. Por aquí, por favor. —Nos da la espalda tras dirigirnos una última sonrisa. Su guardia la flanquea por detrás, como una armadura de carne y hueso.

Lowe me aprieta los dedos.

—Eso ha sido muy cortés por tu parte —dice en voz baja—. Gracias por no provocar un incidente diplomático.

—Por quién me tomas. —Arquea una ceja—. Venga ya, jamás se me ocurriría.

Me lanza una mirada con la que parece decirme: *Y tanto que sí*.

—No pienso cabrear a la señora que intentó secuestrar a Ana —digo indignada. Y luego aclaro—: Tal vez la apuñale. Pero no se me ocurriría *vacilarle*.

La boca se le contrae.

—Ya decía yo.

Tira de mí hasta un sedán negro sin soltarme la mano.

La cena resulta rara de cojones y no precisamente porque me hayan servido un plato de *cavatelli* y una copa de vino tinto que parece sangre.

Es habitual que la compañera y los hijos del antiguo alfa establezcan una relación de carácter oficial con el actual líder, y Emery ha invitado a varios licántropos para que pasen el fin de semana con nosotros. Esta noche, sin embargo, solo estamos nosotros tres y yo soy demasiado ignorante en lo que a asuntos licántropos se refiere como para participar en la conversación. Intento no perder el hilo mientras charlan sobre fronteras, alianzas y otras manadas, pero es como ponerse la cuarta temporada de una serie con varias líneas temporales sin haber visto nada de lo anterior. Hay demasiadas tramas, personajes y ambientación. Lo que sí capto son las complicadas dinámicas presentes durante la cena y la habilidad con la que Lowe se maneja entre ellas. Nadie comenta el hecho de que se cargó a Roscoe, y yo lo agradezco.

Nos conducen a nuestra habitación de madrugada. Solo hay una cama, pero por suerte vamos a poder ahorrarnos la incomodidad de tener que compartirla porque yo me meteré en el armario en cuanto salga el sol. Le hago un gesto a Lowe para que se siente y me llevo un dedo a los labios. Él me mira confundido, pero obedece sin rechistar, incluso cuando le meto la mano en el bolsillo de los vaqueros para sacarle el móvil. Para tratarse de un alfa, se le da de maravilla hacer lo que le digo.

Paso varios minutos inspeccionando la habitación en busca de cámaras o micros y comprobando si hay señal decente de wifi mientras Lowe me observa cada vez más entretenido. Tras no encontrar nada, veo que me lanza una mirada de tiene-que-ser-duro-vivir-con-semejante-nivel-de-paranoia y a mí me entran ganas de sacarme una bola de pelusa del bolsillo y decirle que es un dispositivo de espionaje de última generación con tal de que parezca que tengo razón por una vez.

Total, seguro que se lo tragaría.

—¿Puedo hablar? ¿O quieres seguir con el numerito de espía?

Lo fulmino con la mirada.

—Tu queridísimo Alex me dijo que lo hiciera.

Niega con la cabeza mientras esboza una leve sonrisa.

—Emery no es tonta.

—¿Así que no crees que vaya a degollarnos mientras dormimos?

—De momento no.

—Hmm.

Le reviso el móvil para asegurarme de que no lo están rastreando. Constituye un interesante y ligeramente nostálgico escaparate de la vida de Lowe. No es que esperase encontrármelo petado de porno de maduritas, pero las páginas web que más visita son portales de noticias deportivas europeas y revistas pijas de arquitectura que tienen pinta de ser tan entretenidas como un atasco.

—Siento que a tu equipo de béisbol le esté yendo tan mal —comento.

—No le está yendo mal —murmura, indignado.

—Si tú lo dices.

—Y es rugby. —Se pone en pie para coger la nevera donde guardo la sangre.

—En fin, Emery no parece *tan* horrible.

—Cierto. —Lowe abre la nevera y luego el compartimiento secreto donde guardamos los aparatos que Alex me dio—. Aunque Mick ha estado recopilando información y todo apunta a que los ataques y sabotajes ocurridos en territorio licántropo son cosa de Emery, ella es consciente también de que, si se le ocurre desafiarme abiertamente, no saldrá bien parada. Y es posible que algunos de los Leales ni siquiera estén al tanto del intento de secuestro. Tal vez no sepan que están en el lado equivocado del conflicto.

Me coloco a su lado y compruebo que esté todo el equipo.

—Mi padre solía decir que en una guerra no hay bandos buenos ni malos.

Lowe se muerde el labio inferior y contempla pensativo las bolsas de sangre.

—Tal vez. Pero hay bandos de los que quiero formar parte y otros de los que no. —Levanta la mirada y veo sus ojos claros a escasos centímetros de los míos—. ¿Necesitas alimentarte?

—Puedo irme al baño, ya que los dos compartimos esta… —Contemplo el florido papel pintado, la cama con dosel y los cuadros de paisajes— alcoba nupcial.

—¿Por qué vas a irte al baño?

—Porque supongo que te dará asco, ¿no? —Serena siempre decía que oírme tragar la sangre le daba grima, aunque al final se acostumbró. Lo entiendo: tal vez yo sea (muy a mi pesar) una entusiasta de la crema de cacahuete, pero la mayoría de la comida humana me produce arcadas. Cualquier cosa que se tenga que masticar debería lanzarse al espacio en una de esas cápsulas que se autodestruyen.

—No creo —dice Lowe, y yo me encojo de hombros. No voy a tratarlo como si fuera un crío de pecho. Ya es mayorcito y sabe lo que

se hace.

—Vale.

Cojo la bolsa y no pierdo ni un instante. La sangre es demasiado cara —y cuesta demasiado de limpiar— como para arriesgarme a que se me derrame, así que siempre uso una pajita. Tardo menos de dos minutos en bebérmela y, al acabar, pienso en la cena de tres horas que he tenido que soportar y me invade un sentimiento de superioridad.

Los licántropos y los humanos son raros de narices.

—Misery.

La voz de Lowe suena ronca. Me deshago de la bolsa y, cuando vuelvo la mirada hacia él, veo que se ha sentado en la cama otra vez. Me da la impresión de que no me ha quitado la vista de encima.

—¿Sí?

—Estás diferente.

—Ah, sí. —Me vuelvo hacia el espejo, pero sé a lo que se refiere. A mis mejillas sonrosadas. A mis pupilas dilatadas, con un delgado anillo de color lila alrededor. A los labios teñidos de rojo—. Es normal.

—Normal.

—Sí, ya sabes… Lo típico del calor y la sangre.

—No, no lo sé.

Me encojo de hombros.

—Con el calor nos entra antojo de sangre y después de alimentarnos nos acaloramos. Se me pasará enseguida.

Carraspea.

—¿Qué otros cambios se producen?

No sé muy bien a dónde quiere llegar con estas preguntas sobre la fisiología vampírica, pero él me contestó a todo cuando yo lo interrogué acerca de los licántropos.

—Básicamente eso es todo. También se nos agudizan algunos sentidos. —No solo percibo el aroma de Lowe con más intensidad, sino todo lo que lo hace *ser él,* por lo que me pregunto si todavía desprendo su olor.

Lo que me lleva a pensar en lo que ha pasado antes.

Aunque no es que se me haya llegado a olvidar en ningún momento.

—En el avión, cuando me estabas marcando… —Esperaba que se mostrase avergonzado o indiferente, pero se limita a sostenerme la mirada—. No pretendo que la cosa se vuelva aún más incómoda, pero me ha dado la impresión de que era…

—Lo era. —Cierra los ojos un instante—. Lo siento. No pretendía aprovecharme.

—Yo… Yo tampoco. —Yo estaba tan metida en faena como él.

Puede que más.

—Es un acto que suele llevarse a cabo entre compañeros o en relaciones románticas estables. Tiene un carácter intrínsecamente sexual.

Ah.

—Ya.

Me da un poco de vergüenza haber dado por hecho que se sentía atraído por mí. No porque piense que soy un adefesio —estoy tremenda, por mucho que el cabrón del señor Lumiere dijera que tengo pinta de araña—, sino porque Lowe tiene a Gabi. Alguien por quien está biológicamente programado para sentir atracción.

—Nunca lo había hecho —dice—. No sabía que la cosa acabaría así.

Un momento.

—¿Nunca lo habías hecho? ¿Nunca habías marcado a nadie?

Niega con la cabeza y empieza a quitarse las botas.

—Pero tienes una compañera. Tú mismo lo dijiste.

Pasa a la otra bota. Sin levantar la vista.

—También dije que el vínculo no siempre es recíproco.

—Pero en tu caso…, en tu caso *sí,* ¿no? Me lo dijiste. —Gabrielle. Ahora es la Garantía, pero antes estaban juntos. Seguramente se conocieron en Zúrich. Y se ponían hasta arriba de ese queso que tienen con agujeros.

—¿Seguro que te lo dije?

Me tapo la boca con la mano.

—Joder. No.

Cruzo la habitación hasta la cama, pero en cuanto me siento a su lado, no tengo ni idea de qué hacer.

¿Qué dijo el gobernador en la boda? Que la Garantía de los licántropos era su compañera. Pero no comentó que estuvieran juntos. Es más, ningún licántropo de la manada ha dado a entender jamás que tuvieran una relación. Ana nunca la ha mencionado, ni siquiera de pasada. No encontré ninguna señal de ella en el dormitorio de Lowe.

«La compañera de Lowe», comentó el gobernador, y tiene sentido que Lowe compartiera ese dato, pues debía quedar claro que la persona que iba a entregar como Garantía era alguien importante. Pero nadie dijo nunca que Lowe fuera el compañero de ella.

—¿Ella lo sabe? Que es tu compañera, me refiero.

Se queda quieto durante una fracción de segundo y luego sacude la cabeza. Como si reafirmara una decisión.

—No. Y nunca lo sabrá.

—¿Por qué no se lo cuentas?

—Porque no quiero que cargue con ello.

—¿Que cargue? ¡Seguro que se alegraría! Básicamente estás prometiéndole amor eterno… y eres un partidazo. Solía echarles un ojo a las *apps* de ligoteo de Serena; he visto la fauna que hay por ahí. No te imaginas el panorama. Por lo que sé, no tienes antecedentes penales, pero sí una casa, un coche, una *manada* y…, vale, una mujer, pero le explicaré la situación sin problema. —Me pregunto por qué estoy insistiéndole tanto. No soy de las que se entromete en la vida amorosa de los demás, pero… puede que tenga que ver con la extraña sensación que noto en el estómago. Puede que esté mostrándome demasiado entusiasmada para compensar la decepción irracional que siento—. En serio, estará encantada de la vida. —Es la Garantía, seguro que es tan abnegada como él y… De pronto, se me ocurre algo —. ¿Es por tu hermana? ¿Crees que no aceptará a Ana?

Suelta una risa y va a guardar los zapatos.

—Al contrario. Y Ana se alegraría mucho también. —Comprueba que la puerta está cerrada con llave y vuelve a la cama—. Ponte ahí —ordena, señalando el lado que está más alejado de la entrada.

Obedezco sin vacilar.

—¿Y si ella siente lo mismo por ti?

—No puede.

El colchón se hunde con su peso. Se tumba, con los vaqueros y la camisa todavía puestos. La parte posterior de la cabeza se le hunde en la almohada al tiempo que cruza los brazos sobre el pecho. Aunque la cama es de tamaño extragrande, sigue quedándosele algo corta, pero no se queja.

—Puede que no tenga el *hardware* necesario. Puede que no sienta la misma atracción biológica que tú sientes hacia ella. Pero, aun así, quizá llegue a desarrollar sentimientos por ti. —Me quito los zapatos y me arrodillo a su lado. ¿Va a ponerse a *dormir*?—. Aun así, quizá puedas salir con ella.

—Ah, que *seguimos* hablando del tema.

—Sí.

—¿Y ahora?

—Sip. —No, no voy a analizar por qué sigo erre que erre—. La verdad, esta actitud tuya de todo o nada me parece algo inmadura. Podrías tener…

Se incorpora y se apoya sobre el codo. Hace un momento estaba contemplando su rostro atractivo y relajado y ahora me está perforando con la mirada mientras yo noto su cálido aliento sobre los labios. Todavía me saben ligeramente a sangre.

El ambiente acaba de cargarse. De una energía que está a punto de

estallar.

—¿Crees que la razón por la que no se lo cuento es porque no me conformaría con tener solo una pequeña parte de ella? —dice entre gruñidos—. ¿Crees que me iba a importar que me quisiera menos de lo que yo la quiero a ella? ¿Que se trata de una cuestión de orgullo? ¿De codicia? ¿Por eso crees que soy *inmaduro?*

Abro la boca. Una oleada de calor —de vergüenza, de confusión, de algo más— me sacude.

—Pues…

—Lo *crees,* pero no tienes *ni idea*. No sabes lo que se siente al encontrar a tu media naranja —prosigue en voz baja y con dureza—. Me conformaría con cualquier cosa que decidiera entregarme: una ínfima parte o todo su ser. Me conformaría con pasar una sola noche con ella, aunque fuera a perderla por la mañana, y me aferraría a ella de por vida. La aceptaría de todas las maneras posibles: sana, enferma, cansada, llena de energía o enfadada, y sería un puto *privilegio*. Aceptaría sus problemas, sus obsequios, sus cambios de humor, sus pasiones, sus bromas, su cuerpo... Aceptaría absolutamente todo lo que ella decidiera entregarme.

Noto el corazón latiéndome en el pecho, en las mejillas, en las yemas de los dedos. Se me ha olvidado cómo se respira.

—Pero no pienso arrebatarle nada. —Desliza la mirada por mi rostro hasta posarla en el cuello de mi vestido. Esta noche llevo la alianza de boda a modo de colgante y él contempla cómo desaparece en la curva de mis pechos. Su mirada se demora durante lo que parecen horas, pero es probablemente un instante. Y luego vuelve a mi rostro—. Y, sobre todo, no pienso arrebatarle la libertad. No cuando tantas personas lo han hecho ya.

La energía combativa que flota entre ambos se disipa con tanta rapidez como se ha creado. Lenta y tranquilamente, tras una última mirada a mis labios, Lowe se acomoda de nuevo en la cama. Entrelaza las manos detrás de la cabeza.

—Ella jamás lo reconocería, puede que ni siquiera llegara a ser consciente, pero es de esas personas que se sentiría en deuda conmigo. Pensaría que la necesito, cuando, en realidad, lo que necesito es que sea feliz, ya sea conmigo, sola o con otra persona.

Vuelve a cerrar los ojos. Me las arreglo para tomar algo de aire y me fijo en que la tensión y el enfado abandonan su cuerpo, que vuelve a irradiar una energía firme y sosegada.

Estoy absolutamente avergonzada. Y más cosas que probablemente no sea capaz de articular. Me tiemblan las manos, de modo que me agarro a la colcha de algodón.

—Lo siento. Me he pasado de la raya.

—Soy yo quien tiene que lidiar con mis sentimientos. No ella.

No puedo evitarlo. Me lamo los labios y digo:

—Es solo que…

—Misery.

Vuelve a emplear ese tono. El de alfa. El tono que me hace querer decirle que sí una y otra vez.

—Lo siento —repito, pero creo que ya me ha perdonado. Creo que Lowe es una persona demasiado generosa como para guardar rencor. Creo que Lowe es demasiado bueno para su propio bien, joder, y no se merece que le rompan el corazón ni llevar una vida a medias—. ¿Quieres que me meta en el armario y me flagele? Así no tendrás que verme.

La boca se le contrae. Está claro que me ha perdonado.

—Puedo darte la espalda y santas pascuas.

—Ya. ¿Mañana tendrás que… pasarme tu olor otra vez?

Su sonrisa se desvanece.

—No. El mensaje les ha quedado claro. Ahora creen que eres importante para mí.

—Vale.

Me rasco la sien y *no* le doy importancia al hecho de que haya dicho «creen» en lugar de «saben». Debería prepararme para irme a dormir; el sol no tardará en salir. Pero no tengo demasiadas oportunidades de estudiar a Lowe. Es… extremadamente guapo, incluso para mí, una persona tan diferente y peculiar que pocas veces puede disfrutar del privilegio de fijarse en esas cosas. Y, sin embargo, cuanto más lo conozco, más magnético me parece. Único. Bueno de verdad, en un mundo donde nadie da la impresión de serlo.

Y estoy convencida de que su compañera coincidiría conmigo, pero no voy a insistir con el tema. Incluso si no me cabe en la cabeza que alguien pudiera rechazarlo. Incluso aunque yo misma me sienta atraída por él, pese a no ser de su misma especie.

—Puedes cambiarte antes de irte a dormir. No pienso ponerte la mano encima ni aunque tu pijama tenga gotitas de sangre monísimas.

—No voy a dormir —murmura.

Frunzo el ceño.

—¿Es algo típico de los licántropos? ¿Solo dormís cada tres días?

—Es algo típico de mí.

Aparto los ojos de sus labios carnosos.

—Ah, sí, el insomnio. De adolescentes, a Serena le pasaba igual.

—¿Sí?

No ha movido ni un músculo, pero parece realmente interesado en

lo que tengo que decir, de manera que prosigo:

—Tenía pesadillas horribles, aunque luego nunca se acordaba de lo que había soñado. Probablemente estaba relacionado con algo que pasó durante sus primeros años de vida… no recordaba absolutamente nada de esa época.

—¿Y qué hacía?

—No dormía. Siempre estaba cansada. La señora Michaels y yo nos preocupamos muchísimo… Era nuestra cuidadora por aquella época, una mujer majísima. Probamos un montón de cosas: dispositivos con sonidos relajantes, pastillas, esas luces rojas que en teoría estimulaban la producción de melatonina, pero que a la hora de la verdad solo servían para darle a la habitación ambiente de puticlub… Nada funcionó. Y entonces encontramos la solución de casualidad, y resultó que era algo sencillísimo.

—¿El qué?

—Yo. —Lowe tensa el cuerpo—. Le hacía falta tener al lado alguien en quien confiara. Así que me quedaba en su habitación y la rascaba.

—La rascabas. —Parece escéptico.

—No, bueno, sí, pero no de la manera que crees. Así lo llamábamos nosotras. Mira. —Alzo la mano hasta su frente y, tras vacilar un instante, le poso la palma en el pelo. Es a la vez crespo y suave, aunque no tiene la longitud suficiente como para meter los dedos dentro. Lo acaricio un par de veces, rozándole el cuero cabelludo con suavidad, lo justo para que se haga una idea de lo que le gustaba a Serena, y luego aparto la mano y…

La suya sale disparada.

No abre los ojos, pero cierra los dedos en torno a mi muñeca con mortífera precisión. El corazón me martillea en el pecho —mierda, me he pasado— hasta que vuelve a colocarme la mano sobre su cabeza, como si quisiera que yo…

Ah.

Ah.

No me suelta hasta que sigo acariciándolo. Noto que se me acumula cierta sensación en la garganta, aunque no consigo ponerle nombre.

—Tienes mucha más suerte que ella —digo con la esperanza de que una broma haga desaparecer la sensación.

—¿Por qué? —pregunta con la voz ronca.

—Acabo de alimentarme. Ayuda a reducir la sensación viscosa con la que Serena tenía que lidiar.

No sonríe, pero se nota que le hace gracia. Tiene el pelo muy corto, cortísimo, y yo me pregunto si lo lleva así porque es más fácil de mantener; no le hace falta ni peinárselo. Pienso en el tiempo que yo

dedico a investigar qué peinados me tapan mejor las orejas, en lo mucho que a Serena le gustaba comprar ropa y maquillaje que se adaptase a su estado de ánimo. Y entonces me imagino a Lowe sin tiempo para hacer nada de eso. Sin tiempo que poder dedicarse a sí mismo.

Tal como comentó Juno, su vida es toda sacrificio. Le exigieron una cosa tras otra y él siempre dijo que *sí, sí, sí*.

Ay, Lowe. No me extraña que no puedas dormir.

—Eres un marido bastante apañado —digo sin ninguna razón en particular y sin dejar de acariciarlo—. Siento que tuvieras que renunciar a tu vida para cuidar de la manada.

Esta vez sí que sonríe.

—Tú hiciste lo mismo.

—¿Qué? —Ladeo la cabeza—. No.

—Te pasaste años viviendo con los humanos, siendo consciente de que, si la tregua, que no era muy sólida que digamos, llegaba a su fin, serías la primera en morir. Luego volviste a territorio humano y comenzaste una vida nueva…, y ahora, tras renunciar a aquello, aquí estás. Haciéndoles favores a los tuyos, a quienes afirmas despreciar.

—No lo hago por ellos, sino por Serena.

—¿Sí? Y cuando la encuentres, ¿cuál es el plan? ¿Salir por patas con ella? ¿Desaparecer? ¿Mandar al traste la alianza entre los vampiros y los licántropos?

No es que no haya pensado en ello. Simplemente no me gusta reflexionar sobre la respuesta.

—Solo vamos a estar casados un año —apunto.

—¿Sí? Misery, creo que deberías preguntarte una cosa. —Nunca lo había oído tan cansado.

—¿El qué?

—Si Serena no hubiera desaparecido, ¿habrías sido capaz de decirle que no a tu padre? ¿O habrías acabado casada conmigo de todas formas?

Reflexiono acerca de ello durante un buen rato, mientras contemplo las formas que mis dedos trazan en el pelo de Lowe. Y cuando creo haber encontrado la respuesta —una respuesta frustrante y deprimente—, me la guardo para mí.

Porque Lowe, que sufre de algo que no es, en absoluto, una insolación, está respirando con suavidad y se ha quedado profundamente dormido.

CAPÍTULO 16

Ha estado imaginándosela mientras se baña. Ha tenido pensamientos de lo más obscenos e indecentes. Está demasiado cansado para mantenerlos a raya.

Al día siguiente, Lowe desaparece para ir a hacer sus cosas de licántropo. Me despierto a última hora de la tarde con el vago recuerdo de haberme arrastrado hasta el armario empotrado, y encuentro una nota metida por debajo de las puertas. Es un trozo blanco de papel, doblado dos veces.

«He salido a correr», pone.

Y en la línea de abajo: «Pórtate bien».

Seguido de: «L. J. Moreland».

Lanzo un resoplido burlón. Por razones que no están nada claras, no lo tiro a la papelera, sino que lo meto en el bolsillo exterior de mi maleta.

Me preparo un baño y me sumerjo en el agua tibia. Guardarse la basura es una memez, pero me viene de «familia»: es lo que hacía Serena con los envoltorios de las chocolatinas de importación. Los clavaba con chinchetas en la pared, algo propio, según mi humilde opinión, de alguien que no está bien de la cabeza. Es un método infalible, junto con la piromanía y el maltrato animal, para identificar a un futuro asesino en serie. «Cuando miro los envoltorios, me acuerdo del sabor», me dijo cuando teníamos trece años y yo intenté tirarlos. Mi respuesta fue poner los ojos en blanco, lo que nos llevó a estar dos días sin hablarnos, lo que a su vez me llevó a ensuciar los espacios que ambas compartíamos con bolsas de sangre usadas, lo que a su vez provocó que salieran moscas, lo que a su vez dio lugar a una bronca monumental en la que ella, que no sabía muy bien si llamarme «guarra» o «garrapata» acabó llamándome «guarrapata», lo que a su vez nos llevó a partirnos de risa y acordarnos de que nos caíamos fenomenal.

—¿Misery? —La voz de Lowe me devuelve al presente. Estoy

mirando al vacío con una ligera sonrisa en los labios—. ¿Dónde estás?

—¡En el baño!

—¿Estás vestida?

Bajo la mirada y muevo la espuma de forma estratégica.

—Sip.

La puerta se abre un momento después.

Lowe y yo nos contemplamos desde extremos opuestos del baño —él parpadea; yo no— con expresiones igualmente pasmadas. Carraspea dos veces y entonces cae en la cuenta de que puede apartar la mirada.

—Me has dicho que estabas vestida.

—Llevo un atuendo de espuma. *Tú,* por otro lado…

Frunce el ceño.

—Llevo vaqueros.

Sí, y una buena capa de sudor y nada más. Las cortinas están echadas, pero son translúcidas. Se filtra una luz cálida que tiñe la piel de Lowe de un bonito tono dorado; sus hombros anchos, su pecho amplio y musculoso. El ejercicio al aire libre, en plena naturaleza, le ha dejado un aspecto arrebolado, y se lo ve muy sano, pese a contar con más cicatrices de las que debería tener cualquier persona de su edad: franjas delgadas, estrechas y nudosas. *Sí, me gusta mirar a mi marido, un señor de otra especie cuya compañera es alguien que no soy yo. Ya ves tú. Denúnciame. Embárgame todos los bienes que no tengo.*

—Pasaré por alto tu desnudez si tú pasas por alto la mía.

Lowe se frota la nuca.

—Me quité la camiseta antes de cambiar de forma y la he perdido. Deja que vaya a por una limpia.

—Me da igual. Además, estás todo sudado y asqueroso.

Enarca una ceja.

—¿Asqueroso?

Me encojo de hombros, lo que tal vez desplaza una parte de la espuma. No estoy segura ni pienso comprobarlo, ya que la respuesta podría resultar humillante.

—¿Así que te has ido a retozar por el barro con Emery?

Resopla burlón.

—Con Koen. Ha llegado esta mañana.

—Parece que te lo has pasado bien.

Ha tenido la oportunidad de pasar el rato con alguien a quien aprecia y en quien confía. De bajar la guardia.

—Mucho.

Debe de ser por eso por lo que su mirada ha adquirido un brillo animado y jovial. Por lo que parece haberse quitado años de encima de repente. Por lo que, tras entrar y sentarse a mis pies, junto al borde

de la bañera, da la impresión de haber estado sonriendo.

—¿Sabes qué? Creo que quiero verte —musito, relajándome en el agua.

Él se mira el cuerpo.

—Quieres verme.

—No, no me refiero a *desnudo*.

Ladea la cabeza, confundido.

—Con tu forma de lobo.

Su «ah» suena suave y divertido.

—¿Me lo enseñas ahora en un momentín? Pero no te acerques mucho, porfa. Los animales suelen odiarme.

—Nop.

—¿Por qué? —Me incorporo, cubriéndome los pechos con los brazos—. Ay, madre, no me digas que cambiar de forma duele.

—No. —Parece ofendido.

—Menos mal. ¿Cuánto se tarda?

—Depende.

—¿Cuánto sueles tardar tú?

—Unos segundos.

—¿Es porque eres un alfa? ¿Y tus proteínas motoras son suuuuuperdominantes?

Por el modo en que me fulmina con la mirada, parece que no voy muy desencaminada.

—Cambiar de forma no es el típico truquillo que te sacas de la manga para chulearte, Misery.

—Tampoco es que sea algo supersecreto, porque he visto a Cal convertido en… —Ahogo un grito—. Ya lo pillo.

—¿El qué?

Sonrío. Enseñando los colmillos.

—No me lo quieres enseñar porque tu *lobipelaje* es de color rosa chicle.

—No se llama *lobipelaje,* sino pelaje a secas.

Le salpico con el pie.

—¿Es morado?

Se aparta un poco y cierra los ojos.

—¿Tiene brilli brilli? —Le salpico un poco más—. Tienes que decirme si tiene brilli…

Me cierra los dedos alrededor del tobillo con fuerza.

—¿Has acabado ya?

Se seca los ojos con el dorso de la mano que tiene libre, que acaba húmeda.

Mi pálida pantorrilla, mojada y repleta de jabón, contrasta con la

piel de Lowe. Cuando mi tobillo se le escurre, gira la muñeca para agarrarme mejor y el gesto se convierte en algo más parecido a una caricia.

Vale.

Pues…

Desde ayer hemos estado tocándonos mucho.

Estamos tocándonos mucho.

—En cuanto a esta noche… —empieza. Cambia de tema, pero sigue agarrándome la pierna—. He hablado con Koen. Distraerá a Emery para darnos algo de tiempo.

—¿Cómo?

—Ya veremos. Koen es un tío creativo.

—¿Sabe lo que planeamos hacer?

—Aún no. —Me mete el pie debajo del agua, pero no me suelta el tobillo, como si no creyera que fuera a portarme bien. O como si no quisiera soltarme—. Puede que sospeche algo, pero tiene el suficiente sentido común para no preguntar. Así, si lo interrogan, puede hacerse el sueco.

—Muy listo. Oye, ¿y por qué ha venido Koen?

—Emery es la hermana de su madre.

—¿Su *tía?*

—Exacto. Emery pertenecía originalmente a la manada del noroeste, pero se mudó cuando conoció a Roscoe. Por eso me mandaron con él.

—Vaya. ¿Y aun así va a echarte una mano?

—No era muy fan de Roscoe. Ni de su propia familia.

Me identifico al cien por cien.

—Pues lo haremos después de cenar.

—Dirás que vas a alimentarte.

—Y tú me acompañarás porque, como buen alfa, eres un marido posesivo y protector y yo tengo un sentido de la orientación penoso. Lo único que hay que hacer es colarse en el despacho, colocar los dispositivos y largarse. —Me muerdo el labio inferior—. También podría hacerlo sola.

—No pienso dejar que vayas sola.

Creo —no estoy segura, porque podría ser cosa del agua o de la espuma, por no mencionar que me parece del todo improbable— que Lowe podría estar rozándome el arco del pie con las yemas de los dedos.

Una alucinación táctil.

—Eres una vampira. Si los guardias de Emery te descubren, atacarán primero y preguntarán después. —Aprieta los labios—. Tú no

te separes de mí, ¿vale?

—Puedo luchar —digo. Para ofrecerle una vía de escape. Para evitar pensar en lo que está pasando debajo del agua.

—Me da igual. No pienso correr el riesgo; contigo no.

No sé si sentirme halagada u ofendida, de manera que opto por un inexpresivo:

—Vale.

Asiente y me suelta por fin el tobillo. Observo el movimiento de sus omoplatos mientras se aleja y sigo notando la sensación cálida que me ha dejado su piel mucho después de que se haya marchado.

Koen es un gilipollas, pero de esos que resultan la mar de divertidos y entretenidos. Parece tener muy claras sus preferencias y opiniones y no se molesta en guardárselas para sí.

—Demos gracias a Lowe por brindarnos la oportunidad esta noche de *no* tener que desconectar durante otra de las peroratas de zumbado de Roscoe —exclama en voz alta mientras toma asiento en la mesa.

Yo estoy a punto de atragantarme con la saliva, pero a nadie más parece preocuparle que pueda liarse una buena, ni siquiera a Emery.

Me alegro de que no me odie. Todo lo contrario, en realidad: la primera vez que me ve, me coge del hombro y me da un abrazo tan efusivo que no puedo evitar preguntarme si es consciente de que soy una vampira o de que Lowe y yo no estamos casados de verdad. Debe de tener unos diez años más que nosotros e imagino que Lowe lo considera algo a medio camino entre un hermano mayor y un padre, pero antes de la cena, cuando los he visto charlar en voz baja, ambos ataviados con una camisa de vestir idéntica, me ha resultado evidente que el afecto y el respeto son mutuos.

Y, sin embargo, son tan distintos como la noche y el día. Puede que Lowe sea distante en ocasiones, pero desprende un aire amable, desinteresado y paciente. Koen es impetuoso. Algo despiadado. Y rebosa seguridad en sí mismo. Se nota que no soporta a Emery y no tiene ningún problema en dejarlo bien claro.

Otros familiares de Emery se encuentran también presentes, así como algunos de los antiguos segundos de Roscoe que optaron por permanecer neutrales durante el cambio de liderazgo. La mayoría parecen haberse dado cuenta de que aceptar a Lowe es lo mejor que pueden hacer o simplemente han caído presa de sus encantos de alfa, sean cuales sean, pues se comportan de forma muy respetuosa, pero uno de ellos —John— lleva un collar con un frasquito de un líquido púrpura que se parece mucho a la sangre de vampiro. Tras percatarse,

Lowe se lo queda mirando durante tanto rato que estoy convencida de que se va a producir una pelea, por lo que alargo la mano hacia uno de los cuchillos de la carne por si acaso. Finalmente, John baja la mirada —una muestra de sumisión como nunca he visto— y la tensión de la estancia parece disiparse.

Cuando vuelvo a verlo, ya no lleva el collar.

El tema de las nuevas alianzas con los vampiros y los humanos sale a colación durante la cena, pero Emery es la única que se opone.

—He oído que la nueva gobernadora humana y tú os habéis… reunido unas cuantas veces.

—Maddie García, sí.

—¿En serio pretendes establecer una alianza con…?

—Ya hemos llegado a un acuerdo —dice él sosteniéndole la mirada —. Hay que ultimar algunos detalles, pero los licántropos y los humanos serán aliados en cuanto Maddie asuma el cargo.

Emery recobra la compostura enseguida.

—Desde luego. ¿Pero un pacto así no socava el recuerdo de los licántropos que combatieron y perecieron en las guerras que se libraron contra las otras especies? —dice empleando el tono de quien simplemente está haciendo una pregunta inocente.

Amanda, una joven que ha venido con Koen y que está sentada frente a mí, pone los ojos en blanco de forma teatral. Me sonríe y yo le devuelvo el gesto.

—No es esa mi intención, pero, aunque lo fuera, seguiría siendo preferible a dejar que mueran más miembros de mi manada. —Lowe hace hincapié en el posesivo «mi», un recordatorio para nada sutil.

—Supongo que entiendo el empeño por llevar a cabo un alto el fuego. —Emery desvía su mirada hacia mí—. ¿No te preocupa lo que una alianza podría suponer para tu manada, Koen? Los humanos comparten frontera con vosotros.

—No. —Koen se mete un trozo de filete en la boca. Lowe y él se han puesto a pelear como un matrimonio de ochenta años para ver quién se quedaba con el mío, así que he decidido dárselo a Amanda. *Mira, Serena, estoy haciendo amigas*—. Los hay que no dedicamos nuestra vida a meternos en follones con las demás especies.

—Cierto. Algunos incluso tenéis cónyuges vampiros. —Su tono desprende frialdad. Y yo que creía que estaba encantadísima con nuestra relación.

—Algunos tenemos suerte —responde Lowe, que parece sincero, como si nuestro matrimonio fuera uno de sus mayores logros, la culminación de muchos años de profundo amor. Menudo actorazo—. ¿Necesitas alimentarte? —pregunta volviéndose hacia mí, y su voz se

torna al instante más íntima y… sip.

Es un actor de la leche y tiene un sentido de la oportunidad impecable.

—Si no te importa.

Sonrío con adoración a mi amoroso esposo, fingiendo que no advierto las miradas de asco de los que nos rodean.

Me sostiene la mirada y murmura:

—Pues vamos.

Abandonamos el comedor justo cuando Koen llama «tontopollas» a John.

—¿Le gusta hacer enemigos? ¿Buscar bulla? ¿Ver el mundo arder?

—Koen es de esos que… —Lowe busca las palabras adecuadas— dicen la verdad sin tapujos.

No me digas.

—¿A quién desafió? Para convertirse en alfa, quiero decir.

—A nadie. Su madre era la alfa antes que él. Cuando ella murió, Koen ocupó el puesto.

—Deliciosamente monárquico. ¿Y a la manada le pareció bien?

—No a todos.

—¿Y?

Me aprieta la parte baja de la espalda, pidiéndome sin palabras que gire a la derecha.

—Algunos lo desafiaron.

—¿Y?

—Lleva siendo alfa más de una década, ¿no?

—Mmm, cierto. ¿Amanda y él están liados?

—Es su segunda.

—Bueno, ¿pero se acuestan?

Guarda silencio un instante.

—Tradicionalmente, el alfa de la manada del noroeste hace voto de castidad.

Ay, coño.

—¿Y tú?

Niega con la cabeza.

—Aunque nadie lo diría —murmura justo cuando llegamos al despacho.

Me quito una horquilla de la nuca y me arrodillo frente a la cerradura sin perder ni un instante, dejando que el vestido se me levante hasta los muslos. Unos segundos después, abro la puerta con un gesto típico de mayordomo.

—¿Qué? —susurro tras advertir que Lowe curva la comisura de la boca.

Entra primero en el despacho, lo escudriña y, acto seguido, me hace un gesto para que pase yo.

—Es que te estaba imaginando haciendo lo mismo… —Cierra la puerta y enciende la luz. Me fijo en la chimenea, tan grande que una familia no muy numerosa podría dormir dentro a pierna suelta, y en la sospechosa cantidad de cornamentas que hay colgadas en la pared—… para entrar en *mi* habitación.

—Ah, sí. —Hago una mueca—. En cuanto a eso, siento haber…

—¿Hurgado entre mi ropa interior?

—Eso mismo.

Señala con una sonrisa el ordenador que está sobre el escritorio y me dirijo allí a toda prisa, evitando pasar junto a las cornamentas y alegrándome de poder enfocar mi atención en otra parte.

—Yo camuflaré tu aroma, pero procura tocar lo menos posible —me recuerda.

No tenemos mucho tiempo, de manera que asiento y me pongo a ello. Lowe ha colocado ya micrófonos en varios puntos de la casa, pero lo que me dispongo a hacer nos permitirá rastrear y revisar las comunicaciones de todos los dispositivos de Emery. Y como ella no tiene a mano a ningún Alex, jamás se dará cuenta.

—¿Quieres que te ayude con algo? —pregunta Lowe en voz baja mientras me meto en la red.

Asiento mientras tecleo.

—Configura el hiperdiente y pásame la tortuga LAN. —Resoplo de forma burlona al ver su expresión de no-sabía-que-el-ensayo-era-para-hoy-pero-mi-perro-se-lo-ha-comido-de-todas-formas—. Era coña. Solo vigila que no venga nadie.

—Menos mal, joder. —La oleada de alivio que lo recorre podría poner en marcha la batería de un camión—. ¿Cuánto tiempo te hace falta?

—Seis minutos, máximo. ¿Es demasiado?

—No. Dudo que sepan lo poco que tardas en alimentarte.

Le dedico una sonrisa radiante.

—Muchas gracias.

—¿Te ha parecido un cumplido? —Inclina la cabeza, confundido.

—¿No lo era?

—No de forma intencionada.

—¿No intentabas dejar claro la poca faena que doy?

—No.

—Pues vaya chasco. —Agacho la cabeza y tecleo el código con rapidez—. Bueno, retiro mi cálido recibimiento de tu no-cumplido.

—Si de verdad te lo ha parecido, te hacen falta otros mejores.

—¿Mejores qué?

—Cumplidos.

Vuelvo a levantar la vista. Me mira con una expresión entre inescrutable e indescifrable.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que hace falta que alguien te diga cosas buenas de verdad. —Se encoge de hombros con aire despreocupado, pero el gesto transmite todo lo contrario—. Que eres inteligente y valiente, y se te da genial tu trabajo. Que, aunque por algún motivo te consideras una desalmada, eres la persona más atenta y comprensiva que he conocido jamás. Que tienes una capacidad de resiliencia tan asombrosa que me cuesta asimilarlo. Que eres absolutamente… —Guarda silencio un instante. Se humedece los labios. El corazón me da un vuelco—. Absolutamente preciosa. Siempre estás preciosa. Y que…

Se interrumpe de pronto y levanta la palma de la mano. Tensa los hombros, poniéndose en alerta.

—Viene alguien —susurra.

—¿Emery? —articulo con los labios sin emitir ningún sonido. Yo no oigo nada, pero el oído de los licántropos es más fino que el mío.

Lowe niega con la cabeza y, dos segundos después, yo también las oigo. Voces. *Dos* voces. Dos hombres que bajan las escaleras.

—Los guardias de Emery —dice con un hilo de voz apenas audible.

La posibilidad de que nos pillen me deja paralizada. Y entonces la imagen de Ana me viene a la mente: el modo en que Emery intentó secuestrarla, el daño que le habría podido infligir, y una oleada de miedo, de miedo *auténtico,* me atraviesa como una lanza. No podemos volver a casa con las manos vacías.

—No —susurro cuando Lowe se dispone a apagar el ordenador. Los pasos suenan aterradoramente cerca—. Solo quedan un par de minutos.

—Si entran y nos ven…

—No se darán cuenta. —Apago el monitor—. Y nosotros…

Se me ha ocurrido una idea, pero es más fácil enseñársela que explicársela, de modo que le cojo la mano y lo acerco a mí. Retrocedo hasta llegar a una de las columnas cuadradas que hay a los lados de la chimenea. Es un cliché tan manido que me da hasta repelús, y, si los guardias de Emery son un poco espabilados y han visto alguna vez una comedia de enredos, se olerán el percal enseguida. Pero tal vez ganemos un par de minutos y eso es lo único que importa.

—Bésame —le ordeno acercándolo más a mí. Tiene que estar invadiendo mi espacio personal, irguiéndose sobre mí.

—¿Qué? —Unas profundas arrugas surcan la frente de Lowe.

—A ver, acabamos de casarnos… Finjamos que estamos, yo qué sé, cachondos y… —Y hemos acabado en un despacho cualquiera. Lo mismo nos va la marcha. Lo mismo somos idiotas. Lo mismo damos pena.

Mierda, los guardias no se lo van a tragar ni por asomo. Y están *a punto* de llegar.

—Creen que te estás alimentando —sisea Lowe desde arriba. Si no fuera porque todas mis neuronas han sucumbido al pánico, pondría los ojos en blanco.

—Ya lo sé, pero ya que estamos aquí y ellos van a llegar en cualquier momento…

—Aliméntate. De mí. —Lo dice totalmente en serio.

—¿Qué?

—Podemos fingir que hemos venido a eso.

—¡No! Es…

Una idea bastante buena, en realidad. Una idea cojonuda, diría yo. Pero, aun así, no explica por qué estamos aquí. Podríamos decir que nos hemos perdido y que esta ha sido la primera puerta abierta que nos hemos encontrado.

—Vale. —Asiento con la cabeza. Los pasos se acercan—. Inclina el cuello, fingiré que estoy bebiendo de tu vena.

—Misery. —Me perfora con la mirada—. Tienes que morderme.

—¿Por qué?

—Porque son licántropos. Si no bebes de verdad, serán capaces de olerlo.

—¿Qué? ¿Cómo? Jamás he…

—Misery —ordena Lowe, o tal vez se trate de una súplica, o tal vez mi nombre sea una palabra que le gusta pronunciar, una palabra en la que le gusta pensar.

Un segundo después, hundo los colmillos en la vena que tiene en la base del cuello.

Dos segundos después, la puerta del despacho se abre.

CAPÍTULO 17

Al margen del último año, siempre se ha sentido cómodo con el sexo y todo lo relacionado con este. Sabía lo que le gustaba y cómo conseguirlo. No tenía ninguna queja.

Ahora ni siquiera recuerda lo que es la satisfacción.

Me sorprende lo fácil que resulta todo, sobre todo teniendo en cuenta lo novatos que somos ambos con el tema.

Está Lowe, que no tiene ni idea de a qué atenerse. Estoy yo, una vampira pésima, tal y como sabe todo el mundo. Y luego están las circunstancias de mierda. Es decir, el hecho de que están a punto de hacernos pedazos.

Y, aun así, incluso sin saber lo que tengo que hacer, sé *exactamente* lo que tengo que hacer. Sé que tengo que recorrerle la base de la garganta con la nariz para encontrar el punto justo. Sé que tengo que detenerme allí donde el aroma de su sangre es más dulce y su piel, más fina. Sé que tengo que posar los labios sobre su carne y abandonarme a un breve instante de muda gratitud. Y, sobre todo, sé sin ningún atisbo de duda, ni miedo ni vacilación, cómo tengo que morderle. Puede que no haya usado nunca los colmillos, pero los tengo bien afilados y los guía el instinto, no la experiencia. Tras un breve y a la vez eterno instante de absoluta confusión, la sangre de Lowe invade mi boca.

Es totalmente distinta a todo lo que he probado hasta ahora. Y no porque únicamente me alimente de bolsas refrigeradas y su sangre, en comparación, me resulte tan abrasadora como el fuego. Creo que tiene que ver con el hecho de que…

El hecho de que es Lowe. Y su sangre sabe a sangre, sí, pero también tiene un toque especiado, un toque a cobre, y me produce una sacudida en la parte posterior de la lengua. Su sangre tiene el mismo sabor que su aroma, sus sonrisas y el contacto de sus manos sobre mi piel. Tiene el sabor de la seriedad con la que se queda mirando al vacío y se frota la mandíbula cuando está preocupado por

Ana. Su sangre es él, y me la estoy bebiendo. Es el momento más delicioso, impactante y trascendental de mi vida.

Y entonces las primeras gotas llegan a mi estómago y todo cambia.

A pocos metros de nosotros, suceden cosas. Las oigo como si me encontrara muy lejos, sumida en una bruma onírica: unos gritos ahogados; unos murmullos que incluyen las palabras «mujer», «Lowe» y «alimentando»; una disculpa apresurada y temerosa; y una puerta que se cierra de golpe. Pero en lo único que puedo pensar es…

—Misery —gruñe Lowe.

Me invade una sensación de calidez maravillosa y febril. Estoy vacía. Y a punto de estallar. Y mareada. Licuándome. Y siento que necesito, necesito, *necesito*.

Necesito más. Necesito que Lowe esté más cerca.

—Misery —dice de forma entrecortada.

No sé cuándo ha pasado, pero mis manos han subido hasta sus hombros. Gimo pegada a su cuello, incapaz de contenerme. Quiero meterme bajo su piel. Quiero que él se meta bajo la mía. Quiero darle todo lo que me pida.

—Joder. —Siento su respiración entrecortada en la piel. Aunque creo que me entiende, porque hace exactamente lo que soy incapaz de pedirle: baja la mano por mi columna hasta cogerme del culo y me estrecha contra sí mientras yo lo rodeo con las piernas. Noto los pechos doloridos y sensibles, la entrepierna me palpita y una voz apremiante en mi interior me dice que debería parar, que estoy bebiendo demasiado. Esta enmudece en cuanto Lowe hunde los dedos en el espeso cabello de mi nuca y me ordena—: Bebe más.

Dejo escapar un gemido satisfecho, todavía pegada a su piel. Algo húmedo e impaciente estalla en mi interior y se derrama en mi estómago.

—Misery. *Misery*. —Me aprieta la cabeza todavía más contra su cuello. Me embiste de un modo que no parece del todo voluntario—. Bebe toda la que quieras.

Me aferro a él como si me fuera la vida en ello, desesperada por sentir la fricción. Restriego las caderas contra sus abdominales y, cuando el contacto me produce una oleada de placer, me entran ganas de *más*. Más sangre, más Lowe, más de esa sensación de tensión y tirantez que se acumula dentro de mí.

—Voy a… Joder. —Su voz suena espesa y urgente contra mi oído —. Misery, deja que… —Un sonido ahogado e indecente le brota de la garganta. La tiene dura como una piedra y cuando me levanta un poco más, aferrándome el culo con los dedos, intentando embestirme en el punto justo, casi pierdo el contacto con su vena. *Casi*. Suelto un

gemido quejumbroso mientras me restriego contra su polla—. Lo sé —murmura con voz tranquilizadora y autoritaria—. Ya lo sé. Sé buena, voy a…

Las primeras sacudidas de placer resultan tan intensas, tan repentinas, que soy incapaz de procesarlas. La espalda se me arquea, los hombros me tiemblan y los espasmos recorren mi cuerpo; durante unos segundos permanezco en tensión, estancada, hasta que algo prende en mi interior y un orgasmo me sacude, dejándome sin aliento. El placer es intenso, atronador y cegador. Llega *a todas partes* y se multiplica y vuelve a acrecentarse, hasta que todo lo demás desaparece y yo me corro y me corro y me corro, sumergiéndome en sus corrientes durante segundos, minutos, siglos. Luego, poco a poco, mengua hasta convertirse en unas sacudidas que me recorren entera y descienden por mi columna vertebral.

Me alegro de que Lowe esté empotrándome contra la chimenea, porque he perdido el control de las extremidades. Estoy sin aliento y jadeo pegada a su vena, que sigue abierta. Estoy…

Su vena. Su preciosa y exquisita vena.

Ahora mismo no soy capaz de pensar con claridad, pero me inclino hacia delante y chupo las heridas que le he dejado; las lamo como un gatito, recogiendo hasta la última gota verde. Es algo que me sale automático, algo que llevo en los genes, y Lowe también parece disfrutarlo. Rezuma satisfacción por cada poro. Se aferra a mis caderas con sus enormes manos. Murmura suaves y satisfechos elogios pegado a mis pómulos.

La sangre deja de filtrarse y la piel se le cierra. Me aparto rebosante de orgullo, satisfecha con el trabajo bien hecho. Estoy llena. Saciada. Feliz. Noto una sensación de calidez por todo el cuerpo, una sensación de comodidad como jamás había experimentado antes, me siento fuerte, y es todo gracias a Lowe y su poderosa sangre, el modo en que su trabajosa respiración me acaricia la piel…

Ay, Dios.

Lowe.

—Me… —Le empujo los hombros, pero no reacciona de inmediato —. Suéltame.

No hace falta más. Me hace descender lentamente hasta que toco el suelo con los pies y entonces intenta retroceder un paso, pero soy *incapaz* de permitírselo. Me aferro a su camisa y voy tras él.

—Misery.

Soy físicamente incapaz de renunciar a él.

—*Misery*.

Su voz ronca me saca de mi estado de trance. Pongo algo de

distancia entre ambos, cosa que resulta ser una pésima idea, pues el aire que nos separa es invasivo y frío y horrible. Tengo el pelo alborotado y el vestido se me ha subido un poco, pero estoy demasiado ocupada mirando a Lowe como para ponerle remedio. Sus ojos son todo pupila. Me recorre las piernas con la mirada, hipnotizado.

La distancia me permite ser consciente, primero poco a poco y luego de golpe, como sacudida por un maremoto, de lo que acaba de pasar.

Mierda. No es solo que me haya alimentado de él, sino también… No tenía ni idea de…

—Lo siento *mucho* —exclamo arreglándome la ropa.

Niega con la cabeza mientras el pecho le sube y le baja rítmicamente. Sus ojos tienen un aspecto diferente. Ya no parecen *suyos*.

—Nunca había… de nadie. No tenía ni idea de que… ¿Te he hecho daño?

Su forma de negar con la cabeza desprende cierto aire predatorio. La mueve lentamente, con cuidado. Retrocedo un paso mientras me invade la sensación de estar siendo acorralada por un depredador mucho más rápido y fuerte.

—Vale. —Noto el regusto de su sangre en la boca y la situación me resulta, en cierta manera, deliciosamente erótica: está vivo, tomando aire frente a mí, irradiando calidez y vigor. Esta criatura viviente, este hombre, este licántropo ha producido plasma y glóbulos verdes y ha elegido alimentarme con ellos.

Vida y sustento.

Es algo totalmente íntimo. Sexual, sí, pero no solo eso. Algo que no me imagino compartiendo con nadie salvo con…

Con Lowe, claro está.

Contemplo mi vestido arrugado y me siento como una cría a la que acaban de contarle que a los bebés no los trae la cigüeña.

—Misery. —Despego la mirada del suelo. Lowe tiene un aspecto desaliñado. Parece conmocionado. Confundido. Cachondo, desde luego. Se acaricia la erección una única vez por encima del pantalón, contemplando mi rostro como embelesado—. ¿Estás bien?

—No lo sé. —Me lamo los labios y encuentro más rastros de él—. Creo que no.

Entonces oigo unos pasos y me acuerdo de por qué estaba chupándole la sangre hace unos segundos.

—Ya vienen —susurro, y corro hacia el ordenador para desconectar el *hardware*.

Por primera vez en lo que va de noche, tenemos suerte: el código ha hecho ya lo que tenía que hacer. Lo desconecto todo y me aseguro de no dejarme nada. Lowe sigue inmóvil, siguiendo cada uno de mis movimientos como un lobo que está a punto de abalanzarse sobre un conejo. Cuando me meto los dedos en el escote para guardarme el USB, se le corta la respiración.

—¿Lowe? Sabes que viene alguien, ¿no?

—Sí —dice sin más, y, durante un instante, pienso que igual se ha roto. Pero luego caigo en la cuenta: ¿qué vamos a hacer? ¿Correr? Ya nos han pillado. Ahora hay que seguir con el numerito hasta el final.

—¿Tú estás bien? —le digo, porque antes no he caído en preguntárselo.

—Vuelve aquí —murmura, y extiende la mano hacia mí.

No creo que él esté bien, pero yo tampoco lo estoy, así que cruzo el despacho.

Me abraza, envolviéndome los hombros con ambos brazos, y yo acurruco la cabeza bajo su barbilla. No tiene nada que ver con lo de antes, no es un gesto sexual ni febril, fruto del calor y el contacto piel con piel. Este abrazo es todo cercanía, es él enterrándome la nariz en el pelo, son mis latidos buscando los suyos. Seguramente deberíamos hablar sobre lo que vamos a hacer cuando lleguen los guardias, deberíamos idear algún plan, pero lo único que quiero es permanecer aquí. Aferrarme a él.

—Ahora mismo te follaría encantado —me dice al oído. Suena sincero y algo resignado—. A punto he estado.

—Lo siento. No me imaginaba que acabaríamos…

—Ya lo sé. Es que estoy… —Noto cómo mueve los labios contra mi frente, suaves y cálidos—. Nunca me había sentido así.

—¿Así cómo?

—Cachondo. Embelesado. Y… y otras cosas.

Yo me siento igual.

—Lo siento —repito—. Debe de ser… Hablaré con mi hermano. Igual he hecho algo sin querer. —*No. Así es como debe ser.*

Noto la barba incipiente de Lowe en la sien.

—¿Ha sido suficiente?

—¿Suficiente?

—Sangre.

—Ah. Sí.

Pero: *Me gustaría beber más.*

Pero: *¿Puedo beber más?*

Lo deseo con todas mis fuerzas, joder. Me dispongo a dejar de lado toda cautela y preguntárselo directamente, como una adulta, cuando

la puerta se vuelve a abrir. Esta vez, nos las arreglamos para separarnos. Se sitúa de forma protectora delante de mí y la ternura que nos envolvía se disipa.

—Creía que mis guardias estaban teniendo alucinaciones —dice Emery mirándonos con recelo—. Debo de haber olvidado cerrar con llave el despacho. —Posa la mirada en el cuello de Lowe: no se le ve ninguna herida, pero la piel ha adquirido un ligero tono azul verdoso, como si alguien se hubiera amorrado durante un buen rato—. Cuando has dicho lo de que tenía que alimentarse, he dado por sentado… —Hace una mueca que se asemeja al asco.

—No deberías. Dar nada por sentado, quiero decir. —La voz de Lowe es cortante.

Y entonces Koen aparece tras Emery y se apoya en el marco de la puerta con una sonrisa burlona.

—Pues yo me alegro de que los chavales se lo estén pasando bien.

—Sí, *bueno*. Cuando terminéis, haced el favor de volver a la mesa. Todavía falta el postre.

—Tía Emery, ellos se lo han tomado ya.

Emery pone cara de asco y sale del despacho, rozando a Koen con el brazo al pasar. Lowe no se relaja ni aun después de que ella se haya marchado: sus anchos hombros permanecen tensos y tiene la mirada clavada en Koen, como si este fuera una amenaza, alguien de quien debe protegerme y no su aliado de mayor confianza.

Cosa de la que Koen es consciente, a juzgar por la divertida sonrisa que esboza.

—Con lo sensato que has sido tú siempre… Y ahora que la has encontrado, quién te ha visto y quién te ve —dice de forma enigmática. Le dedica a Lowe una afectuosa mirada y, acto seguido, su expresión cambia—. He recibido una llamada. Cal ha intentado ponerse en contacto contigo, pero no ha podido. Es urgente.

—Me he dejado el móvil en la habitación.

Koen enarca una ceja.

—Ya…, tampoco sé si se lo habrías cogido de haberlo llevado en el bolsillo.

Lowe pone los ojos en blanco, pero está algo más tranquilo.

—¿Qué ocurre?

—Me ha comentado que es mejor que vuelvas a casa esta noche en lugar de mañana por la mañana. Creo que ha pasado algo con Ana.

CAPÍTULO 18

Su presencia lo tranquiliza más que salir a correr bajo la luna llena.

Intento aprovechar el viaje en avioneta para asegurarme de que el rastreador funciona y ponerme a trabajar de forma remota, pero la señal de wifi viene y va, de manera que acabo lanzando a un lado mi Raspberry Pi con un gruñido de mala uva. Lowe y yo no intercambiamos más de un par de palabras durante el trayecto. Pilota de forma desenvuelta y confiada, totalmente concentrado en la tarea que tiene entre manos; es evidente que está preocupado por Ana y no puede quitársela de la cabeza.

Se me parte el alma al verlo.

—Empezó a estar pachucha cuando os marchasteis —explica Mick con gravedad cuando nos recoge—. Sí, ya lo sé —añade rápidamente al ver la expresión de Lowe—. Debería haberte avisado, pero solo eran unas décimas de fiebre. Supuse que algo le había sentado mal. Pero luego se puso a temblar y dijo que le dolían los huesos. Y empezó a vomitar.

Lowe, cuya naturaleza de alfa se manifiesta a través de la necesidad de conducir cada vehículo en el que pone un pie, se detiene frente a casa.

—¿Vomita también los líquidos?

—En su mayoría. Juno está arriba con ella.

Mick parece haber envejecido cinco años desde que nos marchamos. Al igual que Juno y Cal, que se pasean arriba y abajo frente a la habitación de Lowe, donde Ana ha preferido acostarse. Me pregunto si el aroma de su hermano es allí más intenso y la ayuda a tranquilizarse y convencerse de que todo va a ir bien.

No me cabe duda de que Lowe está cagado de miedo, pero en ningún momento deja que se le note. Ni siquiera en casa de Emery, cuando han estado a punto de descubrirnos, ha entrado en pánico. Tal vez sea un rasgo alfa, una de las cualidades que lo convierten en un buen líder: la capacidad de dejar aparcadas las emociones y

concentrarse en lo que tiene que hacer. Creo que mi padre estaría de acuerdo.

—¿Acaso no…? ¿Los licántropos puros no os ponéis enfermos? —pregunto.

Cal y Mick se quedan pasmados. Juno se limita a preguntarle a Lowe con calma: «¿Le has contado lo de Ana?» y no parece en absoluto sorprendida cuando él asiente.

—No sufrimos infecciones víricas —me explica—, ni bacterianas ni lo que sea esto. Hay determinados venenos que nos afectan, aunque no de esta manera.

Caigo en la cuenta de que, debido a la fisiología de Ana, los médicos licántropos no serían capaces de ayudarla. Y debido también a su fisiología, cabe la posibilidad de que, si la llevan a un médico humano, la descubran.

—¿Es la primera vez que pasa?

Lowe asiente.

—Alguna vez le ha moqueado la nariz y ha estado con estornudos, pero lo hemos hecho pasar por una alergia.

—Aún tenemos ese medicamento que compramos hace meses —sugiere Cal—. El panceta-no-sé-qué.

—¿Paracetamol? —pregunto.

Me lanza una mirada de admiración.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrío.

—Me lo he imaginado. Le vendrá bien para la fiebre y el dolor, pero… —Me encojo de hombros y, mientras los demás intentan decidir qué hacer, yo me acerco para ver cómo está Ana.

Parece pequeñita y frágil, tumbada en la enorme cama de Lowe, y, al ponerle la mano en la frente, noto que está ardiendo. Creía que estaba dormida, pero su: «¿Puedes dejar la mano ahí?» cuando me dispongo a apartarla me indica lo contrario.

—Tienes la piel tan fría…

—¿Pero tú qué te crees? —Pongo cara de ogro para animarla un poco—. ¿Que soy tu cubito de hielo personal?

Profiere una risita y a mí se me encoge el pecho.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto.

—A punto de vomitarte encima.

—¿Te importaría vomitarle a Chispitas primero?

Reflexiona unos instantes antes de decirme con solemnidad:

—Como prefieras.

Lowe se acerca a nosotras al cabo de unos minutos. Le da un beso a Ana en la sien y le entrega el que según él es el primero de los regalos

de California: una enorme jirafa rosa que no sé ni dónde ni cuándo ha comprado.

—¿Había jirafas en California?

—Sueltas no, cariño.

Ella frunce los labios.

—Pues la próxima vez me gustaría un regalo más *auténtico*.

—Tomo nota.

—¿Lowe?

—Dime.

—Echo de menos a mamá.

Veo cómo Lowe cierra los ojos durante un breve instante, como si no soportara tenerlos abiertos.

—Ya lo sé, cielo.

—¿Por qué Misha tiene dos padres y yo ninguno? No es justo.

—No. —Le acaricia el pelo con suavidad y a mí no me cabe ninguna duda de que Lowe prendería fuego al mundo por ella—. No lo es.

Apenas un par de minutos después, una nueva oleada de arcadas asalta a Ana y él le sujeta la cabeza cuando ella se inclina sobre un cubo. Permanecemos junto a la cama hasta que se queda dormida, agarrándole los deditos con las dos manos.

Al salir de la habitación, me fijo en que Lowe tiene marcados alrededor de la boca unos profundos surcos.

—Voy a llevarla a territorio humano —les dice a los demás, empleando ese tono autoritario de alfa que no admite discusión—. Buscaré algún médico que no haga demasiadas preguntas ni lleve a cabo reconocimientos innecesarios. No es lo ideal, pero no sabemos lo suficiente acerca de su parte humana como para interpretar…

—Yo sí —interrumpo. Todos me miran boquiabiertos—. Al menos, tengo más experiencia con los humanos que vosotros.

—En realidad… —empieza Cal.

—Experiencia que no incluya *cargárselos* —le digo con una mirada elocuente. Me da la razón con un tímido asentimiento de cabeza.

Pero Mick, que suele estar siempre de mi parte, se rasca la nuca y dice con tono afligido:

—Es todo un detalle por tu parte, Misery, pero tú no eres humana, sino vampira.

—He vivido entre humanos durante década y media. Con una hermana humana.

—¿Insinúas que sabes lo que le pasa? —pregunta Lowe.

—No, pero seguro que es algo bacteriano o vírico, y sé qué medicamentos tomaba Serena para cada caso. —Siguen mirándome

con escepticismo—. Oíd, no digo que vaya a ser la panacea, y tampoco soy médico, pero mejor eso a tener que sacarla de casa estando tan enferma y llevarla a que la vea alguien que tal vez acabe descubriendo su… situación.

—Me parece jugársela demasiado. A saber lo que podría salir mal. —Mick suspira y sacude la cabeza—. Deberíamos llevarla a territorio humano, Lowe. Puedo acercarla yo en un periquete y volver en…

—¿Sabes cómo se llaman los medicamentos? —lo interrumpe Lowe, mirándome *a mí*.

—Te los escribiré en un trozo de papel. Te tocará ir a una farmacia humana, aunque la mayoría estarán ya cerradas. De normal te pedirían la receta, pero…

—A mí no me hace falta.

Sonrío.

—Ya me lo imaginaba.

No me cabe duda de que alguien como Lowe puede pasar de un territorio a otro sin que lo descubran.

—Lowe, la amiga de Misery era humana del todo. —Mick no hace más que poner pegas, cosa que probablemente se deba a lo preocupado que está por Ana. Lowe me contó que perdió a su hijo y yo me pregunto si aquello está de algún modo relacionado con el apego que le tiene a la cría.

—Cierto —le digo con suavidad—, pero cualquier médico al que la llevéis la tratará como si fuera una niña completamente humana. No existe nadie como Ana, así que tampoco pasa nada por usar a Serena como referencia.

—Coincido —interviene Juno—. Deberíamos hacer caso a Misery.

Mick se dispone a protestar de nuevo, pero Lowe le posa una mano en el hombro.

—Si no funciona, mañana la llevaremos a un médico.

Tarda menos de una hora en volver. Todos estamos esperándolo en la habitación con Ana, pero, cuando aparece por la puerta, yo soy la primera con quien cruza la mirada. Mientras me pasa los medicamentos, me fijo en que tiene los nudillos manchados de sangre verde y una oleada de alivio me recorre al comprobar que no hay rastros de rojo.

Me apresuro a machacarle a Ana las pastillas, como solía hacerle a Serena antes de que aprendiera a tragárselas: una hazaña bochornosamente reciente.

—¿Por qué tengo que tomar tantas? —gimotea Ana.

—Porque no sabemos exactamente lo que te pasa —le explico—. Estas te ayudarán si se trata de un virus o una bacteria y esta otra te

bajará la fiebre. Deja de renegar, anda.

Dice que las pastillas le saben a veneno, lo que me granjea unas cuantas miradas asesinas por parte de los demás. Opto por hacer la bomba de humo y me voy a buscar a Alex, con la esperanza de que todavía siga despierto. Estoy de suerte, porque me lo encuentro en el despacho de Lowe. Me acerco por detrás, con la intención de averiguar qué es lo que lo tiene tan absorto que ni siquiera me ha oído llegar.

—Conque jugando al GTA en la mesa de tu jefe. Hay que ver el morro que tienen los curritos hoy en día…

—¡La madre que me parió! —Casi se cae de la silla—. ¿De dónde…? ¿Hace falta que te pegues tanto? Hoy he comido ajo, así que si me muerdes te vas al pozo fijo.

Lo miro haciendo pucheros.

—Yo también te he echado de menos. Estamos interceptándolo todo, ¿verdad?

Asiente, todavía agarrándose el pecho.

—Sí, hay buena señal. Nos enteraremos hasta de cuando Emery pida cita en el fisio.

—Genial. ¿Alguna novedad?

Niega con la cabeza. Las fosas nasales se le dilatan.

—Hueles diferente. Por eso no me he dado cuenta cuando has entrado.

Oh-oh.

—Lo mismo te has acostumbrado ya a mi tufo vampírico.

—No. No, hueles como…

—Por cierto, Lowe nos ha pedido que trabajemos en una cosilla —lo interrumpo. Es mentira, pero no creo que a Lowe le importe.

—¿En qué?

Es algo que se me ha ocurrido después de lo que ha dicho Ana. «Misha tiene dos padres y yo ninguno.» Cuando intentamos dilucidar quién le había hablado a Serena de Ana, supusimos que no podía haber sido su padre, puesto que jamás se creyó que María estuviera embarazada. ¿Pero y si la historia no acaba ahí?

—Quiere que hagamos una lista de los humanos que formaban parte de la Agencia Humanolicántropa entre hace unos… ¿cinco y diez años? —Es más seguro que decir ocho: Alex no es idiota—. Lowe está buscando a gente que haya interactuado con licántropos de nuestra… —¿Nuestra?—. De su manada.

Parpadea con curiosidad.

—¿Por qué?

—Ni idea. Se enteró de algo mientras estábamos en casa de Emery

y dijo que tenía que investigar el asunto. —Igual soy mejor actriz de lo que creo.

—¿Cualquier persona que trabajase para la Agencia? ¿No especificó nada más?

Me paso una mano por el pelo mientras reflexiono.

—Hombres. Tienen que ser hombres.

—Vale. Sí, ningún problema.

—¿Te parece si nos ponemos con ello ahora? —Sonrío todo lo que me es posible sin enseñar los colmillos—. ¿O andas demasiado ocupado pegando tiros y fingiendo que eres un gánster?

Carraspea y un rubor verde de lo más adorable le tiñe las mejillas. Nos pasamos la siguiente hora intentando recopilar información, pero apenas encontramos nada porque los archivos humanos son un caos. Decidimos tirar la toalla cuando Alex empieza a bostezar.

—Ay, la leche —dice cuando me levanto para marcharme.

—¿Qué?

Tiene los ojos abiertos como platos.

—Ya está.

—¿Ya está el qué?

—Ya sé a qué hueles.

Mierda.

—Buenas noches, Alex.

«¿Por qué hueles como si mi alfa te hubiese marcado?» es lo último que oigo mientras me dirijo a la habitación de Ana.

Mick y Cal se han marchado ya, pero Lowe y Juno están conversando en voz baja frente a la puerta. Guardan silencio en cuanto llego y me dirigen una mirada cansada.

Me quedo helada.

—Joder, ¿está bien?

Juno solo tarda un segundo en responder, pero el peso que noto en el estómago se acrecienta.

—Le ha bajado la fiebre y ya es capaz de tomar líquidos sin vomitarlos. Ha dicho, y cito textualmente, que tu «porquería» la ha hecho sentir mucho mejor.

Sonrío.

—¿En serio?

—Sip. —Le dedica a su alfa un gesto de aprobación. Alterna la mirada entre ambos y a continuación añade—: Nadie lo diría, pero hacéis muy buen equipo.

—La idea ha sido sobre todo mía. —Me sacudo el polvo imaginario del vestido que me puse para la cena y que, no sé cómo, todavía llevo.

Juno contrae la boca.

—Acepta el halago y calla.

—Vale —concedo mientras la veo despedirse de Lowe con la mano y marcharse. Nuestra amistad, o falta de enemistad, parece resultarle muy gratificante a mi sistema dopaminérgico.

Esperaba encontrarme a Lowe sonriendo, pero, en lugar de eso, lo veo mirándome con una expresión casi atormentada.

—¿Ana está dormida?

Asiente.

—¿Quieres dormir en mi cama? —Su nuez sube y baja antes de darme cuenta de las implicaciones de mis palabras y aclararle lo que quiero decir—: Yo duermo en el armario, de todas formas. Así tú podrías tener la puerta abierta en caso de que Ana se despierte y… No estoy tirándote los trastos por lo que ha pasado antes entre nosotros, y menos estando tu hermana enferma. —Termino la frase con mucha menos firmeza de la que he empezado.

Aunque no creo que le importe. Lo cierto es que dudo que esté escuchándome. Asiente de manera mecánica y, en cuanto entra en mi habitación, clava la mirada en el cielo nocturno que se extiende al otro lado de la ventana. O en algo que tal vez ni siquiera se encuentre ahí.

Noto un nudo en la garganta. Me siento en el colchón sin sábanas y lo llamo con suavidad:

—¿Lowe?

No responde. Sus ojos claros y atípicos permanecen fijos en la oscuridad.

—¿Quieres…? ¿Estás bien?

En un primer momento tengo la impresión de que tampoco va a contestar a esa pregunta, pero, al cabo de unos minutos, niega con la cabeza. Lentamente, se da la vuelta y se sitúa frente a mí.

—¿Y si no hubieras estado aquí? —murmura.

—¿Qué?

—De no ser por ti y tus conocimientos del cuerpo humano… —Tensa la mandíbula—. Me habría visto obligado a elegir entre su salud y su seguridad.

—Ah. —Ahora entiendo lo que le pasa. Lo entiendo y lo siento en el fondo del estómago, como una pesada losa—. No pasa nada. Se pondrá bien. Probablemente no sea más que una gripe.

—¿Y si la próxima vez es algo más serio y necesita asistencia médica humana?

—Eso no va a pasar. Estará bien, en serio…

—¿Lo estará? —pregunta en un tono que me hace imposible mentir.

La verdad es que no lo sé. No tengo ni idea de si Ana estará bien. No tengo ni idea de si Lowe y yo estaremos bien. No tengo ni idea de si Serena está viva. No tengo ni puta idea de si la guerra es inevitable, de si los míos se preocupan por mí lo suficiente como para no dejarme aquí tirada y que sea la primera víctima del conflicto, de si cada decisión que he tomado desde el día en que cumplí los dieciocho ha sido un error.

No tengo ni idea de lo que *va* a pasar, ni de lo que *ha* pasado, y me resulta aterrador. Respeto a Lowe; un hombre que me recuerda mucho a mí, un hombre al que conozco desde hace solo unas semanas y en quien, a pesar de todo, confío. Lo respeto demasiado como para mentirle, o mentirme a mí misma en su presencia.

De modo que digo: «No lo sé», y no es más que un susurro, pero me oye. Asiente y yo hago lo mismo, y cuando se arrodilla, cuando entierra el rostro en mi regazo, lo recibo de buena gana. Dejo que mis manos vaguen por su suave cabello. Noto cómo toma una profunda bocanada de aire. Sus hombros, anchos y fuertes, suben y bajan. Le deslizo la mano por la nuca y la meto dentro de su camisa, con la esperanza de que mi piel fría le resulte tan reconfortante como su calidez me resulta a mí.

—Misery —dice con un suspiro, y siento, a través de la tela del vestido, el calor de su aliento en el vientre, y sigo estando sola, sigo siendo diferente y teniendo que apañármelas por mi cuenta, aunque tal vez un poquito menos que de costumbre.

Me cierra los dedos con suavidad alrededor del tobillo; la calidez que desprende el metal de su alianza contrasta con la piel y los huesos de debajo y, por primera vez desde hace mucho, me siento apoyada.

Estoy aquí, digo, aunque no en voz alta. *Contigo.*

Permanecemos así durante no sé cuánto tiempo.

CAPÍTULO 19

Ella no conoce el miedo y eso lo aterroriza.

—*La pregunta que me acabas de hacer… no me gusta ni un pelo.*

No poner los ojos en blanco ante Owen requiere un grado de control sobre mis músculos oculares que no sabía que tenía. De normal no me contendría, pero necesito que mi hermano me conteste a unas cuantas cosas.

Lo bueno es que Ludwig no está prestando atención. Antes, cuando me lo he encontrado en el solárium podando un rosal y le he preguntado si podía llamar a mi hermano, me ha mirado como si le estuviera pidiendo permiso para tatuarme el culo.

—A mí me da igual, Lowe ha dicho que te dejemos a tu aire. Llama a quien te dé la gana. —Una pausa—. Evita, si eso, las líneas eróticas, pero en serio, haz lo que quieras.

—¿Lo de las líneas eróticas sigue estando de moda?

—Creo que cualquier tipo de actividad sexual va a seguir estando de moda hasta que el sol se lleve por delante a la tierra. —Volvió a centrar su atención en el rosal y luego añadió—: Si vas a pedir pizza, pilla una familiar.

No sé qué impulsaría a un vampiro a pedir una pizza, pero ahora mismo me encantaría estar al teléfono con un chaval muerto de aburrimiento que intenta encasquetarme una ración de pan de ajo en vez de a merced de los reproches del borde de mi hermano.

—*Tu desaprobación me parte el alma* —le digo en la lengua y con cara de póquer—. *Pero haz el favor de contestarme, anda.*

—*¿De quién te has alimentado?*

Pongo todavía más cara de póquer.

—*No he dicho que me haya alimentado de alguien.*

—*No, me has preguntado si alimentarse de una fuente todavía viva tiene alguna repercusión negativa y yo lo he deducido al instante. Porque jamás has mostrado la más mínima curiosidad al respecto y… porque no soy imbécil. ¿De quién?*

Dejo escapar un profundo suspiro.

—¿Tú qué crees?

Se pasa la mano por la cara.

—De tu marido. De tu marido licántropo. Un alfa, para más inri.

—Por favor.

—¿Lo obligaste?

—¿Qué? No.

Maldice con ganas.

—No se lo cuentes a nuestro padre.

—¿Por qué?

—Porque intentará sacar tajada.

—¿Cómo…? ¿Qué tajada va a poder sacar de esto?

Se pellizca el puente de la nariz.

—Misery, ¿es que no tienes ni idea de nada?

—¿Y de qué debería tener idea?

—¿Cómo es posible que no aprendieras estas cosas al crecer?

El ruido que emerge de mi garganta le llama la atención a Ludwig, que comprueba si estoy bien.

—¿Y de quién iba a aprenderlas? ¿De mis cuidadores humanos?

—Vale. —Levanta las manos para pedirme que guarde silencio mientras él recupera la compostura. Me planteo colgarle el teléfono y preguntárselo a mi padre solo por joder—. *No es normal que haya dejado que te alimentases de él. Ningún licántropo lo permitiría.*

—A lo mejor Lowe no lo sabe.

—Nuestras especies llevan siglos enfrentadas. ¿Crees que no les dejan claro desde bien pequeñitos que no hay nada más denigrante que permitir que una sanguijuela se alimente de ellos? ¿Crees que a su manada le parecerá bien que use su sangre para alimentar a un miembro de una especie que asesinó a sus ancestros?

Recuerdo la mueca de asco de Emery. Los gritos ahogados de sus segundos. Incluso Koen tuvo que disimular en un primer momento su sorpresa al ver las marcas de mis colmillos en el cuello de Lowe.

Y recuerdo a Lowe acercándome a él después de que yo le dijese que no estaba bien.

—Lowe es distinto.

—Eso está claro. Y, desde luego, esto te lo tienes que llevar a la tumba. Se nota que ambos habéis trabado… amistad.

Reflexiono unos instantes y acto seguido asiento.

—Vale, resulta que le has caído en gracia. —Se frota la frente—. *Es muy raro. Me alegro de que estés viva y de que probablemente la cosa vaya a seguir así, pero…*

—Y no es lo único raro. Cuando me alimenté de él…

—*Misery*. —Me fulmina con la mirada—. *Pasé la pubertad en territorio vampiro. Sé exactamente lo que ocurrió cuando te alimentaste de él. Por favor, ahórrame los detalles. La gente que ha compartido placenta durante nueve meses no debería comentar estas cosas.*

¿Estoy sonrojándome? Efectivamente.

—*Somos mellizos, lo que significa que jamás hemos compartido placenta ni cordón umbilical. Como mucho, el útero.*

—*Aun así, no me hagas pasar por el trauma de tener que escucharlo.*

—*¿Puedes decirme simplemente si lo que hicimos tendrá alguna consecuencia negativa para Lowe? Quiero asegurarme de que no le va a pasar nada.*

Owen suspira.

—*Mientras no se te fuera la mano, estará bien. Y seguramente tú también. La verdad, no hay demasiados estudios sobre vampiros que se hayan alimentado de licántropos.*

—*Vale.* —Uf, menos mal—. *Gracias por contármelo. Que te vaya bien la vida, yo cuelgo ya…*

—*Misery, escúchame bien. Nuestra especie decidió dejar de alimentarse directamente de organismos vivos por algo. En cuanto la tecnología nos permitió extraer y almacenar de forma segura la sangre, lo otro se acabó. Ya no es solo el hecho de que beber de alguien que sigue con vida sea un acto que cueste de separar del sexo, sino que tiene consecuencias biológicas y hormonales que pueden afectarnos a largo plazo, aunque en el momento resulten inocuas. Por eso desde hace siglos se nos desaconseja que lo hagamos: tenemos que follar con tanta gente como sea posible y reproducirnos, no formar vínculos. Hacerlo de forma repetida genera unas dinámicas complejas que…* —Se interrumpe de pronto, negando con la cabeza. Ha suavizado la expresión y yo me pregunto si él lo habrá hecho alguna vez. Si es algo que le gustaría hacer con otra persona—. *No lo vuelvas a hacer, Misery. Tú limítate a ser su amiga. Ponte a hacer bricolaje con él. Fóllatelo si quieres, pero no vuelvas a alimentarte de Lowe Moreland.*

La mala uva que se me pone después de que el inútil de mi hermano me diga lo que tengo que hacer me dura toda la noche. Sigo cabreada horas después, cuando entro en la cocina después de leerle a Ana un cuento sobre una llama superpesada y una cabra que la trata fatal (con razón).

La estancia está a oscuras y no hay nadie, así que abro la nevera y saco el tarro de crema de cacahuete. No es que se me hubiera pasado por la cabeza volver a alimentarme de Lowe. Y tampoco creo que a él le hiciese mucha gracia, teniendo en cuenta los cuestionables efectos secundarios. Mi objetivo es encontrar a Serena y no se me ha

olvidado. Pero Owen no tiene ningún derecho a…

—El hombre que Alex y tú estáis buscando es el padre de Ana, ¿no?

—Sí. —Me encojo de hombros de forma automática, metiendo la punta de la cuchara en la crema—. Creo que lo más probable es que Serena se enterase de lo de Ana a través de… —Me doy la vuelta al darme cuenta de pronto de que ya no estoy hablando conmigo misma. Lowe está de brazos cruzados junto a la mesa. Una expresión que no logro identificar le empaña la mirada—. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora.

—Ah. —No habíamos vuelto a hablar desde hace dos noches, cuando nos separamos con cierta incomodidad después de que Ana se despertase y pidiera un vaso de agua. Lowe se puso de pie, tan serio y afectado como lo estaba yo, y fue a ocuparse de ella. Yo me metí en el armario, bajo el montón de almohadas y mantas, y esbocé una ligera sonrisa cuando los oí hablar de la jirafa rosa en voz baja. La llamaron…, bueno, *Ana* la llamó Chispitas 2.

Ayer se celebró una especie de audiencia: muchos licántropos vinieron a casa y trasladaron a su alfa sus peticiones, preocupaciones y consejos. Yo me aseguré de permanecer al margen, aunque la mayoría de las reuniones se llevaron a cabo en la zona del muelle. Lo contemplé todo fascinada desde mi ventana, siendo testigo de las innumerables responsabilidades de Lowe. No pude evitar advertir el afecto y la facilidad con la que interactuaba con los miembros de la manada, ni cómo muchos de ellos se acercaban a él simplemente para intercambiar alguna broma o comentarle lo aliviados que estaban de que Roscoe no se encontrase ya al mando.

Supongo que sentí algo de envidia. A lo mejor a mí también me apetecía pasar un ratito con el alfa. A lo mejor durante nuestro viaje me acostumbré a tenerlo cerca.

—El padre de Ana. ¿Por qué? —Habla como si ya no nos hiciera falta andarnos con rodeos y creo que no se equivoca.

—¿Por qué no?

Enarca una ceja.

—¿Y si estaba al tanto? ¿Y si al final sí que creyó a tu madre? ¿Y si se lo contó a alguien?

Ladea la cabeza con expresión curiosa, igual que un lobo, y emite un ruidito para que siga hablando.

—Serena era muchas cosas, pero no una entendida en informática. No era tan negada como tú, claro está… —sigo hablando pese a la mirada fulminante que me dedica Lowe—, pero si *yo* no fui capaz de encontrar ningún rastro de Ana mientras investigaba, me extrañaría muchísimo que ella hubiera descubierto algo por su cuenta. Lo que

significa que alguien tuvo que contárselo y tenemos que averiguar quién fue. —Meneo la cabeza, pensando por enésima vez lo asombrosa que me parece la existencia de Ana. Ha venido al mundo. Es perfecta. No se parece a nada que jamás hubiera imaginado. ¿Cómo coño dio Serena con ella? La teoría que más resuena en mi cabeza es que alguien se topó con una periodista ávida de información y le contó la historia de Ana. Pero la Serena que yo conozco jamás, ni en un millón de años, revelaría su identidad—. Lowe, si te hace sentir incómodo, si lo consideras una invasión de la intimidad de tu madre, no me importa seguir con ello por mi cuenta.

—Para nada. Lo que dices tiene sentido; ojalá se me hubiera ocurrido a mí antes.

—Genial, me alegra contar contigo. No sé si te acuerdas, pero Juno dijo que formamos buen equipo.

—Y tú respondiste…

—Ni idea. —Hago un gesto despreocupado con la mano y noto cómo se me dibuja en el rostro una sonrisa engreída, con colmillos y todo. Él me la devuelve, aunque la suya es leve y cálida.

Y entonces parece que llegamos a un punto muerto: yo no sé qué decir, él tampoco, y los acontecimientos de la última vez, no, de las *dos* últimas veces que estuvimos juntos por fin nos dan caza.

No soy ninguna cobarde, pero no creo que pueda soportarlo.

Llevo unos días queriendo pasar tiempo con él, pero ahora mismo no sé muy bien cómo proceder, por lo que me decanto por meter la cuchara de nuevo en el tarro de crema de cacahuete y me la llevo a la boca.

—En fin, creo que ya me va tocando otro baño, que no quiero ir por ahí apestando a flema. Y después tengo que ir a ver a Alex, así que…

—¿La flema huele? —pregunta.

—Pues… tú me dirás.

—Ni idea. Los licántropos no nos resfriamos.

—Deja de hacerte el chulo.

—¿Tú te resfrías?

—No, pero no voy por ahí restregándoselo a los demás. Soy una tía con clase.

—Aún lo serías más si no tuvieras la nariz manchada de crema de cacahuete.

—Mierda. ¿Dónde?

No me lo dice, pero se aproxima para enseñármelo; camina hacia mí hasta que estoy encajonada entre él y la encimera y… ¿Acaba de acorralarme un licántropo? ¿Un lobo, la peor pesadilla de los vampiros?

Sí.

Sí, estoy acorralada y no, no tengo miedo.

—A ver. —Me restriega la punta de la nariz y alza el dedo para enseñarme el pegote de crema de cacahuete. Debería preguntarme cómo ha llegado a mi nariz, pero lo que hago, en cambio, es inclinarme hacia delante y lamerle el pulgar a Lowe.

Me arrepiento al instante.

No me arrepiento para nada.

Reprimo cada par de sentimientos encontrados que afloran en mi interior mientras sus pupilas se dilatan como las mías jamás podrían hacerlo. Me mira fijamente los labios de forma embelesada, ausente.

No debería haber hecho eso. El estómago se me retuerce y noto una punzada de dolor y de algo más, de algo dulce y ardiente.

—Ana se encuentra mucho mejor —digo con la esperanza de disipar la espesa tensión del ambiente.

Somos como un balancín, él y yo. Sumidos en un eterno tira y afloja, siempre a un paso de precipitarnos en este…, en lo que quiera que sea *esto*. Oscilando en medio del caos.

—Se ha recuperado del todo —conviene él. Estamos demasiado cerca para estar teniendo esta conversación. Estamos… demasiado cerca y punto.

—Lista para dar la tabarra otra vez.

Da un pasito hacia atrás, apenas un par de centímetros, y yo estoy a punto de proferir un grito de alivio o de decepción o de ambas cosas.

—Sí —dice, pese a que no le he hecho ninguna pregunta. Es un punto y final: se marcha. Está a punto de irse.

—Espera —suelto.

Se detiene. Ni siquiera me pregunta por qué lo retengo a mi lado, anclado a mí. Lo sabe. La tensión entre ambos es demasiado incómoda, intensa y suntuosa como para que no lo sepa.

—¿Tú…? —empieza, con un gesto vacilante e inusualmente inseguro, justo cuando yo digo:

—¿Cuándo…?

Guardamos silencio al instante, dejando que las frases oscilen entre ambos. El silencio se acrecienta, se multiplica, y, cuando alcanza el punto crítico, estalla en el interior de mi cabeza.

Esta vez, soy yo la que se acerca. La cabeza me da vueltas, pero de un modo maravilloso.

—¿Qué es esto? ¿Qué es… lo que pasa entre nosotros?

—No lo sé —responde, y a continuación añade—: Mentira. Sí que lo sé.

Yo también lo sé. Un dolor hueco y desgarrador me invade el

estómago.

—Tienes una compañera.

Asiente lentamente.

—Nunca me la quito de la cabeza.

—Y yo soy una vampira. —Tengo que lamerme los colmillos para asegurarme de que es verdad. Porque mi gente no ansía tocar a su gente. No es así como funcionan las cosas.

—Así es. —Tiene la mirada clavada en mis dientes y… sí. No le dan ninguna aprensión.

—Esto no puede ser real, ¿verdad?

Guarda silencio. Como si tuviera que hallar la respuesta yo sola y él no pudiera ayudarme.

—Pero es que *parece* real —le digo. Estoy acalorada. Ardo. Ignoraba que mi cuerpo fuera capaz de alcanzar estas temperaturas—. Me da miedo estar malinterpretándolo.

Curva una de sus manos, grande y cálida, alrededor de mi cintura, vacilante al principio, y luego con más firmeza, como si un solo roce bastara para multiplicar su codicia.

—No pasa nada, Misery. —Su pulgar trepa hasta mi cuello y me roza el fino vello de la nuca. Yo me estremezco en sus brazos—. Podemos ser tú y yo y ya está —susurra.

De pronto, me cuesta encontrarle alguna pega al hecho de que estamos a punto de besarnos. Se me hace del todo *natural*. Nunca he besado a nadie y me gusta que el primero vaya a ser especial. Y Lowe… Lowe es eso y más.

Siento que me tambaleo. Estoy aturdida. Desorientada. Pero es normal. ¿Quién no lo estaría, al lado de alguien como él, alguien con la fortaleza para llegar hasta el final? De manera que me pongo de puntillas, entregándome a su contacto, y siento temblores.

Siento que estoy preparada.

Siento que estoy feliz.

Y mareada, como si fuera de cristal y estuviera a punto de hacerme añicos. Las extremidades jamás me habían pesado tanto y desearía poder desplomarme sin más.

Sí, pienso. *Creo que eso voy a hacer.*

—Misery. —La mezcla de preocupación y miedo en su voz me descoloca—. ¿Por qué estás tan…?

Un dolor punzante me atraviesa y entonces la oscuridad se apodera de mí.

CAPÍTULO 20

El responsable lo pagará.
Lenta
y dolorosamente.

Las siguientes horas son una vorágine de pura agonía.

El simple hecho de respirar resulta un calvario. El estómago me duele como si estuviera a punto de digerirse a sí mismo, como si un millar de criaturitas salvajes estuvieran pasándoselo en grande y grabando sus nombres en las paredes internas con un cuchillo oxidado. Hay unos cuantos momentos —y luego uno solo, largo y eterno— en los que estoy segura, segurísima, de que ha llegado mi hora. No hay ser vivo que soporte semejante nivel de tortura, y voy a palmarla.

Lo que no me parece mal. No puede haber nada peor que lo que estoy experimentando. Ansío el dulce alivio que puede proporcionarme la nada y toda esa vaina, pero, entonces, justo cuando estoy a punto de precipitarme hacia el vacío, *algo* me detiene.

Primero oigo a alguien —vale, sí, a *Lowe*— dar órdenes. Ladrarlas, más bien. Gruñirlas. O igual *no* es Lowe, porque jamás lo he visto perder el control. Parece desesperado, lo que hace que quiera salir a rastras de mi rinconcito de dolor y asegurarle que todo va a ir bien. Bueno, puede que yo no lo cuente, pero el resto saldrá de perlas.

Y, sin embargo, pasan eones hasta que vuelvo a ser capaz de hablar. Me acerco muchas, muchísimas veces a la frontera de lo consciente, solo para volver a sumirme de nuevo en la sudorosa y sofocante oscuridad. Y cuando por fin consigo abrir los ojos…

—Hola de nuevo.

¿Doctor Averill?, intento decir, pero tengo la lengua pegada al paladar.

Lo conozco. Es el médico oficial de la Garantía. Cuenta con autorización diplomática para acceder a territorio humano y todos los años se encargaba de hacerme un chequeo para comprobar que estaba

lo bastante sana para… que me matasen si la alianza se iba al traste, supongo. Ahora debe de tener más obligaciones, cosa que me sabe fatal, porque está igual de decrépito que cuando yo tenía diez años. Aunque lo veo algo diferente. ¿Le ha dado por experimentar con el vello facial?

—La pequeña Misery Lark. Cuánto tiempo.

—¿Pero qué es ese mostacho? —mascullo delirante, incapaz de mantener abiertos los párpados.

Chasquea la lengua.

—*Si tienes fuerzas para renegar de mi apariencia, lo mismo estos analgésicos no te hacen falta* —murmura en la lengua, tan gruñón como de costumbre. No tendría ningún problema en pedirle disculpas, arrancarle la jeringuilla de las manos y ponerme el chute yo misma, pero ya noto la aguja en el brazo.

La sensación de ardor disminuye. Oigo unas voces; no sé si en el interior de la habitación o a varios kilómetros de distancia.

—… su organismo lidia con el veneno. Se sumirá lentamente en un trance curativo. Se quedará muy quieta y parecerá que está muerta, pero no se preocupe, es algo normal en los vampiros.

—¿Cuánto tiempo permanecerá así? —pregunta Lowe.

—Varias horas. Puede que días. No ponga esa cara, muchacho.

Lowe masculla una maldición.

—¿Y yo qué hago?

—No hay nada que hacer. Ahora es su cuerpo el que debe combatir la infección.

—¿Pero qué puedo *hacer* yo por ella?

El doctor Averill suspira.

—Procure que esté cómoda. Después de que se despierte, necesitará alimentarse… en mayor cantidad de lo habitual y más a menudo. Asegúrese de tener preparada la sangre, y cuanto más fresca, mejor.

Se produce una larga pausa. Me imagino a Lowe pasándose una mano por la mandíbula. Su expresión preocupada.

—Y no hay que olvidarse de su padre, claro está. Tendré que informar al consejero Lark sobre lo ocurrido. Puede que se lo tome como un acto de agresión o incluso una declaración de guerra contra los vampiros…

La voz del doctor Averill se desvanece y yo vuelvo a sumirme en mi interior.

—… que descansar.

—No.

—Venga, Lowe. Tienes que dormir un poco. Me quedaré yo con ella mientras tú…

—*No*.

—… sacar a Ana de aquí.

—No sabemos con seguridad si iban a por Ana —protesta Mick—. Puede que Misery fuera el objetivo.

—¿Pero y si no es así? —señala Juno—. No podemos arriesgarnos.

—Coincido —opina Cal—. Es mejor trasladar a Ana a un lugar seguro hasta que averigüemos quién está detrás de todo el asunto.

—Ya sabemos que fue Emery. —dice Mick.

—Lo sabrás tú, porque yo, desde luego, no. A partir de ahora, se acabó lo de dar las cosas por sentado. —La voz de Lowe suena mortalmente gélida. Su enfado es mayúsculo—. Mi mujer ha estado al borde de la muerte hasta hace unas horas. Voy a llevar a Ana a un lugar seguro y no se hable más.

—¿Adónde?

—Eso es asunto mío.

Unos labios fríos depositan un beso en la palma de mi mano, que arde.

—Misery, te…

Salgo del trance curativo de golpe, como un salmón dando un salto en un arroyo.

Me incorporo en la cama, sudorosa, sin aliento y del todo desorientada, y espero a que el dolor haga acto de presencia. Espero que siga su recorrido habitual: que empiece en el estómago, irradie hacia las extremidades y asole mis fibras nerviosas como un ejército de cuchillos. Cuando no ocurre nada, bajo la mirada hacia mi cuerpo, preguntándome perpleja adónde ha ido. Pero sigue ahí: tal vez más frío de lo habitual; más pálido, desde luego; pero, en última instancia, intacto.

¿Me habré curado? Aparto las mantas para poner a prueba dicha teoría. No tengo ni idea de a quién pertenece la enorme camiseta blanca que llevo puesta, pero las preciosas bragas de encaje sí que son mías: cortesía de la estilista de la boda. Llevaba sin ponérmelas desde la ceremonia y me niego a pensar en cómo han acabado en mis partes.

Pese a que me tambaleo más que un ternero recién nacido, las piernas me responden. Me sobrepongo al cansancio y me obligo a caminar.

El reloj de la pared marca la una y media de la madrugada y en casa reina un silencio sepulcral, pero estoy segura de que han pasado más de unas pocas horas desde que me desmayé. ¿Habré estado inconsciente todo un día? No tengo móvil, así que me va a tocar comprobarlo a la vieja usanza: preguntándole a alguien.

Con suerte, no será la persona que me puso veneno en la crema de cacahuete.

Abro la puerta que da al pasillo, que se encuentra en penumbra, y me tropiezo con un montón de ropa: fijo que Ana ha estado jugando con sus muñecas y probándoles trapitos. Me agarro a la pared y paso por al lado, pero entonces el montón de ropa se mueve.

Se despliega. Se pone en pie. Se estira, de forma muy parecida a como haría un gato. Y entonces abre los ojos, que casualmente son un verde precioso y muy claro. Un verde que conozco muy bien.

Porque no se trata de un montón de ropa, sino de un lobo. Acurrucado frente a mi habitación. Custodiando mi puerta.

Un lobo blanco enorme.

Un lobo blanco *grande de cojones*.

—¿Lowe? —Mi voz suena áspera y cascada. Puede que haya estado inconsciente más de un día—. ¿Eres tú?

El lobo me mira y parpadea, todavía desperezándose. Yo parpadeo también, con la esperanza de estar transmitiéndole un: *Porfi, porfi, no me comas* en código Morse.

—No quiero dar nada por hecho, pero parecen tus ojos y…

Echa a trotar hacia mí y yo retrocedo, presa del pánico, y me pego a la pared. Hostia puta. Hostia puta. Es mucho más grande que Cal, mucho más grande de lo que creía que podían ser los lobos. Cierro los ojos, ya que no me apetece ver en primera fila cómo ese mostrenco me arranca el duodeno de la cavidad intestinal y luego se lo come.

Y entonces algo blandito y húmedo me da un golpecito en la cadera. Abro un ojo y lo veo: un hocico pegado a mi piel. Empujándome con firme amabilidad. Guiándome como si fuera una oveja. De vuelta a mi habitación.

—¿Quieres que…? —No responde, pero, cuando retrocedo unos pasos, parece satisfecho, y luego, cuando me detengo, vuelve a empujarme con más insistencia todavía—. Vale, ya voy.

Vuelvo por donde he venido. El lobo me sigue, pegado a mis talones, y en cuanto ambos estamos en la habitación, ladea el cuerpo y cierra la puerta con más facilidad de la que debería exhibir un animal que no dispone de pulgares.

—¿Lowe? —Solo quiero asegurarme. Creo que los ojos son prueba suficiente, pero… Jolín, estoy hecha polvo—. Eres tú, ¿verdad?

Se acerca a mí.

—¿No eres Juno? O Mick. Por Dios, dime que no eres el Ken.

Un ruido suave y ronco emerge de su garganta.

—Es que creía que tu pelaje sería oscuro, como tu pelo. —Dejo que me empuje hacia la cama—. Que sí, que ya me acuesto. Me encuentro fatal, pero en la cama no, porfa. En el armario.

Me entiende, porque coge una almohada con sus impresionantes fauces y la lleva hasta el armario. Y luego hace lo mismo con una manta, mientras yo lo miro perpleja.

—Madre mía, eres superesponjoso. Y… lo siento, pero también eres una monada. Sé que podrías hacerme pedazos en menos de lo que se tarda en meter una pajita en una bolsa de sangre, pero es que eres tan *suave*… Y ni siquiera tienes el pelaje de color rosa chicle. No sé qué es lo que te daba tanta vergüenza, peluchote adorable… Que sí, que ya voy.

Prácticamente me arrastra hasta el armario, y no se está quieto hasta que me encuentro tumbada en mi sitio favorito. Me pregunto cómo sabe cuál es. Puede que por el olor.

—Para que lo sepas, tus tendencias de alfa resultan aún más cargantes con esta forma.

Saca la lengua y me lame el cuello.

—Oye, qué asco. —Suelto una risita.

Cierra los dientes en torno a mi brazo. Una advertencia juguetona, a modo de broma, de que podría destrozarme el cúbito. Pero no lo hará.

—¿Puedo acariciarte?

Me da un topetazo en la mano. *Sí, por favor.*

—A ver. —Profiero un sonido que es medio risa, medio bostezo y le rasco detrás de las orejas, deleitándome con la maravillosa y reconfortante sensación que me produce su pelaje. No me cuesta preguntárselo, no cuando tiene esta forma, la de un depredador feroz al que le encantan los mimos—: ¿Te quedas a dormir conmigo?

Por lo visto, tampoco le cuesta decir que sí, porque Lowe no duda ni un instante antes de acurrucarse a mi lado.

Y cuando inspiro profundamente, sus latidos tienen el mismo aroma de siempre: familiar, especiado e intenso.

Me duermo abrazada a él, sintiéndome más segura que nunca.

CAPÍTULO 21

Ella le contó que los vampiros no sueñan, pero, a medida que se aproxima el atardecer, su reposo se torna irregular y agitado. Su contacto parece reconfortarla, lo que lo llena de orgullo y determinación.

Serena llegó a la residencia de la Garantía a finales de un enero suave y agradable, unos meses después de que yo me instalase, y alcanzó la mayoría de edad a principios de un abril desagradablemente húmedo, dedicado a hacer números para calcular cuánto le durarían en el mundo real los fondos provisionales que la Agencia Humanovampírica le había asignado. La lluvia repiqueteaba de forma incesante contra los cristales de las ventanas. Hicimos las maletas, listas para emprender nuestra nueva vida, e intentamos decidir qué fragmentos de la última década llevarnos con nosotras. Rebuscamos entre los recuerdos y separamos aquellos que odiábamos de otros que también odiábamos pero de los que éramos incapaces de desprendernos.

Y ahí fue cuando él apareció: la nueva Garantía, un niño de ocho años al que los vampiros habían enviado para que se lo invistiera oficialmente. Llegó acompañado por el doctor Averill y otros consejeros que recordaba haber conocido en distintas reuniones diplomáticas. Un océano de ojos violetas. Curiosamente, los padres del crío estaban ausentes.

Era la señal de que estábamos tardando demasiado en desalojar las instalaciones, pero no nos apresuramos. En lugar de eso, Serena se quedó mirando fijamente al niño que deambulaba por los pasillos inmaculados en los que ella y yo nos habíamos raspado las rodillas, en los que habíamos discutido por las reglas del escondite, practicado coreografías que daban pena y despotricado por la crueldad gratuita de nuestros cuidadores. En los que nos habíamos preguntado, preocupadas, cómo seguiríamos en contacto tras salir de allí o si llegaríamos a encajar en algún lugar.

—¿Por qué son *siempre* niños pequeños? —me preguntó.

—La Garantía debe estar emparentada con alguien importante. —Me encogí de hombros—. Así se aseguran de que funciona como elemento disuasorio: se llevan al heredero de una familia influyente. A alguien a quien aprecia una persona con poder.

Ella resopló burlona.

—No conocen a tu padre.

—Golpe bajo —dije entre risas.

El niño me oyó y se acercó a nosotras como quien no quiere la cosa, sin dejar de mirarme la boca, como si sospechara que pertenecíamos a la misma especie. Cuando se situó a nuestra altura, Serena se arrodilló frente a él.

—Si no quieres estar aquí —le dijo—, si prefieres venirte con nosotras, no tienes más que decírnoslo.

No creo que tuviera ningún plan, ni siquiera uno descabellado o cogido con pinzas. Y no sé cómo nos las habríamos apañado para rescatar —¿secuestrar?— al niño si nos hubiera pedido que lo sacáramos de allí. ¿Dónde lo habríamos metido? ¿Cómo lo habríamos protegido?

Pero así era Serena. Una tía chulísima. Cariñosa. Empeñada en hacer lo correcto.

El crío dijo:

—Estar aquí es un honor. —Parecía que hubiera ensayado las palabras, sonaba demasiado formal para su edad. Al contrario que yo cuando tenía nueve años y le rogué a mi padre una y otra y otra vez que me dejase volver a territorio vampiro—. Ser la Garantía es un privilegio. —Se dio la vuelta y se marchó.

Yo había cumplido la mayoría de edad y era por fin libre, y decidí no asistir a su ceremonia de investidura.

No es que sea uno de mis recuerdos más significativos. De normal, apenas me viene a la cabeza, pero ahora, tumbada en el armario al atardecer, me pongo a pensar en ello. Tal vez por lo que ocurrió después de que el chavalín se marchase; Serena montó en cólera, dispuesta a prenderle fuego al mundo: a los vampiros, a los humanos y a cualquiera que fuera cómplice del programa de Garantías.

La escuché despotricar sin entender del todo su postura, ya que lo único que sentía yo era resignación. Apenas me quedaba espíritu combativo y no podía permitirme gastar lo poco que aún conservaba en algo imposible e inalterable cuando ya era agotador despertarse cada mañana en un mundo repleto de hostilidad. Su rabia me parecía admirable, pero por aquel entonces no la entendí.

Ahora sí la entiendo. Al contemplar el tenue resplandor que se filtra

en el armario y salpica las paredes, al sentir la fatiga y el dolor que se ha apoderado de mis huesos… ahora entiendo su rabia. Algo debe de haber cambiado en mi interior, aunque creo que sigo siendo una versión bastante fiel de mí misma: agotada, pero furiosa. Y, sobre todo, agradecida de estar viva. Porque tengo un propósito. Algo que me importa. Gente a la que quiero proteger.

«Y necesito saber que te importa algo más que yo en esta puta vida, Misery, sea lo que sea.»

Bueno, Serena, te guste más o menos, sigues formando parte de esto. Pero también está Ana. Y Lowe, que necesita con urgencia que alguien cuide de él. De hecho, debería ir a buscarlo.

Me hacen falta varios intentos para ponerme de pie. No está en su habitación, de manera que me echo una manta sobre los hombros y me dirijo al piso de abajo. El trayecto se me hace cinco veces más largo que de costumbre, pero cuando entro en el salón, veo que está allí, rodeado por más de una decena de personas.

Son todos sus segundos. A algunos los conozco, pero a la mayoría estoy viéndolos por primera vez. Debe de tratarse de una reunión, porque todos andan muy serios y concentrados. Un licántropo muy guapo con el pelo lleno de trencitas pegadas al cuero cabelludo está comentando algo sobre unos suministros. Cuando acaba de dar su explicación, veo que varias personas asienten, pero luego, cuando una voz conocida le pregunta algo sobre el tema, pierdo el hilo de la conversación.

Porque es la voz de Lowe.

El resto de la estancia se desvanece. Me apoyo en el marco de la puerta y contemplo su familiar rostro, las ojeras que se extienden bajo sus ojos claros y la barba de varios días que no se ha molestado en afeitar. Habla de forma paciente y autoritaria, y no puedo evitar permanecer allí, escuchando la cadencia de su profunda voz, aunque no el contenido de sus palabras, mientras el agotamiento que invade mi cuerpo queda por fin mitigado.

Pero entonces deja de hablar. La tensión se apodera de su cuerpo al tiempo que se da la vuelta, dedicándome toda su atención al instante. Los demás se me quedan mirando también, aunque no capto en sus expresiones la desconfianza apenas disimulada que cabría esperar.

—Fuera —ordena Lowe con aire sombrío—. Hablaremos más tarde.

—Ah, sí. —Me ruborizo. Soy perfectamente consciente de que voy medio en bolas y acabo de colarme en una importante reunión de la manada en la que probablemente se esté debatiendo cómo gestionar el continuo enfrentamiento entre los licántropos y los míos—. No pretendía interrumpiros. —Pero cuando los segundos se ponen en pie

y Lowe se aproxima a mí, me percato de que no es a mí a quien está despachando.

Lowe exhibe su habitual forma humana, y yo me pregunto si mi encuentro con el lobo blanco no fue más que una alucinación. Sus segundos pasan por nuestro lado, algunos me saludan con la cabeza, otros me dan una palmadita en la espalda, todos con la mejor de las intenciones. No sé muy bien qué decir hasta que Lowe y yo nos quedamos por fin solos.

—En fin. —Me señalo con una floritura—. Parece que no la he cascado.

Él asiente con seriedad.

—Enhorabuena.

—Muchas gracias. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Cinco días.

Cierro los ojos.

—Madre mía.

—Sí. —Su forma de pronunciar la palabra constituye todo un microcosmos. Quiero explorarlo, pero el ligero estremecimiento de sus dedos me distrae. Es como si estuviera refrenándose para no alargar la mano.

—¿Estamos…? ¿Estáis… en guerra con los vampiros?

Niega con la cabeza.

—Por un pelo. El consejo estaba muy disgustado.

—Ay, qué majos. Seguro que mi padre estaba preocupadísimo, el pobre. —Ni por asomo.

La tensión que adquiere la mandíbula de Lowe me deja claro lo poco sulfurado que se encontraba mi padre.

—En cuanto estuviste fuera de peligro, Averill informó al consejo de que el veneno también era tóxico para los licántropos y que, como lo ingeriste a través de nuestra comida, lo más probable es que tú no fueras el objetivo.

—Ay, hostia. —Escondo el rostro en el marco de la puerta—. ¿Sabe mi padre lo de la crema de cacahuete?

—¿Es eso lo que te preocupa?

—No sé qué dice eso de mí, pero sí. —Suspiro—. ¿El veneno iba dirigido a Ana?

—No lo sabemos con seguridad. Pero es la única de la casa aparte de ti que come crema de cacahuete habitualmente.

Cierro los ojos, demasiado agotada como para lidiar con la rabia que me invade.

—¿Cómo está?

—A salvo. La he mandado fuera.

—¿Adónde? —Caigo en la cuenta de que a lo mejor es un secreto—. Pensándolo bien, no hace falta que me lo digas. Será confidencial.

Él no vacila ni un instante.

—Está con Koen. Y sí, es confidencial. Nadie más lo sabe.

—Ah. —Me masajeo la curva del cuello. Es un nivel de confianza que no alcanzo a comprender. No porque vaya a contárselo a alguien, sino porque él es consciente de que jamás se me ocurriría, ni aunque mi vida dependiera de ello. Ana me importa y él lo sabe—. ¿Fue Emery? ¿Los Leales?

—No lo sé —dice con prudencia—. No se me ocurre nadie más que tenga un motivo, y menos los recursos para llevarlo a cabo.

—¿Pero…?

—Hemos intervenido las comunicaciones de Emery. Hemos descubierto que ella y los suyos fueron los responsables del incendio ocurrido en primavera en uno de los colegios del este, pero no he encontrado ninguna prueba de que esté detrás de lo de Ana. —Aprieta los labios—. A ti también voy a trasladarte.

—¿A trasladarme?

—A territorio vampiro. O humano, si lo prefieres. Quedarte con Koen también sería una posibilidad. Te protegería y a Ana le encantaría que estuvieras allí, y yo me quedaría más tranquilo sabiendo que estáis juntas.

—Lowe. —Me acerco un paso y niego con la cabeza, lo que por lo visto ahora me produce mareos—. No es la primera vez, ni mucho menos, que alguien intenta quitarme de en medio, y no pienso… No quiero marcharme. —¿Por qué iba a hacerlo? Creía que ambos…—. Somos un equipo, ¿no? Además, ¿qué pasaría con el armisticio si me marcho?

—Da igual. Tu padre no tiene por qué enterarse. Yo me ocuparé de todo y me aseguraré de que tengas tanta libertad como…

—*No*.

No me doy cuenta de lo mucho que he gritado hasta que la palabra resuena en la habitación. Durante una fracción de segundo, veo la culpa y la agonía escritas en el rostro de Lowe. Suspira y agacha la cabeza.

—Casi mueres por mi culpa, Misery.

—No es verdad. La culpa es de quien lo hizo y deberíamos averiguar quién fue. Juntos.

—Mi deber es protegerte y fracasé. Ocurrió estando yo presente, a meros centímetros de distancia.

—Mira, una razón muy buena para no marcharme. —Las mejillas se me encienden—. De hecho, deberías estar aún más *cerca* —digo,

flirteando un poco, y se queda tan descolocado como yo.

Da un paso hacia mí, inhalando con brusquedad. Sus palabras conforman un siseo acalorado y apenas audible.

—¿Es que no tienes ni un poco de miedo, joder?

—No.

—Pues yo tengo de sobra por los dos. —Tensa la mandíbula y la densa intensidad de su furia se apodera del espacio que nos separa—. ¿Cómo estás? —pregunta al cabo de un momento, con la voz más tranquila de nuevo. El cambio es tan repentino, que me mareo aún más.

—¿Un poco sucia? —Me encojo de hombros—. Me extraña que no haya moscas zumbando a mi alrededor, pero mejor que no, porque se me pegarían a la piel.

—Sudaste las sábanas varias veces.

Toda una proeza, teniendo en cuenta que los vampiros apenas tenemos glándulas sudoríparas.

—¿Me las cambió el doctor Averill?

—No, yo.

—Ah.

—Juno me echó una mano. A veces. Cuando fui capaz de permitírselo. En cuanto me hube calmado. —Se pasa la mano por la cara—. Es algo que me cuesta.

—¿El qué?

—Verte de esa forma. Dejar que otra persona te toque cuando estás herida o enferma o simplemente… La segunda parte de la frase sobra, en realidad. Dejar que otra persona te toque me resulta… —Se frota la boca con el dorso de la mano. Al principio, no acabo de pillarlo…, pero luego sí, cuando dice—: Ya no sé en quién puedo confiar.

—Ah.

—No dejaré que te…

Alargo los brazos y le agarro los hombros.

—Lowe, no es cuestión de dejar o no dejar. Y puedes confiar *en mí*. —Le sonrío—. Por favor. Voy a quedarme y voy a ayudar y voy a… —Respiro hondo.

No. *Dios, no.*

—Ducharme. Voy a darme una ducha. No me había dado cuenta del tufo que desprendo. Me doy asco.

Me estudia, sin duda preparando más réplicas, haciendo una lista de todos los argumentos con los que va a acribillarme para que me marche. Pero estos nunca llegan. En cambio, en su boca se dibuja una ligera sonrisa y, acto seguido, me levanta del suelo, colocándome un brazo tras la espalda y otro detrás de las rodillas.

—¿Qué estás…? ¿Pero qué pasa?

—Es verdad que te hace falta un agua —coincide mientras me saca del salón.

—¿Vas a darme un manguerazo en el jardín?

—Ya veremos.

Pero me lleva al cuarto de baño, me deja sobre la encimera de mármol y prepara un baño. No estoy tan débil como para no poder preparármelo yo misma, pero disfruto contemplando sus gráciles movimientos, la hipnótica contracción de los músculos por debajo de su camiseta mientras se agacha para llenar la bañera. El nivel del agua sube lentamente y él comprueba la temperatura con los dedos. Pienso en Owen, la única persona a la que puede haberle afectado el hecho de que haya estado al borde de la muerte. Debería llamarlo y preguntarle por la compañera de Lowe. Debe de haberlo pasado fatal, puesto que, al ser la Garantía de los licántropos, mi muerte habría supuesto la suya. Seguro que Lowe era perfectamente consciente de este hecho y temía por la seguridad de su compañera.

Pero también creo que se preocupa por mí. Y mucho.

Coge un frasco de lavanda del estante. No percibo el aroma, pero, a medida que el vapor se extiende por el baño, el aire caliente me invade los pulmones. Puede que yo no sea la persona para la que Lowe está hecho, pero eso no significa que no haya *algo* entre nosotros. Y he tenido tan pocas cosas a lo largo de mi vida, que poseo la suficiente sensatez como para no exigirle una entrega total. Sé apañármelas con lo que haya.

—Ya está lista —dice con su voz profunda y cotidiana.

Es como un sueño, pero estamos en el mismo punto: me pongo de pie y me suelto el pelo, pasándome la mano por la melena hasta que esta cae sobre mis hombros. Me quito todo lo demás y me quedo desnuda; tengo la piel pálida, fría y algo pegajosa.

¿Debería estar nerviosa? Porque no lo estoy. Y Lowe… No tengo muy claro lo que siente él. Desde luego no finge desinterés, pues me mira hasta hartarse, recorriendo más de una vez cada una de mis curvas, dejando traslucir muy poco, pero sin ocultar nada. No tengo el cuerpo de una licántropa. No estoy tonificada ni tengo los músculos definidos. O bien Lowe ya se lo imaginaba o no le importa. La mirada se le torna vidriosa cuando doy un paso adelante, y, cuando me ofrece la mano, se la cojo. Estoy algo amodorrada y noto las rodillas flojas. Me mete en la bañera.

—Qué bien sienta esto —digo entre suspiros en cuanto estoy dentro. Me inclino hacia delante y apoyo la frente en las rodillas, dejando que el pelo flote a mi alrededor.

—Pues sí. —No está dentro de la bañera, pero quizá se refiere a la delicada calidez de este acuerdo tácito. Al momento que estamos compartiendo. Coge un paño del estante y lo sumerge en el agua.

Me lo pasa con delicadeza por la nuca.

—Así que eres uno de esos.

—¿De quienes?

—De los que usan paños.

Percibo la sonrisa en su voz.

—Si tienes esponja…

—Uso la mano —propongo.

Porque es una proposición en toda regla. Una petición, diría yo. Pero él guarda silencio y pasa a mis brazos, comenzando por el hombro. Las manos le tiemblan ligeramente. Puede que esté más tenso que yo.

—Me ha parecido que era demasiado atrevido —admite finalmente. Un tono aceitunado le tiñe los pómulos y tiene la voz ronca. Se abre camino pacientemente hasta mi tobillo y, luego, sube poco a poco por mi pierna.

Decido coger el toro por los cuernos. Le agarro la mano y le acaricio los nudillos con el pulgar, uno por uno, y en cuanto baja la guardia, le quito el paño y lo dejo flotar. *Sé* que quiere tocarme. *Sé* que no me lo va a pedir. *Sé* que necesita que tome yo la iniciativa: que vuelva a colocarle la mano en mi pierna, esta vez sin ninguna barrera de por medio.

La respiración se le entrecorta y luego se le acelera. La mandíbula se le mueve, como si se estuviera mordiendo el interior de la boca. La piel de mi muslo reluce bajo su atenta mirada y se le tensan los dedos en torno a mi carne, a un paso de algo maravilloso, de algo que ambos deseamos.

Pero Lowe se quita la idea de la cabeza. Cierra los ojos y se levanta para pasar a ocuparse de mi espalda.

Reprimo un gemido.

—Cobarde —susurro de buen humor.

Como venganza, se inclina para besarme el cogote del mismo modo que hizo en el avión: chupando, lamiendo y dándome mordisquitos suaves. Una forma sutil de recordarme que es diferente a mí, que pertenece a otra especie. Si queremos hacer esto, habrá que ver cómo resolvemos el asunto.

—¿Tú…? ¿Cómo mantienen relaciones sexuales los licántropos?

Se ríe suavemente contra mi piel, pero noto cierta tensión en su voz.

—¿Estás preocupada?

Echo la cabeza hacia atrás.

—¿Debería?

Me masajea el esternón.

—Jamás te haré daño.

—Ya lo sé. No sé por qué he dicho eso. —Cierro los ojos y él se toma la invitación como lo que es.

Me pierdo en sus caricias, preguntándome cómo algo tan sencillo puede hacerme sentir tan bien. Se detiene en mis pechos y alrededor de mis caderas, pero también en el resto del cuerpo. En todas las curvas y ángulos, en todas las partes suaves y vulnerables. La piel me hormiguea, presa de una sensación de placer desconocida. Lowe es de lo más meticuloso: da con los puntos que quiere explorar y reduce el ritmo. Oigo cómo se le acelera la respiración, intercalada por suaves murmullos de aprobación. Se toma las cosas con calma y no pasa a la siguiente zona hasta haber quedado satisfecho con la anterior.

Aunque no hay duda del carácter sexual de lo que estamos haciendo, no se limita solo a eso. Lowe está descubriéndome. Cartografiándome. Apaciguándome y, al mismo tiempo, prendiendo una llama en mi interior.

—Eres preciosa —susurra, más un comentario distraído que una declaración, y, de pronto, ya no puedo soportarlo más. Con los ojos cerrados, le busco la mano por debajo del agua. Entrelazo nuestros dedos y los guío hasta el interior de mi muslo. Se trata de una súplica muda.

—Es que estoy tan cansada… —digo con un suspiro—. Y tengo muchas ganas.

—Dios santo, Misery. —Percibo en sus latidos que se muere por hacerlo. Y, aun así, está a un paso de preguntarme si de verdad estoy segura, y yo voy a echarme a reír. O a proferir un gruñido.

—Lowe. ¿Me ayudas? ¿Por favor?

Profiere un «joder» en voz baja y asombrada, pero sus dedos se desplazan al punto donde necesito que estén. Apenas me roza los labios con los nudillos, pero yo siseo de placer al tiempo que él inhala bruscamente. Nuestros resuellos se entremezclan en el baño.

—Vale. —Un sonido gutural le brota desde el fondo del pecho—. Vale.

Me acaricia el clítoris con la yema del pulgar, con movimientos cálidos y rítmicos. Se lame los labios y dice:

—¿Así? —Es tanto una pregunta como un gruñido.

Asiento. No es como lo haría yo, aunque, de algún modo, me gusta aún más. Ambos exhibimos algo de torpeza, pero él acaba descubriendo dónde tiene que tocarme. Durante cuánto tiempo. Con

cuánta intensidad.

—Sí. —Me muerdo el labio inferior, con los colmillos a la vista, y me aprieto contra él.

—La noche que nos conocimos, cuando te vi bajar las escaleras del entresuelo —dice entre gemidos contra mi hombro— pensé en hacer esto.

Debemos de ser compatibles a un nivel espectacular, porque siento cada caricia de sus dedos en el fondo del alma que en teoría no tengo.

—¿Sí? —La ardiente y cada vez más intensa sensación que noto en el vientre se convierte en una maraña de calor. Me retuerzo y arqueo la espalda. El aire frío me acaricia los pezones húmedos.

—Parecías estar helada con ese mono que llevabas. —Me succiona el mismo punto con el que se obcecó en casa de Emery—. Estabas preciosa e irradiabas determinación, pero, joder, se te veía tan sola…

Me restriego contra su mano, gimiendo sin ningún pudor ante la sensación de vacío e hinchazón que noto en mi interior, aferrándome a ciegas con ambas manos a su musculoso brazo.

—Pensé en sacarte de allí. Pensé en buscarte una manta. —Desliza el dedo índice en mi interior y, tras acostumbrarme a la sensación durante un breve instante, embisto—. Pensé en hacerte llegar al orgasmo con mi boca, hasta que no pudieras soportarlo más.

Una oleada de placer estalla en mi interior como si de fuegos artificiales se tratase, un fogonazo de calor y alivio. Me contraigo en torno a su mano, acurrucándome en su brazo, sin dejar de temblar. Un grito bulle en mi garganta, pero yo lo reprimo con un leve gemido y entonces todo se vuelve un batiburrillo de latidos acelerados y resuellos entrecortados. Lowe me mira fijamente con los labios entreabiertos mientras la nuez le sube y le baja. Sus ojos claros se clavan en los míos y…

Dejo escapar una risa gutural y áspera.

—¿Qué? —parece estar sin aliento. Al borde de un punto de inflexión. Sigo retorciéndome sobre su mano y él contempla cómo el agua se agita en torno a mis pezones duros mientras se lame los labios.

—Es solo que… —Carraspeo, sin dejar de reírme—. ¿Podemos besarnos?

—¿Qué?

—Aún no nos hemos besado y estaría bien que lo hiciéramos. En algún momento.

—En algún momento —repite, aturdido. Saca la mano y la apoya en la parte interior del muslo; la mano le vibra de tanto contenerse.

—Ahora, si te apetece. Aunque me preocupa un poco.

Frunce el ceño.

—¿Te preocupa?

—Por mis colmillos. ¿Y si te corto? ¿O te muerdo los labios sin querer?

—Ya me has mordido una vez. Y no me pareció mal. —Se inclina hacia delante, impaciente—. Ahora tampoco.

El beso no sale bien de inmediato. Mi nariz choca con la suya, ladeo la cabeza demasiado rápido y las manos se me deslizan por el borde resbaladizo de la bañera.

—Misery —murmura pegado a la comisura de mi boca, pues, de algún modo, sus labios han aterrizado ahí. Mi falta de habilidades parece provocarle más júbilo que consternación.

Pero entonces le cogemos el truco, y madre mía.

Es un beso caótico. Asombrosa e instantáneamente *bueno*. Yo procuro ir con cuidado para no hacerle daño, pero Lowe se deja llevar por completo. Desesperado. Es el que toma la iniciativa, el que mordisquea, lame y succiona con fuerza. Me inclina la mandíbula hacia arriba con el pulgar y, en cuanto está satisfecho con mi posición, me agarra el cuello con su enorme palma. Es un beso tremendamente intenso y rápido, y yo me entrego a él, al modo indecente con que me ladea la cabeza, como si quisiera saborearme desde cada ángulo.

Me aparto un poco para recuperar el aliento. Pero solo me concede un segundo antes de exigirme más. Me lame los colmillos y yo noto la sensación en el fondo de las entrañas. Su deseo estalla entre nosotros, anhelante, frustrado. Quiero hacer algo al respecto.

Quiero hacer algo por él.

—Lowe —murmuro pegada a su boca, y me obligo a ponerme en pie. El agua tibia se desliza sobre mi piel y él sigue el recorrido de cada gota. Se inclina hacia delante y posa los labios en la suave piel de debajo de mi ombligo antes de incorporarse para secarme con una toalla.

Tiene mojada la parte delantera de la camisa. Tengo las pestañas apelmazadas, perladas de agua, y él me retira las gotas de los ojos con besos.

—Tuve mucho miedo. —Sus palabras brotan como si de una confesión se tratara—. Te desmayaste en mis brazos y me acojoné.

Asiento.

—Yo también.

Tiene los ojos más pálidos que nunca.

—Ven aquí.

Vuelve a cogerme en brazos y a mí me entran ganas de recordarle que no estoy desvalida, pero creo que lo hace más por él que por mí,

de manera que entierro el rostro en su cuello y, movida por el instinto, le lamo las glándulas de las que me habló.

Se estremece de arriba abajo y entonces llegamos a mi habitación. Creía que acabaríamos sobre el colchón, pero Lowe me deja sobre el montón de mantas y almohadas que tengo en el armario y, acto seguido, se echa hacia atrás.

—¿Lowe?

Su voz suena áspera y grave.

—Hueles como si acabaras de correrte.

Me lo quedo mirando, muda ante su franqueza. Sí que acabo de correrme.

—Y necesito comértelo.

Ya lo creo.

—Em… ¿vale?

—Es algo que nos va a los licántropos —explica, casi disculpándose.

Asiento y, cuando se inclina para mordisquearme el hueso de la cadera, cierro los ojos y me entrego de buen grado a todo: a la forma en que los músculos de los muslos se me estiran cuando él me los separa, a su resuello entrecortado mientras me contempla y sigue contemplándome y me contempla un poco más, a su gemido ronco y, finalmente, al contacto de su boca.

Su forma de lamer y succionar tiene algo de suplicante, como si no tuviera del todo el control, y cuando el placer comienza a burbujear de nuevo en mi estómago, me retuerzo contra sus labios y le doy lo que quiere. Le paso los dedos por el pelo, pero me coge las manos, aferrándome ambas muñecas con sus largos dedos, y me las sujeta a un costado.

—No te muevas —me ordena, y el hecho de verme inmovilizada debe de gustarle, porque baja el otro brazo por su cuerpo hasta que desaparece; los rítmicos movimientos de su fibroso hombro resultan hipnóticos. Se está tocando porque lo que me está haciendo lo excita, y solo de pensarlo noto el vientre enardecido.

—No puedo —siseo, arqueándome aún más contra él.

—Shhh.

Mi cerebro es incapaz de asimilar lo mucho que Lowe parece estar disfrutando esto, los sonidos que profiere, la avidez con la que me besa el clítoris y la entrada de la vagina, el dulce roce de su barba contra el pliegue de mi muslo. Estoy totalmente desorientada. Y consiguiendo que a él le pase lo mismo.

—Eres de otro mundo, joder —dice, y cuando desliza un dedo en mi interior, noto que me contraigo a su alrededor.

No creo que Lowe sea alguien con poca experiencia, pero sus

movimientos desprenden cierta torpeza, resultan más entusiastas que hábiles, y es *perfecto*. Tengo los labios mayores hinchados; él me los muerde con suavidad, haciendo que me estremezca, y, acto seguido, mitiga el escozor con la lengua. Cuando un fogonazo de calor me sube por el pecho, cuando la tensión se arremolina y me retuerzo, él me coloca un brazo sobre el hueso de la cadera para sujetarme. Eso es lo que provoca que las piernas me tiemblen y que los pezones me duelan mientras me corro con fuerza: la presencia de Lowe a mi alrededor, ocupando cada molécula de aire.

En cuanto las convulsiones se han apoderado de mí, Lowe gime pegado a mi coño y deja escapar en voz baja un: «Me voy a…». Me agarra los muslos con más fuerza, casi hasta hacerme daño. Sacude las caderas y yo le clavo los talones en los hombros mientras una oleada de placer vuelve a inundarme de nuevo.

Probablemente pierdo el conocimiento unos instantes, porque cuando todo pasa, me encuentro a Lowe abrazado a mí, aún empalmado y clavándome la erección en la cadera. Tiene los vaqueros calientes y pegajosos. Me acerca la cabeza a su cuello y siento sus latidos en la parte posterior de la lengua.

—Creo que no voy a dejarte salir del armario jamás —dice con la voz ronca y sin aliento.

Me acurruco más contra él.

—Me parece genial. —Le rozo la vena del cuello con los colmillos hasta que lo oigo gruñir. Le busco el botón de los vaqueros, forcejeo con él y, cuando casi he conseguido abrirlo, le suena el móvil.

Suelto un gemido de decepción. Lowe se agarra a mi cadera con fuerza y me da un segundo apretón antes de soltarme. Su cuerpo rezuma tensión al tiempo que se separa de mí, frustrado. Tras comprobar la pantalla, lanza un profundo suspiro y me pasa el móvil con las manos temblorosas.

Cojo la toalla que he dejado tirada por el suelo para cubrirme e intento no prestar atención a las profundas inspiraciones de Lowe, que intenta serenarse.

—Enhorabuena por sobrevivir al primer atentado contra tu vida. —El seco comentario de Owen es tan objetivamente inexacto que estoy a nada de colgarle.

—¿Al *primero?* ¿Perdona?

Pone los ojos en blanco.

—Me refería al primero de tu periodo actual como Garantía. Te pido disculpas. Permíteme reformular la frase: ¿te avisé o no te avisé de que esto pasaría? Tienes que volver a casa a la de ya, joder.

—A casa. —Tamborileo con los dedos contra la barbilla—. ¿Con los

mismos que me largaron dos veces a territorio enemigo, quieres decir?

—Técnicamente te mandaron a territorio *aliado*. Y casi te matan, así que mueve el culo y vente de una vez.

Abro la boca para preguntarle si por casualidad nuestro padre ha muerto y ahora es él el consejero, pero la cierro cuando Lowe se asoma a la pantalla.

—Su seguridad es prioritaria para mí —le dice a Owen de forma solemne.

Mi hermano se fija en mis hombros desnudos, en el torso de Lowe, que parece salido de un concurso de míster camiseta mojada, y en el rubor que nos tiñe las mejillas a ambos y dice:

—Estáis dándole al folleteo como locos, eh.

No es una pregunta. Me vuelvo para mirar a Lowe, que a su vez se vuelve para mirarme a mí. Y ambos nos despistamos un poco con el intercambio de miradas.

Aún no, pienso.

Ojalá, parece decir él.

Igual podríamos…

—Haced el favor de no follaros con la mirada delante de mí. Esto es incesto. Zoofilia, como poco. Misery. —Owen pasa a hablar en la lengua—. *Tengo que contarte algo sobre tu amiga…*

—No hace falta que me lo digas en la lengua —interrumpo.

Me lanza una mirada incrédula y sus ojos revolotean entre Lowe y yo.

—Me está ayudando a buscar a Serena —explico.

—Te está *ayudando*.

—Sip.

Vuelve a poner los ojos en blanco.

—Alguien allanó el piso de tu amiga hace tres días.

—¿Qué? —Me inclino hacia delante—. ¿Quién?

—No estoy seguro, porque el responsable manipuló las cámaras de vigilancia del edificio. Pero les he pedido a unos amigos que comprueben fuentes alternativas.

—¿Cómo cuáles?

—Las imágenes de las cámaras de seguridad de los edificios colindantes.

—¿Se llevaron algo? —pregunta Lowe.

—Teniendo en cuenta el estado en el que dejaron el piso es difícil saberlo.

Me masajeo la sien, preguntándome por enésima vez en qué puñetas acabó metida Serena.

—Y eso no es todo —añade Owen—. Hay algo más, pero no puedo

comentarlo por teléfono, así que tendremos que vernos en persona.

Miro a Lowe.

—¿Podemos organizar una reunión?

—Sí, dame unas cuantas horas.

—Muy bien. —Le dirige a Lowe un asentimiento de cabeza y luego vuelve a cambiar a la lengua—. *Me alegro de no haberte perdido*. —Me mira a los ojos y casi me creo que lo dice en serio. Cuando me fijo en las arrugas que le surcan las comisuras de la boca, pienso que el aire que irradia en estos momentos mi hermano, que de normal es un viva la vida, es idéntico al de Lowe: cansado. Preocupado. Apesadumbrado.

—*Me alegro de que no me hayas perdido* —respondo. Puede que jamás nos hayamos mostrado tan vulnerables con el otro. El matrimonio me ha ablandado a base de bien.

—Y sea cual sea el rollo que os traéis los dos, desquitaos con unos cuantos polvos y olvidaos del asunto antes de que alguien se entere. —Cuelga y yo me vuelvo hacia Lowe de inmediato.

—¿De verdad vamos a hacerlo? —pregunto.

La mirada se le oscurece al instante. Mueve los labios de forma ininteligible unos instantes.

—No sabes la de cosas que quiero…

—Me refiero a si vamos a vernos con él.

—Ah. —Carraspea—. En cuanto pueda organizarlo.

Asiento agradecida.

—Gracias. Em… sobre lo otro, yo también…

El móvil vuelve a sonarle. Contesta con un lacónico: «Lowe», y rompe el contacto visual conmigo, cosa que le cuesta horrores.

—Sí, claro. Yo me encargo.

Vuelve a meterse el móvil en el bolsillo y permanece conmigo en el suelo del armario unos instantes más.

—Asuntos de la manada; tengo que irme. Aunque antes debería cambiarme. No tardaré en volver.

—Vale, supongo que yo estaré por aquí. —No sé muy bien qué decir. Lo que ha pasado en la última hora está empezando a tomar más consistencia poco a poco. Tornándose algo más palpable e incómodo.

Creo que quiere quedarse.

Creo que quiero que se quede.

—Pórtate bien —dice mientras se pone de pie.

Y entonces vuelve a agacharse de inmediato y me da un beso en la frente.

CAPÍTULO 22

Ella le ha devuelto las ganas de dibujar.

Debo de haberme quedado dormida otra vez, porque cuando abro los ojos es casi medianoche. Ponerme una camiseta y unas mallas constituye una hazaña digna de mil ejércitos y me cuesta horrores. Hace una semana que no me alimento y mi cuerpo debe de haberse recuperado lo suficiente como para exigir sustento, porque unos dolorosos retortijones se apoderan de mi estómago.

Me tambaleo escaleras abajo, intentando recordar si alguna vez he pasado tantos días sin beber sangre. Lo más cerca fue cuando me mudé de nuevo a territorio humano, antes de que Serena me encontrase un vendedor clandestino que pudiera permitirme. Para cuando me hice con una bolsita, habían pasado tres días y me sentía como si mis órganos internos estuvieran poniéndose las botas con ellos mismos.

Tal vez sea porque el cuerpo ya no me da para más, pero entro a trompicones en la cocina y al principio ni siquiera me percato de la presencia de Lowe y de Alex. Al verlos me quedo tiesa, igual que un cervatillo asustado, preguntándome por qué están con el morro pegado a un ordenador. Es un poco tarde para andar de reuniones.

—¿Le ha pasado algo a Ana? —pregunto, y ambos levantan la vista de la pantalla sorprendidos.

—Ana está bien.

Me relajo. Y luego vuelvo a ponerme en tensión.

—¿Owen ha dado con las imágenes de las cámaras?

Lowe niega con la cabeza.

—Tenéis una cara muy larga, así que… Espera, Alex, ¿qué…?

Alex se ha levantado de la silla y me está *abrazando*.

Esto es una pesadilla. Al final resultará que los vampiros si pueden soñar.

—Gracias —dice—. Por lo que hiciste por Ana.

—¿Qué hice por…? Ah. —Esto es raro de cojones—. Oye, no ingerí

el veneno a posta para protegerla, lo sabes, ¿no? Lo que pasa es que, por desgracia, los cacahuetes me pirran.

—Pero lo habrías hecho —murmura contra mi pelo.

—¿El qué?

—Protegerla.

Lo empujo con suavidad, demasiado hambrienta como para ponerme a discutir con él si soy buena persona o no. Creo que me cae mejor cuando me tiene miedo.

—Oye, tengo que alimentarme antes de que me dé por comerme uno de los peluches de Ana o… —Ahogo un grito—. Mierda.

—¿Qué?

—Mierda, mierda, mierda. Chispitas. El puto gato de Serena. ¡Me había olvidado de él! ¿Alguien le ha dado de comer? ¿Está fiambre? —¿Cuánto tiempo pueden pasar los gatos sin comer? ¿Una hora? ¿Un mes?

—Está con Ana —me informa Lowe.

—Ah. —Me llevo la palma al pecho—. Tendréis que devolvérmelo si…, cuando encuentre a Serena. Aunque a estas alturas lleva más tiempo con Ana. —Saco una bolsa de la nevera—. A lo mejor pueden compartir la custodia o algo…

—Misery, lo he conseguido —me dice Alex emocionado—. ¡Serena Paris!

—¿¡Has encontrado a Serena!?

—No, pero he descubierto algo que la relaciona con todo esto. —Me guía hasta la mesa y ambos tomamos asiento junto a Lowe—. ¿Te acuerdas de la búsqueda en la que estábamos trabajando antes de que tú…? —Me hace un gesto.

—¿Antes de que casi la espichara?

—Sí. Seguí investigando por mi cuenta mientras tú estabas…

—¿Casi espichándola?

—Y resultó ser complicado de narices. Tan complicado que pensé que íbamos por el buen camino.

—¿En qué sentido?

—Las identidades de los trabajadores de la Agencia Humanolicántropa no aparecían por ningún lado, algo bastante inusual para esa clase de funcionarios públicos. —Miro a Lowe, que me devuelve la mirada tranquilamente. Él ya está al tanto—. De manera que escarbé… un poco más, por así decirlo. Y acabé descubriendo una lista con un nombre muy familiar.

—¿Qué nombre?

—Thomas Jalakas. Era el interventor…

—… humano de las cuentas del Estado. —Asiento lentamente. No

sé muy bien lo que significa, pero sé que tiene que ver con finanzas y economía porque—: Serena se puso en contacto con su oficina por un artículo que estaba escribiendo. Y luego se reunió con él en persona.

—Exacto. Lo entrevistó, aunque el artículo no llegó a publicarse.

—Pero comprobé el historial de este hombre. Investigué a todas las personas con las que había hablado Serena… y no encontré nada que lo relacionase con la Agencia Humanolicántropa.

—*Precisamente*. Su currículum está por todas partes, pero en ningún sitio se menciona que hace ocho años estuvo trabajando once meses en la Agencia.

La cabeza me da vueltas. Me tapo la boca.

—En fin —añade Alex—, ninguno de los dos soltáis prenda con el tema y no entiendo muy bien qué significa todo esto, pero si me explicáis *por qué* estoy investigando a este tío, podría…

—Alex —lo interrumpe Lowe con suavidad—. Se hace tarde, deberías marcharte a casa.

Alex se vuelve hacia él con los ojos como platos.

—Has hecho un trabajo fantástico, buenas noches.

Alex vacila apenas una fracción de segundo. Se pone en pie, inclina la cabeza una vez y me da una palmada en el hombro al salir. Lowe no aparta la mirada de mí en ningún momento, pero yo espero a que la puerta de la cocina se cierre del todo antes de decir:

—Thomas Jalakas debe de ser el padre de Ana. Es decir, ¿podría ser una coincidencia?

—Sí.

Resoplo, burlona.

—Vale, pero ¿lo es?

Niega con la cabeza.

—No lo creo, no. —Abre una de las pestañas del navegador y me enseña una foto—. Este es Thomas.

—Hostia puta. —Contemplo su amplia boca. Su mandíbula cuadrada. Los hoyuelos. El parecido con Ana es innegable—. Eso significa que Serena se reunió con el padre de Ana… y yo ni me pispé porque supuse que fue para hablar de asuntos financieros.

Lowe asiente.

—Tuvo que ser él quien le contó lo de Ana. Tenemos que hablar con él.

—No podemos.

—¿Por qué? Yo puedo hacer que cante. Si me ayudas, podría subyugarlo y…

—Está muerto, Misery.

Una sensación de espanto me recorre la columna.

—¿Cuándo?

—Dos semanas después de que Serena desapareciera. Un accidente de coche.

Capto de inmediato las implicaciones de sus palabras. La muy zopenca acabó envuelta en algo increíblemente peligroso. Y la otra persona que se vio involucrada ahora está muerta, lo que…

—Misery. —Lowe me cubre la mano con la suya, grande y cálida—. No creo que signifique que esté muerta.

Es justo lo que necesitaba oír. Le ruego en silencio que siga hablando.

—No creo ni por asomo que se trate de una coincidencia, pero quienquiera que se deshiciera de él tenía los recursos necesarios para que pareciera un accidente. Con Serena habrían hecho lo mismo para evitar dejar cabos sueltos.

Contemplo sus fuertes dedos y sopeso sus palabras. Puede. Sí. Tiene bastante sentido. Al menos, me brinda algo de esperanza.

—Aunque no podamos hablar con él, sí deberíamos ponernos en contacto con sus ayudantes, sus compañeros, su predecesor, con alguien que…

—El gobernador Davenport.

Levanto la mirada. La expresión de Lowe refleja calma. Concentración.

—¿Qué?

—El gobernador Davenport fue quien colocó a Thomas Jalakas. Tanto en la Agencia Humanolicántropa como en su último puesto.

—Es… ¿Tiene siquiera sentido desde un punto de vista laboral? ¿Es normal pasar de una agencia que se encarga de las relaciones entre especies a un departamento financiero enorme?

—Excelente pregunta. —Lowe aparta la mano. El frescor nocturno me asalta de golpe—. Deberías hacérsela al gobernador Davenport mañana, mientras cenamos en su casa.

Me quedo boquiabierta.

—¿Cuándo has conseguido que nos invite a cenar?

—Hace tres horas, cuando Alex me ha informado del asunto.

—Qué rapidez.

—Soy el alfa de la manada suroeste —me recuerda, con un poco de sorna—. *Algo* de influencia sí tengo.

—Ya veo. —Suelto una carcajada incrédula. Podría estamparle un morreo. *Quiero* estamparle un morreo—. ¿Qué le has dicho?

—Que queremos darle un regalo. Por habernos permitido celebrar nuestra boda en su territorio.

—¿Y se lo ha tragado?

—Es idiota y, por lo visto, a los humanos les encanta recibir regalos de agradecimiento. —Se encoge de hombros—. Lo he leído en internet.

—Caray, has sido capaz de abrir el navegador tú solito y to…

Me hace callar poniéndome el pulgar en los labios.

—Sé que puedes luchar. Sé que te las has apañado sola desde que eras una cría. Sé que no formas parte de mi manada, ni eres mi mujer de verdad ni mi… Pero no hay ni una sola parte de mí que quiera meterte en territorio enemigo, y menos cuando hace apenas unos días casi te matan en el mío. Así que, por mi propia tranquilidad, haz el favor de llevar cuidado mañana.

Asiento con la cabeza, intentando no pensar en si alguna otra persona se ha preocupado nunca tanto por mi seguridad como él. La respuesta me dejaría demasiado depre.

—Lowe, gracias. Hacía mucho que no conseguía una pista sobre Serena y… —El estómago me ruge, lo que me recuerda por qué había bajado a la cocina.

Mi organismo se está devorando a sí mismo poco a poco.

—Perdona. —Me levanto y cojo la bolsa que me había dejado en la encimera—. Sé que estábamos compartiendo un momento superbonito de gratitud y arcoíris, pero de verdad que necesito alimentarme. Será solo…

Lowe se sitúa de pronto detrás de mí. Me coge la mano para detenerme.

—¿Qué…?

—No quiero que te bebas eso.

Miro la bolsa.

—Está sellada. No pueden haberla envenenado. Además, cuando la sangre tiene algo raro, lo noto.

—Esa no es la razón.

Ladeo la cabeza, confundida.

—Úsame a mí.

Al principio no lo pillo. Pero luego sí, y todo mi cuerpo se convierte en lava. Se endurece hasta tornarse de plomo.

—Ah, no. —Estoy acalorada. Más que después de alimentarme. Más que cuando me atiborro de sangre—. No tienes que…

—Pero quiero hacerlo. —Es tan sincero. Y joven. Y jamás lo había visto tan lanzado, y eso que normalmente ya lo es bastante—. Quiero hacerlo —repite, aún más resuelto.

La hostia.

—Hablé con Owen. Antes de que me envenenaran.

Lowe asiente. Me mira impaciente.

—Creo que no debería haberme alimentado de ti.

—¿Por qué?

—Dijo que dos personas no deberían hacer algo así a menos que estén…

Lowe asiente como si lo entendiera. Pero luego se lame los labios.

—¿Y tú y yo no estamos…? —Tiene tantas ganas de saberlo que es como si me inyectaran electricidad en las terminaciones nerviosas.

Pienso en los últimos días. En cómo ha ido aumentando el nivel de intimidad entre nosotros. Sí, Lowe y yo *estamos*. Pero…

—Es algo que va más allá del sexo. Alimentarse de alguien durante un periodo prolongado de tiempo genera vínculos con la otra persona y entreteje la vida de ambas. Es algo que solo hacen aquellos que sienten gran afecto mutuo o pretenden desarrollarlo.

Lowe escucha con atención, sin apartar la mirada en ningún momento. Cuando me pregunta: «¿Y en nuestro caso no es así?», es como si un cuchillo me atravesara el corazón.

—Pues… —Un dolor hueco y desgarrador me inunda el estómago —. ¿Lo es?

Guarda silencio. Como si él ya tuviera su respuesta, pero estuviese dispuesto a esperar a que yo encontrara cuál es la mía.

—Es que sería distinto a lo que hemos hecho hasta ahora. No es solo sexo o pasárselo bien un rato. Si nos acostumbramos a hacerlo, a la larga podría tener… consecuencias.

—Misery. —Su voz es suave. Ligeramente divertida. Su mirada tiene un brillo solemne—. Nosotros *somos* las consecuencias.

El problema es que esto no puede acabar bien. Ni siquiera sé con seguridad si estoy *preparada* para exigirle a alguien amor y devoción incondicionales, y Lowe ya tiene el corazón ocupado. Y considerar lo que hay entre nosotros como algo más que la cercanía obligada de dos personas unidas por culpa de un torbellino de maquinaciones políticas es una insensatez.

Siempre ha habido algo o *alguien* más importante que yo, nunca he sido más que un instrumento para alcanzar un fin, y lo tengo asumido. No le guardo rencor a mi padre por considerar más importante el bienestar de los vampiros que mi seguridad, ni a Owen porque lo eligiera como sucesor a él, ni a Serena por valorar su libertad por encima de mi compañía. Puede que jamás haya sido la prioridad de nadie, pero no soy tan insensata como para pasarme la vida lamentándome.

Pero con Lowe la cosa cambia, porque él es distinto. Jamás me trata como si fuera la segundona, pese a que sé que lo soy. Sé que acabaría poniéndome celosa, sintiendo envidia. Codiciando lo que no

puede darme. El dolor de ser algo meramente secundario para él podría volverse insoportable en un abrir y cerrar de ojos. Por no mencionar que si…, cuando, joder, *cuando* encuentre a Serena, voy a tener que tomar ciertas decisiones.

—Misery —dice pacientemente. Siempre desprende una mezcla de paciencia e impaciencia a la vez. Me doy cuenta de que me ofrece la mano. Está extendida, esperándome, y…

Esto no puede acabar bien. Y, sin embargo, creo que a lo mejor Lowe tiene razón. Ni el uno ni el otro podemos evitar ya lo que hay entre nosotros.

Sonrío. Su calidez está teñida de una intensa melancolía. Esto no va a acabar bien, pero la mayoría de las cosas jamás acaban bien. ¿Por qué privarnos entonces de lo que deseamos?

—¿Sí? —Le cojo la mano y percibo su sorpresa cuando deslizo los dedos más allá de sus nudillos y los cierro en torno a su muñeca. Le agarro la palma de la mano entre las mías y le doy la vuelta. Me gusta explorar la carne que la conforma, llena de callos y cicatrices que salpican su áspera piel.

Una mano grande, capaz e intrépida.

Me la llevo a los labios y la beso con suavidad. La recorro cuidadosamente con los dientes, lo que provoca que se le cierren los ojos. Farfulla unas cuantas palabras, pero soy incapaz de distinguirlas.

—Si lo hago —digo pegada a su piel—, mejor que no sea en el cuello.

—¿Por qué?

—Podría dejarte una marca. La gente se daría cuenta.

Abre los ojos de golpe.

—¿Crees que me importaría?

—No lo sé —miento. Dudo que a Lowe le importe lo que los demás piensen de él.

—Puedes hacerme lo que quieras —dice, y me da la sensación de que no solo se refiere a su sangre.

Le rozo la muñeca con los colmillos. Me provoco a mí misma tanto como a él.

—¿Estás seguro? —Permanezco a unos milímetros de distancia, preocupada porque no me guste tanto como la primera vez. Puede que haya idealizado el recuerdo y su sabor sea idéntico al de todas las bolsas que he tomado en la vida: aceptable, anodino.

—Por favor —ruega en voz baja, anhelante, y yo le hundo los dientes en la vena.

La espera hasta que la sangre me alcanza la lengua se prolonga lo suficiente como para que miles de civilizaciones se desmoronen.

Entonces su sabor me inunda la boca y a mí se me olvida cualquier cosa que no seamos nosotros.

Mi cuerpo revive.

—Joder —murmura. Doy un fuerte tirón, sin dejar de beber, y me llevo su brazo al pecho; él me aprieta contra la nevera. Me acerca los dientes al cuello y me muerde con la suficiente fuerza como para dejarme una marca. Parece actuar de forma instintiva, sumido en un estado de trance—. Lo siento —dice con un jadeo y luego vuelve a succionarme el cuello, a lamerme el punto donde me late el pulso. A marcarme—. Nada… —Me coge las caderas mientras yo las restriego contra las suyas—. Nada en mi puta vida me ha hecho sentir tan bien como tú.

Bebo una última vez y cierro la herida con la lengua. Tiene los ojos fijos en mí, abiertos de par en par. Los ojos de un lobo. Contempla mis colmillos como si se muriera de ganas de que volviera a clavárselos.

—¿En serio?

Asiente.

—Voy a… —Me besa con ansia, profundamente, saboreando el suculento aroma de su sangre en mi lengua—. ¿Puedo…?

Me coge y me lleva escaleras arriba. Entierro el rostro en su cuello y, cada vez que le mordisqueo las glándulas, noto cómo los brazos se le tensan de placer.

La habitación de Lowe está a oscuras, pero la luz se filtra desde el pasillo. Me deposita en medio de la cama, que está sin hacer, y retrocede al instante para quitarse la camiseta. Me incorporo y miro a mi alrededor, mientras asimilo que esto está sucediendo de verdad.

—Estuve sin cambiarlas la tira de tiempo —dice Lowe.

Contemplo admirada la belleza de su figura, la nervuda musculatura de su cuerpo. Hallaría sustento en cualquier parte donde posara los colmillos. Podría beber de uno de sus robustos bíceps, de la V de su abdomen, de la colina de sus dorsales.

—¿Qué? —Estoy perdiendo el hilo. Dejándome palabras por el camino—. ¿Sin cambiar el qué?

—Las sábanas.

—¿Por qué?

—Porque olían a ti.

—¿Cuándo…? Ah. —Cuando me colé en su cuarto—. Lo siento.

—Era un aroma tan dulce… No sabes la de guarradas que imaginé mientras me pajeaba, Misery. —Me da la vuelta con suavidad y acabo tumbada bocabajo contra el colchón. Noto cómo me baja las mallas hasta los muslos. Mi camiseta toma la dirección contraria—. Y luego el olor se desvaneció. —Se coloca encima de mí, a cada lado de mis

piernas. Me cierra las manos sobre las nalgas, un gesto a medio camino entre la caricia y el apretón. A través de la áspera tela de sus vaqueros, noto cómo me restriega la erección contra los muslos. Cuando vuelvo la cabeza, veo que está trazándome los hoyuelos de la parte baja de la espalda con una expresión de placer—. Aunque no las fantasías. —Desciende sobre mí y la calidez que irradia su cuerpo es como un manto de hierro—. Con estas cosas no puedo comportarme más que como lo que soy —me susurra pegado al arco de mi oreja. Su voz desprende un atisbo de culpabilidad.

—¿Y qué eres?

—Un licántropo. —Me rodea la caja torácica, pero se detiene justo debajo de mi pecho. Un recordatorio mudo de que podemos parar cuando queramos—. Un alfa.

Ah.

—No querría otra versión de ti que no fuera esta.

—¿Puedo…? —Cierra los dientes con suavidad sobre mi hombro—. No voy a hacerte daño ni tampoco sangre, pero ¿puedo…?

Asiento con la cabeza.

—Es lo justo.

Lanza un gruñido de agradecimiento y me lame la columna hasta llegar a la nuca. Profiere efusivos murmullos de placer y alabanzas, y, pese a que no lo entiendo del todo, me percato de que esto le encanta, de que para él es algo importante, irresistible e incluso necesario. Su mano vuelve a sujetarme las muñecas por encima de la cabeza, como si necesitara cerciorarse de que estoy *aquí* y no me voy a marchar. Forcejeo un poco, solo para comprobar su agarre.

—Pórtate bien. —Chasquea la lengua—. Estás bien, ¿verdad, Misery?

—Sí —digo de forma entrecortada.

—Bien. Muy bien. Estoy totalmente obsesionado con ellas. —Noto su aliento caliente en la piel y me doy cuenta de que está hablando de mis orejas—. ¿Las tienes sensibles?

—Creo que n…

Me muerde la punta y es como si me recorriera una corriente eléctrica.

—Ya veo que sí —dice arrastrando las palabras.

Aprieta la polla aún más contra mi culo y sus labios vuelven una y otra vez a mi nuca, como si no pudiera evitarlo, como si fuera el centro de gravedad de mi cuerpo. Me viene a la cabeza lo que pasó en el avión, lo cerca que estuvo de perder el control cuando me tocó ahí por primera vez.

—¿Los licántropos tenéis una glándula ahí? —pregunto, las

palabras amortiguadas contra las sábanas. Jamás he estado tan mojada, que yo recuerde. Si esto es lo más excitante que voy a experimentar en la vida, me encantaría saber el motivo.

—Es complicado.

Me succiona la vértebra de la parte superior de la columna y yo profiero un sonido gutural. Percibo cierto movimiento a mi espalda —se ha desabrochado el cinturón y bajado la cremallera de los vaqueros — y, tras oír el roce de la ropa durante unos segundos, noto cómo su polla me separa las nalgas, abriéndose paso entre ellas. La tiene húmeda y caliente, y me la restriega arriba y abajo en busca de fricción.

Lowe suelta un sonido incoherente.

—Un condón —digo entre jadeos. Los vampiros no se los ponen nunca, pero a lo mejor los licántropos sí, ¿no?—. ¿Tienes alguno?

Me da un último mordisquito antes de girarme de nuevo.

—No.

Me quita las mallas con un brillo decidido en la mirada. Me contempla con una expresión fascinada que se me antoja como la culminación de muchas cosas que jamás me contará, y cuando se inclina para lamerme la clavícula, noto lo dura que la tiene, las gotas que me humedecen el estómago. El calor que irradia su piel aviva mi sed de sangre, que se acumula de un modo confuso y precioso.

—¿Pero quieres que usemos algo? —pregunto.

—No hace falta —responde levantándome la camiseta. Esta vez me muerde el costado del pecho. Traza círculos con la lengua alrededor de mi pezón antes de darle un lametazo y, acto seguido, lo succiona, con la boca húmeda e impetuosa.

—Para —me obligo a decir.

Él se echa de inmediato hacia atrás, apoyándose sobre las palmas de las manos. Le cuesta un poco despegar la mirada de mi pecho.

—No tenemos que hacerlo —dice entre jadeos—. Si tú…

—Sí que quiero, pero… —Me apoyo sobre los codos. La camiseta se me desliza hacia abajo y me cubre la curva superior de los pechos. Lowe vuelve a desviar la mirada hacia abajo hasta que la aparta bruscamente y la dirige a la ventana—. ¿Por qué no quieres usar anticonceptivos?

Si los licántropos y los humanos son capaces de reproducirse, no podemos descartar nada.

—No es que… Podemos usarlos, si quieres, pero tú y yo no podemos follar.

—¿No podemos?

—No de la forma habitual.

Me incorporo, me bajo la camiseta y él se echa hacia atrás y se sienta sobre las rodillas. Nos miramos fijamente, con la respiración agitada, como si estuviéramos en mitad de uno de esos duelos que se celebraban en la época de la regencia.

—Igual deberíamos hablar del tema.

Su garganta sube y baja.

—No somos compatibles en ese sentido, Misery. —Lo dice como si lo supiera a ciencia cierta y le hubiera dado muchas vueltas al asunto.

Enarco una ceja.

—Si Ana existe… —No lo veo tan descabellado.

—Es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque soy vampira? —Bajo la mirada y veo que estoy agarrándome el dobladillo de la camiseta extragrande que llevo como si fuera una balsa salvavidas. Lo que hace falta aquí es algo de humor. Para aligerar el ambiente—. Te juro que no tengo dientes en el chichi.

No esboza sonrisa alguna.

—El problema no es *tuyo*.

—Ah. —Espero a que prosiga. No lo hace—. ¿Y cuál es el problema?

—No quiero hacerte daño.

Le miro la entrepierna. Se ha vuelto a subir los calzoncillos. Está empalmado; la habitación está a oscuras y no es que yo tenga visión de rayos X ni nada, pero a mí me parece normal. Bien. Sí, da la impresión de tenerla grande. Pero normal.

Me viene a la cabeza lo que me contó sobre Suiza. Lo de que las tres especies convivían. Dijo que no se juntaba demasiado con vampiros, pero…

—¿Alguna vez has… con alguien humano?

Asiente.

—¿Y le hiciste daño?

—No.

—Entonces…

—Es distinto.

Estamos hablando de sexo, ¿verdad? ¿De coito con penetración? Este obstáculo infranqueable del que habla debe de estar situado en algún punto entre su *hardware* y el mío, pero desde un punto de vista estructural, él no parece tener nada raro.

—Me crie con una humana. Mis órganos reproductivos no difieren demasiado de los de los humanos a los que se les asigna género femenino al nacer.

—No es porque seas vampira, Misery. —Traga saliva—. Sino

porque eres *tú*. Por lo que eso me provoca.

—No lo entien… —Me interrumpe con un beso arrollador que resulta maravilloso y desesperado. Me coge la cara y me tira del labio inferior con los dientes, y yo pierdo el hilo de la conversación.

—Vas a oler de esta manera —murmura pegado a mis labios—. Ya me ha pasado una vez y ni siquiera estabas presente, joder. —¿Qué es lo que le ha pasado?—. Y no seré capaz de contener las ganas de llegar hasta el final.

—No pasa nada. —Me río y poso la frente contra la suya—. Quiero que llegues hasta el final, yo…

—Misery, somos de especies distintas.

Cierro los dedos alrededor de sus muñecas.

—Dijiste que… Dijiste que íbamos a hacerlo. Cuando estábamos en el despacho de Emery. —Me ruborizo; me da muchísimo corte reconocer que llevo días pensando en aquellas palabras.

—No, expresé un *deseo*. —Su garganta sube y baja—. Dije que te follaría encantado, no que fuera a hacerlo.

Bajo la mirada.

—¿Pensabas decírmelo alguna vez? Que no podríamos hacerlo.

—Misery. —Sus ojos capturan los míos y yo sospecho que puede verlo todo. Todo mi interior—. Lo que tú y yo hemos hecho también es sexo. Lo que vamos a hacer. Todo es sexo. Y lo vamos a disfrutar muchísimo.

Le creo, de verdad que sí. Y sin embargo:

—¿Estás seguro? Que no podemos…

—Puedo enseñártelo si quieres.

Asiento con la cabeza. Vuelve a besarme, aunque esta vez con suavidad, intentando tomarse las cosas con calma. Soy yo quien se aparta para quitarse la camiseta.

—¿Has hecho algo de esto antes? —pregunta pegado a la curva de mi cuello, y yo niego con la cabeza. Él jamás me juzgaría, pero quiero explicárselo:

—No me parecía bien hacerlo con los humanos cuando yo estaba mintiéndoles en todo. —Y jamás consideré hacerlo con ningún vampiro. Siempre estuve sola, transitando la frontera entre ambos mundos. El hecho de que me sienta más cómoda con un licántropo de lo que me he sentido con nadie, con alguien con quien nunca debería haberme cruzado… Es algo que no acaba de cuadrarme. O que me cuadra del todo.

—Bebe más —me ordena, empujándome contra la cama. Acabamos tumbados de lado, cara a cara. No es una posición que asocie con sesiones de sexo desenfrenado.

—Si lo hago, no podemos…

Me apoya una mano en la nuca y me acerca el rostro a su cuello.

—Sí que podemos.

Se quita los calzoncillos y solo noto su piel, caliente en contraste con la mía; el vello áspero que le recubre los brazos y las piernas me resulta vagamente extraño. Meto la espinilla entre sus rodillas y dejo que mi mano vague, curiosa, por su cuerpo, impaciente por explorarlo. Es gloriosamente distinto y, aunque no soy de las que le da importancia a la belleza, no puedo dejar de pensar en lo mucho que me *gusta:* me gusta su aspecto, el tacto de su piel, el hecho de que *yo* le guste a *él*. El ligero temblor de sus dedos cuando me los posa en la cintura, los músculos de su cuerpo al tensarse con paciente anticipación.

—Eres preciosa —murmura contra mi sien—. Siempre lo he pensado, desde que te vi por primera vez en esa foto que me dieron. Durante la ceremonia, te acercaste al altar por el pasillo y a mí me dio miedo mirarte. Ni siquiera te había olido todavía y era incapaz de no quedarme contemplándote fijamente.

Un pensamiento fugaz me cruza la mente, dulce y aterrador y muy poco propio de mí: *Ojalá fuera tu compañera*. Sé perfectamente que no debo decirlo en voz alta. Sé perfectamente que no debo ni *pensarlo*. En cambio, noto cómo su enorme mano me envuelve la nuca:

—En serio, quiero que te alimentes de mí, Misery.

Hundir los dientes en él se está convirtiendo en algo cada vez más natural y su sabor me parece maravilloso y familiar. No me permito pensar en lo difícil que se me va a hacer volver a la sangre fría en bolsa. Me limito a beber con ansia y gozo, y cuando oigo su intenso y prolongado gemido, cuando me lleva la mano hasta su polla y me hace cogérsela, yo ardo en deseos de complacerlo.

Está duro, pero también blando, y no tiene demasiadas exigencias. Guía mi mano arriba y abajo un par de veces, pero aparte de eso, no me da ninguna otra instrucción. Mi contacto parece serle suficiente, al igual que el resto de mí.

—Voy a correrme enseguida —resopla.

Le suelto la vena con un sonido húmedo.

—No hace falta.

Se ríe, embistiéndome el puño.

—Es que no voy a poder evitarlo. —Me aprieta el puño, proporcionándose a sí mismo la presión que anhela—. Y entonces te enseñaré lo que me provocas.

Sea lo que sea que necesite, yo quiero lo mismo. Encaja uno de sus muslos entre los míos y yo me froto contra él, algo avergonzada de los

ruidos rítmicos e indecentes que producen mis movimientos, avergonzada del caos de fluidos que estoy dejándole encima. Pero me hace sentir muy bien, demasiado bien para detenerme y lo bastante bien para olvidar la vergüenza, y luego el deleite es aún mayor cuando me acaricia las tetas y se desplaza hasta la parte baja de mi espalda para ladearme las caderas, colocándome de forma que… Sí, ahí.

—Ahí —murmuro la palabra contra su cuello, entre sorbo y sorbo. No siento ningún pudor, estoy mareada y feliz, y me restriego en busca de placer como si Lowe me lo tuviera reservado: con la certeza de que va a llegar sí o sí. Doy un último sorbo y entonces le pregunto:

—¿Te gusta?

Lowe me mira a los ojos, aunque sin ver nada, y el hecho de que parezca estar demasiado aturdido como para hablar, el modo torpe y descoordinado con el que asiente, es lo que me lleva al clímax.

Dejo escapar un gemido grave y sonoro y un orgasmo me recorre como una oleada de calor. La respiración se me acelera, la vista se me nubla y entonces me estremezco sobre el muslo de Lowe, retorciéndome como un animal salvaje. Olvido lo que le estaba haciendo, el ritmo con el que se lo hacía, las caricias lánguidas y sinuosas que le gustan. Pero, aun así, el simple hecho de verme y oírme disfrutar parece llevarlo a él al límite.

Se aferra a mí con más fuerza. La polla se le endurece. Pega su boca a la mía y masculla cosas obscenas e implorantes: las ganas que tenía de hacerlo, lo preciosa que soy y cómo, a partir de ahora y hasta el día en que se muera, siempre pensará en mí cada vez que haga esto. Noto la calidez de su semen en los dedos, en el vientre. Los sonidos que brotan de su garganta son propios de una criatura que vive entre la maleza del bosque, alguien que ha perdido todo pensamiento racional.

Es maravilloso, pienso. No solo la sensación de placer, sino el compartirla con otra persona, alguien que me importa y al que quizá quiero un poco, tanto como me es posible. Y entonces sus palabras cambian. A diferencia de mi orgasmo, que ha florecido hasta estallar y después se ha desvanecido, el suyo se prolonga. Crece. Y Lowe se estremece y jadea y gime antes de preguntarme:

—¿Quieres saber por qué?

Yo asiento, aún sin aliento. Posa la mano sobre la mía y la hace descender por su polla hasta que llegamos a la base.

—Joder.

Tiene las mejillas encendidas y la cabeza inclinada hacia atrás. Al principio no lo entiendo, pero entonces su piel suave cambia. Noto que algo se hincha por debajo de mi palma. Lowe cierra la mano alrededor de la mía y aprieta, envolviendo la protuberancia como si

quisiera constreñirla, contenerla. Esta crece aún más y los gemidos ahogados de Lowe se vuelven más fuertes y…

—Misery.

Pronuncia mi nombre como si se tratara de una plegaria. Como si yo fuera lo único que se interpone entre él y el paraíso. Y entonces entiendo lo que quería decir.

Puede que, a nivel sexual, él y yo no seamos del todo compatibles.

CAPÍTULO 23

Ella lo hace reír, que no es poco.

Lo malo de utilizar un regalo como excusa para ir a visitar al gobernador Davenport es que no podemos presentarnos en su casa con las manos vacías. Tras pasarnos una hora en territorio humano, entrar en tres tiendas de antigüedades distintas y enzarzarnos en varias discusiones, Lowe y yo encontramos por fin un regalo que ambos consideramos apropiado. Él se opone a mi idea de comprarle un bombín de bicicleta vintage («Eso es una cachimba, Misery»). Yo veto su jarrón de cerámica («Ahí dentro está el abuelo de alguien, Lowe»). Echamos pestes de los gustos del otro; primero de forma disimulada, luego en plan pasivo agresivo y al final ya sin cortarnos un pelo. Cuando estoy a punto de sugerirle que vayamos al parking a resolverlo a hostias, a ver lo bien que se las apañan sus garras contra mis colmillos, le sobreviene una revelación trascendental y me pregunta:

—¿Acaso te cae bien el gobernador?

—Nop.

—¿Crees que es posible que estemos dándole demasiadas vueltas al asunto?

Abro los ojos de par en par.

—Sí.

Volvemos a entrar en la última tienda y compramos un misterioso cenicero con forma de oso polar. No solo es el objeto más feo que encontramos, sino que *también* cuesta bastante más de trescientos pavos.

—Oye, ¿pero de dónde sale la pasta? —pregunto.

—¿Qué pasta?

—Pues la tuya. La de tus segundos. La de la manada. —Lo fulmino con la mirada mientras volvemos al coche, asegurándome de que no hay nadie cerca. Llevo puestas las lentillas marrones, pero hace tiempo que no me limo los colmillos. Si abriera la boca en público, seguro que alguien acabaría llamando a la perrera—. ¿Acaso trabajas

en una aseguradora mientras yo me paso el día en coma?

—Atracamos bancos.

—Atracáis… —Le pongo una mano en el brazo para detenerlo—. Atracáis *bancos*.

—Pero no de sangre, no te emociones.

Le pellizco el costado izquierdo, molesta.

—¡Oye, qué daño! Mi pobre… —Una pareja de ancianos humanos pasa por al lado, lanzándonos la típica mirada indulgente de *Ay, qué monos los jóvenes enamorados*—. ¿Hígado?

—Está en el otro lado —susurro.

—Apéndice.

—También en el otro.

—¿Vesícula?

—Nop.

—Me cago en la anatomía humana —murmura. Entrelaza nuestros dedos y tira de mí hacia él.

—Es coña, ¿no? Lo de los atracos.

—Sí. —Me abre la puerta del coche—. Muchos licántropos tienen trabajo. La mayoría. Yo tenía uno antes de… Antes.

Antes de que su vida se convirtiera en propiedad de la manada.

—Ya.

—La mayoría de las manadas cuentan con carteras de inversión bastante apañadas. De ahí sale el dinero para costear las infraestructuras y los gastos de los miembros en posiciones de liderazgo que no disponen de tiempo para mantener otro trabajo. —Me observa mientras me meto en el asiento del copiloto y se inclina hacia delante, colocando una mano en la puerta y otra en el capó del coche—. Difiere de la estructura financiera de los vampiros.

—Porque nuestros puestos de liderazgo se heredan.

—No dudo de que las familias como la tuya dependan del traspaso de propiedades de una generación a otra, pero por regla general, la sociedad vampírica no está tan centralizada. No sois tan numerosos y tenéis menos cultura de comunidad.

Frunzo los labios.

—Me joroba un poco que sepas más de los míos que yo y que encima me lo restriegues por la cara.

—Ah, ¿sí? —dice arrastrando las palabras—. Pues tendré que hacerlo más a menudo.

Jamás me lo había pasado tan bien con alguien que no fuera Serena. Y, a ratos, resulta incluso *mejor*. Aunque eso puede ser por la forma en que me lo encuentro mirándome de vez en cuando mientras examinamos lámparas de vitral, al hecho de que, cuando me ve

estremecerme por el aire acondicionado de la tienda, me presta su jersey sin decir nada, y a que, cuando estamos a solas en el coche, me da un beso que me deja sin respiración, acariciándome los colmillos con suavidad hasta que noto una gota de sangre en la lengua, y entonces es *él* quien gime y me rodea la cintura con la mano y me dice que se muere de ganas por llegar a casa.

A casa.

Intento no pensar en ello —en que el territorio de su manada no es, ni mucho menos, mi casa—, pero me cuesta. Me siento aliviada cuando el gobernador Davenport nos abre la puerta y me invita a pasar con gesto sobreactuado. Me pregunto si, durante todos los años que se ha tirado de chanchulleo político con mi padre, este último nunca se ha molestado en desmentir ese mito en particular. Sería una jugarreta muy propia de él.

—Da gusto ver una unión entre un licántropo y una vampira que no ha acabado en tragedia. —Por el olor de su sangre, diría que todavía no va del todo piripi, aunque poco le falta. El estilo de su casa es una mezcla entre bonito y ostentoso, y está claro que su actual esposa no es la primera. Probablemente tampoco la segunda. Cuando me dice en un tono que se sitúa entre lo paternal y lo obsceno: «Debes de estar portándote bien, jovencita», Lowe me lanza una mirada que a todas luces significa: *¿Quieres que te lo sujete mientras tú le rajas la yugular?*

Suspiro y le digo sin articular ningún sonido: *Nah.*

No obstante, el «Gracias por invitarnos» de Lowe va acompañado de un apretón de manos más que firme. El gobernador se lleva los dedos al pecho mientras nos acompaña a la sala de estar y yo agacho la cabeza para disimular mi sonrisa.

Parece albergar una curiosidad morbosa sobre los entresijos de nuestro matrimonio y no se corta un pelo a la hora de preguntar:

—Debe de ser bastante peliagudo, ¿no? Apuesto a que no paráis de tiraros los trastos a la cabeza.

—No se crea —respondo. Lowe le da un trago a su cerveza.

—Pero seguro que tenéis vuestros más y vuestros menos.

Yo echo un vistazo alrededor de la estancia. Lowe suspira.

—No creo que cuando salgan a colación asuntos como el Áster os pongáis de acuerdo.

—¿El qué? —Lowe me mira sin comprender. Caigo en la cuenta de que tal vez los licántropos se refieran al suceso en cuestión con otro nombre. Uno que no se centre tanto en la sangre de los vampiros.

—La boda concertada que se intentó celebrar antes de la nuestra —explico—. En la que los licántropos traicionaron y masacraron a los vampiros.

—Ah. La Sexta Boda. Fue un ajuste de cuentas. O eso nos dicen a nosotros.

—¿Un ajuste de cuentas?

—Por el maltrato al que el novio vampiro sometió a su esposa licántropa durante su anterior matrimonio.

—A nosotros no nos cuentan nada de eso —resoplo—. ¿Por qué será?

—¿Vais a poneros a discutir? —nos pregunta el gobernador como si fuéramos su fuente de distracción particular.

—No —decimos al unísono, fulminándolo con la mirada.

El gobernador carraspea avergonzado.

—¿Os parece si empezamos a cenar?

Lowe no posee la maquiavélica capacidad de manipulación de mi padre, pero aun así se las apaña estupendamente para encauzar la conversación a su antojo sin que cante demasiado. La esposa permanece en silencio la mayor parte del tiempo. Al igual que yo: contemplo fijamente mi risotto con champiñones, que según me dijo Serena, no son lo mismo que los hongos que le salieron una vez en la planta del pie, aunque ahora mismo no recuerdo exactamente en qué se diferencian. Me pregunto por qué los humanos y los licántropos no hacen más que plantarme comida en los morros mientras el gobernador nos cuenta que mi padre y él son «muy buenos amigos» y que llevan reuniéndose en territorio humano una vez al mes desde hace diez años para charlar de negocios…, algo de lo más curioso, porque cuando yo ejercía de Garantía, apenas se dignaba a visitarme una vez al año. Me encantaría escandalizarme, pero prefiero no malgastar fuerzas. El gobernador no ha estado nunca en territorio licántropo, pero ha oído maravillas y le encantaría que lo invitaran a pasarse algún día (cosa que Lowe no hace). Además, en cuanto Maddie García asuma el cargo oficialmente, él dejará el sector público y empezará a mirar por sus intereses en el sector privado.

Entonces, Lowe desvía la conversación y saca a colación a su madre.

—Era una de las segundas de Roscoe —comenta mientras intercambia nuestros platos en cuanto se termina la comida del suyo, dispuesto a dar cuenta de una segunda ración—. De hecho, trabajó codo con codo con la Agencia Humanolicántropa.

—Ah, sí. Coincidí con ella en un par de ocasiones.

—¿En serio?

El gobernador coge una rebanada de pan.

—Una mujer encantadora. Jenna, ¿no es así?

—María. —Capto el descontento en el tono de Lowe, pero dudo que

nadie más se dé cuenta—. Según tengo entendido, trataba principalmente con el responsable de asuntos transfronterizos. ¿Thomas…?

—¿Thomas Jalakas?

—Eso creo, sí. —Lowe mastica el *risotto* en silencio—. Me pregunto si se acuerda de ella.

La tensión se apodera de mí… hasta que el gobernador dice:

—Por desgracia, falleció hace algún tiempo.

—¿De veras? —Lowe no se muestra sorprendido. Paradójicamente, hace que su reacción sea más creíble—. ¿Cuántos años tenía?

—Aún era joven. —El gobernador le da un sorbo al vino. A su lado, su mujer juguetea con una servilleta—. Fue un terrible accidente.

—¿Un accidente? Espero que los míos no estuvieran involucrados.

—Ah, no. No, creo que fue un accidente de coche. —El gobernador se encoge de hombros—. Cosas que pasan, qué vamos a hacerle.

La mirada de Lowe desprende tanta intensidad que estoy convencida de que va a encararse con él, pero, al cabo de unos instantes, se relaja y el alivio se apodera de toda la estancia.

—Qué lástima. Mi madre hablaba muy bien de él.

—Ja. —El gobernador apura el resto del vino—. No me cabe duda. Según he oído, se las llevaba de calle. —De entre todos los comentarios que podría haber hecho, este es el menos afortunado.

Lowe se pasa la servilleta por la boca con toda la parsimonia del mundo y se pone en pie. Rodea la mesa tranquilamente en dirección al gobernador, que debe de haberse dado cuenta de que la ha metido hasta el fondo. Se levanta, haciendo rechinar la silla, y comienza a retroceder.

—No pretendía ofender… *¡Ay!*

Lowe lo estrella contra la pared. La mujer del gobernador profiere un grito, pero permanece en la silla. Yo echo a correr hacia Lowe.

—Arthur, amigo mío —murmura a escasos centímetros de su rostro —. Por el tufo que desprendes, diría que mientes más que hablas.

—No estoy… No sé… ¡Socorro! ¡Ayuda!

—¿Por qué te lo quitaste de en medio?

—¡Te juro que no hice nada semejante! ¡De verdad!

Cuatro agentes de seguridad humanos irrumpen en el comedor con las armas ya desenfundadas. Apuntan a Lowe de inmediato y le ordenan entre gritos que suelte al gobernador y retroceda. Lowe no da muestras de haber reparado en su presencia.

—Dime por qué mataste a Thomas y te dejaré vivir.

—No lo maté, te juro que no…

Lowe se inclina hacia él.

—Sabes que antes de que me maten ellos, te mataré yo a ti, ¿no?

El gobernador suelta un quejido. Una gota de sudor le recorre el rostro, que se le ha puesto rojo.

—N-no me hizo ninguna gracia tener que hacerlo, pero Thomas había hablado con la prensa sobre un desfalco en el que estaba involucrada mi administración. ¡No nos quedó más remedio!

Lowe se endereza. Se sacude la ropa, retrocede un paso y se vuelve hacia mí como si estuviéramos solos y no hubiera cuatro agentes apuntándolo con armas de fuego. Me coge el codo tranquilamente y sonríe; primero a mí y luego a los guardias.

—Gracias por la cena, gobernador —dice tirando de mí para marcharnos—. No hace falta que nos acompañe a la puerta.

—Tengo a varios de mis hombres vigilándolo —me explica Lowe en cuanto estamos en el coche—. Y le he pedido a Alex que intervenga sus comunicaciones. Sabe que vamos tras él y que en cuanto dé un paso nos enteraremos.

—Espero que ahora mismo haya diez lobos cagándose en su jardín —murmuro, y Lowe esboza una media sonrisa y me pone la mano en el muslo con tanta naturalidad como si lleváramos diez años yendo juntos en coche de aquí para allá.

—Es que no tiene sentido. —Me desahogo—. Mira, digamos que Serena lo entrevistó únicamente por lo del desfalco. Tal vez fuera ella la periodista con la que estaba en contacto. ¿Cómo acabó, entonces, el nombre de Ana en su agenda? —Supongo que ambas cosas podrían no guardar relación, pero…—. Es imposible que quedase por casualidad con el padre de Ana y se enterase de lo de Ana a través de otra fuente. Ni de puta coña. ¿Acaso fue *otra persona* la que escribió el nombre en la agenda? Pero estaba escrito con nuestro alfabeto y nadie más lo conocía. —Permanecemos en silencio mientras yo le doy vueltas al asunto y contemplo las farolas. Y entonces Lowe me dice:

—Misery.

—¿Qué?

—Hay otra posibilidad. Con respecto a Serena.

—¿Cuál?

Parece estar preparando las palabras con mucho cuidado. Cuando vuelve a hablar, lo hace con un tono comedido:

—Puede que no fuera Thomas quien le contara a Serena lo de Ana, sino al revés.

—¿A qué te refieres?

—Puede que Serena descubriese lo de Ana a través de otra fuente y

luego utilizase la relación de Thomas con una licántropa para hacerle chantaje y obligarlo a contarle todos los delitos financieros de los que tuviera constancia. Quizá pretendía sacar a la luz la información, pero cambió de opinión al darse cuenta de que el gobernador Davenport podría ir a por ella. A diferencia de Thomas, no era una figura pública y tenía la opción de desaparecer.

Niego con la cabeza, pese a que soy consciente de que podría tener razón.

—No se habría marchado sin decírmelo, Lowe. Es mi hermana. Y no he encontrado ningún rastro digital de ella. Es imposible que supiera cómo borrarlos: no es como *yo*.

—No, pero se pasó años aprendiendo de ti. —Parece que le sabe fatal tener que decírmelo.

Dejo escapar una risa.

—No empieces tú también a intentar convencerme de que Serena no se preocupaba tanto por mí como yo me preocupaba por ella. No me habría dejado así sin más, sabiendo que me pondría en lo peor. Siempre me lo contaba todo…

—Todo no. —Tensa la mandíbula. Como si la conversación le resultara dolorosa porque para *mí* lo es—. Me comentaste que discutisteis antes de que se marchara. Que a veces desaparecía durante días.

—Pero siempre me avisaba.

—A lo mejor no le dio tiempo. O prefirió no ponerte en peligro.

Descarto la idea con un gesto de la mano.

—Es absurdo. ¿Y qué hay de Chispitas? ¿Crees que abandonó a su gato?

—Dime una cosa. —Me revienta lo comedidas y lógicas que suenan sus palabras—. ¿Te conocía lo bastante como para saber que irías a buscarla y encontrarías al gato?

Tengo tantas ganas de decirle que no que los labios prácticamente me arden. Pero no puedo y, en cambio, recuerdo sus últimas palabras:

«Necesito saber que te importa algo más que yo en esta vida, Misery.»

Y lo cierto es que sí dejó *algo* atrás. Algo que requería los cuidados de otra persona. Su puto gato de los cojones. Dios, sería un plan de lo más disparatado.

Un plan propio de Serena.

—A lo mejor tienes razón y no quiere que nadie dé con ella. Pero jamás pondría en peligro la vida de una niña, ni siquiera a cambio de la noticia más jugosa de toda su carrera. Conozco a Serena, Lowe.

Y eso es lo malo de la teoría de Lowe: si tiene razón, significaría

que Serena está a salvo, escondida en algún lugar, pero también que no es la persona que yo creía, y eso no puedo aceptarlo. Ni pensarlo.

Lowe lo sabe, porque abre la boca para responderme, para decirme algo que, sin ninguna duda, tendrá toda la lógica del mundo y a mí me sentará como una patada en el estómago. Así que cambio de tema con lo primero que se me ocurre:

—¿Adónde vamos? —Nos dirigimos hacia el sur, hacia el centro de la ciudad. Hacia territorio vampiro.

—A ver a tu hermano. Casi hemos llegado.

—¿A Owen?

—¿Tienes más hermanos?

Frunzo el ceño.

—Creía que vendría él.

—Infiltrarse en territorio licántropo es más complicado, ya que está mucho más vigilado. Dado que no queremos llamar la atención y convertir el encuentro en una reunión oficial, es mejor quedar con él en la frontera humanovampírica.

Conozco perfectamente esta carretera. La recorrí por primera vez a los ocho años, de camino a la residencia, y aún recuerdo la sofocante sensación que se me instaló en la garganta, el miedo a no poder volver a casa nunca más. Cierro los ojos, intentando redirigir mis pensamientos a la *última* vez que la recorrí. Supongo que fue antes de la boda. Tal vez cuando me pidieron que eligiera entre unas flores que parecían iguales: blancas, bonitas y a punto de marchitarse. Hace unas semanas y un millón de vidas.

—¿Estás bien? —pregunta Lowe con suavidad.

—Sí, es que… —Normalmente no me pongo sensiblera, pero estar con él me ablanda un poco. Tengo la guardia baja.

—Te resulta raro, ¿no?

Asiento.

—Podemos dar media vuelta —sugiere en voz baja—. Ya se me ocurrirá la manera de que Owen se acerque al sur.

—No, estoy bien.

—Vale. —Tuerce por una callejuela lateral. Al mirar el GPS veo que no está en el mapa, pero nos detenemos al lado de un campo de cultivo.

Lowe tiene una expresión perpleja.

—La verdad es que esto me intriga bastante.

Echo un vistazo a mi alrededor. Solo veo oscuridad.

—¿La reconfortante experiencia de cosechar tus propios tomates?

—Lo de conocer a tu hermano.

Sale del coche y yo me apresuro a hacer lo mismo. Creía que nos

encontrábamos solos, pero oigo el chasquido de la puerta de otro coche al cerrarse y… ahí está.

Owen, contemplando con cara de vinagre la tierra que se le ha pegado a los mocasines y espantando a los bichos con la mano. Me sorprende lo mucho que me alegro de verlo. No sé cómo, pero el muy gilipollas se ha hecho un hueco en mi corazoncito. Me dan ganas de ponerlo a parir solo para compensar, pero entonces oigo el chasquido de otra puerta.

Owen no ha venido solo. Una mujer va con él. Una mujer a la que nunca había visto. Una mujer cuya sangre huele igual que la de los licántropos.

La compañera de Lowe.

CAPÍTULO 24

Él se siente como si tuviera el mundo en la palma de la mano. Ella también parece contenta. Aunque desconcertada por su propia felicidad, como si el sentimiento le fuera del todo ajeno. Eso lo lleva a preguntarse si sería capaz de conseguir que aquello saliese bien. No es licántropa y su desconocimiento respecto a ciertas cosas podría ser algo bueno. No tendría por qué saber toda la verdad, lo que a su vez garantizaría su libertad.

Lowe se apoya en el maletero del coche y adopta la que parece ser la postura oficial que uno exhibe cuando quiere dar a entender que va de buenas: tobillos cruzados, hombros relajados y un aire de podría-partirte-las-piernas-pero-no-pienso-tocarte-ni-un-pelo.

Me coloco a su lado mientras Owen y Gabi se acercan a nosotros e intento ignorar los golpetazos que me da el corazón en el pecho. Casi pego un brinco cuando Lowe me coge de la mano.

—Estás temblando —dice—. ¿Te encuentras bien?

—No sé por qué. —En realidad sí lo sé—. Creo que tengo frío.

Me acerca a él: lo único que puede hacer, dado que ya llevo puesto su jersey. Me veo envuelta al instante por esa agradable calidez con la que su cuerpo me recibe siempre y el delicioso aroma de sus latidos me inunda las fosas nasales. Me mira como si supiera que me pasa algo.

Me preparo para… no tengo ni idea. Asistir al encuentro de Lowe con su *compañera* es algo que requiere preparación por mi parte. Estoy demasiado involucrada en lo nuestro.

—Os dije que echarais un polvo y os olvidaseis del asunto. —La voz de Owen suena monótona e irritada. Aunque no más que de costumbre—. Y, sin embargo, aquí estáis, obligándome a presenciar este despropósito.

—Owen —lo saluda Lowe. Me contempla preocupado unos instantes más antes de desviar la mirada hacia mi hermano—. Encantado.

—A ver si aprendéis de Gabrielle y de mí —prosigue Owen—. Vivimos juntos en el Nido, pero no hemos desarrollado sentimientos innecesarios por el otro ni ningún tipo de atracción sexual. Mantenemos una relación de colaboración desganada en el mejor de los casos y de severa indiferencia en general.

—Gabi. —Lowe le dirige un asentimiento de cabeza cálido, cordial y sorprendentemente neutral. Es una mujer preciosa, con el pelo oscuro y brillante y la expresión paciente que tienden a adoptar todas aquellas personas que se ven obligadas a tratar con Owen durante un tiempo. Agacha la cabeza ligeramente, igual que hacen todos los segundos de Lowe cuando lo ven.

—Me alegro de verte, alfa. ¿Todo bien en casa? —Sus palabras desprenden cariño y respeto. No capto nada más.

—En general, sí.

—Me alegro. —Me mira con curiosidad. Desvía los ojos hacia abajo un instante, pero no me hace falta seguir la dirección de su mirada para saber que la ha posado en nuestras manos entrelazadas.

Me asalta un pensamiento terrible: que tal vez él esté utilizándome para darle celos. Dejo que la idea me envenene la mente unos instantes, pero no tardo en descartarla. Lowe jamás se rebajaría a ese tipo de tretas.

—Fantástico —repone Owen secamente—. Yo traigo noticias mucho menos halagüeñas: aún no ha habido suerte con las grabaciones de seguridad del apartamento de Serena. Esperábamos encontrar algo en las cámaras del edificio de enfrente, pero alguien las manipuló.

Lowe frunce el ceño.

—¿Solo el día del allanamiento?

—Exacto.

Arrugo el entrecejo.

—¿Cómo?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo las manipularon? ¿Con *software?* ¿Con *hardware?* ¿Taparon la lente con pintura o hicieron saltar el interruptor automático o cortaron el cableado?

—No estoy seguro. El tío que trabaja conmigo comentó algo al respecto, pero… —Owen agita la mano—. Dejando a un lado toda esa mierda técnica que nadie entiende, está claro…

—Con bloqueadores —dice Gabi, y me dedica una sonrisa cuando la miro sorprendida.

—¿Distorsionaron la señal?

—Seguramente utilizaron un detector de radiofrecuencia para

localizar la transmisión.

Es la forma sofisticada de hacerlo. La que llevaría a cabo alguien con recursos. Alguien que trabaja para gente poderosa y que busca pistas sobre el paradero de una periodista a la fuga. Encajaría con la teoría de Lowe.

—Qué apañados —digo.

—¿Verdad? —Gabi sonríe. Owen y Lowe intercambian una mirada compasiva—. Sé que igual me meto donde no me llaman —prosigue Gabi—, pero Owen es la única persona del Nido que habla conmigo. Me ha contado lo de tu amiga, y lo siento mucho. No me imagino lo horrible que debe de ser la incertidumbre.

Sus palabras me dejan descolocada, porque nadie me había dicho algo así hasta ahora. Durante mi investigación para encontrar a Serena, la gente me ha ayudado o se ha burlado de mí o me ha tachado de loca o ha intentado quitármelo de la cabeza con más o menos delicadeza, pero nadie se ha tomado un instante para decirme que lo sentía. Noto cómo se me forma un nudo en la garganta.

—Gracias.

Owen finge que le da una arcada.

—Un intercambio de lo más conmovedor. Pero centrémonos ahora en un tema mucho más interesante y el motivo por el que os pedí que nos viéramos. —Clava su mirada violeta en la mía—. Voy a ocupar el puesto de nuestro padre en el consejo.

Debo de haberlo entendido mal.

—¿Qué?

—Que voy a ocupar el puesto de nuestro padre en el consejo.

Nop, lo he entendido a la perfección.

—¿Es que… se ha muerto?

Owen ladea la cabeza.

—¿Crees que si se hubiera muerto se me habría pasado contártelo? Ahora que lo pienso, sería bastante propio de mí, la verdad. No, nuestro padre sigue vivito y coleando, pero últimamente discrepo con muchas de sus decisiones. Con *muchísimas*. Creo que yo me manejaría bastante mejor que él, así que he decidido postularme para ocupar su puesto. Te agradecería el apoyo.

—¿El *apoyo?* —Suelto a Lowe y me acerco a mi hermano. Al *puto zumbado* de mi hermano—. ¿Que has decidido *postularte?* Nadie hace eso.

Se encoge de hombros.

—Yo sí.

—¿De qué manera?

—No tengo ningún problema en contarte todos los detalles del

plan. Dentro de dos semanas, durante la reunión anual, pienso…

—*No* me cuentes nada. —Miro a Lowe y Gabi, que parecen de lo más entretenidos con nuestra conversación—. ¿Sabes cuál es el castigo por cometer alta traición? —Debe de saberlo, porque yo lo sé y eso que nunca me entero de una mierda. Pero me acuerdo de la que se lio cuando tenía siete años y el hermano de la consejera Selamio intentó arrebatarle lo que por derecho de nacimiento le correspondía a ella, o cuando el consejero Khatri murió de repente, sin haber anunciado cuál de sus dos hijos heredaría el cargo.

Se lio un pifostio de narices. Una escabechina, en ambos casos, con un montón de salpicaduras moradas por todas partes. Si alguien intentara usurparle el cargo a mi padre, su única respuesta sería llevar a cabo una sangría. Y ya no digamos si el responsable fuera el vividor de su hijo.

—No es un miembro cualquiera, Owen, sino el líder del consejo.

—De forma extraoficial.

—Y una mierda.

—De todos modos —prosigue como si no me hubiera oído—, su posición privilegiada podría jugar a mi favor. A muchos miembros del consejo no les hace ninguna gracia que haya estado acaparando el poder.

Esto es un locurón.

—¿Quién está al tanto?

—He estado tejiendo poco a poco una red de aliados. Reuniendo un grupo de colaboradores estratégicos.

Es hombre muerto. El único hermano que me queda es hombre muerto.

—¿Por qué?

—Me pareció lo más prudente.

Me pellizco el puente de la nariz porque… joder. *Joder*.

—*¿Quieres* siquiera ser consejero?

Se encoge de hombros con aire despreocupado.

—¿Por qué no? Lo mismo me lo paso bien y todo.

—Owen, es solo que… —Entierro la cara entre las manos y Lowe, consciente de mi desesperación, se acerca y me masajea los hombros. Supongo que intenta reconfortarme, pero tengo la sensación de que se lo está pasando pipa.

Igual podría meterles una hostia a él *y* a Owen. Una pequeñita. ¿Acaso no me haría eso sentir mejor?

Sí, ya lo creo que sí.

—Misery, querida hermanita. —Pasa a hablar en la lengua—. *Estás mostrando más sentimientos de lo habitual. ¿Te pasa algo?*

Me enderezo y respiro hondo. Aunque Owen y yo nacimos con tres minutos de diferencia, está claro que la adulta soy yo.

—Mira, estoy haciendo lo imposible por encontrar a la capulla de Serena y me he encariñado un montón con la plasta de la hermana de Lowe. Por desgracia, a ambas se les da de maravilla lo de meterse en líos, así que si me hicieras el favor de no complicarme aún más la vida con ese plan tuyo a medio cocer que te has montado hace dos horas…

—Hace tres meses.

—… te lo agradecería bas… ¿Qué?

Owen endurece la mirada.

—Fue hace tres meses, Misery. Llevo dándole vueltas al plan desde que descubrí que mi padre estaba considerando la idea de mandar a mi hermana a territorio enemigo. Otra vez. —Está enseñando los colmillos y ha adoptado un tono inusualmente serio—. *No pude hacer nada cuando éramos críos. Ni cuando volviste, puesto que era demasiado cobarde para enfrentarme a él. Tampoco puedo hacer nada ahora, pero estoy dispuesto a intentarlo*. —Me mira a los ojos durante un largo momento y vuelve a pasarse al inglés—. Las próximas alianzas quiero negociarlas yo. Quiero que el programa de Garantías desaparezca. Quiero que dejemos de imponer fronteras artificiales y de aferrarnos a territorios en disputa solo por joder. Quiero convertir este lugar en algo que no sea un polvorín.

Lo contemplo asombrada, percatándome de que durante todos los años que pasamos separados, mientras yo crecía, evolucionaba y me labraba mi propia vida, el idiota de mi hermano hizo lo mismo y se convirtió…

En alguien que claramente no es idiota.

—Nuestro padre te va a matar —repito, aunque esta vez sin la intención de quitarle la idea de la cabeza.

—Puede. —Dirige la mirada hacia algún punto por encima de mi hombro. Lowe—. ¿Algún consejo sobre cómo llevar a cabo con éxito un golpe de estado, alfa?

—Iba a recomendarte que te zamparas un buen desayuno, pero…

—No jorobes.

Lowe me pone la mano en la cintura y me atrae hacia sí.

—Tu padre no me despierta demasiada simpatía. Y ahora que los licántropos y los vampiros hemos empezado a formar alianzas, me encantaría poder tratar con alguien cuyas prioridades coincidiesen con las mías. —Mi hermano y mi marido me lanzan una mirada y luego se miran el uno al otro. Algo que no logro descifrar aflora entre ellos. Un compromiso mutuo. Un objetivo compartido.

Owen se pasa los siguientes minutos poniéndome al día sobre su

enrevesada red de partidarios, aliados y cómplices. Me asegura que nadie conoce su plan y, por sorprendente que parezca, yo me lo creo. Puede dar la sensación de ser alguien absolutamente irresponsable, pero con este tema se ha mostrado de lo más cuidadoso y prudente. Aun así, no tarda en ponerse a cotillear sobre cosas que a mí ni me van ni me vienen y acabo desconectando cuando oigo que Lowe le dice a Gabi:

—¿… hace falta alguna cosa?

—La verdad es que no. Hasta ahora no he visto ninguna señal de peligro. Aunque parezca increíble, pasar el rato con Owen no está tan mal y, además, me deja jugar con sus consolas. Los demás son bastante fríos y me dejan a mi aire, cosa que a mí me parece genial… Se nota que tienen experiencia con todo este tema del intercambio de Garantías. Llevan décadas tratando con críos humanos y yo les doy mucho menos trabajo. Me vigilan cada vez que me conecto a internet, desde luego, pero dispongo de un montón de tiempo para el máster. Este semestre me he cogido cinco asignaturas.

—Estudiabas económicas, ¿no?

—Ingeniería Eléctrica. En teoría, termino este año.

—Enhorabuena.

—Gracias. ¿Y tú qué tal? Te veo contento con tu… —Creo que Gabi está señalándome, pero no puedo girarme para confirmarlo. Al igual que no puedo saber con seguridad si Lowe está asintiendo y esbozando una ligera sonrisa, pese a que casi soy capaz de sentirlo. Que está contento. Conmigo.

—Vámonos, Gabi —exclama Owen, antes de darse la vuelta—. A mi hermana se la sudan las correrías sexuales de los nuestros.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mentalizarme para lo que estoy a punto de presenciar. Lowe y Gabi no se han saludado con demasiada efusividad, pero seguro que ahora la cosa cambia: habrá un abrazo, un momento tierno, una despedida cargada de tristeza. Puede que Gabi no sepa que es su compañera, pero él alberga sentimientos profundos hacia ella.

«Me conformaría con cualquier cosa que decidiera entregarme: una ínfima parte o todo su ser.»

Lowe aceptará encantado cualquier gesto que Gabi tenga con él, y aunque me dije que sería capaz de lidiar con la situación, los celos y el dolor me resultan demasiado abrumadores. Soy incapaz de mirar. Me despido de Owen y de Gabi con la mano y rodeo el coche de Lowe.

Pero apenas me he alejado unos pasos cuando oigo un: «Avísame si hay algún cambio», seguido de un escueto: «Sí, alfa». A continuación, advierto dos conjuntos de pisadas: las de Gabi, que va tras Owen, y las

de Lowe, que se dirige al asiento del conductor. Nada más.

Nada más que un gesto amistoso con la mano.

Cuando miro a Lowe, me fijo en que él no vuelve los ojos en su dirección. No la sigue con la mirada. No se frota la mandíbula como suele hacer cuando está preocupado, nervioso o pensativo. Su compañera se dirige de nuevo a territorio enemigo y puede que no vuelva a verla y él está…

Sonriendo.

Me acomodo en el asiento del copiloto y me miro las rodillas, pensando en lo que Lowe me dijo. «A tu compañera la sientes en el estómago», lo dijo tan convencido que hasta *yo* noté también la sensación en el estómago. Me dio a entender que era como un pensamiento que no te puedes quitar de la cabeza, como una escena de la que no puedes apartar la mirada. Pero con Gabi…

Tal vez soy incapaz de interpretar sus expresiones, pero no parece gravitar hacia ella. Estuvo a mi lado durante toda la conversación. Ni siquiera se acordaba de lo que ella estudiaba.

Levanto la vista de mi regazo. Lowe me mira con una expresión tierna y divertida. Las llaves están puestas, pero no ha arrancado el motor. Está inmóvil, como si hubiera olvidado lo que iba a hacer.

—¿Qué? —pregunto un poco a la defensiva.

—Nada. —Esboza una ligera sonrisa, igual que un crío al que hubieran pillado con las manos en la masa—. ¿Estás bien? —Es evidente que no tiene ni idea de lo que estoy pensando.

Asiento, sin apartar la vista de la oscuridad mientras él arranca el coche. Noto que las mejillas me arden. Estoy a punto de dar con algo.

Es posible que no sepa nada de los licántropos. Del amor. De Lowe y de Gabi. Es posible que sea una idiota que está dándole demasiada importancia a algo que no la tiene. Pero noto algo en las entrañas y sé que no me equivoco.

Puede que Lowe tenga una compañera, pero no es Gabi.

CAPÍTULO 25

No debería habérselo contado. Ha cometido un error; varios, en realidad.

Algo se agita delante de mis narices, pero soy incapaz de enfocar la mirada. Es como cuando tienes una palabra en la punta de la lengua, como cuando notas que te sobreviene un estornudo, pero este no acaba de llegar.

La compañera de Lowe no es Gabi. Repaso nuestras conversaciones anteriores, intentando recordar lo que sé con seguridad, lo que Lowe ha reconocido abiertamente y los huecos que he rellenado yo por mi cuenta. Noto *cierta* sensación en el pecho, algo burbujeante y para nada triste. Intento racionalizarlo y quitarle importancia, pero, al no conseguirlo, me obligo a desviar la atención y digo:

—Vivo a cinco minutos de aquí. —Me mojo los labios y contemplo las familiares siluetas de mi antiguo barrio—. Vivía. —Me muerdo el labio inferior—. Bueno, supongo que aún puedo hablar en presente, porque el consejo se ha hecho cargo de mi alquiler.

—¿Quieres que nos pasemos?

—¿Por qué?

—Me gustaría ver dónde vives.

Resoplo.

—Desde un punto de vista arquitectónico, no es un edificio muy allá.

—No es por el edificio, Misery.

Tardamos más de diez minutos en llegar, pero Lowe sigue mis indicaciones sin rechistar. Introduzco el código de la entrada principal, pero no llevo las llaves, así que, en cuanto llegamos a mi puerta, me quito una horquilla del pelo.

—Eres… —Deja escapar una risa suave y afectuosa mientras menea la cabeza.

Empujo la puerta y enarco una ceja.

—¿Soy…?

—Increíble.

Noto que el corazón se me hincha y me quedo sin espacio en el pecho.

—¿Cuánto tiempo viviste aquí? —pregunta, mientras me sigue al interior y echa un vistazo a su alrededor.

Hago cálculos.

—Unos cuatro años.

A la Garantía le corresponde percibir una pequeña compensación económica y yo utilicé casi todo mi dinero para agenciarme un carné humano falso y pagarnos la universidad a Serena y a mí. Nos tocó apretarnos el cinturón unos cuantos años: tuvimos que compartir un zulo y apañárnoslas con la decoración sin ponernos demasiado tiquismiquis. El resultado fue una mezcla de estilo minimalista y elegancia destartalada que a ambas nos generaba, al volver la vista atrás, un sentimiento de horror y afecto a partes iguales.

Tras graduarme, me mudé a este piso. Había cobrado mi primer sueldo y podía derrochar un poquito de dinero. Me gustó lo sencillo y abierto que era. Compré casi todos los muebles en los mercadillos que Serena y yo visitábamos a primera hora los días que amanecía nublado, y acabé encantada con lo despejado y espacioso que quedó todo al final. Podía escuchar música electrónica retro sin que nadie me preguntara torciendo el morro qué trauma me había llevado a disfrutar de «esa mierda», e incluso exhibir mi lámpara de lava en todo su horroroso esplendor.

Y, sin embargo, ahora, cuando echo un vistazo por la sala de estar, intentando contemplarla a través de los ojos de Lowe, me da la impresión de que está vacía. Sin vida. Como un museo.

Me imagino en ella y se me revuelve el estómago. Solo han transcurrido unas pocas semanas, mis gustos no pueden haber cambiado tanto en tan poco tiempo…, ¿o sí?

Me vuelvo hacia Lowe y me lo encuentro agarrándose al marco de la puerta como si le fuera la vida en ello.

—¿Estás bien?

—Es que huele mucho a ti —dice. Habla en voz baja y tiene la mirada vidriosa y desenfocada—. Más que tu habitación en casa. Noto más… capas. —Se lame los labios—. Dame un segundo para que pueda acostumbrarme.

No le pregunto si le molesta mi aroma, porque a estas alturas está claro que ya no. Aunque antes lo detestaba. ¿O no? Desde luego nunca lo desmintió, y tenía la impresión de que había cambiado de opinión hacía poco, pero tal vez…

—¿Gabi y tú estáis muy unidos? —pregunto. No estábamos

hablando de eso, pero Lowe parece agradecer la distracción.

—No la conozco muy bien. —Toma una profunda bocanada de aire, recobrando poco a poco el control—. Es un par de años mayor y creció en otra cuadrilla. Solo la he visto unas cuantas veces.

—¿Por qué la elegisteis como Garantía?

—Se ofreció ella. —Da unos pasos mientras recorre con los dedos las superficies vacías, como si quisiera dejar vestigios de su aroma en el piso. Mezclarlo con el mío. No veo ni rastro de polvo, lo que significa que Owen debe de haber contratado un servicio de limpieza. La verdad es que es mejor hermano de lo que yo pensaba—. Era una de mis segundas. Quería una tregua con los vampiros; me parece que perdió a algunos parientes durante la guerra.

—Entiendo. ¿Pediste algún voluntario?

Niega con la cabeza.

—Debatimos la propuesta de tu padre durante una de nuestras mesas redondas. Yo no pensaba pedirle a nadie que arriesgase la vida y dejé muy claro que, si los vampiros nos exigían obligatoriamente que les proporcionásemos una Garantía, no seguiría adelante con la boda. Tras la reunión, Gabi habló conmigo y me pidió que la enviase a ella.

—Ya veo. —Me dirijo a la cocina y abro con gesto distraído la nevera. Dentro hay una bolsa de sangre que me dejé olvidada. Menudo desperdicio—. Te lo pidió ella. ¿Lowe?

Se apoya en la pared, ya más relajado.

—¿Sí?

—¿Qué estudié yo en la universidad?

Me lanza una mirada de perplejidad.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Por? —Se encoge de hombros cuando no le respondo—. Ingeniería informática. Con una especialización en ciencias forenses.

Vale, guay.

Vale.

—No era ella.

Me mira del todo inexpresivo.

—Gabi. No es tu compañera.

—Pues… no. ¿Pensabas que lo era? —Parpadea confundido.

—Me lo dijo el gobernador en la boda.

Abre los ojos de par en par y veo una mirada de comprensión asomando en ellos.

—No. Según el contrato tradicional entre vampiros y licántropos, la persona que ejerce como Garantía debe cumplir dos requisitos: gozar

de buena salud y estar emparentada con el alfa de la manada.

Yo ya lo sabía, pero, por primera vez, *reflexiono* sobre ello.

—¿Te queda algún otro pariente vivo aparte de Ana?

Niega con la cabeza.

—Entiendo. Y no pensabas entregarla a ella.

—No era una cuestión debatible.

—¿Y entonces…?

—Les dijimos que, en las manadas de licántropos, un compañero es el equivalente a un pariente de sangre. El asunto no es tan sencillo, pero…

—El consejo se lo tragó.

Lowe asiente.

—Le pedí a tu padre que no contase públicamente que era mi compañera para evitarle problemas a Gabi cuando volviese a casa. No pensé… —Veo que por fin comprende la situación del todo. Se da cuenta de que yo llevaba asumiendo todo este tiempo que lo era. Que pensaba que él me había llevado a conocer a su compañera, pese a que nosotros…—. No. No, Misery. —Parece angustiado por mí—. No es mi compañera. Lo siento.

—No pasa nada. —No es culpa suya que yo lo diera por hecho y, de todas formas, el asunto no tiene nada que ver conmigo.

Aunque en realidad *sí*. Nos contemplamos el uno al otro a varios metros de distancia; hay una pregunta que borbotea en el fondo de mis entrañas y una respuesta que bulle en su interior, una tímida certeza que caldea el aire que nos separa.

Los pies me llevan hasta Lowe de forma espontánea. Me impulsan a ponerme de puntillas y, de pronto, estoy besándolo con tanta intensidad como puedo, ejerciendo demasiada presión demasiado pronto, rodeándole el cuello con los brazos con la misma firmeza que una soga. No reacciona de inmediato, pero se debe más a la confusión que al reparo. Al cabo de un instante, cierra las manos en torno a mi cintura y me arrincona entre la pared y él, apretándose más contra mí.

—Misery. —Las palabras brotan entrecortadas. Su erección me roza el estómago y ambos jadeamos—. No deberíamos —me dice apartándose.

Pero, cuando le pregunto por qué, sus labios vuelven a toparse con los míos. El beso ha empezado con mucha intensidad, pero de algún modo se vuelve aún más ardiente.

—Lo sé. *Lo sé,* creo… —Bajo las manos por su torso, le subo la camiseta y dejo al descubierto una franja de piel cálida—. Quiero… —Soy incapaz de decirlo en voz alta porque no sé lo que necesito. Sé que tiene algo que ver con la verdad, y con que él la reconozca, pero

es como una espina confusa y dolorosa en el interior de mi cabeza—. ¿Podemos…?

—Sí. Sí que podemos. —Su voz suena impaciente y tranquilizadora al mismo tiempo—. Sí que podemos.

Hay un sofá justo detrás, pero Lowe me da la vuelta hasta que la parte frontal de mi cuerpo queda apoyada contra la pared, con la frente y el antebrazo pegados a esta.

—Más despacio —ordena mientras me chupa el cuello y extiende una de sus enormes manos por el centro de mi espalda.

El corazón me da un vuelco. En lo escurridizo de este momento, es justo lo que necesitaba oír.

—Me haces sentir tan bien… —Está comportándose como un licántropo, como un alfa, o simplemente como Lowe. Me da mordiscos a lo largo del cuello. Gimo y él se aprieta más contra mí—. Tienes que decírmelo. Toda la casa huele a ti, tu aroma me invade el cerebro y no puedo pensar en nada más que en follarte. Así que, si quieres que pare, me lo tienes que decir.

Aprieto la frente con más fuerza contra la pared.

—Por favor, no pares.

Maldice en voz baja, como si mis palabras le hicieran perder la cabeza. Se apresura a levantarme la camiseta y desabrocharme los vaqueros. Me arqueo contra él: contra su boca, su pecho, su polla. Apoya una palma en la pared, justo al lado de la mía, y yo extiendo el meñique y le rozo el pulgar. Le estoy pidiendo *más* y él se da cuenta, pero en lugar de complacerme, me acaricia la curva de la garganta con la nariz.

—Deberíamos echar el freno. —Profiere una risa compungida y ardiente contra mi piel.

—Al revés.

—Misery… —empieza.

—Quiero follar.

Noto en la piel la vibración de un ruido gutural y anhelante.

—Misery.

—No pasa nada. Saldrá bien.

—De eso nada.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué. —Cruza los brazos sobre mi vientre y me acerca a él en actitud posesiva, algo frustrado—. No podemos. —Ambos temblamos de… ¿Esta necesidad insaciable de mi interior es *deseo?* ¿Por eso la gente hace cosas impulsivas e irracionales?

—Pero… seguro que no es la primera vez que pasa. Que un licántropo macho y una vampira hembra se acuestan. —Nuestras

especies llevan existiendo miles de años y no siempre se han llevado mal—. Deberíamos intentarlo. No me asusta tu…

Profiere una risa temblorosa contra mi cuello.

—Ni siquiera sabes cómo se llama.

—¿Qué más da si lo sé o no?

—¿Me equivoco?

Dejo escapar un ruidito de amargura y él me hace callar dándome un mordisquito en la zona de detrás de la oreja.

—No sabes lo que me estás pidiendo, ¿verdad?

—Pues dímelo. Así lo sabré y…

—Nudo. Se llama nudo. —Saboreo la palabra en mi mente, maravillada por lo bien que encaja—. Dilo —me ordena Lowe, pero cuando ve que vacilo, añade—: Por favor.

—Nudo. Un nudo.

Se aferra a mí con más fuerza. Se le entrecorta la respiración.

—Joder.

—¿Q-qué?

—Creo que me gustaría oírtelo decir otra vez.

Vuelvo a decirlo, solo porque me lo pide. Por cómo se agarra a mi cadera, diría que esa segunda vez lo disfruta aún más.

—¿Sabes para qué sirve?

Puede que no sepa nada de biología licántropa, pero no soy boba ni ingenua.

—Sí.

—Dilo.

Esta es al mismo tiempo la experiencia más mortificante y erótica de mi vida.

—Para mantenerlo dentro.

Me mete la mano por debajo de la camiseta y me caricia con suavidad la parte inferior del pecho.

—¿Para mantener dentro el qué, cariño?

Cierro los ojos. Noto el ritmo lento y enérgico de mis latidos en cada centímetro de la piel.

—Tu semen.

Su enorme cuerpo se estremece durante un momento. A continuación, me recompensa con un mordisquito en la punta de la oreja.

—¿A ti te parecería bien?

Asiento. Él gime.

—Yo no lo veo tan claro; podría hacerte daño y no quiero correr el riesgo.

Ojalá pudiera verle la cara.

—Puedes parar. Si me duele o si la cosa no funciona.

—¿Y si no soy capaz?

—Seguro que sí. Sé que podrás.

—O puede que no. Porque te tengo demasiadas ganas.

Sus dedos vuelven a bajar y me rozan la ropa interior. La palidez de sus nudillos contrasta con el algodón azul y húmedo. Murmura algo sobre lo mojada que estoy y, cuando empieza a masajearme el clítoris lentamente con la parte carnosa de la mano, suspiro de placer y alivio.

Profiero un suave gemido.

—De… de verdad que tengo muchas ganas.

—Joder —exhala, y entonces noto que cambia de postura detrás de mí. Me cubre la mano que tengo apoyada en la pared con la suya.

Vale, estoy aquí. Estoy contigo.

—Deja que… No puedo follarte así. —Me baja los vaqueros hasta las rodillas y me aprieta más contra la pared—. Deja que te prepare.

No entiendo muy bien lo que quiere decir hasta que me agarra del hueso de la cadera con una mano y me mete la otra en las bragas, estirando el algodón de un modo que resulta obsceno. Me separa los pliegues con dos dedos y deja escapar un gemido fervoroso en voz baja mientras contempla los movimientos de su mano bajo la suave tela. Noto sus latidos en la espalda, y cuando me posa los dientes en la garganta y empieza a rasparme con ellos, luego a darme mordisquitos y finalmente a morderme con un poco más de fuerza; cuando me acaricia el clítoris con el dedo de un modo simplemente perfecto, es cuando me corro.

Es inesperado y demasiado rápido. En cuanto llego a la cresta ya estoy volviendo a descender, jadeando en busca de aire. Pero tengo la sensación de haberme quedado a medio camino y no me permito recuperar el aliento. Echo la mano hacia atrás e intento, desesperada, desabrocharle los vaqueros.

—Quieta —me ordena sujetándome las manos contra la parte baja de la espalda—. Espera, deja que piense un momento.

Me obligo a relajarme. Está claro que, a la hora de mantener relaciones sexuales, los suyos y los míos tenemos, en general, formas distintas de hacer las cosas. Al igual que también está claro que él y yo habitamos un espacio intermedio. No esperaba menos.

—Esto sería más fácil si tu olor no me diera tantas ganas de follarte —dice de forma entrecortada, pero entonces oigo el tintineo de su cinturón y noto la presión de su polla contra las bragas, que se me pegan al coño de lo empapadas que están. Libero las manos para acariciarle el miembro y él profiere un sonido ahogado. La tiene enorme y caliente, pero el bulto de la base —el nudo— aún no ha

hecho acto de presencia. La última vez se le hinchó después de correrse. Me gustaría saber si es algo que ocurre siempre, pero si le pregunto, Lowe se sumirá en otra espiral de desasosiego, y no quiero que se preocupe por mí.

—Por favor —imploro—. Métemela.

Asiente pegado a mi sien, con la respiración entrecortada. Me aparta las bragas hacia un lado y me mete la polla; noto que la presión se incrementa hasta que ya no puedo estirarme más, y fuera lo que fuera lo que esperara sentir al tener a un hombre —al tener a Lowe— en mi interior, no se parece en nada a esto.

Inhalo bruscamente.

Él exhala del mismo modo.

No siento ningún dolor, no hay dificultad ni necesidad de ajuste alguno. Él la tiene dura y yo soy maleable. Él gime y yo estoy mojada. Encajamos a la perfección. La compatibilidad biológica de la que Lowe me habló, la que se produce entre compañeros… No digo que sepa lo que se siente al experimentarla, lo único que sé es que nos acomodamos al otro de forma…

—Perfecta —murmura al llegar al fondo, y se agarra a mi cintura como si intentara recobrar la compostura. Y sé por qué: la sensación es exquisita, aunque de un modo intenso y cruel. Los vampiros no leemos la mente, pero sé lo que está pensando: lo sencillo que resultaría quedarse así para siempre y no parar *nunca*—. No te muevas o me correré. —Me da un lametón en la nuca—. Mierda, igual me corro de todas formas. Tu aroma y este cuellecito tuyo son demasiado.

Puede que yo también me corra. Dentro de nada. Sobre todo si se mueve de esa forma, con embestidas suaves e experimentales que me llegan *a todas partes*. Noto que me contraigo poco a poco a su alrededor y él deja de moverse.

Acto seguido, se inclina para susurrarme al oído:

—Si vas a correrte, dímelo, porque entonces me correré yo, y tengo que sacártela o te haré daño. ¿Vale? —Suena tranquilo, incluso cuando está a punto de perder el control.

Asiento con la cabeza, intentando contener la oleada de placer.

—Vale. —Me da otro beso suave y casto en la nuca y luego la saca poco a poco. La sensación de fricción es fantástica, y arqueo la espalda, hasta que noto que solo tiene metida la punta y suelto un sonido lastimero. Cuando vuelve a penetrarme un poco más, lanzo un gemido—. ¿Demasiado?

La única respuesta que me sale es contraer los músculos y apretarle la polla. Estrella la palma contra la pared con un juramento.

—No he dejado de pensar en esto —le digo con apenas un susurro.

Su «Sí» suena compungido.

—Yo he intentado no hacerlo.

Vuelvo la cabeza. Su cuerpo enorme se cierne sobre mí y me envuelve. Su mejilla se encuentra a escasos centímetros, recubierta de una barba incipiente, teñida de un rubor oliváceo y perfecta para depositar un beso.

—Yo también. —Y luego añado con una sonrisa—. Aunque no le he puesto muchas ganas.

Pierdo la noción del tiempo, al igual que él, cuando empieza a embestir. Nos movemos a la vez, sudorosos y sin aliento. Se detiene al cabo de unos minutos, para contener el orgasmo, y vuelve a hacer lo mismo un par de minutos después. Cuando la estimulación se vuelve demasiado intensa para él, la saca de mi interior, y yo me siento vacía y tiemblo de frustración, así que me mete los dedos mientras él se serena, duro y ardiente contra mi cadera. Las luces de la calle se filtran por las ventanas y nuestra respiración se acelera. Cuando ya no puedo más, cuando me noto sensible e hinchada y tan al límite que una sola embestida es suficiente para hacer que estalle en mil pedazos, casi se me olvida avisarlo.

—Voy a…

Vuelvo a correrme y una oleada de placer se arremolina en mi interior. Lo que le ocurre a Lowe queda eclipsado por mi propio placer, pero advierto algunas cosas: un gruñido agudo; una repentina sensación de vacío; esa parte de su anatomía, que se hincha, ardiente y firme, contra mis nalgas; y, finalmente, su semen, cálido y húmedo, acumulándose en la parte baja de mi espalda.

Y entonces permanecemos inmóviles, respirando juntos, con la mente en blanco. Me apoya la frente en el hombro y despliega una mano sobre mi abdomen, como para contenerme, y tal vez sea cosa de las sustancias químicas que se apoderan del cerebro de los vampiros después del sexo, pero me niego a aceptar que esto no sea cosa del destino. Que no estemos hechos el uno para el otro.

—¿A los licántropos…? —Tengo la voz áspera de tragarme los gemidos. Carraspeo y me oigo preguntar—: ¿A los licántropos siempre os sale el nudo?

Él profiere un suspiro tembloroso.

—No te muevas. —Me da un beso en el pómulo—. Voy a limpiarte. ¿Dónde tienes…?

—No te vayas. —Me vuelvo para mirarlo y tiene un aspecto… desaliñado. Vulnerable. Feliz. La camiseta se me baja, pero estoy en mi casa. Puedo cambiarme de ropa—. ¿Puedes contestarme primero?

Él niega con la cabeza.

—No siempre. —Pero entonces añade—: Es complicado.

Yo no creo que sea complicado. De hecho, sospecho que podría ser algo muy sencillo.

—Explícamelo, por favor.

—Es una manifestación de… Solo ocurre entre ciertas personas. —Tengo la camiseta totalmente torcida y él me deja un reguero de besos a lo largo del hombro, abandonándose al acto unos instantes antes de enderezarme el escote. Inhala profundamente—. Pensándolo bien, no te voy a limpiar. Te dejaré así. —Su mano serpentea alrededor de mi cintura hasta llegar a la parte baja de mi espalda, la cual tengo pegajosa y húmeda—. Así todo el que te huela sabrá a quién perteneces.

—¿Te había pasado antes?

Me está restregando su semen con el pulgar. ¿Se puede saber por qué me parece bien?

—¿Antes?

—Antes de estar conmigo. Me refiero a lo del nudo. ¿Te ha pasado con alguien más?

La mirada se le oscurece.

—Misery.

—Estoy empezando a atar cabos, ¿sabes? —Seguimos aturdidos a causa del placer y no es justo por mi parte insistirle justo ahora, cuando tenemos la guardia baja y el cuerpo repleto de hormonas muy poco convenientes, pero… Pero eso—. Creo que lo he tenido delante de las narices desde el principio, pero me despistaste a propósito, ¿no? Recuerdo cómo reaccionaste a mi aroma cuando nos conocimos; fue algo tan extremo que supuse que lo detestabas. Y lo empecinado que estabas en mantenerte alejado de mí. —Trago saliva—. Me habría dado cuenta antes si no hubiera dado por hecho que tenía que ser alguien de tu especie. Me parecía lógico que fuera Gabi. Aunque, al final, la clave ha sido conocerte mejor. Porque ahora que sé la clase de persona que eres, no puedo evitar preguntarme: si Lowe estuviera enamorado de otra persona, ¿haría lo que hace conmigo? Y no puedo imaginarme ninguna realidad, ninguna simulación siquiera, donde eso pasara. —Dejo escapar una breve carcajada.

Lowe se queda callado. Me contempla, insondable. Su mirada pálida y amable se repliega y adopta una expresión que no deja traslucir nada.

—Ocurre entre compañeros, ¿no? Lo del nudo, me refiero. —Biológicamente, tiene mucho sentido. La verdad, es lo único que tiene sentido—. Soy yo, ¿verdad? —Intento esbozar una sonrisa. *No pasa nada. Lo sé. Yo también lo siento*—. Soy tu compañera. Por eso…

—Misery. —No me mira a mí, sino a algún punto indeterminado alrededor de mis pies. Y emplea un tono que jamás le había oído: indescifrable. Hueco.

—Es por eso, ¿no?

Guarda silencio durante unos tensos segundos.

—Misery. —De nuevo, mi nombre, aunque la palabra encierra esta vez un dolor infinito, como si estuviera torturándolo.

—No estoy… Siento lo mismo que tú —añado con rapidez, pues no quiero que piense que estoy acusándolo de algo que escapa a su control—. O puede que no…, puede que no disponga del *hardware*. Tal vez solo otro licántropo podría sentir lo mismo. Pero me gustas de verdad. Más que eso. Aún no sé muy bien lo que siento porque no tengo demasiada experiencia con estas cosas, pero a lo mejor te piensas que todo esto me acojona y… —Pierdo fuelle, porque Lowe ha levantado la vista y veo cómo me mira.

Lo entiende, pienso. *Lo sabe. Siente exactamente lo mismo que yo.*

Pero entonces su expresión se torna hermética. Y el tono que emplea solo puede describirse como compasivo.

—Siento si alguna vez te he hecho creer lo que no es.

Mi confianza se tambalea, pese a que hasta hace un momento estaba convencida de sus sentimientos hacia mí. Niego con la cabeza.

—Lowe, venga ya. Sé que Gabi no es tu compañera.

—No, no lo es. —Aprieta los labios—. Pero me temo que has sacado una conclusión equivocada.

—Lowe.

Niega con la cabeza lentamente.

—Lo siento, Misery.

—Lowe, no pasa nada. Puedes…

—Creo que deberíamos dejar el tema.

—No. —Dejo escapar una risa—. Tengo razón. Sé que tengo razón.

Me mira de un modo peculiar. Como si supiera que está a punto de hacerme daño y también a sí mismo, y la idea le resultara sencillamente inaceptable. Como si no estuviera dejándole alternativa.

—Dijiste que a un compañero lo sientes en el estómago y…

—Misery. —Esta vez habla con más dureza, como si estuviera regañando a una cría—. Deberías dejar de utilizar expresiones licántropas que no entiendes.

Se me cae el alma a los pies.

—Lowe.

—Hablarte del concepto de compañeros fue un error. —Suena distante, como si estuviera leyendo un guion y hubiera despojado su voz de toda emoción—. Nadie que no sea un licántropo es capaz de

entenderlo, y menos un vampiro, pero entiendo lo atrayente que puede resultar para alguien que nunca ha encontrado su lugar.

—¿Qué?

—Misery. —Vuelve a suspirar—. Te han tratado fatal toda la vida, te han abandonado una y otra vez... Tu familia, tu gente, tu única amiga. La idea del amor eterno, de tener a alguien al lado siempre, te fascina, pero no es un reflejo de lo que siento por ti.

El corazón se me resquebraja. El suelo bajo mis pies se sacude mientras asimilo esta versión de Lowe. Quien, por lo visto, no tiene ningún problema en usar contra mí las cosas que le he contado de mi pasado.

—Tú… —Niego con la cabeza, aturdida por lo mucho que duelen sus palabras. Incluso cuando es imposible que sean ciertas—. Solo intentas alejarme. Venga, dímelo —le ordeno adoptando una actitud terca de pronto. Estoy hecha un lío. Esto no es propio de mí. El instinto me pide a gritos que abandone, pero es *obvio* que está mintiéndome—. Dime que no estás enamorado de mí —lo desafío—. Que no *quieres* estar conmigo.

No vacila ni un segundo.

—Lo siento —dice flemático, con un deje de condescendencia. Una pizca de lástima. Pena—. Creo que eres muy atractiva. Y me gusta pasar tiempo contigo. Me ha gustado… —La voz casi se le quiebra—. Me ha gustado follar contigo. Y te deseo lo mejor, pero… —Niega con la cabeza.

Abro la boca, con la esperanza de replicarle como Dios manda, pero descubro que no puedo respirar. Y entonces ocurre lo peor de todo: Lowe me pasa el dorso de la mano por la parte de la mejilla donde, si fuera capaz de llorar, tendría una lágrima corriéndome.

El dolor que me produce su rechazo es como un puño estrujándome el corazón.

—Me doy cuenta de que esto ha sido un error —prosigue él—. Pero es lo mejor. Es mejor que no estés atada a alguien como yo, deberías ser libre. —Casi se traba con la última palabra, pero se recupera al instante—. Y creo que de ahora en adelante deberíamos poner tierra de por medio.

—¿Qué?

—Te buscaré otro sitio para vivir. —Tiene la mirada clavada en algún punto por detrás de mis hombros—. Estás pensando lo que no es y, francamente, no quiero que…

Suena un móvil.

Desvía la mirada, molesto, pero el hecho de que se aleje de mí unos pasos me da un respiro. Me miro los pies, sin prestar atención a la

conversación en voz baja que se produce a continuación, intentando tomar aire pese a la gélida y aplastante sensación que tengo alojada tras el esternón.

Me he equivocado.

Lo he malinterpretado todo.

Me he confundido y él no está…, él no me…

—Voy para allá.

Lowe cuelga el teléfono. Cuando se dirige a mí, lo hace con su sosiego habitual, como si nuestra conversación nunca hubiera tenido lugar. Como si entre nosotros jamás hubiera pasado *nada*.

—Tengo que marcharme. —Se ajusta los vaqueros.

Asiento como puedo.

—Vale, yo…

—Le pediré a alguien que venga a recogerte y te lleve de vuelta a territorio licántropo.

—No pasa nada, puedo…

—Es peligroso —me interrumpe de forma categórica—. Así que *no,* no puedes. A lo mejor a ti sigue sin preocuparte tu seguridad, pero yo… —No termina la frase, sino que se me queda mirando y el silencio que nos envuelve se torna intolerable.

—Vale, pues ya sabes dónde está la puerta. Voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa. —Me dirijo a ciegas hacia mi dormitorio, pero apenas logro dar dos pasos antes de que me agarre los dedos con fuerza y me detenga en seco.

No quiero volverme hacia él, pero lo hago de todos modos. Y me pongo a temblar cuando se inclina para besarme la frente. Inhala una vez, con fuerza. Noto cómo sus labios se mueven contra mi piel y forman lo que parecen ser dos palabras cortas, aunque seguramente me lo esté imaginando. Durante un instante me pregunto si tal vez, después de todo, yo tenía razón, y la esperanza aflora en mi interior.

Pero entonces se aparta de mí y el corazón vuelve a hacérseme añicos.

—Ve —ordena, y eso hago. Ya he tenido mi ración de sinceridad cruel e indiferente esta noche. No me hace falta más.

Entro en mi habitación y no espero a que se marche antes de cerrar la puerta tras de mí.

CAPÍTULO 26

Está siendo más benevolente con ella que con él mismo, y espera que jamás se dé cuenta.

En este piso no ha habido nunca cama. Yo estaba encantada con el armario y Serena se las apañaba con el sofá cuando se quedaba a dormir. No obstante, por primera vez en la vida, desearía haber hecho lo que los humanos y haber comprado algo blandito donde poder desplomarme.

Como no es así, me conformo con tirarme al suelo y pasarme demasiado tiempo con la frente apoyada en las rodillas, intentando recobrar la compostura.

Parece que a servidora le acaban de romper el corazón por primera vez.

Sea lo que sea este patético y desgarrador sentimiento que inunda mi interior, es demasiado denso como para soportarlo. Porque Lowe tiene razón: nunca me he sentido en casa en ninguna parte y mi mejor amiga desapareció después de la peor discusión de nuestra vida; sí, probablemente de forma voluntaria, y sí, probablemente porque se la soplo, porque no le importo tanto como ella me importa a mí. La soledad, el dolor y la decepción no me son desconocidos, pero *esto,* esta presión que siento dentro, no tiene remedio. ¿Cómo se soporta este peso?

Me aprieto los ojos con los dedos hasta que veo estrellitas, pero no encuentro ninguna respuesta.

Tardo cinco minutos en ducharme. Me froto con fuerza para quitarme el rechazo y la humillación de la piel, pero no lo consigo. Apenas me da tiempo a sacar una muda de ropa limpia y vestirme antes de que suene el timbre y la voz de Mick me informe de que Lowe le ha pedido que venga a buscarme. Unos instantes después, estoy acomodándome en el asiento del copiloto de su coche.

—¿Qué tal estás, Misery?

—Bien. —Intento esbozar una ligera sonrisa—. ¿Y tú?

—No muy allá.

—Lo siento. —Le lanzo una rápida ojeada. Y luego otra. Tal vez si me centro en el desasosiego de otra persona el mío se mitigue un poco —. ¿Puedo hacer yo algo?

—No.

Vuelvo la vista de nuevo hacia las farolas y espero impaciente a que Mick deje de trastear con el coche y ponga el motor en marcha, aunque no sé por qué. No tengo motivos para estar impaciente, ya que no me esperan en ningún sitio. No tengo ningún lugar que pueda considerar mío.

—¿Has hablado con Ana últimamente? —pregunto. Si Lowe me manda a otro sitio, es probable que no vuelva a verla. Supongo que le he cogido demasiado cariño a ella también porque el corazón se me encoge aún más.

—No —responde Mick—. Pero creo que es lo mejor.

Apoyo la sien contra la ventana. Me duele bastante la cabeza.

—¿Y eso?

—Es complicado.

Dejo escapar una risa amarga y mi aliento empaña el cristal. Las mismas putas palabras de Lowe. Parece ser que van de perlas para escaquearse y no decir la verdad.

—A los licántropos os encanta decir… —Un insecto me da un picotazo en la piel y yo muevo la mano para quitármelo de encima. Sin embargo, lo que me encuentro al volverme carece de toda lógica.

Mick.

Con una jeringuilla en la mano.

Inyectándomela en el brazo.

Lo miro a los ojos, intentando entender lo que ocurre.

—Lo siento, Misery —dice. Su voz es suave y la expresión triste de su mirada no hace sino aumentar el dolor de mi maltrecho corazón.

¿Por qué?, pregunto.

O no. No logro articular las palabras porque estoy cansada, soy incapaz de mover las extremidades y los párpados me pesan tanto que la oscuridad que se encuentra al otro lado se me antoja demasiado maravillosa como para…

CAPÍTULO 27

Pocas cosas hay que no esté dispuesto a hacer, pocas personas que no esté dispuesto a matar, para garantizar su seguridad.

Cuando éramos pequeñas, a los once o tal vez a los doce años, Serena se aburría algunas veces por tener que pasar las tardes sola haciendo los deberes o viendo la tele, y como por aquella época aún no acababa de entender lo distintas que eran nuestras fisiologías, se colaba en mi cuarto y me despertaba cuando el sol todavía estaba demasiado alto. Era increíblemente bruta y exhibía una contundencia sorprendente para lo pequeño que era su cuerpo. Me agarraba del hombro y me zarandeaba con la fuerza de una manada de rottweilers al coger su juguete favorito y dejarlo hecho un amasijo de plástico lleno de babas.

Por eso sé que está aquí conmigo. Antes incluso de abrir los ojos. Los vampiros no sueñan, de manera que todo este griterío debe de ser real. Y tengo clarísimo que no hay ninguna otra persona en La Ciudad, ni en la faz de la tierra, que sea tan puto…

—Pesada —digo.

O farfullo, más bien. Me cuesta mover la lengua: la tengo todavía dormida y parece hecha de papel maché. Debería abrir los ojos o, por lo menos, uno de ellos, pero parece que alguien me haya cosido los párpados a las mejillas y luego me haya echado un chorro de pegamento encima. Pensándolo bien, lo mejor sería ignorar todo esto y volver a dormirme.

—Misery. ¿Misery? *Misery*.

Suelto un gruñido.

—No… gritar.

Un resoplido.

—Pues entonces no… volver a dormirte, guarrapata.

Esa palabra me hace abrir los ojos. Estoy en otra puñetera cama donde, de nuevo, no recuerdo haberme acostado. El reloj biológico se me ha escacharrado y no sé si es de día o de noche. Muevo el cuello —

ay— de forma instintiva para comprobar si se filtra la luz del sol y descubro…

Que no hay ventanas. Estoy en un ático de madera, grande y climatizado, con las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros que llegan hasta el techo. Veo un plato con restos de pasta sobre una mesita auxiliar y un montoncito de latas de refresco y botellas de agua.

Tomo aire, dolorida, mientras noto cómo el efecto de las drogas se me va pasando poquito a poquito. Aún no es de día, ni siquiera está a punto de amanecer. Debo de haber estado inconsciente una o dos horas, lo que significa que Mick no ha podido llevarme muy lejos. Mick —Mick. *¿Qué cojones, Mick?*— debe de haber optado por dejarme con…

Serena.

Estoy con *Serena*.

—Hostia puta —murmullo, intentando incorporarme. Me hacen falta dos intentos y la ayuda de mi amiga para lograr colocarme en una posición un poco menos horizontal—. Hostia *puta*.

—Hombre, hola. Cuánto me alegro de que mi amiga favorita haya decidido darse un garbeo por mi humilde morada.

—Soy tu única amiga —suelto, preguntándome si el cerebro me está jugando una mala pasada. Los vampiros no soñamos, pero sí tenemos alucinaciones.

—Cierto, pero tampoco hace falta restregármelo.

—He… —Me lamo los labios. Debo ponerle remedio a lo de la boca seca. ¿Por eso los humanos y los licántropos andan siempre bebiendo agua?—. ¿Qué *coño* pasa?

—¿Te arrearon un porrazo? No te he visto ningún chichón.

—Me han drogado. Mick me ha drogado.

—¿Mick es el licántropo que ha dejado aquí tirado tu cuerpo exánime como si fuera un saco de patatas y me ha traído unos espaguetis en lata?

—¡De exánime nada!

—No me dirás que los vampiros no parecéis fiambres siempre.

—Joder… Serena, ¿sabes cuánto tiempo llevo buscándote?

Me lanza una sonrisa compasiva.

—No, pero si tuviera que adivinarlo, diría que… —Se da unos golpecitos en la barbilla—. ¿Tres meses, dos semanas y cuatro días?

—¿Cómo…?

Señala detrás de ella. Ha ido haciendo muescas en un lado de la estantería, contabilizando los días de cinco en cinco.

—La hostia —susurro. Hay mogollón de marcas. Es la

manifestación física de todo el tiempo que Serena ha estado desaparecida y…

Ni me lo pienso: me levanto de la cama como puedo y le doy un abrazo. Apenas soy capaz de alzar los brazos, y no creo que ella esté demasiado cómoda, pero me devuelve el abrazo con ganas.

—¿Acabas de tocarme por iniciativa propia? ¿Qué ocurre? ¿Has empezado a ir al psicólogo mientras yo no estaba?

—Te he echado de menos —le digo pegada a su pelo—. No sabía dónde estabas. Te he buscado por todas partes y…

—Estaba aquí. —Me da unas palmaditas en la espalda y me aprieta más fuerte.

—¿Y dónde coño es *aquí?* —Me echo hacia atrás y la observo. Lleva unos vaqueros que le están demasiado grandes y una camisa que nunca le he visto puesta. Su cuerpo luce tan blandito y curvilíneo como siempre, pero, la última vez que la vi, llevaba flequillo y un corte recto justo por debajo de la barbilla. Ahora el pelo le ha crecido y tiene una forma totalmente distinta—. Tienes buen aspecto.

Enarca una ceja.

—Es un poco raro decir eso justo cuando estamos intercambiando información vital en mitad de un secuestro.

—¡Te estaba haciendo un cumplido, leches!

—Vale. Gracias. Siempre he tenido complejo con mi frente, ya lo sabes, aunque igual eran neuras mías. Lo mismo dejo de recortármelo cada mes y…

—Guay, ahora calla. ¿Dónde estamos?

Pone los ojos en blanco.

—Ni idea. Y créeme que he intentado averiguarlo, pero no hay ninguna ventana y la habitación está insonorizada. Por los ruidos de las tuberías del baño, diría que debe de haber cuatro o cinco pisos por debajo. Los guardias que vienen a traerme la comida procuran no acercarse demasiado para que no los vea y no averigüe de qué especie son, pero ahora que sabemos que tu amiguito Mick está implicado, supongo que estamos en territorio licántropo. Aunque eso tampoco nos dice gran cosa.

Emery. Tiene que ser cosa suya. Y Mick debe de haber estado ayudándola todo este tiempo. Al fin y al cabo, era uno de los segundos de Roscoe.

Me pellizco la frente.

—¿Por qué te has metido en esta movida con los licántropos?

—¡Excelente pregunta! ¿Quieres la respuesta corta o la larga? He tenido mogollón de tiempo libre los últimos meses para preparar ambas versiones.

—¿Te han hecho daño? ¿Te han torturado o interrogado o…?

Niega con la cabeza.

—Si no tenemos en cuenta la constante violación de mis derechos humanos, me tratan bastante bien. Pero jamás me han sacado de aquí, y mira que lo he intentado. He fingido estar mala, me he puesto farruca… y nada. Los guardias son gilipollas integrales y se niegan a hablar conmigo.

—¿Cómo te trajeron?

—Lo último que recuerdo es que iba por la calle de camino a tu casa, después de salir del trabajo, y de pronto, pam, estaba aquí.

Le echo un vistazo al ático.

—¿Y qué haces durante todo el día?

—Aprovecho para dormir. Repaso mis decisiones vitales. Me machaco por ellas… Pero sobre todo leo. —Señala las estanterías—. Aunque la mayoría son clásicos. Me he leído ya como tres novelas de Dickens.

—Qué horror.

—Y también *El guardián entre el centeno*.

—Cielo santo.

—Y toda una saga de misterio que ni siquiera me gusta. —Se encoge de hombros—. Bueno, ¿quieres que te cuente por qué creo que han secuestrado a la menda lerenda y así tú me sueltas un: «te lo dije»?

La irritación me proporciona el impulso suficiente para incorporarme por fin.

—No, porque *no* te dije nada.

—Ah. —Asiente, perpleja—. Vaya sorpresa, por una vez no…

—No pude decirte nada porque no me contaste en qué estabas trabajando ni la mierda que te traías entre manos.

Frunce el ceño.

—Vale. Bueno, al menos déjame explicarte…

—Ya estoy al tanto.

—No sé qué estarás pensando, pero no es eso. En realidad…

—Estabas investigando a los licántropos o a Thomas Jalakas o algún delito fiscal o algo así. Descubriste que Liliana Moreland es medio humana y medio licántropa, que seguramente no haya nadie más como ella, y entonces te secuestraron.

Serena me mira asombrada.

—¿Cómo lo…?

—Tu gato estaba… Encontré el mensaje en clave que dejaste en tu agenda y… —Me masajeo la sien—. Te lo digo de corazón, créeme que sé muchas más cosas de las que me gustaría. Lowe me dijo…

—¿Quién es Lowe?

Se me encoge el corazón. Ahuyento el recuerdo y el dolor de un plumazo.

—El licántropo alfa. Mi marido.

—Mira, me la sopla. Dime cómo… —Se interrumpe de pronto. Me mira perpleja. Parpadea unas cuantas veces—. ¿Acabas de decir…?

Suspiro.

—Sí.

—Misery.

—Ya lo sé.

—En serio.

—Que ya.

—¿Desaparezco tres meses y ahora de repente me vienes con que estás *casada con un licántropo alfa?* Si de normal tú nunca tenías nada que contar…

—Sí.

—Madre de Dios.

—Técnicamente es culpa tuya.

—*¿Perdona?*

—¿Crees que me he casado porque me dio por abrirme una app de ligoteo y me eché un noviete licántropo? Te he estado buscando desde el primer día. De todas las formas posibles. Por eso terminé casada con el hermano de la inocente chiquilla medio licántropa de la que estabas dispuesta a aprovecharte y ahora estamos aquí metidas, y me juego todos mis cachivaches de hackeo a que Emery está detrás del secuestro y a que Mick lleva trabajando para ella desde el principio; me juego… ¿Sabes qué? Me juego lo que quieras a que sabe que Ana es un híbrido y quiere asegurarse de que no se convierte en un símbolo de unión entre licántropos y humanos, y como tú has estado metiendo las narices, ha dado contigo y, madre mía, Serena, no sabes lo mucho que me estaba costando encontrarte, *joder*. —Me sale todo de golpe y apenas tengo tiempo de moderar el tono, pero me arrepiento al instante, cuando veo que Serena se lleva la mano a los labios agrietados. Se ha mordido las uñas a ras de piel: una costumbre que se quitó hace años.

—Es que… —Traga saliva—. No estaba segura.

—¿De qué?

—De que estuvieras buscándome. Discutimos y… —La voz se le quiebra un poco—. Dije algunas cosas de las que me arrepiento y pensaba que a lo mejor ya no querías saber nada más de mí.

Me la quedo mirando un instante, sin saber qué decir. ¿A lo mejor algún bicho se ha merendado su cerebro?

—Tía, esa opción ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

Deja escapar una ligera risa, un poco más temblorosa que de costumbre.

—Es que aquí he tenido mucho tiempo para pensar en lo que dije.

Me paso la lengua por la boca. No solo la tengo sequísima, sino que también noto un sabor muy amargo.

—Pues igual que yo ahí fuera.

Nos miramos la una a la otra. Si fuéramos mejores personas y estuviéramos menos jodidas de la cabeza, seguramente seríamos capaces de decir alguna cosa tipo *Te quiero* o *Cuánto me alegro de volver a verte* o algo un poco más macabro como *Menos mal que no estás muerta, hostia*. Pero las dos nos quedamos calladas porque es lo que siempre hacemos.

Ambas somos conscientes de lo que no decimos porque así es como somos.

Serena es la primera en carraspear.

—¿Dejamos el asunto archivado por ahora? —pregunta—. Cuando salgamos podemos cortarnos las uñas la una a la otra o algo.

—Excelente sugerencia. Centrémonos en lo que vamos a hacer ahora.

Toma aire para darse fuerzas.

—De hecho, he estado tramando un plan.

—A ver, dispara.

—Consiste en quedarnos aquí y comenzar una vida nueva. Hacernos viejas. Sufrir cataratas.

Sonrío.

—Tus planes han sido siempre una mierda.

Ella se ríe y yo me río, y seguimos riéndonos hasta que nuestras carcajadas se parecen más a un ataque de histeria que otra cosa, y joder, cuánto echaba de menos esto.

—Otro plan —dice secándose los ojos y bajando la voz— que se me ha ocurrido en los últimos tres minutos es llamar al guardia de la puerta para que puedas subyugarlo con tu magia vampírica y obligarlo a que nos deje marchar.

Frunzo el ceño.

—Sabes que no puedo subyugar a la persona si no estoy tocándola.

—Misery, corazón…

—¿Qué?

—Dudo que haya alternativa.

—Podríamos luchar. Somos dos y hemos dado clases de defensa personal…

—Aquí no van a entrar. Me lo pasan todo a través de la ranura. —

Señala el panel cuadrado de la puerta—. Aunque ahora que estás conmigo, a lo mejor podemos engañarlos. Podría distraer al guardia el tiempo suficiente para que lo pilles.

Niego con la cabeza. Plenamente consciente de que no voy a decirle que no.

—Esto podría salir fatal.

—Pero a ti no te harían nada —señala—. No solo eres la hija de un consejero vampírico, sino también *la mujer de un licántropo alfa.* —Se pellizca la nariz—. A diferencia de mí, eres una rehén muy valiosa a la hora de negociar, y esa tal Emery debe de estar al tanto. Si acaso, la que pagará el pato seré yo, lo cual…

—También es inaceptable.

Se muerde el interior de la mejilla.

—Me encantaría salir de aquí y pasar más tiempo con Sylvester.

—¿Quién es Sylvester?

—Mi gato.

—Ah. —Desvío la mirada con un aire de culpabilidad—. Pues verás…

—Te juro por Dios que como me digas que has dejado que mi gato se muera de hambre o se atragante con algún cordel o se lo coma un mapache…

—Para nada, aunque se lo hubiera merecido. No obstante, ahora se llama Chispitas y se ha encariñado mucho con Liliana Moreland. O viceversa. —Ignoro su mirada fulminante—. El mundo está lleno de gatos y Chispitas es un ejemplar bastante mediocre, así que ya te pillaré otro si alguna vez…

Alguien llama a la puerta y ambas nos sobresaltamos.

—¿Sí? —exclama Serena. Me aparta a un lado, pese a que la puerta y la ranura de la comida permanecen cerradas.

—Traigo una… bolsa de sangre. Para la vampira.

—¿Quién es ese? —pregunto.

—Bob.

Ladeo la cabeza.

—¿Quién narices es Bob?

—Es el nombre que les he puesto a los guardias. Todos se llaman Bob. —Y luego, subiendo la voz—: Misery no se encuentra bien —grita. Lo cual es cierto; me encuentro hecha polvo—. ¡No sé qué le han dado, pero parece a punto de palmarla!

¿Qué cojones?, digo moviendo la boca pero sin emitir ningún ruido. Ahora mismo no puedo lidiar con uno de los planes de Serena.

—No me pagan lo suficiente para que sea asunto mío. Y tampoco puedo hacer nada por una sanguijuela…

—Oye, que es un pez gordo de la sociedad vampírica. No sé quién será tu jefe, pero ¿crees que le hará gracia si la diña estando tú de guardia?

Se oyen un par de juramentos que apenas soy capaz de distinguir, y a continuación se abre la ranura.

—¿Qué pasa?

Miro a Serena, perpleja. Lo único que hace es hacerme señas con disimulo, intentando, probablemente, transmitirme su plan de forma telepática. Arrugo la cara como una pasa, con la esperanza de encogerme hasta desaparecer. Como no funciona, no me queda más remedio que acercarme a la puerta a regañadientes.

La abertura se encuentra a la altura de la cabeza, pero debido a la forma en que el ático está construido, la vista que tiene Bob del interior es limitada.

—Me pasa algo en… el ojo —le digo cuando nos encontramos cara a cara. Es un licántropo y, además, bastante más joven de lo que hubiera creído. Demasiado joven para andar haciendo estas mierdas, igual que Max.

Que te jodan, Emery, y que te jodan a ti también, Mick.

Murmura no sé qué sobre sanguijuelas que le dan el coñazo y pregunta:

—¿El qué?

—Esto, mira. —Sorbo por la nariz y profiero una serie de ruiditos dramáticos. A mi derecha, sin que Bob la vea, Serena me hace un gesto con el pulgar hacia arriba. La compinche más inútil del mundo —. ¿Lo ves?

—No veo nada. —Se acerca un poco, pero es lo bastante listo como para no inclinar la cabeza hacia la puerta. Una lástima, porque me habría encantado darle una hostia. Aunque, por otro lado, yo me habría quedado a gusto, pero seguiríamos encerradas—. Es un ojo violeta normal y corriente. ¿Qué se supone que tengo que ver?

—Debe de ser una reacción a lo que sea que me hayan inyectado. Tienes que avisar a un médico —digo. Aunque tal vez de forma demasiado monótona, porque Serena me está haciendo unas señas que solo pueden significar: *Ponte más dramática*—. Podría *morirme*.

—¿De qué?

—De *esto,* ¿no lo ves? —Me señalo la parte inferior del ojo derecho y él contempla con atención, intentando encontrar algo raro. Cuando mis músculos intraoculares comienzan a agitarse para subyugarlo, yo me esfuerzo todo lo posible para hacerme con él cuanto antes.

Durante un instante, la cosa funciona. Me aferro justo por debajo de la superficie, y es obvio, por la mirada vacía y la boca entreabierta

de Bob, que está confundido. *Creo que lo tengo. Lo tengo, lo tengo, lo tengo.*

Pero entonces frunce el ceño y se echa hacia atrás, y yo me doy cuenta de que he fracasado.

Estrepitosamente.

—¿Acabas…? —Parpadea dos veces y entonces cae en la cuenta de lo que acaba de pasar—. ¿Acabas de intentar subyugarme? ¡Puta *sanguijuela!*

Tiene un cabreo de tres pares… Está tan enfadado que mete la mano a través de la ranura e intenta agarrarme la garganta. Y entonces Serena me recuerda una cosa.

Que siempre ha sido la puta ama.

Se mueve con más rapidez de la que cabría esperar para una humana, le agarra la muñeca a Bob y se la retuerce en un ángulo imposible. Bob profiere un grito y trata de retroceder, pero mi intento chapucero de subyugación debe de haberlo afectado de algún modo, porque, a pesar de su fuerza de licántropo, parece no ser capaz de zafarse de Serena.

—Abre la puerta —ordena Serena.

—Y una *mierda*.

Ella le retuerce más la muñeca. Él chilla.

—Abre la puerta o te haré esto… —Le rompe el pulgar. Oigo cómo se le sale del sitio y es *asqueroso*—… en *todos* los dedos.

Tiene que romperle dos dedos más, pero al final Bob abre la puerta. Pese a lo fuerte que es, se nota que no cuenta con adiestramiento de combate, porque no nos cuesta nada meterlo en el ático y salir nosotras. Ambas estamos magulladas y sin aliento, pero, en cuanto atrancamos la puerta, me vuelvo hacia Serena para asegurarme de que está bien y me la veo llevándose la mano a la boca y dando saltitos.

Puede que sea la puta ama, pero también es increíblemente payasa. Dios, estoy tan contenta y aliviada que el corazón me da un vuelco. Serena está aquí conmigo. Está bien. Y pese al tiempo que llevamos sin vernos, sigue siendo ella al cien por cien.

—Ya te he dicho que no podía hacerlo sin tocarlo —digo. Bob nos grita que lo dejemos salir y Serena le echa una mirada culpable a la puerta—. ¿En serio?

—A ver, sé que es un capullo, pero una vez me coló de extranjis unas natillas.

—Es como si hubieras estado viviendo en un geriátrico, me muero de ganas de que me cuentes *todos* los detalles.

Hace una mueca.

—Vamos. Creo que no llevaba el móvil encima, pero igual me

equivoco.

Echamos a correr hacia el final del pasillo, pero nos topamos con otra puerta cerrada.

—Esta no parece muy resistente. Yo creo que, si ambas la golpeamos a la vez, podremos echarla abajo. A la de tres, ¿vale?

Serena me mira desconcertada y, a continuación, da un paso hacia delante, coge el picaporte y lo gira.

La puerta se abre.

—¿Cómo sabías…?

—No lo sabía. Pero he hecho una cosa que se llama «comprobar si la puerta está cerrada o no». La próxima vez ya sabes.

Carraspeo y la rozo al pasar por su lado. La he echado tanto de menos que se me encoge el pecho.

—Me habría encantado ver cómo te abrías paso a hostias, pero… — Se interrumpe y se detiene de golpe. Yo hago lo mismo. Ambas nos hemos quedado inmóviles porque…

No me equivocaba al decir que la celda de Serena se encontraba en un ático, pero el edificio es mucho más alto de lo que creíamos. Hay por lo menos veinte pisos por debajo. Se trata de un rascacielos, uno que me resulta muy familiar.

Porque crecí en él.

—¿Estamos en el Nido? —murmura Serena. Solo ha estado una vez, pero es un lugar demasiado característico como para olvidarlo.

Asiento lentamente. Al darme la vuelta, me percato de que la puerta por donde acabamos de salir está pintada del mismo color que la pared. Un camuflaje casi perfecto.

—No lo pillo.

—Bob era un licántropo, ¿no? No me he confundido, ¿verdad?

Niego con la cabeza. El corazón de Bob latía mucho más rápido que el de un humano y, desde luego, no era un vampiro.

—Así que los guardias y ese tal Mick que te trajo aquí son licántropos, pero estamos en territorio vampiro. ¿Cómo es posible?

—No lo sé.

Serena se sacude.

—Ya lo averiguaremos después. Tenemos que salir cagando leches antes de que alguien nos descubra.

Asiento y empiezo a bajar las escaleras. A mitad del primer tramo, Serena me coge la mano. Cuando llegamos al final, entrelazo los dedos con los suyos. No tengo ni idea de lo que pasa, pero Serena está conmigo y todo saldrá bien si…

—Alto —dice una voz a nuestra espalda. Una que conozco a la perfección.

Un escalofrío de miedo me trepa por la nuca. Al girarme sobre mis talones, me encuentro a Vania sonriéndome.

—Voy a tener que pedirte que me acompañes, Misery. Una última vez.

CAPÍTULO 28

No creía que pudiera quererla más, pero ella nunca deja de sorprenderlo.

Serena y yo tenemos bastantes nociones de defensa personal, pero Vania es la matona más experimentada de mi padre. Tiene en las manos no uno, sino dos cuchillos, y va acompañada de dos guardias: los mismos que me escoltaron hasta territorio vampiro hace unos meses. Intentar reducirlos sería una estupidez de proporciones épicas y Serena y yo no estamos *tan* mal de la cabeza, de manera que echamos a andar por delante de ella, con las manos levantadas, y seguimos sus indicaciones. Somos conscientes de que, si alguna de las dos decidiera salir escopetada, la otra acabaría con un cuchillo clavado en la espalda.

Bueno, seamos sinceras: *Serena* acabaría con un cuchillo clavado en la espalda. A mí probablemente me llevarían de la oreja hasta el despacho de mi padre.

Porque estamos en el Nido y Vania solo responde ante él.

—Si me matan, quiero que me vengues —susurra Serena.

Qué bonito que tenga tanta fe en mí.

—¿Alguna preferencia en cuanto al método?

—Échale imaginación.

Mi padre nos está esperando en su despacho, sentado, una vez más, en el sillón de respaldo alto tras su enorme escritorio de madera, y rodeado de otros cuatro guardias. La sonrisa no le alcanza los ojos y no se molesta en ponerse en pie ni nos ofrece asiento. En su lugar, apoya los codos en la caoba oscura y junta las yemas de los dedos frente a su rostro, a la espera de que yo tome la palabra.

Así que me quedo callada.

Me siento herida y traicionada, y me asombra que mi padre esté involucrado en algo tan *atroz* como esto, pero al mismo tiempo… no me sorprende en absoluto. Es absurdo sorprenderse cuando un asesino manifiestamente despiadado y egoísta te apuñala por la espalda,

incluso aunque sea pariente tuyo. La cosa cambia cuando el que te la clava es alguien a quien considerabas buena persona. Alguien que creías que era tu *amigo*.

Poso la mirada en Mick, que se encuentra junto al escritorio de mi padre como si fuera uno de sus matones. Sigo mirándolo hasta que por fin baja los ojos. Tiene pinta de estar avergonzado, lo cual me parece fenomenal.

—¿Por qué? —le pregunto sin rodeos. Como se queda sin decir nada, añado—: Fuiste tú, ¿no?

Los surcos que tiene al lado de la boca se vuelven más pronunciados.

—¿Emery tiene algo que ver con todo esto? ¿O simplemente convenciste a todo el mundo de que iba a por Ana para poder cargarle el muerto a los Leales?

El modo en que aparta la mirada confirma mis sospechas y yo cierro los puños con una oleada de miedo y rabia. *Eres lo más rastrero que me he encontrado en la vida,* quiero decirle, *te odio*. Pero ya parece bastante avergonzado de sí mismo.

—¿Por qué? —repito.

—Tiene a mi hijo —susurra mirando a mi padre, que exhibe la misma satisfacción de alguien que le ha ganado la partida a todo el mundo.

—Pues deberías habérselo dicho a Lowe.

Mick menea la cabeza.

—Lowe no podía…

—Lowe habría hecho *cualquier cosa* por ti —siseo, mareada de la rabia que siento—. Lowe preferiría morir antes que dejar que algo le pasara a un miembro de la manada. Lo conoces desde que era un crío; es tu alfa y, aun así, no tienes ni idea de cómo es. —La furia bulle en mi interior. No recuerdo la última vez que fui tan dura con alguien—. Lo del veneno fue cosa tuya, ¿no? ¿También enviaste a Max para que se llevara a Ana?

—Misery —interrumpe mi padre—. Te empeñas en decepcionarme una y otra vez.

Vuelvo la cabeza en su dirección.

—¿No me digas? Yo podría decir lo mismo, teniendo en cuenta que te has dedicado a secuestrar y a chantajear a gente, pero el listón estaba ya por los putos suelos.

Su mirada se endurece.

—Eso es lo que se te escapa, Misery. Por eso nunca llegarás a ser una líder.

Resoplo, burlona.

—Porque no voy por ahí raptando gente.

—Porque siempre has sido egoísta y obtusa. Eres incapaz de entender, por mucho que se te explique, que el fin justifica los medios y que la justicia, la paz y la felicidad son más importantes que los deseos de una sola persona… o de un puñado de ellas. El bienestar de la mayoría, Misery. —Sus hombros suben y bajan—. Cuando tu hermano y tú erais pequeños e hizo falta nombrar a alguien como Garantía, tuve que plantearme quién de los dos tendría las agallas para ocupar mi puesto en el consejo. Y me alegro de haber elegido a Owen en vez de a ti.

Pongo los ojos en blanco. Es probable que cuando mi hermano lleve a cabo su golpe maestro yo ya esté fiambre, pero me encantaría ver cómo mi padre se caga encima.

—¿Por qué crees que los vampiros seguimos teniendo influencia aquí, Misery? Las comunidades vampíricas se han ido fragmentando en el resto del mundo. Muchas de ellas carecen de territorio propio y se han visto obligadas a vivir entre los humanos. Y, aun así, pese a que nuestro número disminuye cada vez más, en Norteamérica seguimos teniendo un hogar. ¿A qué crees que se debe?

—¿A que te quitas de en medio a todo el que se cruza en tu camino? De forma la mar de *altruista,* claro está.

—Lo que yo decía: una decepción tras otra.

—Debido a las alianzas estratégicas que han establecido en esta región geográfica en particular —responde Serena por mí. Todos se vuelven hacia ella sorprendidos, como si hasta entonces se hubieran olvidado de su presencia.

Excepto mi padre.

—Señorita Paris. —Le dirige un asentimiento cortés—. Efectivamente.

—Durante los últimos cien años, los humanos y los licántropos han alternado entre ignorarse mutuamente y estar a un paso de declararse la guerra por culpa de disputas fronterizas. Ambos son superiores a los vampiros, no solo física sino también numéricamente, pero jamás se les ha ocurrido aprovechar dicha circunstancia, puesto que los vampiros han conseguido, de alguna forma…, bueno, la forma está clara en realidad —explica Serena con un rastro de amargura en la voz—. Establecisteis, mediante el sistema de Garantías, una alianza política con los humanos de lo más beneficiosa. Y los licántropos lo sabían. Al igual que sabían que si se les ocurría atacar abiertamente el territorio de los vampiros, los humanos desplegarían su poder militar y les plantarían cara. Así es como os habéis mantenido a salvo durante décadas, pese a ser la más vulnerable de las tres especies.

—Excelente. —Mi padre asiente, satisfecho.

—E imagino que eso no es todo. Por ejemplo, estoy convencida de que, si investigásemos las escaramuzas fronterizas que se han producido entre los licántropos y los humanos en las últimas décadas, descubriríamos que han sido instigadas por los vampiros. Al igual que estoy convencida de que ha habido cuantiosos sobornos de por medio. Sin duda alguna, el gobernador Davenport no habrá tenido ningún reparo en aceptarlos.

Mi padre no niega las acusaciones.

—Veo que las semanas que ha pasado leyendo han mejorado su capacidad de razonamiento, señorita Paris.

Ella alza el mentón.

—Mi capacidad de razonamiento ha sido siempre impecable, puto imbécil.

Debe de ser la primera vez que llaman *eso* a mi padre. Es la única explicación para el desconcierto ligeramente escandalizado que se apodera de toda la estancia: nadie sabe cómo responder a un insulto directo, porque, a diferencia de las pullas y los intentos de asesinato, no es algo que se estile en los círculos entre los que se mueve mi padre. Al final, tras varios segundos de incomodidad, Vania da un paso adelante y levanta la mano, dispuesta a golpear a Serena.

Yo me meto entre ambas, lo que a su vez hace que Serena se coloque delante para intentar protegerme a mí. Sin embargo, mi padre pone fin al asunto al decir:

—Déjalas. De momento las quiero sin un rasguño.

Vania fulmina a Serena con la mirada. Mi padre hace un ademán con la mano y dos guardias se sitúan a nuestro lado. La amenaza implícita del gesto resulta evidente.

—Podría haber matado a tu amiga en numerosas ocasiones, Misery. ¿Sabes por qué no lo hice? —me pregunta.

—¿Para evitarme el disgusto? —respondo escéptica.

—Bueno, eso fue un añadido, claro. Porque al margen de lo que pienses, no disfruto haciéndote daño ni arrebatándote cosas. No me hizo ninguna gracia tener que mandar a mi hija a territorio humano, aunque dudo que te lo creas. Pero en última instancia, no, no fue esa la razón. Debo asumir que a la señorita Paris se le ha olvidado comentarte por qué me vi obligado a capturarla.

—No ha tenido que contarme una mierda, ya sé lo que ocurrió. —Sin embargo, cuando me vuelvo hacia Serena, esta desvía la mirada. Y entonces se me hace un nudo en el estómago—. Estaba escribiendo un artículo —añado, aunque ella sigue sin devolverme la mirada—. Y descubrió algo que no debía.

—Conque no tienes ni idea. —Me entran ganas de borrarle la sonrisilla de suficiencia de una hostia—. Permíteme que te lo aclare: hace algunos años, mi querido amigo, el gobernador Davenport, me contó algo que creía que me interesaría.

—Claro, cómo no iba a estar el gobernador implicado —digo con desdén.

—Uy, le atribuyes más mérito del que tiene. —Mi padre agita la mano—. Solo es cómplice… algunas veces. Con los años, he llegado a conocer su mente bastante bien. Cada vez se ha vuelto más fácil subyugarlo y plantar ideas en su cerebro. Es algo que prácticamente no deja rastro. Me ha facilitado información de lo más útil y curiosa. Como cuando me contó que una licántropa y un ser humano habían engendrado a una niña.

Ana, por supuesto. Al gobernador debió de contárselo Thomas o puede que… Me vuelvo hacia Mick.

—¿Se lo contaste al gobernador?

—Ah, no —me interrumpe mi padre—. Te equivocas, Misery. Mick no ha formado parte de esto hasta hace muy poco, y fui yo quien se puso en contacto con él. Me atribuiré el mérito que me corresponde, pese a que me taches de desalmado. Fue idea *mía* utilizar a su hijo cuando nos dimos cuenta de que el niño que habíamos capturado durante una redada estaba emparentado con un importante licántropo. Me resultó bastante fácil subyugarlo. Incluso me ayudó a vigilar a la señorita Paris.

—Estarás orgulloso, padre.

—En efecto. Pero el gobernador me habló de una niña medio humana y medio licántropa hace ya tiempo. Hace más de dos décadas, de hecho.

Me quedo tiesa y una oleada de temor me recorre.

—No era la primera vez que oía hablar de algo así. Corrían rumores de compatibilidad reproductiva entre ambas especies. Si hay algo que a los humanos se les da bien, es reproducirse. —Mi padre se pone en pie con una ligera expresión de asco en el rostro y rodea su escritorio tranquilamente—. Pero los rumores provenían de otros países y no hubo nunca ninguna prueba. Aquí, los licántropos son gente muy cerrada y los humanos, unos cobardes. Tal y como ha dicho la señorita Paris, no se relacionan lo suficiente. Pero esta niña era muy pequeña. Existían diversas razones por las que sus padres biológicos no estaban encargándose de criarla. No estaba al tanto de sus orígenes ni de su cuestionable herencia genética, pero parecía haber salido a su padre. Su aspecto era completamente humano, lo que, debo confesar, reducía mi interés en ella: las consecuencias de su existencia resultaban mucho

menos preocupantes. Y, sin embargo, se trataba de un caso único, de manera que decidí seguir de cerca el asunto. Me pareció lo más sensato. —Se apoya en el escritorio y tamborilea con los dedos sobre el borde de la madera. Algo parecido al terror empieza a acumulárseme dentro de la garganta—. ¿Dónde podía meter a una niña medio licántropa con aspecto humano? Mandarla a territorio humano se me antojaba la alternativa más lógica, pero ¿cómo? Parecía un embrollo imposible de solucionar. Y entonces me acordé de que yo mismo tenía una hija que estaba viviendo con los humanos y a la que no le vendría mal un poco de compañía.

El corazón me martillea contra las costillas. Vuelvo la mirada lentamente hacia la derecha. Me encuentro a Serena mirándome ya con los ojos anegados de lágrimas.

—¿Lo sabías? —pregunto.

No responde, aunque las lágrimas comienzan a correrle por las mejillas.

—No. —Es mi padre quien contesta, aunque cada vez me interesa menos lo que tiene que decir—. De lo contrario, yo estaría al tanto. Como he dicho, la vigilé de cerca durante años. Incluso después de que tu periodo como Garantía llegase a su fin, no hizo nada que hiciese saltar las alarmas. Lo cierto es que no parecía albergar interés alguno por los licántropos, ¿no es así, señorita Paris? —Le dedica una sonrisa a Serena, pero el odio que destila la mirada de ella podría hacerlo arder con la misma intensidad que el sol. Mi padre la ignora y se vuelve hacia mí—. Estaba totalmente enfocada en el periodismo financiero o algo por el estilo. Debo decir que, durante unos años, relajamos bastante la vigilancia. La chica se había convertido en una joven prometedora, si bien increíblemente humana. A veces desaparecía unos cuantos días sin avisar a nadie, pero así es la juventud. Despreocupada. Aventurera. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera estar relacionado con sus genes, hasta…

—Te odio —sisea Serena.

—No esperaba menos. Siendo como es un híbrido de humano y licántropo, está predispuesta a ello y no la culpo. Pero su descuidada manera de proceder cuando su mitad licántropa empezó a aflorar y decidió buscar a sus padres *sí* es culpa suya. Se dedicó a interrogar a todo el mundo y metió las narices en cada uno de los asuntos de la Agencia Humanolicántropa. Era como si gritase a los cuatro vientos que algo estaba cambiando en su interior y que necesitaba que alguien la orientase. —Su tono es de regañina. Me provoca más ganas de darle una hostia que cualquiera de las cosas que me ha dicho a mí—. Echando la vista atrás, todo cobra sentido. El hecho de que la mayoría

de sus viajes y desapariciones coincidieran con la luna llena. Ansiaba estar al aire libre, ¿no es así? La necesidad de estar en contacto con la naturaleza se volvió tan fuerte que…

—No tienes ni puta idea —espeta Serena.

—Ya lo creo que sí, señorita Paris. Sé que sus análisis de sangre reflejaban un desbarajuste importante. Que sus sentidos se agudizaron de un modo casi insoportable, tanto, que su médico humano fue incapaz de evaluarlos con las herramientas de las que disponía. Que se sometió a pruebas genéticas y los resultados salieron como si la muestra estuviera contaminada… tres veces. Sé que cada luna llena sentía la necesidad de salir de su propia piel y que un día se hizo un corte en el antebrazo para comprobar si la sangre se le había vuelto verde. Estaba totalmente desquiciada, convencida de que algo en su interior había cambiado por completo.

Serena aprieta la mandíbula.

—¿Cómo sabe…?

—Algunas cosas las descubrí cuando empezamos a vigilarla de forma asidua. Aunque la mayoría me las contó usted.

—No. Jamás se me habría ocurrido.

—Pero lo hizo. Cuando la subyugué, el día que llegó.

Serena se queda boquiabierta y el peso que siento yo en el estómago se acrecienta aún más.

—Me aseguré de que no lo recordara. Puede que Misery la subyugara en el pasado, pero al igual que con el resto de su cultura, a mi hija jamás se le enseñó la técnica como es debido. —La expresión horrorizada de Serena parece hacerle gracia—. ¿Y sabe qué otra cosa me contó? Que, por desgracia, fue incapaz de averiguar quiénes eran sus padres ni de verificar si alguno de los dos era licántropo, pero que una vez que empezó a indagar y a echar mano de sus considerables dotes detectivescas, descubrió la existencia de Thomas Jalakas.

»Thomas era un hombre de lo más interesante. Había estado trabajando para la Agencia Humanolicántropa hacía algunos años, época durante la que entabló una relación con una de las segundas de Roscoe y… Me parece que todos sabemos cómo sigue la historia. O puede que tú no, Misery. —Me clava la mirada—. La licántropa se quedó embarazada. Thomas, como es comprensible, no se creyó que la hija que estaba esperando fuera suya. La relación terminó y, como suele ocurrir con los políticos de carrera, dudo que pensara demasiado en su examante durante los años siguientes. En lugar de eso, fue ascendiendo poco a poco de categoría hasta que, hace más o menos un año, volvió a la Agencia Humanolicántropa, aunque esta vez como director. El puesto le proporcionó acceso a varios informes de

inteligencia y, tras picarle la curiosidad, quiso saber qué había sido de su antigua amiguita. Buscó el nombre de la mujer y se topó con una fotografía muy interesante.

Mi padre mueve el dedo mínimamente y una de sus guardias enciende el monitor que hay en el escritorio. Desliza la pantalla táctil unas cuantas veces y, acto seguido, la gira hacia mí.

Reconozco a María Moreland de cuando la vi en la foto de la habitación de Lowe. Y a Ana, que está cogiéndola de la mano, de algunos de los mejores momentos del último mes. Están sentadas en la orilla del lago, remojándose los pies en el agua. Es una instantánea tomada a lo lejos, similar a la de un paparazzi humano.

—La niña despertó su interés. Hace unas horas fuiste a pedirle explicaciones a Arthur Davenport, así que supongo que ya sabes lo mucho que se parece la chiquilla a su padre biológico. Thomas albergaba muchas sospechas de que los híbridos eran posibles, de manera que optó por informar al gobernador Davenport.

—Y el gobernador mató al padre de Ana —concluyo.

—¿De Ana? Ah, Liliana Moreland. Lo cierto es que no, aunque sí reconoció que sus afirmaciones podrían resultar ser muy peligrosas. Su solución, ciertamente deficiente, fue relegar a Thomas de su puesto al mando de la Agencia y concederle un cargo mucho más prestigioso. Thomas debería haberse dado con un canto en los dientes, pero, en cambio, se obsesionó con averiguar más detalles sobre su hija. Se hizo de notar y, varios meses después, a la señorita Paris le llegaron noticias de que alguien había estado haciendo las mismas preguntas que ella. Cuando concertaron una reunión, supe que había llegado el momento de intervenir.

»De manera que no, Misery, el gobernador no eliminó a Thomas Jalakas. O, bueno, en su cabeza sí, pero solo en el sentido de que lo subyugué para que pensase que, si no lo hacía, sus delitos de malversación saldrían a la luz. Del mismo modo, Emery y los Leales nos vinieron de perlas para que Lowe volcara sus sospechas sobre ellos cuando nos vimos obligados a intentar llevarnos a Liliana. Mick nos fue de mucha utilidad con eso.

—No te viste obligado a llevarte a Ana ni a Serena. *Elegiste* hacerlo.

Lanza un suspiro: de nuevo, he vuelto a decepcionarlo.

—A veces, nos convertimos en algo más de lo que somos. Otras, nos convertimos en símbolos. Y es algo que ya deberías tener presente, Misery. Después de todo, te has pasado la mayor parte de tu vida siendo un símbolo de paz.

—En todo caso, simbolizaba la absoluta falta de confianza entre los humanos y los vampiros.

—La gente como la señorita Paris o Liliana Moreland —sigue como si yo no hubiera dicho nada— es peligrosa. Y más si comparten rasgos y capacidades de ambas especies. De momento, ninguna de las dos es capaz de cambiar de forma, pero podrían superarse a sí mismas y convertirse en un símbolo muy poderoso e importante de unidad entre dos pueblos que llevan siglos enfrentados.

—Y eso os dejaría a vosotros indefensos en la región y reduciría de forma drástica vuestra influencia —murmura Serena, cortante. Me pregunto cómo puede estar tan tranquila. Tal vez yo esté sintiendo el cabreo de las dos—. Maddie García ganó las elecciones humanas, ¿no es así? Sabe que tiene la sartén por el mango y se niega a reunirse con usted porque es consciente de que lleva décadas manipulando al gobernador Davenport.

—Ojalá a mi hija se le hubiera pegado algo de su perspicacia política, señorita Paris. Tal vez así dejaría de mirarme como si fuera el malo de la película por actuar en beneficio de los intereses de mi pueblo.

—Anda y que te den. —Contemplo a su personal con la esperanza de que al menos uno de ellos se dé cuenta de la maldad del asunto. Permanecen inmóviles como estatuas y no muestran ninguna emoción —. No sometiste nada de esto a votación. No informaste a nadie de tu decisión. ¿De verdad crees que la mayoría de los vampiros, o incluso el puto consejo, se quedarían tan panchos si descubrieran que te dedicas a matar y secuestrar a gente?

—Los nuestros están acostumbrados a llevar un cierto nivel de vida. Muy pocos se molestan en preguntarse qué es lo que hacemos nosotros para proporcionárselo.

—¿Por qué no me has matado? —pregunta Serena, como si nuestro intercambio no fuera más que un rodeo sin sentido. No se equivoca.

—Me ha supuesto todo un dilema —concede él—, pero como no sabemos nada de los híbridos, pensé que me serías más útil con vida.

—Y aun así intentaste cargarte a Ana —suelto.

La mirada que me dirige es en un principio de desconcierto, y luego se transforma en una expresión a medio caballo entre la diversión y la lástima.

—Ay, Misery. ¿Eso es lo que crees? ¿Que fue a Liliana a quien intenté matar?

Miro a Mick, confundida por las palabras de mi padre, y me fijo en que su rostro ha adoptado un gesto compasivo que no soy capaz de…

Alguien llama a la puerta con fuerza y yo me sobresalto. A excepción de Serena, los demás no parecen sorprendidos.

—Justo a tiempo. ¡Adelante!

Otro de los agentes de mi padre entra por la puerta, seguido de Lowe, que tiene la mirada entornada y el rostro inexpresivo. Se me forman una infinidad de nudos en la garganta que acaban cayéndome como una losa en el estómago cuando veo que Owen aparece por detrás. Esboza una sonrisa enigmática y superficial, y la razón se hace evidente de inmediato.

Lleva a Lowe esposado. Porque Lowe *no* está aquí por propia voluntad. Echa un vistazo en torno a la estancia, observa a mi padre, a su personal, a Mick. No deja traslucir ningún sentimiento, ni siquiera cuando su segundo de más edad, su figura paterna, inclina la cabeza de acuerdo con el saludo acostumbrado. Entonces su mirada se posa en mí y, durante una fracción de segundo, veo que sus ojos reflejan todas las emociones del universo.

Al cabo de un instante, su expresión se torna neutra de nuevo.

Mi cerebro intenta desesperadamente buscarle un sentido a todo. ¿Acaso Owen me mintió al decirme que pretendía ocupar el cargo de mi padre? ¿Fue su ayuda con la búsqueda de Serena únicamente un numerito?

—Lowe. —La voz de mi padre es casi cordial—. Te estaba esperando.

—No lo dudo —responde Lowe. Su profunda voz reverbera en el enorme despacho, inundándolo de un modo que no han conseguido una decena de personas—. Parece que lo tenía todo planeado desde el principio, consejero Lark.

—Desde el principio no. No te haces una idea de lo complicado que eres de subyugar. Lo intenté durante nuestro único encuentro a solas, después de la boda. Por lo general soy capaz de introducirme en la mente de un licántropo o de un humano en un periquete, pero, contigo, me resultó sencillamente imposible. Fue de lo más frustrante. —Lanza un suspiro y señala a Mick—. Me dije que no tenía importancia. De todos modos, había conseguido infiltrarme en tu círculo íntimo. Pero aun así seguí sin poder echarle el guante a tu hermana. Y ahora que la has escondido, he sido incapaz de dar con ella. Lo cierto es que no había encontrado ningún método eficaz para presionarte. Hasta ahora. —Le dedica una sonrisa a Owen—. Gracias por traerlo, hijo. Lo considero una muestra indudable de tu lealtad hacia mí.

La mirada de Owen resplandece de orgullo. Yo aprieto los dientes.

—Lowe jamás te entregará a Ana.

—Hace un mes, te habría dado la razón, pero Mick me contó unas cuantas cosas. Entre ellas, por qué Lowe reaccionó de la manera en que lo hizo cuando os conocisteis en la boda. Me explicó el concepto

de compañeros. —Mi padre se sitúa frente a mí y me agarra el hombro —. Hay que ver lo útil que eres.

—Lo tuyo es *increíble*. —Me zafo de él, asqueada.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y te equivocas de cabo a rabo. —Me inclino hacia él, burlona, invadida de pronto por una sensación de regocijo al saber que, por más que me duela, lo que insinúa es falso—. *No* soy la compañera de Lowe. Si te crees que vas a poder presionarlo, vas…

—¿Me equivoco, Lowe? —pregunta mi padre, subiendo la voz de pronto. Sigue sin apartar la vista de mí—. ¿No es tu compañera?

Le devuelvo la mirada a mi padre, aguardando la respuesta de Lowe, aguardando a que la decepción se apodere de sus ojos. Con la esperanza de que de ese modo la decepción que he sentido *yo* esta noche se torne un poco menos amarga. Pero los segundos transcurren y la respuesta de Lowe se demora, se resiste, vacila y no llega.

Cuando me vuelvo hacia él, su expresión es al mismo tiempo circunspecta y profunda e infinitamente triste.

—Díselo —le ordeno. Pero se queda callado y es como si me propinara un bofetón. Los pulmones se me agarrotan y, de pronto, soy incapaz de respirar—. Cuéntale la verdad —susurro.

Lowe se pasa la lengua por el interior de la mejilla y luego esboza una sonrisa triste.

Algo dentro de mí se sacude.

—Bueno, ahora que el asunto ha quedado claro… —repone mi padre con sequedad—. Lowe, Mick me ha comentado que solo tú sabes dónde está escondida Liliana. Quiero que me la entregues. Tranquilo, no pretendo eliminarla. Ya has visto que tampoco he eliminado a la señorita Paris, pese a haber tenido la oportunidad. —Se interrumpe para dedicarle a Serena una leve sonrisa, como si esperara que esta le diera las gracias. Me la imagino soltándole un escupitajo y a los agentes de mi padre matándola al instante—. Solo quiero asegurarme de que los humanos y los licántropos no unen fuerzas contra los vampiros. Y para eso debo evitar que descubran que son más similares y compatibles de lo que creen. —Se vuelve hacia Lowe una última vez—. Haz los preparativos que tengas que hacer para entregarme a tu hermana.

Lowe asiente lentamente. A continuación, pregunta con genuina curiosidad:

—¿Y crees que voy a obedecerte porque…?

—Porque te lo va a pedir tu compañera.

Lowe deja escapar una risa silenciosa.

—Si crees que mi compañera me pediría algo así es que no la

conoces en absoluto.

Mi padre no le dirige una respuesta verbal. En lugar de eso, se abalanza hacia delante. Se mueve con tanta rapidez que el aire se desplaza y, al cabo de un instante, veo algo frío, brillante y muy afilado junto a mi cuello.

Ha cogido uno de los cuchillos de Vania y me lo ha acercado a la garganta.

Lowe, Owen, Serena, e incluso Mick, intentan llegar hasta mí, pero los guardias de mi padre los sujetan, y cuando la punta del cuchillo me roza la piel, se detienen de golpe, todos con una expresión igual de aterrorizada en el rostro. El silencio que se produce a continuación está cargado de tensión, plagado de estruendosos latidos y respiraciones entrecortadas.

—No —repone mi padre con calma. La mano con la que sujeta el cuchillo no le tiembla lo más mínimo—. En circunstancias normales no te lo pediría. Pero ¿y si tuviera que elegir entre su vida o el futuro de Liliana? ¿Qué pasaría entonces?

—Va de farol. No me va a matar —le digo a Lowe con la esperanza de tranquilizarlo.

Él permanece inexpresivo y no parece, en ningún caso, aliviado. Todo lo contrario, diría yo. Me pregunto si ya sabe lo que se avecina.

—Ah, ¿no? Ordené que te envenenaran. Bah, no pongas esa cara. Sí, el veneno iba dirigido a ti. Tenía la esperanza de que el disgusto de perder a su compañera distrajera a Lowe lo suficiente como para poder llevarme a Liliana. Pero Mick confundió la dosis, ¿no es así? Me enfadé tanto que me desquité con su hijo. A partir de ese momento, Lowe se guardó mucho de confiar en nadie. —Se acerca más a mí. Sus ojos son de un púrpura tan oscuro que casi parece azul. El vínculo agrietado y maltrecho que todavía me unía a mi familia se hace pedazos por fin—. Ya te he sacrificado antes y volveré a hacerlo —me dice mi padre. No muestra ningún remordimiento. Ninguna duda—. Haré lo que sea por el bien de los vampiros.

Me río, cargada de desdén.

—Eres un puto cobarde. —Debería sentirme acorralada, pero solo estoy cabreada. Cabreada por Ana y Serena. Por mí misma. Más cabreada de lo que creía posible.

Y luego está Lowe y su forma de mirarme. Su expresión temerosa pero calmada, como si supiera que nada de esto puede acabar bien. Como si no estuviera seguro de lo que hará en cuanto todo termine.

Lo siento, Lowe.

Ojalá hubiésemos tenido más tiempo.

—Esa lengua —me amonesta mi padre lánguidamente.

El cuchillo me araña la piel. Una única gota de sangre púrpura se desliza por mi cuello y, al verla, Lowe se retuerce para liberarse, pero las ataduras de Owen consiguen aguantar.

—Lo que tú haces es asegurar el bienestar de los vampiros usando como moneda de cambio las vidas de los demás, ¿o no? —lo provoco —. Solo un cobarde sacrificaría a otros en lugar de a sí mismo.

—Utilizaré los medios de los que disponga.

—Bueno, pues yo no pienso pedirle a Lowe que me elija a mí en vez de a su hermana.

—Es que no hace falta, ¿verdad? —Mi padre se vuelve hacia Lowe —. ¿Tú qué opinas, alfa? ¿La mato aquí mismo, delante de ti? He oído que, cuando los licántropos pierden a sus compañeros, a veces se vuelven locos. Que no hay mayor sufrimiento —añade complacido.

No sufras, por favor, pienso mirándolo a los ojos por encima del destello de la cuchilla. *Pase lo que pase, no sufras por mí. Quédate con Ana, dibuja y sal a correr por el bosque, y, de vez en cuando, si quieres, acuérdate de mí cuando comas crema de cacahuete, pero no suf…*

—Misery. —La voz de Serena interrumpe mis pensamientos. Y entonces me dice algo más, un galimatías sin sentido que tardo unos instantes en descifrar. Los guardias de mi padre se miran entre ellos, confundidos. Owen ladea la cabeza con curiosidad.

Pero no se trata de ningún sinsentido. Son palabras de verdad.

«Se equivoca.» Eso es lo que ha dicho. Utilizando nuestro lenguaje secreto.

Sin apartar la vista de Lowe, pregunto:

—*¿Sobre qué?*

—*Sobre lo de que no puedo cambiar de forma.*

Al principio no acabo de pillarlo. Pero entonces capto por el rabillo del ojo un movimiento repentino. Su mano. No: sus dedos.

De pronto, me fijo en que tiene las uñas largas.

Anormalmente largas.

Y que acaban de crecerle *ahora mismo*.

Respiro hondo, con la mente a mil por hora.

—Muy bien, padre —digo. Miro a Lowe a los ojos con la esperanza de que lea entre líneas—. Ya que vas a tener que matarme, me gustaría decirle a mi compañero unas últimas palabras.

Trago saliva. Lowe se encuentra a unos pasos de distancia y su mirada… Es imposible describirla. Al menos con palabras.

—Lowe, eres lo mejor que me ha pasado en la vida y jamás te pediría que sacrificases el bienestar de Ana por mí. —Mi voz es apenas un susurro—. Y si alguna vez la relegaras a un segundo puesto, te querría un poquito menos. Pero como seguramente no voy a volver a

verla, ¿podrías darle un mensaje de mi parte? Dile que es tan pesada como Chispitas. Y que…, que no se preocupe por *esa cosa* que aún no le sale. Porque algún día se hará mayor. Y para cuando cumpla los veinticinco o así *te aseguro* que le saldrá.

Lowe me mira confundido, hasta que por fin entiende el significado de mis palabras. Desvía la mirada hacia Serena y a mí me encantaría tener tiempo para apreciar lo terriblemente retorcido y extraño que es todo esto: que las dos personas más importantes de mi vida se conozcan en unas circunstancias tan absurdas.

Espero que algún día los tres podamos echar la vista atrás y reírnos de este momento. Espero que este no sea el final. Espero que, incluso si yo no estoy, los dos se apoyen el uno al otro. Lo espero de todo corazón.

Serena asiente.

Lowe asiente.

Una oleada de comprensión mutua los recorre como una corriente.

—Ya —susurra Lowe.

De pronto, Owen da un paso adelante y desata a Lowe en un abrir y cerrar de ojos. El cuerpo de este comienza a cambiar. A retorcerse. A fusionarse, alterarse y transformarse. Me vuelvo hacia Serena y descubro que está haciendo lo mismo: la distracción perfecta que ninguno de los guardias se ha visto venir. Ni Vania. Ni mi padre.

—¿Qué estáis…? —es lo único que le da tiempo a decir.

Porque dos lobos blancos enormes y majestuosos se han apoderado de la habitación. El sonido de la carne al desgarrarse se eleva por encima de los gritos y yo contemplo cómo las dos personas a las que más quiero arremeten sin contenerse lo más mínimo.

CAPÍTULO 29

Quedan muchas cuestiones por resolver y su manada lo necesita más que nunca, pero no puede concentrarse en otra cosa que no sea ella. Entiende por qué algunos alfas hacen voto de castidad y renuncian al amor.

Ella lo distrae. Sus sentimientos por ella lo distraen.

Hay una cosa que voy a estar echándome en cara hasta el día en que me muera, hasta el día en que desaparezca y no sea más que polvo: que durante todas las semanas que conviví con los licántropos, jamás se me ocurrió preguntarme qué pasaba con su ropa cuando adoptaban forma de lobo.

Hay que ver lo cazurra que soy.

Y tras los acontecimientos de la noche más aterradora de mi vida, sentada en las escaleras del Nido mientras Gabi me cura el corte que me ha hecho mi padre en la clavícula, soy incapaz de dejar estar el tema.

—¿Creías que la ropa se transformaba también por arte de magia? —Alex se apoya en la barandilla. La única razón por la que sigue aquí es para tomarme el pelo. O puede que su interés sea genuino; a saber. Lo que está claro es que echo de menos la época en que mi presencia lo acojonaba—. ¿Pensabas que al final aparecía un lobo vestido con un chalequito y una pajarita? ¿En serio?

—*Yo qué sé* lo que creía. Pero es que ha sido muy fuerte ver a Serena clavarle los dientes a Vania en la garganta mientras una camiseta rosa le colgaba hecha jirones del cuello. —Me froto la cara con las manos, intentando olvidar las últimas dos horas. Cuando vuelvo a levantar la vista, veo que Ludwig, Cal y unos cuantos segundos más han salido del despacho de mi padre. Se detienen frente a nosotros y…

Todos sabemos que estaban interrogando a Mick. Me pregunto si aún parece que el Áster haya tenido lugar ahí dentro, con las paredes recubiertas de salpicaduras de sangre púrpura y verde. La más

horripilante de las flores pintada a dedo por el niño más macabro del mundo.

—¿Sigue dale que te pego con lo de la ropa? —pregunta Ludwig.

Alex asiente con un profundo suspiro. Gabi reprime una sonrisa.

—Me gustaría saber qué puñetas pensaba que le pasaba a la ropa —farfulla Cal.

—*No* pensaba nada —digo a la defensiva.

—Eso está claro —murmura Alex.

—¿No debería *intimidarte* mi presencia? ¿Y qué haces aquí, a todo esto?

No creo que jamás haya habido tantos licántropos en territorio vampiro.

—Lowe pensó que la ayuda de un experto en informática podría venirle bien y, francamente, ya no intimidas ni a las moscas.

—Aún puedo dejarte seco, friki.

Owen llega e interrumpe nuestro intercambio de pullas.

—¿Han acabado de curarte eso, Misery? Tengo que hablar contigo un momento.

Lo sigo en silencio escaleras abajo tras lanzarle una última mirada asesina a Alex. Owen ha acabado algo vapuleado durante la pelea: el ojo morado ha sido cortesía de Vania, o tal vez del guardia de pelo cobrizo que llegó con él. Por su forma de moverse, diría que también tiene el costado derecho magullado. Cuando llegamos a un pasillo oscuro y los demás no pueden oírnos, le pregunto en voz baja:

—¿Estás bien?

—Eso debería preguntártelo yo a ti.

Medito la respuesta.

—Me sentiría mejor si pudiera hablar con Serena.

—Está con la chica. La pelirroja.

—Juno. Ya lo sé.

—Por lo visto aún no le tiene pillado el tranquillo a lo de transformarse en un lobazo y luego volver a su forma humana; le cuesta un poco controlar sus… yo qué sé, joder, impulsos lobunos. La pelirroja se la ha llevado a correr un rato para…

—Ya lo sé —repito—. Y no se dice «transformarse».

—¿A qué te refieres?

—Los licántropos prefieren la expresión «cambiar de forma».

Me lanza una mirada de espanto, como si yo fuera la típica empollona de clase sabelotodo, y, a continuación, se detiene frente a una puerta cerrada.

—He visto la cara que has puesto cuando he entrado en el despacho. Creías que iba a joderte viva, ¿verdad?

Resisto la tentación de apartar la mirada.

—Bueno, es que has entrado con mi marido atado.

—Ha sido idea suya. Lo he llamado una hora después de que os marcharais. Por fin hemos conseguido las imágenes del allanamiento del piso de Serena.

Así que por eso Lowe se ha marchado después de que nosotros… Mejor no pensar en eso.

—A ver si lo adivino: fue Mick.

Asiente.

—Le he enseñado a Lowe las grabaciones y lo ha reconocido de inmediato. Misery, se ha puesto de los putos nervios.

—Sí, Mick y Lowe se conocen desde hace mucho…

—No, se ha puesto de los nervios porque sabía que *tú* estabas con Mick. Creía que tu maridito era un tío bastante atemperado, pero resulta que da un miedo *de la hostia*.

No me molesto en negarlo.

—¿Y qué habéis hecho?

—Los licántropos seguían vigilando al gobernador para ver cuál iba a ser su siguiente paso, y lo que ha hecho ha sido llamar a papá. En ese momento, hemos comprendido que los dos se traían algo entre manos y que Mick los estaba ayudando. Lowe me ha dicho que llamara a papá y le contara una trola, que le dijera que, después de que Mick y tú desaparecierais, me había llamado para que lo ayudara a buscarte, y que, en vez de eso, lo había capturado. Y ya has visto el resto. —Me mira con los ojos entornados—. Como ya he dicho, ha sido idea *suya*.

—No he dicho nada…

—No te la voy a jugar, Misery.

Asiento, sintiéndome casi unida a mi mellizo. Es un sentimiento que había olvidado hace ya tiempo, pero que me resulta familiar.

—Ni yo a ti.

—Estupendo. —Señala la puerta—. ¿Lista?

No me dice quién está dentro, pero yo ya lo sé.

Lowe solo lleva puestos un par de vaqueros que debe de haberse encontrado por ahí. Se vuelve hacia nosotros cuando entramos, pero permanece apoyado en la pared, con actitud paciente. A unos metros de distancia, veo a un vampiro atado a una silla.

Mi padre.

Está cubierto de sangre, púrpura en su mayoría, aunque, bueno, yo también. Y Owen, y todos los que estaban en el despacho mientras tenía lugar la carnicería. Cuando Alex ha aparecido, lo primero que me ha preguntado ha sido si ver toda esa sangre me había abierto el

apetito. En cuanto volvamos a territorio licántropo, pienso pasar una tortita por el interior del váter y preguntarle lo mismo.

Si es que vuelvo alguna vez con los licántropos.

Los ojos de Lowe y los míos se cruzan durante un instante efímero y eterno al mismo tiempo. Este resulta demasiado explosivo como para no apartar la vista de inmediato.

—¿Estás bien? —pregunta.

No.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. —Este *sí* significa en realidad que *no,* pero por ahora lo dejaremos estar.

Mi padre tiene los ojos vendados, supongo que para evitar que acabe subyugando a cualquier incauto que pueda entrar de pronto. Los auriculares que lleva puestos deben de tener cancelación de sonido, pero el olor de la sangre y los latidos le indican exactamente quién se encuentra en la habitación. Sus guardias son historia y ya no ostenta ningún poder. Por primera vez en su vida, se encuentra indefenso. Cierro los ojos y aguardo a que algún sentimiento, del tipo que sea, me sacuda.

No ocurre nada.

—¿Puedo? —pregunta Owen con cordialidad, señalando a mi padre. Lowe asiente, observándolo con calma mientras le quita la venda y los auriculares. Se agacha y se sienta de cuclillas. Es la primera vez que presencio una interacción entre ambos como esta: mi hermano siendo la parte proactiva y dinámica mientras mi padre se encuentra sometido e inmóvil. Debilitado. Derrotado.

Se miran el uno al otro. Es mi padre quien finalmente rompe el silencio y dice:

—Quiero que sepáis que volvería a hacerlo. —Su voz suena demasiado firme para mi gusto, desprende una tranquilidad casi obscena. Desearía verlo suplicar clemencia, verlo poner en duda su absurda rectitud moral y el valor de sus ridículas convicciones. Desearía que sufriera, aunque solo fuera un poco, aunque solo fuera al final. Desearía que recibiera su merecido por todo lo que ha hecho.

Y entonces ya no me hace falta desearlo, porque, tras asentir de forma reflexiva, Owen esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Me parece estupendo. Lo que yo quiero que sepas *tú* —promete con voz grave y clara— es que cuando ocupe tu lugar en el consejo, me aseguraré de deshacer todas las putas mierdas que has llevado a cabo durante las últimas décadas. Pienso establecer alianzas con los licántropos y con los humanos que no solo nos beneficien a nosotros. Haré todo lo que esté en mi mano para fomentar treguas entre ellos, y,

cuando no haya más conflictos en la región y la influencia de los vampiros sea prácticamente nula, cogeré tus putas cenizas y las esparciré por donde antes se encontraban las fronteras entre territorios, para que los licántropos, los humanos y los vampiros pasen por encima sin ser conscientes siquiera, *papi*. —Vuelve a esbozar otra sonrisa, feroz y aterradora.

Vaya tela. Mi hermano es… Vaya tela.

—Misery, ¿quieres decirle algo a este cacho mierda antes de que deje de poder oírte?

Abro la boca. Luego me lo pienso mejor y la cierro.

¿Qué voy a decirle? ¿Qué podría decirle que lo hiriese una milésima parte siquiera de lo que nos ha herido él *a mí* y a mis seres queridos? Puede que solo:

—Nah.

Owen suelta una risita y una expresión tierna y divertida a la vez cruza el rostro de Lowe. Por desgracia, mi padre no se pone a patalear ni a echar espuma por la boca ni pierde la compostura lo más mínimo, pero nuestros ojos se cruzan un instante antes de que vuelvan a ponerle la venda. Su mirada desprende cierta derrota y me digo a mí misma que a lo mejor lo sabe: que, mientras pueda, procuraré no dedicarle ni un solo pensamiento.

—¿Qué quieres que haga con él? —pregunta Lowe en cuanto mi padre ya no puede oírnos. Sus palabras deberían ir dirigidas a Owen, pero me está mirando a mí. Puede que ahora mismo esté hablando no como líder de los suyos, sino como un licántropo que se dirige a su…

Agacho la cabeza. No. Ni siquiera voy a pensar en esa palabra. Esta noche ya se le ha dado bastante uso.

—¿Qué pasaría si lo dejáramos vivo? Es más, ¿qué pasaría si nos lo cargáramos? ¿Habría consecuencias?

—No existe ningún organismo oficial que regule las relaciones entre los licántropos y los vampiros. Sí —añade Lowe—, supongo que correspondería al consejo vampírico tomar represalias… contra tu padre o contra cualquiera que lo ejecutase. Quienquiera que ocupe su cargo tendrá voz y voto en el asunto, desde luego.

—Owen, entonces.

Ambos intercambian una mirada. Y tras un instante de vacilación, Lowe dice:

—O tú.

Owen asiente y yo me quedo a cuadros. Y entonces los dos se me quedan mirando expectantes.

—¿En serio creéis que quiero formar parte del consejo?

Lowe guarda silencio. Owen se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Quieres?

Se me escapa una carcajada.

—¿De qué va todo esto?

—Nuestro padre decidió nombrarme sucesor hace décadas. —Owen parece muy serio—. Creo que deberíamos dejar de hacer todo lo que él dice.

—¿Me estás diciendo que si quiero el cargo me lo cederás?

—Pues… —Se envuelve los colmillos con los labios—. No me haría mucha gracia. Y ya te digo yo que a los nuestros no les gustaría ni un pelo. Pero no les quedaría más remedio que reconocer que has hecho más por los vampiros que cualquiera de ellos y, con el tiempo, se harían a la idea.

No sabía que Owen pudiera ser tan sensato. Me quedo tan descolocada que reflexiono un momento y me permito considerar la idea de un mundo donde pudiera sentirme realmente en casa entre los vampiros, aunque solo fuera porque la que dirigiría el cotarro sería yo. No estaría sola, no se me consideraría una paria, no tendría que lidiar con la sensación constante de que no encajo. Es una idea que…

Me atrae entre poco y nada. En serio, que les den a los vampiros.

—Lo que has dicho antes sobre lo de colaborar con los licántropos y los humanos… —le pregunto a Owen—. Hablabas en serio, ¿verdad? No lo has dicho solo para joder a nuestro padre, ¿no?

—Pues claro. —Owen frunce el ceño, ofendido—. Lowe y yo somos prácticamente *besties*.

El gesto perplejo de Lowe no transmite precisamente dicho sentimiento.

Owen resopla.

—Gracias por el voto de confianza. Me anima una barbaridad saber que el licántropo alfa y su mujer creen que sería un líder cojonudo. Y eso sin mencionar que la mujer en cuestión es además mi puñetera hermana. No podría tener una red de apoyo mejor. *Capullos.*

Sonrío. Lowe estira los labios también. Nuestras miradas se encuentran y la sensación que me invade es aún más amenazadora que antes, una peligrosa tormenta que se aproxima por el horizonte, como una corriente que se desliza por mi columna y un chaparrón tras una sequía.

Esto que bulle entre nosotros resulta aterrador. Debo atajarlo.

—¿Puedo…? Tengo algunas preguntas —me apresuro a decir—. ¿Dónde está el hijo de Mick?

—Owen y yo hemos mandado a varias personas a buscarlo —responde Lowe. Se pasa la mano por la nuca con expresión apenada.

—¿Y Mick? ¿Qué va a pasar con él?

Su semblante se torna serio.

—Ya te avisaré cuando lo decida.

—¿Y Ana? Mi padre…

—… no descubrió dónde estaba. Se encuentra a salvo.

Una oleada de alivio me inunda.

—Menos mal.

—Volverá a casa en cuanto resolvamos la situación. ¿Quieres saber algo más?

Aprieto los labios, deseando que fueran el momento y lugar indicados para hacer más preguntas. Deseando que estuviéramos solos.

¿Soy tu compañera?

¿Te parece bien si digo que no tiene importancia? ¿Te parece bien si quiero serlo?

¿Cuántas cosas de las que dijiste, de las que dije yo, de las que dijeron los demás eran ciertas?

Alguna tuvo que serlo, ¿no?

—No. —Miro a Owen. O no es consciente de las ganas que tengo de que se dé el piro o se la suda. Lo último, probablemente.

—Aún no me has dicho qué quieres que haga con tu padre —dice Lowe en voz baja.

Echo un vistazo a la silla. Mi padre exhibe la misma postura erguida de siempre, pero al tener las orejas ocultas bajo los auriculares y el pelo blanco ligeramente despeinado, casi parece humano. ¡Con lo que él ha sido!

A lo mejor soy una persona horrible. A lo mejor se lo merece. A lo mejor es un poquito de ambas cosas. Aun así, digo:

—Me da igual. Decididlo vosotros.

Al pasar junto a Lowe, el dorso de mi mano roza la suya y un cálido cosquilleo me recorre el brazo.

Cojo el pomo de la puerta, sintiendo su calor todavía en los dedos. Sin volverme, añado:

—Salvo que sea necesario, no quiero que me contéis lo que decidís al final.

Me quedo dormida en la habitación de mi infancia, lo que resulta tela de raro en una noche ya de por sí rara.

Durante el mes previo a la boda, visité a menudo el Nido, pero nunca pisé mi habitación. Es más, llevo sin venir desde el breve periodo que pasé en territorio vampiro después de cumplir mis funciones como Garantía. Está bastante limpia, y me pregunto quién

ha estado quitándoles el polvo a las estanterías o cambiando las bombillas, y por orden de quién. Abro cajones vacíos y armarios que no he usado nunca. Alrededor de una hora después de que haya amanecido, me voy a dormir.

Mi cama es de estilo vampírico y consta de un fino colchón a ras de suelo y una plataforma de madera situada a un metro por encima, ideal para protegerse de la luz. «Es básicamente un ataúd del revés», dijo Serena la primera vez que la vio, y aún la odio un poquito por ello. Sin embargo, es cómoda de narices y me da bastante rabia no haber encontrado nunca nada similar en territorio humano, y ya no digamos entre los licántropos. Entonces, antes de quedarme frita, me pregunto si tiene alguna importancia. ¿Qué voy a hacer yo de aquí en adelante? Ahora que Owen va a ocupar el puesto de mi padre, ¿serán necesarios los matrimonios de conveniencia entre ambas especies?

No. Así que a lo mejor me vuelvo a mi piso. Y a trabajar en seguridad informática. Aunque preferiría freírme al sol antes que volver a currar con cómo-se-llame… con Pierce, eso era, antes de volver a currar con Pierce. No estaría de más actualizar el currículum y…

Me despierto cuarenta minutos antes de que anochezca y me encuentro un cuerpo al lado. Es cálido, blandito y me resulta la mar de familiar.

—Vete a tu cama, puerca —digo adormilada, y me vuelvo hacia Serena.

—Y una leche. —Bosteza con ganas, echándome el aliento mañanero, sin ningún miramiento hacia mi pobre nariz—. En fin...

—Eso digo yo. —Me froto los ojos con los dedos y, por el olor que me llega, advierto que aún tengo sangre de vampiro debajo de las uñas. Debería darme una ducha.

—Acabemos con esto de una vez —empieza—. Sé que estás enfadada, pero…

—Espera, no estoy enfadada.

Me mira perpleja.

—Ah.

—No voy a… Te prometo que no estoy enfadada.

Examina mi rostro.

—¿Pero…?

—Nada de peros.

—¿Pero…?

—Coño, que te acabo de decir que…

—Misery. *¿Pero…?*

Me aprieto los ojos con los dedos hasta que empiezo a ver puntitos

dorados. Joder, me revienta que me conozca tan bien.

—Pues… ¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no me lo contaste?

Se muerde el interior de la mejilla.

—Vale, resulta que durante el último año o así te he ocultado un huevo de cosas y no sé muy bien a cuál de todas te refieres, así que…

—A lo más gordo. —Mi tono es neutro—. Que en realidad eres, ya sabes, de otra puta especie.

—Ah. —Arruga la nariz—. Ya, bueno…

—Creía que confiabas en mí. Que tenías claro que podías contarme cualquier cosa y que nuestra amistad era incondicional, pero a lo mejor…

—Y así es. Sí que confío en ti. Es que… —Hace una mueca y, a continuación, se masajea la frente—. No estaba del todo segura, ¿sabes? Sobre todo al principio, mi cuerpo hacía cosas raras y me invadían sensaciones extrañas y todo me parecía una locura. No sabía si me lo estaba imaginando o qué, y creía que era una de esas cosas en las que era mejor no pensar y rezar para que se me pasara. Y al final, cuando empecé a atar cabos… En fin, el caso es que vosotros odiáis a los licántropos.

Ahogo un grito, completamente indignada.

—*Yo* no.

—Haces chistes sobre ellos cada dos por tres.

—¿Qué chistes?

—Venga ya. Pues que corren detrás del cartero y están obsesionados con las ardillas. Y esa noche que nos cruzamos con un perro mojado que olía fatal…

—Era una *coña*. ¡Si por aquel entonces ni siquiera había olido a ningún licántropo todavía!

—En fin… —Respira hondo—. Mi sangre es roja. Y cuando tu padre me secuestró, aún no era capaz de cambiar de forma. No estaba segura. En aquel momento, lo único que tenía claro era que me estaba ocurriendo algo rarísimo y terrible y asombroso, y te lo digo de verdad, Misery, en los últimos seis meses lo único que me venía a la cabeza era: ¿y si me muero? ¿Y si esto me mata? ¿Qué va a hacer Misery entonces? ¿Voy a llevármela también por delante? ¿Seré la razón por la que mi hermana, la persona que más me importa en el mundo…, qué cojones, la *única* persona que me importa en el mundo, muera? Y todo por culpa de nuestra extraña codependencia y…

Alargo el brazo y le cojo la mano, igual que hacíamos cuando éramos pequeñas.

Serena se calma. Guarda silencio. Y luego, al cabo de unos instantes, prosigue, mucho más tranquila:

—En los últimos tres meses, he tenido mucho tiempo libre. Obviamente. Y aunque en el ático había una cámara de vigilancia, disponía de varios puntos ciegos. Antes, tenía la sensación de que me hacía falta recabar información. Había enfocado la investigación sobre mi posible naturaleza licántropa como enfocaría normalmente la investigación de un artículo. Pero, en cuanto estuve a solas, lo único que pude hacer fue buscar en mi interior. Intentar conectar con mis sensaciones. Y me puse a practicar. Cambiar de forma es como flexionar un músculo. Salvo que el músculo se encuentra también en el cerebro. Y aun no entiendo del todo qué es lo que me pasa ni cuánto tengo de humana y cuánto de licántropa, pero…

Toma una profunda bocanada de aire.

Y otra.

Y otra, mientras yo le cojo la mano.

—Así que… —No está llorando, pero percibo las lágrimas en su voz —. ¿Podemos… podemos volver a ser las mejores amigas del mundo mundial, guarrapata?

Sonrío.

Y luego me río.

Y luego se ríe ella.

—Lo dices como si alguna vez hubiéramos dejado de serlo.

Ahora *sí* que está llorando y yo haría lo mismo, pero no puedo. En lugar de eso, me inclino hacia delante y, tras una infinidad de codazos, la abrazo.

Ella me devuelve el abrazo aún más fuerte.

—Seas lo que seas, vas a seguir siendo mi amiga. Y tu parte licántropa jamás me va a suponer un problema —le digo con la boca pegada a su pelo, que está enmarañado y lleno de tierra. Madre mía, a esta lobita le hace falta un baño tanto como a mí—. De hecho, creo que estoy enamorada de uno de ellos.

CAPÍTULO 30

Podían haberle enviado a cualquiera. A cualquier vampira. Y, sin embargo, la enviaron a ella.

Una cuestión de azar.

Una lotería.

No veo a Lowe durante los siguientes tres días.

O más bien: sí veo a Lowe. Varias veces. A menudo, incluso. Pero nunca es Lowe, el tío que estuvo charlando conmigo en el tejado y que me preparó un baño, el que una vez me apartó el pelo para verme la punta de las orejas y luego murmuró para sí mismo: «Qué bonitas». Siempre es Lowe el alfa. El que anda ocupado con asuntos urgentes. El que acude cada dos por tres a territorio vampiro junto con Cal y otro puñado de segundos. El que celebra reuniones a puerta cerrada con Owen y Maddie García de las que no me interesa formar parte, pero en las que acabo deseando estar presente.

Serena y yo somos inseparables, como si fuéramos siamesas, como si volviéramos a tener doce años y estuviésemos resolviendo juntas problemas de trigonometría. Damos largos paseos al atardecer, sumidas en un cómodo silencio. Bromeamos sobre el hecho de que puede dejarse crecer una pelambrera en el codo cuando le apetezca. Pasamos el rato en mi habitación; Serena se pone al día con todo lo que ha ocurrido mientras se encontraba aislada del mundo y yo contemplo adormilada los puntitos negros del techo, intentando averiguar si son bichitos diminutos o manchas de suciedad.

No sé cómo, pero nunca acierto.

—Contamos con bases de datos genéticas bastante extensas —nos comenta Juno un día que viene de visita para charlar con Serena—. Podemos intentar averiguar quién de tus padres era licántropo. Como mínimo, descubriremos a qué manada y cuadrilla pertenecía.

Serena me lanza una mirada inquisitiva y mi primer impulso es animarla. Entonces veo que la garganta se le agita, primero una y luego otra vez.

—A lo mejor prefieres meditarlo un tiempo —digo, y ella asiente aliviada, como si le hiciera falta mi permiso para planteárselo siquiera.

No es propio de ella mostrar indecisión. Por otra parte, Serena ya no es la misma de antes. Estuvo encerrada durante meses en un ático sin ventanas, y eso fue después de que empezase a sospechar que quizá pertenecía a otra especie. Se queda dormida a deshoras y da vueltas en la cama, y la he pillado llorando más veces en la última semana que durante la última década. Parece estar… no extenuada, sino distraída. Hueca. En transición.

Más tarde esa misma noche, mientras se trenza el pelo con aire ausente y mira por la ventana, murmura:

—Me pregunto si podría pasar un tiempo con los licántropos. Solo para conocerlos mejor.

Caigo en la cuenta de que Juno es la primera persona de su especie que no la ha secuestrado, encerrado o abandonado.

—Tengo que preguntarle una cosa a Lowe —le digo a Owen al día siguiente, cuando lo cazo entre una reunión del consejo y otra. Está contemplando la pantalla táctil del despacho de mi padre con el ceño fruncido. Nadie ha limpiado las manchas de sangre, o a lo mejor sí y lo que ocurre es que las salpicaduras casi negras se han convertido en recuerdos permanentes—. ¿Dónde está?

—En su casa, digo yo.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé. —Parece estresado, como si se hubiera estado pasando la mano por el pelo. El poder no se le ha subido a la cabeza; al menos por ahora—. De momento, las negociaciones han concluido, así que no hasta dentro de un tiempo.

—Ah. —Abro los ojos de par en par y Owen por fin levanta la vista.

—¿Qué?

—Nada. Supongo que pensaba que me iría con él. Ya que vivo allí y eso.

—¿Es lo que quieres?

—¿A qué te refieres?

—No hace falta que vivas allí si no te apetece.

—¿Y qué hay de la alianza?

Se encoge de hombros.

—La semana que viene el consejo tomará una decisión formal en cuanto a las condiciones de nuestro pacto con los licántropos. Mientras tanto, Lowe y yo estamos de acuerdo en que no vamos a pediros ni a ti ni a Gabi que ejerzáis de Garantía durante más tiempo.

—Dudo que el consejo apruebe…

—El consejo ha estado haciendo la vista gorda mientras nuestro padre cometía un montón de ilegalidades, por mucho que ahora se empeñen en fingir que no sabían nada. Y aunque su intención no fuera la de cubrirse las espaldas, les estoy proporcionando una alianza condicional con los licántropos y con los humanos, así que te aseguro que aprobarán lo que yo les diga. —Vale, igual me equivocaba. Igual el poder *sí* se le ha subido a la cabeza—. Gabi ha vuelto ya a territorio licántropo. Puedes vivir donde quieras, así que te lo preguntaré otra vez: ¿quieres vivir con Lowe?

Es una pregunta tan descarnada y directa que no puedo evitar desviarla con otra:

—¿Él ha dicho algo?

—¿Algo sobre qué?

—Pues sobre si quiere que yo… Si espera que… ¿Ha dicho *algo* o no?

Me lanza una mirada despiadada.

—No soy la doctora Amor.

Ladeo la cabeza.

—Pues lo pareces.

—Sal de mi despacho. Ahora.

Me marcho antes de que me lance el pisapapeles, y entonces caigo en la cuenta de que al final no he conseguido lo que andaba buscando. Tomo una decisión unilateral: vuelvo sobre mis pasos, le robo a Owen las llaves del coche y, unos minutos después, Serena y yo estamos ya en marcha, cruzando el puente mientras el sol desaparece tras los robles. No llevo encima ningún documento de identificación diplomática, pero cuando doy mi nombre en el puesto de control, el licántropo de guardia me pasa el escáner facial y nos permite la entrada.

Dejo a Serena en casa de Juno y esbozo una sonrisa al verlas adentrarse en el bosque convertidas en lobo, con el viento ondulándoles el suave pelaje. Ahora mismo Serena necesita estar en compañía de otros licántropos y me alegra poder proporcionársela. Me alivia una barbaridad que me haya pedido ayuda en lugar de dejarme al margen.

—¡Mandadme un mensaje cuando os hayáis cansado de perseguir topos y de oleros el ojete! —grito—. ¡Me voy a casa de Lowe!

La puerta está abierta, como de costumbre, pero la casa se encuentra inusualmente vacía. Me quito los zapatos y subo las escaleras de madera, preguntándome si aún estarán llegándoles pedidos con bolsas de sangre para mí. Preguntándome cuándo volveré a ver a Ana. Si Serena y Chispitas-Sylvester se reunirán algún día.

Cuando entro en mi habitación, se me cae el alma a los pies. La estancia parece totalmente desocupada, incluso más que cuando me mudé. Todos mis cachivaches, libros, películas e incluso parte de mi ropa se encuentran ahora en cajas.

Ya no soy bienvenida. Me están dando puerta.

Seguro que hay una explicación. Lowe no te echaría así como así.

Pero soy incapaz de quitarle importancia al asunto. Siento que el corazón se me encoje; aun si no está echándome a la calle, sí está apartándome de él. Ya he cumplido mi cometido y…

—¿Misery?

Me vuelvo y el corazón me da un vuelco.

Lowe. Me contempla bajo el cálido resplandor de las luces del techo. No sonríe, pero se nota que se alegra de verme porque irradia felicidad. Lleva una chaqueta de cuero y las manos le cuelgan a los costados, un poco rígidas. Como si estuviera esforzándose por no moverlas.

—Hola.

—Hola. —Sonrío. Él me devuelve la sonrisa, y luego ambos nos quedamos en silencio el tiempo suficiente como para que me venga a la cabeza nuestra última conversación a solas.

Demasiado tiempo.

—No sabía si podía… Espero que no te importe que me haya colado.

—¿Colado? —Su alegría se convierte en confusión y esta, a su vez, en seriedad, pues sabe por dónde van los tiros—. Vives aquí.

No pregunto: *Ah, ¿sí?,* porque me haría sonar insegura y quejica y puede que un poco pasivo-agresiva, y yo no soy ninguna de esas cosas. Al menos con Lowe no.

—Acabo de dejar a Serena en casa de Juno y he pensado que estaría bien que Ana y ella pudieran conocerse. Creo que a ambas les vendría genial. Dudo que sean las únicas medio licántropas del mundo, pero…

—No tenemos constancia de nadie más.

Asiento.

—¿Te parece bien?

Se rasca la mandíbula; lleva la barba más larga que de costumbre. ¿Cómo habrá pasado él los últimos días?

—Voy a contarle a Ana lo de sus padres en cuanto Koen la traiga de vuelta. Pensaba dejar la conversación para más adelante, pero ya lo sabe mucha gente y no quiero que se entere por otra persona. En cuanto esté al tanto, me encantaría que conociese a Serena. Y Serena puede venir siempre que le apetezca, desde luego. Si quiere formar

parte de la manada, la recibiremos encantados. Le pedí a Juno que se ocupara de ella mientras yo estaba fuera, pero ahora que he vuelto, iré a verla y se lo explicaré todo.

—¿Ahora que has vuelto?

—Estábamos encargándonos de Emery.

—Ah. —Abro los ojos de par en par—. Vaya marrón, ¿no?

Deja escapar una leve risa y apoya su enorme hombro contra la puerta.

—Y tanto.

—Sospechábamos de la que no era, ¿no?

—En lo tocante a Ana, sí. Hemos recabado pruebas suficientes por fin para pedirle cuentas por los ataques de los Leales, incluida la explosión que tuvo lugar hace tres meses en un colegio. Fui a informarla de que se celebrará un tribunal. Pero en cuanto a mi hermana… —La expresión se le oscurece—. No es culpa suya que yo me fiara de Mick.

—¿Has encontrado a su hijo?

—Sí. Están juntos y los tenemos a los dos vigilados. Aún no sé lo que voy a hacer. —Aprieta los labios.

—Lo siento mucho, Lowe —digo apesadumbrada—. Sé lo mucho que confiabas en él.

—Si se hubiera tratado de cualquier otro licántropo, me habría dado cuenta de que me estaba mintiendo, pero Mick… Su aroma había cambiado de forma drástica. Era amargo, hosco y abrumador, pero supuse que era por la pena. El resultado de perder a su compañera y a su hijo.

Doy un paso hacia él, queriendo consolarlo, pero sin saber muy bien cómo. Al final, me limito a repetir un pobre: «Lo siento». Intento seguir hablando, desenredar el revoltijo de palabras que me atenaza el estómago, pero los sonidos se apagan antes de abandonar mis labios. Estoy aturdida y soy incapaz de expresarme con coherencia.

—No es propio de ti —me dice con una ligera sonrisa.

—¿El qué?

—No decir las cosas claras.

—Sí, ya… —Me invade una oleada de irritación. Hago rebotar el pie para sacudírmela—. Me resultaba más fácil ser sincera contigo cuando pensaba que tú lo eras conmigo.

Frunce el ceño.

—Conmigo puedes hablar con total franqueza, Misery. Siempre.

Dejo escapar un suspiro impaciente y me acerco a él, dispuesta a arremeter. Solo me detengo cuando estoy tan cerca que tiene que doblar el cuello para mirarme a los ojos.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Para que la próxima vez que decidas apartarme puedas usar mis traumas y mi pasado para herirme?

Pone una expresión abatida al recordar las cosas que me dijo, como si le dolieran tanto como a mí.

—Lo siento —susurra.

—Me mentiste —le echo en cara—. Me dijiste esas cosas… y era todo mentira.

No lo rebate, lo que me enfurece aún más. En lugar de eso, toma una profunda y lenta bocanada de aire hasta llenarse los pulmones.

—¿Por qué? —insisto. Al no obtener ninguna respuesta, tiendo la mano hacia su rostro—. Podría obligarte a decirme la verdad. —Apoyo la yema del pulgar entre sus cejas—. Podría subyugarte.

Esboza una sonrisa triste.

—Ya lo has hecho, Misery.

Cierro los ojos con fuerza. Y luego los abro para preguntarle:

—¿Soy tu compañera?

—Lo dije en serio —repone con calma—. No deberías usar expresiones licántropas que eres incapaz de comprender.

—Vale. —Me doy la vuelta cabreada y me alejo de él. A la mierda. Si no quería que usara expresiones licántropas no debería habérmelas enseñado.

—Misery. —Lowe cierra la mano en torno a mi muñeca y me detiene en seco. Cuando intento zafarme, me rodea la cintura con el brazo y me arrastra hacia él.

Su calor es abrasador. Y el contacto de su barba contra el pliegue de mi cuello, deliciosamente áspero.

Le oigo inspirar de nuevo y esta vez no se contiene.

—Mis sentimientos. Mis deseos. Mis anhelos… son míos, Misery. Tú no tienes que lidiar con ellos.

Intento retorcerme, furiosa.

—Pues claro que son tuyos. ¿Qué narices significa eso siquiera…?

—Pues que no quiero que tomes decisiones en función de *mis* necesidades. No quiero que estés conmigo por obligación, porque te preocupe que sin ti vaya a ser infeliz. —Ojalá pudiera verle los ojos. Su voz suena áspera, grave y ronca al mismo tiempo, como si alguien le hubiera infundido la máxima emoción posible y luego hubiera intentado eliminarla—. En la boda, cuando te acercaste a mí por primera vez, me cabreé. Me enfurecía haber encontrado a mi compañera y que por alguna carambola del destino esta fuera alguien a quien nunca podría llegar a amar de verdad. Te deseaba más que a nada y, aun así, sentía que me tenías *atrapado*. Pero entonces empecé a pasar tiempo contigo. Empecé a conocerte y vi que me hacías feliz.

Me hacías mejor persona. Me hacías querer abrazar cada parte de mí mismo, incluso esas partes que creía haber dejado atrás. Y un día me desperté y me di cuenta de que, incluso si no olieras como la cosa más apetitosa del mundo, seguiría deseándote igual.

—Lowe…

—Pero *puedo* sobrevivir sin ti, Misery. Lo único que tengo que hacer es… —Deja escapar una risa cálida y muda—. Estar sin ti. Lo único que tengo que hacer es aguantar. Y no será fácil, pero es preferible a verte convertida en alguien infeliz. Es preferible a permitir que el amor que siento por ti te encadene a mí cuando…

—¿Y qué hay del amor que siento *yo* por ti? —Esta vez deja que me dé la vuelta en sus brazos—. ¿Puede *eso* encadenarme a ti? ¿Me das permiso para corresponder tus sentimientos?

Se queda boquiabierto.

—No. No me vengas ahora con esas. No puedes hacerte el sorprendido por mis sentimientos, y menos cuando siempre he sido sincera al respecto. ¿Y sabes qué te digo? —Las manos empiezan a temblarme, así que cierro los puños y los apoyo contra su pecho—. Que si quiero estar enamorada del imbécil de mi marido licántropo, voy a estar enamorada del imbécil de mi marido licántropo, tanto si quiere reconocer que siente lo mismo por mí como si no. Y otra cosa te digo: pienso vivir aquí, así que ya puedes empezar a sacar todo lo de las cajas. Y voy a formar parte de la vida de Ana, porque me ha cogido cariño y, no sé cómo, yo se lo he cogido a ella también, ¿vale? Y voy a quedarme en territorio licántropo, porque mi mejor amiga es una de vosotros y, por una vez en la vida, la gente ha sido la hostia de maja conmigo y me gusta vivir al lado de un lago y me parece fenomenal ser la rarita chupasangre de la manada y… —Podría seguir balbuceando amenazas, pero él me interrumpe.

—Voy a cambiar las ventanas.

—¿Y eso qué tiene que…?

—He visto las que tenéis en el Nido. Owen me ha explicado cómo funcionan. No te estaba echando, es que no quiero que se estropeen tus cosas.

—Ah. —Me quedo descolocada—. Es muy, eh…, considerado por tu parte. Son muy caras.

No parece que le importe. En cambio, apoya su frente contra la mía y me envuelve la mejilla con la mano. Su voz es un susurro entrecortado.

—Tengo miedo, Misery. Estoy acojonado.

—¿Por qué?

—Porque no existe ningún universo, escenario ni realidad en que

vaya a aceptar sin más que me dejes. Me asusta que, si no te dejo marchar ahora, dentro de cinco años, cinco meses o cinco días, no seré capaz de hacerlo. Te deseo demasiado cada segundo, y cada segundo estoy al borde de desearte aún más. Cada segundo es mi última oportunidad de hacer lo correcto. De dejar que vivas tu vida sin ocuparla por completo…

Levanto la barbilla para posar mi boca sobre la suya. Hemos intercambiado muchos besos y este es probablemente el más comedido de todos. Pero el modo en que sus labios se aferran a los míos tiene algo de desesperado y frenético, como si se encontrara irremediablemente perdido.

Me aparto. Sonrío. Y digo:

—Cállate, Lowe.

Se ríe, y la nuez le sube y le baja.

—¿Te parece bonito hablarle así al alfa de la manada a la que pretendes unirte?

—Tienes razón. Cállate, alfa. —El beso se prolonga esta vez. Él me abraza con fuerza, como si le preocupara que fuera a salir corriendo —. Ya me has visto con Serena —murmuro pegada a sus labios—. No soy de las que cambian de opinión.

—No, no lo eres.

—Entiendo que lo de tener una compañera te agobie un poco. Que te sientas atrapado. —Me apresuro a retroceder un paso, preguntándome de pronto si la conversación requiere distancia física —. Debe de ser duro… sentir que no podrías alejarte ni aunque quisieras. Que la otra persona va a ser problema tuyo siempre…

Él niega con la cabeza, con la mirada clavada en la mía.

—Tú no eres ningún problema, Misery, sino un *privilegio*.

Mis latidos se reducen a un martilleo sordo mientras que los de Lowe se aceleran, tres veces más rápidos que los míos. Nuestros cuerpos claman a gritos lo diferentes que somos a nivel básico y fundamental.

Pero me da igual. Y a él también.

—Pues le daremos a lo nuestro una oportunidad. ¿No es así como funcionan todas las relaciones al final? Conoces a alguien con quien quieres pasar más tiempo que con ninguna otra persona e intentas que la cosa salga bien. Y yo… Puede que no tenga el *hardware* necesario, pero sí dispongo del *software* y soy la que lo programo. Puede que no estés hecho para mí del mismo modo en que yo estoy hecha para ti, pero pienso elegirte de todas formas, una y otra y otra vez. No me hace falta ningún permiso genético especial para saber que eres mi…

No llego a terminar la frase, porque Lowe me besa de forma voraz,

como si nunca fuera a dejar de hacerlo, y yo le devuelvo el beso del mismo modo. La intensidad está teñida esta vez de una sensación de alivio.

—Estás aquí —dice pegado a mi cuello y haciéndome retroceder. No se trata de una pregunta, y tampoco se dirige a mí. Sus fuertes manos me agarran la nuca y no me dejan asentir—. Te vas a quedar. —Siento cómo asimila la certeza de lo nuestro.

Una parte distinta de Lowe toma el control y me empotra contra la pared.

—Compañera. Mi compañera —dice entre gemidos, como si hasta ahora no se hubiera permitido apropiarse de la palabra. Cuando me coge en brazos y me lleva hasta la cama, me quedo sin aliento de golpe—. Mi compañera —repite con la voz más grave que de costumbre, tan ronca que le echo los brazos al cuello y lo atraigo hacia mí, con la esperanza de apaciguar la impaciencia que lo recorre, el temblor frenético de sus manos. Noto su aliento entrecortado en el pelo, de manera que lo empujo por los hombros hasta que él nos hace rodar. Entonces soy yo la que marca el ritmo, con besos lánguidos y prolongados, y la vibrante tensión que invade su cuerpo se desvanece poco a poco.

Inhalo el aroma de su sangre, embriagador y potente.

—Me encanta lo que tenemos —le digo— Y te quiero.

Contiene la respiración, incrédulo. Una oleada de calor me inunda el estómago, me recorre la columna. Me quito la camiseta y él me acerca la boca y las manos, impaciente. Me da mordisquitos en la clavícula, me chupa los pezones, me devora los pechos. Con cada roce siento como si estuviéramos fusionándonos… hasta que se detiene.

Sus largos dedos se crispan en torno a mis caderas, imposiblemente firmes, y luego se aflojan por completo.

Cuando se echa hacia atrás para mirarme, me fijo en que sus labios han adquirido una tonalidad roja oscura y su mirada refleja una expresión clara y seria.

—Igual deberíamos parar.

Me echo a reír, ya sin aliento.

—¿Qué, otro de esos arrebatos de culpa que os dan a los alfas?

—Misery. —Se detiene. Se lame los labios—. Estoy que me subo por las paredes. Llevábamos unos días separados y hueles cojonudamente bien y has dicho cosas que… me han dejado eufórico, como lo de que vas a quedarte, y estoy a un paso de perder el…

Me río, pegada al borde de su mandíbula.

—A ver, antes de que te sumerjas en otra espiral de autodesprecio, déjame decirte que voy a beberme tu sangre otra vez. Vale, ¿Lowe?

Murmura un «Joder» y asiente impaciente.

—Y vamos a follar.

Aprieta las caderas contra las mías. Ambos nos quedamos sin aliento.

—Vale. Vale —repite, con repentina determinación, recuperando el control de sí mismo—. Sí. Puedo parar. Pararé cuando vaya a…

—No vas a parar. —Le beso la mejilla, lo abrazo con más fuerza y luego le susurro en el oído—: Y cuando lo del… nudo ocurra, vas a…

—¿Atarte? ¿Engancharte? *¿Enlazarte?* Voy a tener que aprender cómo se dicen las cosas—… dejar que pase dentro de mí.

Lowe me aprieta contra su pecho.

—Si te hago daño…

—Pues me harás un poquito de daño y ya está. Igual que *yo* te hago daño cuando me alimento de ti, ya que te desgarro la piel. Pero al cabo de unos minutos me hace sentir genial, y creo que a ti también.

Lowe emite un gruñido profundo a modo de respuesta. Me da que ha sido involuntario, así que le beso el labio inferior para evitar reírme.

—Todo va a ir bien. Y si no, lo hablaremos. Somos de especies diferentes, pero lo nuestro va para largo, así que debemos ser sinceros en cuanto a nuestros deseos y necesidades, y salta a la vista que tienes muchas ganas de hacerlo; es probable, incluso, que lo *necesites*…

Cierra los ojos, como si de verdad lo necesitara.

Pero, sobre todo:

—La cuestión es que yo *quiero* que lo hagas. No te negaré que es algo peculiar, y puede que no salga a las mil maravillas, pero la idea me…

—¿Te resulta rara?

—En realidad iba a decir que… —Tengo la boca seca—. Me pone.

Veo cómo las pupilas se le dilatan y entonces ya no hay marcha atrás. Lowe pierde el control y de pronto estoy tendida debajo de él. Con unos cuantos tirones desenfrenados mi ropa acaba en el suelo, seguida de la suya, y a mí me viene a la cabeza la primera vez que hicimos algo parecido a esto. La vacilación contenida que mostró en la bañera. Su forma de tocarme ahora es muy diferente, su forma de apoyarme la mano en la parte baja de la espalda y acercar mi cuerpo al suyo como si de una ofrenda se tratase.

Ambos tenemos la intención de tomárnoslo con calma, pero él la tiene más dura de lo que yo pensaba y yo estoy más mojada de lo que él creía que iba a estar. Tardamos muy poco, solo un par de embestidas, pero es que estamos ya a punto. Su glande choca contra mi clítoris, y, cuando él se retira un poco, la polla se le queda

encajada en mi entrada, lista para deslizarse dentro de mí.

—Estás tan calentita por dentro, tan mojada… —Me da un beso en la sien y murmura lo que podría ser un «Qué suave».

Y entonces me penetra. La tiene grande, de un modo que me llena y lleva a mis músculos al límite, provocándome una ligerísima inquietud. Me retuerzo, sintiéndome inmovilizada, empalada, y es justo lo que ambos necesitábamos para acomodarnos al otro.

La mete hasta el fondo.

Yo me arqueo y golpeo el colchón con las palmas de las manos. El corazón se nos detiene al mismo tiempo y luego reanuda su marcha. El mío con latidos lentos. El suyo, igual que un tambor.

—Misery. Quiero vivir dentro de ti.

Me estrecha en sus brazos. Levanto la barbilla para besarle la comisura de la boca, y somos incapaces de tomárnoslo con calma. Lowe la saca por completo y vuelve a penetrarme con un ritmo irregular y frenético, sin contenerse. La última vez intentó que la cosa durase. Esta vez se lanza de cabeza hacia lo que se avecina y tal vez mi cuerpo no lo entienda, pero responde con entusiasmo. Me clava la mirada mientras me folla; la presión que ejercen sus caderas me abre de par en par y, tras cerrar los ojos, me entrego al placer. Me susurra al oído cosas como «bien» y «vale», una retahíla de palabras incoherentes, pues a estas alturas ya está demasiado aturdido. Los músculos internos se me tensan para mantenerlo dentro más tiempo, se constriñen en torno a su polla y esa sensación de calor líquido con la que ya estoy familiarizada aflora en mi interior.

Y entonces ocurre algo. Lowe embiste una vez y luego otra, con tanta contundencia que las manos se me resbalan sobre su hombro, recubierto de sudor. El *crescendo* de resuellos se desvanece de golpe y yo abro los ojos.

Creía que iba a volver a encontrarlo con una expresión preocupada en el rostro, que iba a tener que tranquilizarlo, pero está demasiado desatado para eso. Me ordena: «Mírame», y su voz no desprende vacilación alguna, solo la certeza de que así es como debe ser. Soy incapaz de hablar, de manera que asiento. Él asiente también y dice con voz ronca:

—Ya empieza.

Al cabo de un instante, noto una sensación de inmensa presión. Lowe me llena poco a poco, me embiste lánguidamente, primero una y luego otra vez, hasta que la base de la polla se le hincha demasiado como para poder sacarla. Entonces se estremece y un gruñido le brota desde el fondo de la garganta. Le rozo el cuello con los dientes y él profiere un gemido, pegando mi rostro a su garganta y mis caderas a

su ingle. El nudo se va haciendo cada vez más grande.

Me siento extraña. Llena. A gusto. Puede incluso que sienta…

—Voy a hacerlo, Misery. Voy a correrme donde toca. —Su voz es apenas comprensible—. Voy a llenarte con el n… —Se produce un cambio súbito y la presión aumenta.

Lowe se está corriendo y ninguno de los dos está preparado para la potencia de su orgasmo. Intenta hundirse más en mí, pese a que es imposible. Yo me acomodo a él y lo acojo, hasta que se serena lo suficiente como para decir:

—Mi preciosa compañera… Mira lo bien que te acoplas a mí. —Otra oleada de placer se abate sobre él mientras vuelve a correrse dentro de mí, y tensa el cuello con los ojos vidriosos.

Trazo círculos con las caderas; tanteo y tiro y descubro que está encajado en mi interior, que estamos unidos, y sí, la sensación es…

—Increíble —digo, casi al borde del dolor. Aunque, al mismo tiempo, soy un ser hecho de calor y sensaciones. Los músculos se me crispan y él suelta una exhalación, aún estremeciéndose dentro de mí. Los espasmos del clímax sacuden su enorme cuerpo—. Es una sensación tan *increíble* que…

Me gusta tanto que necesito mayor contacto. Más fricción. Necesito que se mueva aunque no pueda. Intento restregarme contra su nudo, pero los músculos no ceden más. Intento contraerme a su alrededor y Lowe deja escapar una risa entrecortada. Parece menos aturdido, lo suficiente como para hacerme callar y meter una mano entre ambos.

No hace falta demasiado: con un simple roce de su pulgar, me corro yo también. Se me quedan los ojos en blanco, jamás he experimentado una sensación tan frenética, brutal y dolorosamente increíble…

—*Lowe*. —Me asusta lo intensa que es, pero él profiere un gemido, me muerde la clavícula, y me doy cuenta de que siente lo mismo que yo. El placer es implacable y vibrante y resulta imposible reprimirlo.

—No sabes lo que disfruto viendo cómo te corres encima de mi nudo. Vamos a hacerlo todos los días —me dice al oído con voz ronca —. Y cuando estés lista, te morderé. Te dejaré una cicatriz y la lameré cada mañana y cada noche. ¿Vale?

Asiento. Una felicidad desenfrenada y absoluta late dulcemente en mi interior. *Ha funcionado,* pienso. *Hemos podido hacerlo*. Pero no me molesto en decirlo en voz alta porque es obvio. En lugar de eso, pregunto:

—¿Y… y ahora qué?

Se estremece y nos hace rodar hasta que estoy tumbada encima de él. Me recorre la espalda con las manos, ligeramente temblorosas. Noto que sus uñas… No. Debo de estar imaginándomelo.

—Ahora… —Cierra los ojos y arquea las caderas, como si quisiera introducirse más en mi interior. No estoy segura de que lo consiga, pero siento el maravilloso roce del nudo contra mis paredes. La sensación bordea la exquisita frontera entre el placer y el dolor y me provoca más espasmos. Primero a mí y luego a él.

—*Joder* —murmura de forma escueta. Y en cuanto es capaz de tomar la palabra de nuevo, añade entre gruñidos—: Ahora todo es como debe ser. Ahora te tengo justo donde quiero.

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar así?

—Ni idea. —Me besa la sien—. Espero que mucho.

—¿Y si resulta que tengo que salir un momentito para hacer una llamada…?

Me agarra las caderas de forma tan brusca que casi me echo a reír. Baja hasta mis labios y me besa con ganas durante un instante.

—¿Seguro que no te duele?

—No, es… —*Extraordinario. Fantástico. Extrañamente precioso*—. Creo que me gusta el sexo licántropo.

—Sexo licántropo no. —Me sostiene la mirada durante un buen rato—. Sexo entre compañeros.

Sonrío al oír la palabra.

—¿Va a ocurrir cada vez que lo hagamos?

—Ni idea —repite, y levanta la mano para apartarme unos mechones sudorosos de la cara—. Por cómo me siento, diría que sí.

—Porque hemos… —Me interrumpo al notar su mano. La mayor parte sigue teniendo forma humana, pero a sus uñas no les falta mucho para convertirse en garras.

—Lo siento —dice un poco avergonzado. Veo cómo intenta retraerlas y me siento maravillada por su cuerpo. Por la sensación que me produce tenerlo dentro. Por las cosas que es capaz de hacer—. Me cuesta un poco mantener el control sobre mi cuerpo. Es que es todo muy…

—¿Inusual?

—Placentero. Más de lo que jamás había experimentado.

—¿Hay algo que suelan hacer ahora los licántropos? ¿Algo que quieras que haga yo?

Se ríe con mudo asombro y niega con la cabeza.

—Si lo hay, no tengo ni idea. Y tampoco me interesa. Eres perfecta y yo…

Sus dedos bajan hasta más allá del sudor que recubre nuestro vientre y vuelven a hacerme estremecer de placer. Mis músculos se contraen a su alrededor y, en respuesta, noto que me inunda más líquido. Y cuando la nueva oleada de placer se desvanece y estoy

jadeando encima de él, me doy cuenta de que Lowe está tocando el punto donde nos encontramos unidos, donde su nudo se ha quedado enganchado dentro de mí. Es como si le hiciera falta una prueba tangible de que esto está pasando de verdad.

Cuando nos coloca de costado, con una de mis largas piernas enroscadas alrededor de las suyas, siento cómo su semen rebosa de mi interior, pese a la barrera que conforman nuestros cuerpos unidos. Estamos dejándolo todo hecho un desastre, manchando la cama y poniéndonos perdidos. No sé por qué, pero me gusta.

Fuera, las olas chocan contra la orilla del lago. Lowe me envuelve la mejilla con los dedos. Siento que el placer se acrecienta en mi interior una vez más y me acomodo para el viaje.

Cuando me despierto, sigue siendo de noche. Estoy tumbada boca abajo, con la mejilla hundida en la almohada y totalmente exhausta, como si una cantidad inabarcable de sensaciones se hubiera apoderado de mi cuerpo y lo hubiera sacudido sin tregua.

Resulta sorprendentemente agradable.

Lowe se encuentra a mi lado. Está apoyado sobre un codo y me toca de un modo entre distraído y compulsivo. Recorre la hondonada que une mis omóplatos. Sigue las curvas de mi trasero. Me pasa los dedos por el pelo y traza la punta de mi oreja. Me acaricia la entrepierna, sin que le importe toparse con los restos de su semen. O tal vez le excite el hecho de haberme dejado toda manchada.

Abro los ojos y lo veo contemplar cada curva, ángulo e inclinación de mi cuerpo, cautivada por la expresión embelesada de su mirada. Está totalmente concentrado, sumido en las caricias, y transcurren varios minutos antes de que levante la vista hacia mi rostro y se percate de que estoy despierta. Su sonrisa es al mismo tiempo reservada y vacilante, orgullosa y radiante.

Lo deseo con tanta intensidad, tengo tantas ganas de estar *así* con él, que resulta aterrador y vertiginoso a partes iguales.

—Hola.

Le devuelvo la sonrisa. Enseñando los colmillos.

—¿Cuánto tiempo ha tardado el nudo en…?

—Unos treinta minutos. —Se inclina y me deja un rastro de besos húmedos a lo largo del hombro. Me posa la mano en el culo mientras me murmura al oído—: Lo has hecho genial, Misery. No debe de haber sido fácil acomodarte a mí, pero has aguantado como una campeona. Es como si fuera una habilidad innata en ti.

La sangre se me agolpa en las mejillas y cambio de postura,

disfrutando de sentirme dolorida por dentro.

—Teniendo en cuenta lo ocupado que andas con Ana y la manada, igual nos toca programar el sexo.

Lo digo en broma, pero él asiente de forma solemne.

—Anótame en tu agenda.

—¿Qué tal los domingos por la mañana? Pero tendrá que ser antes de las diez o me quedaré frita.

—Los cojones. Resérvate dos horas todos los días.

Dejo escapar una carcajada y contemplo maravillada el rubor verde que aún le tiñe los pómulos. *Es mío,* pienso, contenta y avariciosa. Es una sensación desconocida: pertenecer a alguien y que ese alguien me pertenezca también a mí.

—¿Te he hecho daño? —pregunta con suavidad, y yo vuelvo a reírme.

—¿Tengo pinta de que me duela algo?

Vacila un instante.

—Ha durado mucho tiempo y, aunque la cosa ha salido bien…, creo que igual yo lo he disfrutado demasiado. Casi me desmayo en un momento dado, y dudo que haya prestado la suficiente atención.

—No, no me duele, Lowe. —Le sostengo la mirada y pregunto con calma—: ¿Y a ti?

Me lanza una mirada fulminante y a mí me entran ganas de soltar otra carcajada. Él y yo. Juntos. Algo absolutamente maravilloso que no debería haber tenido lugar.

—Puede que Serena se pase a buscarme —le digo—. No quiero que vea a dos personas de especies distintas dándole al tema y se quede aún más traumatizada de lo que está, así que…

—Es medio humana y medio licántropa —dice Lowe. Le lanzo una mirada inquisitiva hasta que me explica lo que quiere decir—: A no ser que empiecen a salir híbridos de debajo de las piedras, todas las relaciones que va a tener serán con gente de otra especie.

—Ah. —Intento considerar las implicaciones de sus palabras, pero me veo obligada a tirar la toalla. Tengo el cerebro hecho papilla, reblandecido por el placer y el aroma de la sangre de Lowe y esa especie de silencio ruidoso que se ha apoderado de él—. En fin, de todas formas debería ir a ducharme.

—No —ordena bruscamente con su voz de alfa. Tensa los músculos, como si estuviera preparándose para luchar. Y entonces debe de darse cuenta de lo ridícula que es su reacción, porque cierra los ojos y traga saliva.

Ladeo la cabeza.

—Nunca has tenido problema con mis baños.

—Es diferente. Es que están pasando muchas cosas. —Me observa, pero luego baja la mirada hacia su cuerpo. *Están pasando muchas cosas en mi interior,* quiere decir—. No creo que vaya a poder perderte de vista durante un par de días. O de semanas. —Su voz suena impenitente y arrepentida: una combinación que no pensé que fuera posible—. Y ahora mismo hueles igual que yo. No te haces una idea, Misery. Tus poros *rezuman* mi aroma y cada célula de mi cuerpo me grita que el haberte dejado así es el mayor logro de mi vida, tal vez, incluso, el único logro, y no puedo permitir que…

—Lowe. —Me incorporo sobre los codos y me inclino hacia delante para darle un beso, interrumpiendo el torrente de palabras—. ¿Y si nos duchamos juntos? —Me echo hacia atrás y sonrío—. Así podrás volver a dejarme tu olor enseguida y no tendrás que perderme de vista.

La tensión abandona al instante su cuerpo.

—Eso ya me gusta más.

Me lleva hasta su baño y el cálido chorro del agua me alivia tanto como sus manos, que siguen el recorrido de cada gota por mi cuerpo. Cierro los ojos, inclino la cabeza hacia atrás y dejo que me toque como, según parece, va a tocarme siempre a partir de ahora: de forma compulsiva y ensimismada. Parece haber aceptado todo esto —a nosotros— sin ningún esfuerzo, de un modo incondicional, pero no puedo evitar hacerme algunas preguntas.

—¿Lowe?

—¿Mmm?

—Como soy tu compañera y no tengo pensado…, ya sabes, dejarte nunca, no vas a poder hacer *esto* con ninguna licántropa —digo sin abrir los ojos—. Nunca experimentarás cómo es hacerlo con alguien con tu mismo *hardware*.

Me enjabona la piel con las palmas, deteniéndose excesivamente en mis pechos.

—La idea de hacer algo de esto con una licántropa se disipó la noche en que te conocí. —Advierto el rechazo que desprenden sus palabras. Y añade en un murmullo, más para sí mismo que para mí—: De todas formas, no podría estar con nadie más. Incluso aunque tú no quisieras estar conmigo.

—Pero la cuestión es que yo tengo muchas más limitaciones que tú. ¿No se te hará raro que no podamos salir a correr convertidos en lobo? ¿Que no podamos dar paseos de día? ¿O comer juntos? Incluso vamos a tener que encontrar un horario para dormir que se adapte a los dos.

Me coge la barbilla con el pulgar y el índice y me la inclina hacia

arriba, con un gesto suave pero decidido, para que lo mire a los ojos.

—No —responde sin más. Me tranquiliza con más eficacia que cualquier discurso o negativa vehemente. Y entonces me aparta un mechón de pelo de detrás de las orejas, se inclina hacia delante y me chupa uno de esos puntos del cuello que parecen atraerlo como un imán. Profiere un ruidito en voz baja y empieza a rozarlo suavemente con los dientes.

—Adelante —le digo.

Me da un mordisquito.

—¿Mmm?

—Puedes morderme si quieres. —Noto que su pecho se tensa contra el mío—. Y dejarme una de esas cicatrices que se dejan los compañeros.

Le brota un gruñido profundo y sonoro del pecho. Durante un breve instante, me agarra la cintura con tanta fuerza que casi me duele, Y acto seguido me suelta, como si estuviera hecho de acero y moderación.

—No.

—Si crees que voy a cambiar de opinión…

—No es eso. Pero ahora no.

—¿Ahora no?

—Hay ciertos rituales que se llevan a cabo. Ciertas costumbres. Cosas que significan algo especial para nosotros. Para mí —repone—. Quiero volver a verte con esas marcas ceremoniales tan obscenas. Quiero ponértelas yo. Pero estando los dos solos: no me haría ni puta gracia que alguien te viese así y se pusiera a pensar cosas raras. Y cuando por fin te muerda, no será en el cuello. —Deja escapar una risa compungida—. Nosotros seremos un poco más traviesos, Misery.

Ah.

—¿Dónde?

Me rodea la garganta con la palma. Me acaricia la nuca. La yema de su pulgar me recorre la columna, solo una o dos vértebras.

—Aquí. Creo que te morderé aquí. —Lo dice como si fuera un plan secreto e indecente que llevara tramando desde hace tiempo y, acto seguido, deja escapar un ruido de frustración—. Cuando te recojas el pelo, la gente verá la cicatriz y sabrá que tomé a mi preciosa esposa vampira como hacen los lobos. Y que a ella le encantó. Y tú serás buena conmigo y me dejarás hacerlo, ¿a que sí?

Dejaría que lo hicieras ya mismo, pienso, pero no me molesto en decirlo en voz alta. A estas alturas ya conozco a Lowe y sé qué cosas suele negarse a sí mismo.

—Me muero de ganas. —Las pupilas se le dilatan como si acabase

de prometerle un tesoro inimaginable. Se merece el mundo entero. Se merece cumplir todos sus sueños—. Pero, mientras tanto, ¿te apetece que te muerda yo a ti?

Maldice en voz baja cuando poso la boca en una de las glándulas que tiene en la base de la garganta y luego murmulla: «Joder, sí», cuando la perforo con los dientes. Paso el pulgar por la glándula del otro lado, notando sus estremecimientos y oyendo los ecos de «por favor» y «más» y «bebe lo que necesites». Lowe ya la tenía dura de antes, pero ahora soy capaz de percibir su impaciencia en el sabor metálico de su sangre, y cuando introduce los dedos en mi interior, cuando su aliento se torna errático y me ordena que me corra, que me corra *ya* para que pueda follarme otra vez, soy incapaz de hacer otra cosa que no sea dejar que el placer me recorra en oleadas que se solapan unas con otras. Después, me levanta y me aprieta contra la pared de azulejos. Le envuelvo las caderas con las piernas y lo acojo entre mis muslos.

Me penetra, esta vez con toda facilidad. Siento cómo me estiro y dejo que mis uñas dibujen medias lunas en su musculosa espalda. *Me parece increíble que llegaras a pensar que esto no saldría bien,* estoy a punto de decirle entre risas, pero el sabor de su sangre me gusta demasiado como para dejar de beber y la sensación de tenerlo aún más adentro me ha dejado aturdida.

—Te gusta, ¿eh? —me susurra contra la piel. Como respuesta, aprieto los músculos en torno a su polla y él abre la boca y se apoya contra mi hombro—. *Joder*. Ya lo noto. Ya noto cómo se me hincha otra vez… Misery, ¿puedes…?

Estoy demasiado ocupada dándome un festín con su sangre para decirle lo mucho que *puedo,* lo mucho que lo deseo. Aunque se lo puedo demostrar. Le succiono la glándula con más fuerza y él gime y me embiste con tantas ganas, con tanta contundencia, que durante un momento ninguno de los dos es capaz de respirar.

Entonces siento las primeras oleadas de placer recorriéndome, siento que el nudo de Lowe se hincha rápidamente en mi interior y me ata a él, y yo sonrío pegada a su vena, bajo el tibio chorro del agua.

EPÍLOGO

Lowe

Misery no deja de hacer bromas tipo «Quedas condenado oficialmente a una vida llena de Misery-a» y Lowe no cree haberlas encontrado graciosas nunca, y menos ahora que ha pasado ya una semana desde que ella volvió, pero no puede evitar que una oleada de deleite lo recorra cada vez que dice algo así.

Pese a que su respuesta sea suspirar y menear la cabeza en señal de desaprobación.

—A la derecha. No, mejor a la izquierda. No, mejor déjame hacerlo a mí —refunfuña mientras le roba el martillo de la mano.

Están colgando un cuadro en la pared de la que va a volver a ser la habitación de Ana. Es una bobada, algo que Lowe dibujó ayer de improviso, ya que así se ha sentido estos últimos días: espontaneo. Inspirado. Feliz.

Los dibujos de Chispitas asomándose en plan Godzilla por detrás del cartel de Hollywood —en el que casualmente pone «LILIANA»— se alejan bastante de su estilo artístico habitual, y no le pareció que el resultado fuera para tirar cohetes. Pero cuando dejó el bloc de dibujo abierto sobre la encimera de la cocina, Misery y Serena respondieron a todas sus protestas poniendo los ojos en blanco y acusándolo de mendigar cumplidos. En cuanto anocheció, le cogieron el coche y se pasaron varias horas dando vueltas hasta encontrar el marco perfecto.

Y mientras ellas estaban fuera, Lowe trasladó las cajas de Misery a la habitación contigua. Van a compartirla, ya que es lo más lógico.

Que esté con él.

Su compañera.

Con él.

Aún no se ha hecho a la idea. Tal vez cuando se experimentan sentimientos como los que él alberga por Misery, intensos, abrumadores y omnipresentes, uno nunca llega a acostumbrarse.

Quizá lo precioso de su naturaleza jamás se disipe. Y cada vez que piensa en el futuro, en las posibilidades, el corazón se le acelera como si librara una carrera contra sí mismo.

Y Misery siempre se da cuenta.

—¿Y eso? —pregunta con un tornillo entre los dientes—. ¿Un ataque al corazón? —Lo mira de reojo con sus preciosos ojos violetas. Las suaves y delicadas líneas de su perfil se encuentran intercaladas con los drásticos contornos de su oreja, sus dientes y su barbilla. La imagen lo deja prácticamente sin aliento.

No sabe cómo responderle, de manera que se acerca a Misery y le pasa una mano por la espalda mientras ella martillea la pared. Cuando eso no basta, le rodea el torso con los brazos. Inhala su estimulante y abrumador aroma y cierra los ojos.

Antes de conocerla no estaba solo. Si alguien le hubiera preguntado, no habría dicho que era infeliz. Tenía una manada de la que encargarse, una hermana, cosas que le apasionaban, amigos por los que habría dado la vida. Nunca pensó que le faltara nada. Pero ahora…

No sabe si se merece la calidez que inunda su vida actual, pero la conservará de todas formas.

—Hola —dice Misery, como si no llevaran juntos desde el mismo momento en que se ha despertado. Ella deja el martillo y el clavo sobre la cómoda y le posa la pálida mano en el antebrazo. Lo invade la más absoluta felicidad.

—Hola —responde él.

Ella se pone a trazarle letras en la piel y él quiere decirle que vaya más despacio, que vuelva a deletrear las palabras, pero entonces capta una T y una Q, y piensa que a lo mejor puede adivinar…

—La monstruita ha llegado —susurra entusiasmada cuando un coche aparca en la entrada, justo debajo de la ventana. Misery se zafa de su abrazo y Lowe reprime un gruñido hosco porque su compañera haya encontrado algo más importante que él en lo que centrar su atención. Acto seguido, la sigue escaleras abajo.

Lleva más de dos semanas sin ver a Ana, pero su hermana se limita a darle un abrazo rápido, ya que está demasiado ocupada enseñándoles a Miresy y a su nueva amiga Serena el nuevo transportín que el tío Koen le ha comprado a Chispitas.

Lowe reprime una sonrisa y sale de casa justo cuando su mejor amigo está cerrando la puerta del coche.

—Gracias. Te debo una.

Koen lanza un resoplido burlón.

—Una docena. Y no precisamente por Ana.

—¿Y por qué?

—Tío, Emery ha estado reventando a mensajes el chat de la familia. Aunque por lo visto no es lo único que ha reventado. —Se encoje de hombros al ver la ceja levantada de Lowe—. ¿Qué, demasiado pronto?

Lowe suspira y le hace un gesto para que entre en casa.

—Pasa, que te tengo que contar el follón de los últimos diez días.

—Me muero de ganas de oir…

Tras poner un pie en casa, Koen se detiene de golpe, como si acabase de chocar contra un muro de ladrillos. Estira la palma hacia la pared en busca de apoyo.

—¿Qué cojones te pasa? —Lowe lo mira con el ceño fruncido. Al no obtener respuesta, se vuelve hacia su amigo. El cuerpo de Koen vibra ligeramente. Las pupilas se le contraen, como suele ocurrir cuando un licántropo está a punto de cambiar de forma. Y sus ojos…

Lowe sigue la dirección de la mirada de Koen. La tiene clavada en la pequeña figura que se encuentra agachada en el salón. Esta le acaricia la barbilla a Chispitas, que no deja de ronronear, y le pide disculpas entre murmullos.

Serena.

Koen la contempla durante un buen rato, sin poder, o tal vez sin querer, apartar la vista.

—Vaya, vaya —dice por lo bajo. Su voz suena ronca. Demasiado grave—. Estoy bien jodido.

Lowe comprende la situación al instante.

Y piensa: *Menudo problemón se nos viene encima.*

AGRADECIMIENTOS

Gente, creo que voy a volver a hacer lo de la lista. Me gustaría dar las gracias:

- A Adriana, Christina y Lo, por arroparme en la Comic-Con y animarme a escribir este disparate de libro. El mundo editorial da mucho miedo y yo me siento muy afortunada de teneros.
- A mi agente, Thao, y a mi editora, Sarah, quienes no solo me *dejaron* escribir un libro donde los nudos hacen acto de presencia, sino que mostraron un entusiasmo pleno. Ninguna de las dos sabéis qué color tienen de verdad las frutas del bosque, pero os quiero de todas formas.
- A Liz Sellers, la mejor editora adjunta del mundo, con quien siempre siento que estoy en buenas manos.
- A mis publicistas, Kristin Cipolla y Tara O'Connor, por tener tantísima paciencia conmigo y organizarme siempre las mejores giras de promoción. Con cada libro que publico soy menos merecedora de teneros, pero me alegro muchísimo de poder hablar con vosotras de Taylor Swift.
- A mis promotoras, Bridget O'Toole y Kim-Salina I. Mil gracias por todo lo que hacéis, por todo lo que no me pedís que haga y por todo lo que me ayudáis a hacer cogiéndome de la manita. Sois las mejores, así que no os robaré vuestras ediciones de Illumicrate.
- A Rita Frangie Batour y Vikki Chu por el diseño de la cubierta (me puse superpesada con esta y, aun así, nadie se ha presentado todavía en mi casa con antorchas; agradezco vuestra clemencia) y por supuesto a Lilith, por ser, como siempre, la ilustradora con más talento que haya pisado la faz de la tierra.
- A todo el equipo de Berkley. Me lo pasé genial cuando fui a visitaros y os agradezco la increíble acogida que me disteis. Sobre todo, quiero expresarles mi más sincero afecto a mi abueditora Cindy por ser, francamente, la persona que más influyó en mi desarrollo profesional incluso antes de conocernos; a mi abupublicista Erin; a Carly, por decir que mi libro era «deliciosamente guarro» y alegrarme el año; a Gabbie, por preguntarme si en mi libro aparecían nudos y hacerme sentir

comprendida; a Claudia Colgan, por hacer frente a un invierno gélido y crudo.

- A mi editora de producción (Jen Myers), mi editora editorial (Christine Legon), a mi correctora de estilo (Jennifer Sale) y a mi diseñador de interior (Daniel Brount). Siento mucho haberos hecho leer esto.
- A mis editoras españolas y mexicanas. Gracias, sobre todo, a Marina y Laura de Contraluz; a Gerardo, por la mejor cena de mi vida (S. aún habla de ella todos los días); y a Norma (siento mucho mucho mucho *eso)*.
- A mis amigas escritoras, a mis amigas del *fandom,* a mis amigas de SDLA, a mis amigas Berkletes, a mis amigos libreros, a los amigos que son como mi familia adoptiva, a mis amigos *amigos*. Soy un desastre: gracias por aguantarme.
- A mi hermana, por tomarse fenomenal ciertas cosas.
- A AO3 y la Organización para las Obras Transformativas, por alegrarme la vida y ayudarme a mantener la cordura.
- A mi marido. Llevo ya cinco libros, así que ya va siendo hora de que le dé las gracias de verdad y no con pullitas. Se enterará cuando su madre le envíe una foto de la edición alemana. Gracias por aceptar mantener los horarios de comida del sur de Europa, por limpiar el arenero de los gatos cuando tengo las fechas de entrega a la vuelta de la esquina y por estar orgulloso de mí incluso cuando yo no lo estoy. Como siempre digo: IYDIGKM.

No quiero dar las gracias:

- A Ticketmaster.

Título original: *Bride*
Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC

Diseño de cubierta: Eva Mutter

Edición en formato digital: 2024

© Ali Hazelwood, 2024
© de la traducción: Patricia Sebastián Hernández, 2024
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN ebook: 978-84-19988-13-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Créditos